

INTELIGENTE, HÁBIL Y EFECTIVO

DAILY MAIL

EN SU NOMBRE

SAM CHRISTER

UN TREPIDANTE THRILLER LLAMADO A SEDUCIR A LA LEGIÓN DE LECTORES DE EL CÓDIGO DA VINCI

JENTAS

En su nombre

En su nombre
Título original: The Turin Shroud Secret
© 2012 Sam Christer. Reservados todos los derechos.

© 2021 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-87-428-1175-7

A Donna y Bill, por el inestimable regalo

que me hicisteis al darme vuestro tiempo

y vuestra comprensión

Uno por uno, los devotos retiran ladrillos de un lugar santo que tiene cientos de años de antigüedad. Saben que están liberando un poder que matará de una manera horrible, un poder que salvará cuanto consideran sagrado o bien lo destruirá para siempre.

PRIMERA PARTE

Y José compró una sábana, lo bajó de la cruz, lo envolvió en la sábana y lo depositó en un sepulcro que estaba excavado en la roca.

MARCOS 15, 46

1

Miércoles por la tarde

Beverly Hills, Los Ángeles

Las razones por las que asesina son muchas. Precisamente en este momento está a punto de matar otra vez.

Es una necesidad. Un impulso irrefrenable. Un ansia, una compulsión que no le deja en paz. Igual que el sexo. Cuando no lo está practicando, está pensando en ello. Fantaseando, planificando, ensayando. Para él, matar es algo tan necesario e inevitable como respirar, solo que más placentero, más memorable.

Esta vez va a ser fácil. Perfecto. El mejor hasta la fecha. Es lo que sucede siempre con aquellos a los que aún no ha matado. Porque así es como los denomina. No los llama «personas vivas», ni tampoco «la siguiente víctima», sino «los que aún no he matado».

Un vecindario tranquilo. Una mujer que vive sola, que ni siquiera se ha percatado de que mientras estaba ocupada en su jardincito trasero, él se ha colado en su casa y en su vida.

Lleva horas esperando ahí tumbado, sin que nadie advierta su presencia, igual que un perro en su escondite favorito, atento a todos los ruidos que va haciendo ella por la casa mientras anochece, imaginando cada uno de sus movimientos.

Se oye un leve tintineo metálico: ha acabado de cenar y está recogiendo la cocina.

Luego, un golpe sordo: ha cerrado el lavavajillas.

Ruido de diversos objetos: hielo del dispensador que tiene el enorme frigorífico situado junto a la puerta de la cocina. Un vaso de agua que llevarse a la cama.

Una serie de chasquidos: está encendiendo luces y cerrando puertas.

Después, unas pisadas que suben a la planta superior. Cansadas, desesperadas por acostarse en esa cama grande y blanda, y dormir.

Otro chasquido, suave esta vez. La lamparilla de noche baña el enorme dormitorio con un resplandor ambarino.

Agua que corre. Una ducha caliente, agradable. Para entrar en calor y meterse limpita en la cama. Para recibir a la muerte.

Aguarda. Va descontando los segundos y los minutos. Setecientos veinte segundos. Doce largos minutos. Después se oye el zumbido de un secador. Es mejor no acostarse con el pelo mojado, no es bueno para la salud. El murmullo de la televisión. Música. Una película. Las noticias. Cambia una y otra vez de canal, busca algo que la distraiga de los rigores de la jornada. Un programa de entrevistas. Conan. House.

Un crujido. Es la estática que crepita en la pantalla de plasma.

Silencio.

Un último chasquido. La lamparilla.

Oscuridad.

Permanece ahí tumbado. Debajo de la cama. Saboreando el eco de los últimos sonidos, que ha quedado suspendido en el aire, igual que una hostia consagrada que va disolviéndose en la lengua.

No tarda en oír el susurro de una respiración, unos levísimos suspiros que se elevan semejantes al suave resplandor que irrumpe en el cielo al amanecer. El sueño la va preparando dulcemente para Dios y para él. Sale de su refugio. Despacio. Elegante. Cuidadoso. Un animal letal emergiendo de su escondrijo para dejarse ver en plena naturaleza. Estrechando el cerco alrededor de su presa. Temblando de emoción.

Le pone una mano en la garganta y la otra en la boca. Ella abre los ojos, sorprendida. Él le ofrece una sonrisa y susurra:

—Dominus vobiscum, el Señor esté contigo.

2

Martes por la mañana

Manhattan Beach, Los Ángeles

Corre el mes de noviembre, pero en las dunas todavía hace una temperatura de más de treinta grados. Es algo que sucede en California de vez en cuando: un otoño cálido para compensar un verano malo. Nic Karakandez, un detective de Homicidios de treinta años de edad, se protege los ojos con la mano derecha a modo de visera y contempla la superficie del Pacífico, que reluce como un mar de diamantes. Vestido con unos tejanos azules desteñidos y una cazadora de cuero negra, su espigada silueta destaca en lo alto de las colinas de arena.

Mira con atención y ve más que nadie. Desde luego, más de lo que ve el cadáver cubierto de arena sobre el que se hallan inclinados la forense y los de la policía científica. Mucho más que lo que ven los bañistas que, desde el agua, observan con asombro la escena.

Nic ve el futuro.

Con un mes de antelación, para ser exactos. Ve su barco dirigiéndose hacia alta mar, las velas ondeando al viento, una o dos cañas de pescar colgando por la popa y una época en la que los casos como el de este triste cadáver que flota en el agua no son más que recuerdos lejanos.

—¡Nic! Haz el favor de traer tu culo aquí.

Solo hay una mujer en el mundo que le hable de ese modo. Baja la mano y se vuelve hacia su colega y jefa, la teniente Mitzi Fallon.

—Ya voy, déjame un momento.

La teniente, que tiene treinta y nueve años y dos hijas, se encuentra veinte metros por delante de él, en una hondonada de la

blanda arena californiana.

—Oye, pies grandes, ¿eres el rápido policía de Homicidios que yo te he enseñado a ser o te he confundido con un oso perezoso?

Nic no puede evitar echarse a reír.

—Soy el policía rápido, jefa. ¿Qué es exactamente un oso perezoso?

—Un mamífero de cuello corto y culo gordo. Tiene sesenta millones de años y pasa la mayor parte del tiempo durmiendo.

—Ya me gustaría.

Mitzi lleva tocándole las pelotas desde el primer día en que entró en el departamento, hace ya más de cinco años. Ambos echan a andar juntos en dirección al cordón de seguridad, agitado por el viento, que han dispuesto a diez metros de la orilla. Dentro de muy poco la escena del crimen habrá desaparecido. Se la habrá llevado la marea, esa vieja cómplice de tantos asesinatos.

Saludan a los policías de uniforme que vigilan la zona, se calzan los protectores para los zapatos y van hacia donde se encuentra Amy Chang, la forense, una doctora china de segunda generación dotada de una inteligencia tan grande como el déficit estatal.

—Buenas tardes, doctora —dice Mitzi—. ¿Existe alguna posibilidad de que esta buena señora haya muerto por causas naturales? Esta noche tengo un partido de fútbol.

La patóloga no levanta la vista. Los conoce bien a los dos. Demasiado bien.

—Ninguna. A no ser que se considere normal echarse a nadar estando una completamente vestida después de que le hayan arrancado dos dientes y un ojo y rajado el cuello.

—Vaya dentista más descuidado —comenta Nic al tiempo que se inclina sobre el cadáver.

—Obama va a tener mucho que explicar —agrega Mitzi—. No debería haberse metido con la sanidad.

—En cambio, cazó a Bin Laden, y eso para mí ya le sirve de descargo.

Amy levanta la vista y sacude la cabeza como si se sintiera asqueada.

—¿Es que no sois capaces de mostrar un mínimo respeto por lo que está pasando aquí?

Nic la mira a su vez, y surge una chispa entre ambos. Pequeña, pero una chispa al fin y al cabo. En cambio, Nic la apaga antes de que la forense tenga oportunidad de parpadear siquiera.

—Toneladas —responde—, pero lo disimulamos muy bien. El humor negro es lo único que tenemos para proteger nuestra frágil constitución.

Amy lo mira a los ojos.

—Di más bien vuestra mente enfermiza.

La teniente realiza un cribado de la arena de alrededor en busca de algo que pudiera haberse caído del cadáver y hubiera acabado enterrado o pisado por alguien. Rodea a la víctima y la observa desde distintos ángulos, como si fuera una obra de arte moderno que no acaba de entender.

—¿Llevaba encima algún documento de identidad?

—Ninguno —contesta Amy—. No irías a pensar que ibas a tener esa suerte…

—Era una esperanza. —La teniente vuelve a rodear el cadáver, esta vez más despacio, y se inclina para estudiar las manos y los pies—. ¿Tienes idea de cuánto tiempo ha estado en el agua?

Amy levanta de nuevo la vista.

—Venga, Mitzi, necesito examinar la temperatura del cuerpo y hacer un estudio de las mareas. Es demasiado pronto para darte una respuesta adecuada.

Amy hunde un termómetro en el cerebro del cadáver, a través de la cuenca del ojo. Así calculará la hora del deceso con un margen de unas tres horas. Acto seguido observa el ir y venir del oleaje. Cuando haya consultado a un experto en mareas, tendrá una idea aproximada del lugar y el momento en el que la víctima halló la muerte. Anota la temperatura del cadáver y seguidamente, empleando unas tijeras, le recorta las uñas y guarda los fragmentos en una bolsa de plástico.

Como todavía tiene a Mitzi inclinada sobre ella, Amy se siente obligada a darle algo.

—Calculo que ha pasado en el agua varias horas; menos de un día, en cualquier caso. Es cuanto puedo decirte por el momento. —Se incorpora, se sacude la arena y hace una seña a dos ayudantes que están esperando con una bolsa para cadáveres de los marines, de las que no dejan entrar el agua pero tampoco dejan salir las pruebas—. Muy bien, ya pueden empaquetarla.

—¿Qué pirado pudo ser capaz de hacer esto? —pregunta Nic echando un vistazo al cadáver desgarrado y mutilado.

—Eso no es ningún misterio —replica Amy quitándose los guantes de goma morados y cerrando su maletín metálico—. Algún pirado hijo de puta, ya sabes, de los que ya lo han hecho antes y volverán a hacerlo más temprano que tarde.

3

Mediodía

Centro de Los Ángeles

La zona de restaurantes del centro comercial es un auténtico maremágnum en el que clientes y oficinistas se abren paso a empujones como si fueran vacas en su afán por acercarse al comedero. Los estresados camareros vocean los pedidos en medio de un ambiente cargado y aporrean sin cesar los botones de la caja registradora.

En medio de todo ello aguarda pacientemente un joven de veintitantos años, piel olivácea, cabello oscuro y ojos más oscuros todavía. Es una isla de calma en el centro de una furiosa riada de inhumana falta de educación. Con ademán indiferente, espera a que le toque el turno y después paga la sopa miso, la caja de sushi y el café solo. Es una dieta que le permite conservarse más esbelto que musculoso —delgado, si se quiere describirlo de una manera más amable—, demasiado menudo y flaco para las mujeres, que prefieren a tíos corpulentos de los que poder colgarse. Y además, dicha dieta le ha valido el apodo de Cara de Besugo en la fábrica en la que trabaja.

—Permítame. —Se apresura a apartar sillas y mesas para que un anciano que empuja la silla de ruedas en que va su mujer pueda atravesar la jungla del comedor y depositar la bandeja de la comida en una mesa libre.

—Es usted muy amable —dice el anciano asintiendo con la cabeza al tiempo que él y su mujer se acomodan.

—No hay problema, de nada.

Se lleva su almuerzo a una mesa que hay pocos metros más allá. Sonriendo al matrimonio, mezcla el picante wasabi con salsa de soja, lo remueve con los palillos y moja un rollito de atún. Luego centra su atención en la marea de gente que pasa por su lado. Lo tiene fascinado. Lo fascinan todas esas personas, sin excepción.

Una maestra que guía a una ristra de escolares extranjeros, chinos al parecer, de dos en dos, como si fueran pequeños querubines cogidos de la mano. Todos van ataviados con camiseta y gorra anaranjada, como muñecas que acabaran de salir de una cadena de montaje. Le viene a la memoria un cartel que vio no sabe dónde, que proclamaba que las personas que aprenden inglés en China equivalen al quíntuple de la población de Inglaterra. El mundo está cambiando. Y él también. Lo nota. Lo siente.

Su mirada se posa en una rubia vestida con traje sastre que hurga en su bolsito negro de piel en busca del teléfono móvil. Es una cuarentona que ya ha superado la flor de la vida. La ropa cara y una dieta sana no consiguen disimular los estragos que la edad y el clima de California causan en el cabello y en la piel. Por fin encuentra el iPhone en el último momento, pero no pone cara de satisfacción. Por lo visto, el que llama no es ni su marido ni su amante; debe de ser más bien un compañero de trabajo al borde de la desesperación, una llamada de auxilio procedente de la oficina de la que acaba de salir.

Le sonríe cuando la ve pasar por su lado. Tiene algo en los ojos que le resulta familiar. Cuando cae en la cuenta de lo que es, chasquea los dedos. Le recuerda a la mujer con la que estuvo anoche.

La mujer a la que asesinó.

4

Manhattan Beach, Los Ángeles

El enorme monovolumen funerario de la forense, un Dodge blanco de lunas tintadas, va arando surcos profundos en la limpia arena conforme se aleja llevándose su siniestra carga. Los numerosos bañistas se frotan el cuello y van regresando como zombis a sus toallas y sus tumbonas, como si no hubiera pasado nada. La vida continúa… incluso después de la muerte.

Nic Karakandez sale de la acordonada escena del crimen y comienza a pasear por la anfibia cuerda floja que discurre entre la playa y el mar, esa en la que las aguas oscuras bañan por un momento el blanco de la arena para a continuación desaparecer, misteriosamente, en espumarajos que se repliegan sobre sí mismos. Vuelve la vista hacia el luminoso horizonte y advierte que está levantándose viento del noreste.

Está harto de ser policía de Homicidios.

Ya puestos, está harto de ser policía de lo que sea. Dentro de muy poco presentará la dimisión. Este detective musculoso y de un metro ochenta de estatura lo decidió hace ya años, tras un incidente que jamás comenta, de esos que harían tirar la toalla a la mayoría de los policías. Desde entonces ha pasado el tiempo intentando no hundirse, dejándose llevar, haciendo tiempo hasta juntar suficiente dinero para conseguir el título de patrón de barco y terminar las reparaciones de su pequeño balandro. Dentro de treinta días estará navegando en dirección a la puesta de sol, a punto de iniciar una vida totalmente nueva.

Mitzi se vuelve para mirar cómo desaparecen el cordón de seguridad y los policías de uniforme, a los que acaba de dar la orden

de que empiecen a interrogar a los zombis que contemplan la escena boquiabiertos.

—¿Cómo calculas que habrá hecho ese pirado para deshacerse de su víctima? Ahí atrás no he visto que hubiera marcas de neumáticos, y la arena está más lisa que mis abdominales.

Nic señala hacia el este, en dirección a una franja negra que parte de la carretera de la costa, atraviesa la playa y desemboca en un edificio achaparrado que se eleva en medio mismo del mar.

—Ahí está el acuario. Imagino que se acercó en coche todo lo que pudo por el embarcadero y después abrió el maletero y sencillamente la dejó caer por un costado.

—Ya entiendo lo fácil que debió de ser. A primera vista no parece que pesara ni cincuenta kilos. Sería sencillo arrojarla.

Mitzi vuelve la vista hacia el final del embarcadero, donde se encuentran el laboratorio marino y el acuario, una importante atracción para los ricos del lugar y sus hijos. Aunque para los de ella, no; sus gemelas son alérgicas a todo lo que huela a estudio y prefieren perseguir un balón de fútbol, entretenerse con videojuegos o provocar a los hijos de sus vecinos.

Mientras camina junto a Nic hacia el embarcadero, recuerda a la fallecida.

—¿Te has fijado en que nuestra desconocida aún llevaba las joyas puestas? —Hace girar la diminuta alianza de bodas que lleva en el dedo desde hace casi dos décadas y la agita en dirección a Nic para que este la vea—. Llevaba un pedrusco lo bastante grande para montar encima un campamento de boy scouts.

—Está claro que el móvil no ha sido el robo —observa Nic—. Teniendo en cuenta la brutalidad de las heridas, el asesino no habría dudado en cortarle el dedo para quitarle esa sortija.

—¿Y entonces? ¿Ha sido un secuestro que ha terminado mal?

—Tal vez, pero yo habría esperado que pidieran un rescate. Aunque asustaran al marido, suponiendo que exista un marido, para que no llamase a la policía.

Mitzi piensa otra vez en el cadáver.

—Sí, no tiene sentido. Los secuestradores matan a la víctima una vez que ha acabado la negociación del rescate, no antes. A esas

alturas la familia ya está hecha un manojo de nervios y siempre acude corriendo a nosotros. De modo que si ha sido un secuestro, deberíamos haber tenido alguna noticia.

Mientras ascienden el último tramo de playa que los separa del embarcadero, Nic va pensando que este crimen lleva la marca de un profesional… aunque este sea un loco.

—La última vez que vi algo así, fue cosa de unos italianos del valle —comenta—. Uno de los suyos hizo que se cabrearan, y se lo cargaron. Pura venganza.

Mitzi frunce el entrecejo.

—¿Tú crees que la víctima tenía algo que ver con el crimen organizado?

—Es posible. Imagínate por un instante que es la esposa de un mafioso y que este descubre que lo está engañando. —Levanta una mano para indicar a Mitzi que se detenga—. Al principio ella se niega a revelar con quién se está acostando, pero cuando por fin lo suelta, el tal donjuán resulta ser el hermano o el mejor amigo del marido. Bum. —Nic se da una palmada en la mano—. El jefe se pone histérico y decide que no le queda más remedio que contratar a alguien que se cargue a su mujer después de darle una tunda.

—Tienes una imaginación enfermiza.

—Es lo que tú me enseñaste. —Nic observa el ancho embarcadero que lleva hasta el edificio anguloso y de azulejos rojos que hay al final del mismo. Cuenta con un parapeto metálico a cada lado, compuesto por cuatro barandillas, que le llegan a él hasta el pecho. Estaba en lo cierto; yendo hasta allí con el coche, resultaría bastante fácil dejar caer un cuerpo por el lateral.

Mitzi se agacha.

—Aquí hay muchas huellas de neumáticos. —Indica con la mano la zona situada justo delante de ella—. Y, gracias a Dios, una buena capa de arena que conserva las marcas de casi todo lo que ha pasado por este sitio en las últimas horas.

—Voy a ordenar que unos cuantos agentes acordonen el embarcadero y que venga la policía científica a examinar las huellas. —Nic saca un teléfono móvil y se sienta en la barandilla mientras efectúa la llamada.

Mitzi entretanto extrae la pequeña cámara fotográfica que siempre lleva encima y toma varias instantáneas. A veces los técnicos se presentan demasiado tarde, cuando las pruebas ya han desaparecido. Mujer prevenida vale por dos.

Pasados diez minutos llega un policía con sobrepeso, el rostro congestionado y el uniforme cubierto de manchas de sudor, acompañado de un joven fotógrafo de escenas del crimen. Mientras Mitzi les da instrucciones, Nic se aleja unos pasos para observar las olas que rompen alrededor de los pilares del embarcadero. La burbujeante espuma blanca forma dibujos, imágenes abstractas que se prestan a la interpretación. Hay quien ve en ellas caballos, o vikingos, o deidades marinas. Nic ve a la esposa y al hijo que perdió.

Yacen en medio de un mar formado por su propia sangre. Con los ojos en blanco, como si fueran dos pescados medio putrefactos.

Y cada vez que los ve no hace nada por ahuyentarlos, no hace nada por alejar de sí el sentimiento de culpa.

Carolina quería que él saliera del apartamento y pasara un rato empujando el carrito. Max estaba llorando, y siempre se calmaba al dar un paseo alrededor de la manzana. Pero Nic estaba pegado al teléfono: una llamada de trabajo en su día libre. Carolina se aburrió de esperar y decidió marcharse sin él. Dos calles más adelante se detuvo en una tienda de comestibles. Si él hubiera estado presente las cosas habrían sido distintas; él habría sabido de inmediato lo que estaba sucediendo: el drogadicto robando la caja, nervioso y paranoico, una bomba humana de relojería a punto de explotar; el bobo del dueño de la tienda jugando a hacerse el héroe agarrando una pistola que tenía pegada con cinta adhesiva debajo del mostrador, y los clientes aterrorizados, chillando y provocando aún más revuelo.

Fue el Armagedón.

Nada más aparecer el arma de debajo del mostrador, el drogata se cargó a todo el mundo. Y luego se quedó allí de pie sin más, aturdido. Cuando llegó la policía aún estaba contemplando la matanza. Un momento de locura de un maleante puso fin a la existencia de una docena de personas buenas y dio lugar a una vida entera de sufrimiento para sus familias.

—Si el autor del crimen se deshizo del cadáver en este sitio, no es de por aquí —comenta Mitzi echando a andar de nuevo.

—¿Qué? —Nic aún tiene el pensamiento en lo sucedido hace tres años.

—Es por el mar. —Mitzi señala la barandilla para captar su atención—. Aquí el mar es mucho menos profundo de lo que debió de pensar el asesino. Cuando dejó caer a la víctima al agua, seguramente creyó que iba a desaparecer para siempre.

—Tal vez hubiese marea alta —apunta Nic al tiempo que por fin regresa al presente—. O tal vez le diese lo mismo. Quizá solo le preocupase que el cadáver permaneciera oculto el tiempo suficiente para que él pudiera huir.

—Eres bueno —comenta Mitzi con una sonrisa que explica que diez años atrás todos los policías del distrito buscasen la ocasión de pasarse por su mesa—. Voy a echarte de menos cuando estés trabajando de pescador de cangrejos para el documental Deadliest Catch.

Nic se echa a reír.

—¿Es que el Discovery Channel no tiene más programas que ese maldito documental?

—Ninguno que merezca la pena.

Van andando el uno detrás del otro por el borde del embarcadero, cerca de las barandillas, para no alterar las huellas de neumáticos que pueda haber. Nic recorre lentamente el acuario y el laboratorio marino protegiéndose los ojos con la mano y mirando hacia el cielo. Al final encuentra lo que está buscando.

—Cámaras que enfocan el mar. —Señala con la mano dos cámaras de pequeño tamaño que hay en lo alto de unos postes metálicos—. Las imágenes que captan pueden verse en tiempo real en internet.

—Mátame antes de que mi vida se vuelva tan aburrida como para plantearme ver algo así.

—Para gustos se hicieron los colores, Mitzi. —Nic señala otro poste, uno rematado por una cámara de seguridad—. A lo mejor eso es más de tu gusto. —Hace con la mano el típico gesto de un presentador de la teletienda mostrando un chisme que solo puede

comprarse en los diez minutos siguientes, y añade—: Un canal disponible exclusivamente para los atractivos e inteligentes policías de Los Ángeles, y que ofrece, esperemos, todas las imágenes irrepetibles del asesino de nuestra Dama de la Roca.

5

A media tarde

Amy Chang se pone la bata, se enfunda los guantes de látex y entra en el depósito de cadáveres, cuyo equipo ha sido renovado recientemente. Es un frío sótano de acero inoxidable, iluminado por unas límpidas luces verdes y azules. Todo de acero: frigoríficos para los cadáveres, lavabos, carritos, mesas y herramientas se apiñan alrededor de la mesa central de autopsias, provista de grifos nada elegantes y crueles orificios de desagüe, portales de salida para los últimos vestigios de sangre y fluidos corporales de los muertos. Demasiado metal sórdido y con trazas de muerte para el gusto de Amy. Se encuentra a años luz del elegante hogar de soltera de esta joven de treinta y dos años, en el que no hay nada que sea de acero a excepción de los cuchillos que se guardan en la bonita cocina, donde una ventana da a un jardín pequeño pero muy cuidado.

El depósito, que tiene menos de una semana, ya huele a desodorantes y limpiadores. Amy contempla con expresión compasiva la carne y los huesos que yacen sobre la mesa. Para ella, esos restos continúan siendo una persona, una mujer desesperada que necesita la ayuda de un experto.

—Bien, ¿quién eres, entonces? ¿Qué puedes decirme, cielo? ¿Qué secretos guardas para nosotros?

No hace falta ser un experto para darse cuenta de que la víctima tuvo que sufrir un dolor insoportable antes de morir. Todas las heridas son pre-mortem. Los labios están entreabiertos, faltan dientes, y la horrible cuenca vacía del ojo izquierdo es un recordatorio terrible del tormento por el que debió de pasar esa mujer.

Hace un poco de sitio para poder trabajar. Ajusta la lámpara del techo, con sus dos haces de luz, y se coloca en la cabeza una minúscula cámara de vídeo, muy útil para tomar primeros planos. Quiere grabar cuanto diga y vea durante el examen.

—La víctima es una mujer bien alimentada que ronda la cincuentena. Presenta amplias heridas pre-mortem en la cara, entre ellas la pérdida del ojo izquierdo y de dos incisivos superiores. Se advierten pruebas de una intervención reciente de cirugía plástica, cicatrices en proceso de curación alrededor de las orejas y en el cuello.

Su tono de voz se hace más sombrío a medida que se percata de que aquella mujer debió de abrigar la esperanza de que un encuentro más benigno con la cuchilla la haría parecer más joven y deseable.

—Menos estéticas son las lesiones que se observan tanto en la mejilla derecha como en la izquierda, que corresponden a una serie de golpes, probablemente bofetadas propinadas del derecho y del revés. Presenta un gran traumatismo en la mejilla izquierda, posiblemente ocasionado por un puño. Se trata de una herida abierta y ha dejado al descubierto el hueso. —Amy pasa a examinar el cuello—. La fallecida ha sangrado a través de una herida horizontal de ocho centímetros, necesariamente fatal, que seccionó los vasos que rodean la carótida. Aunque hubiese sobrevivido a la herida, habría muerto a causa de una embolia.

No puede evitar fijarse en la precisión del corte. El agresor no titubeó al manejar el cuchillo. Actuó con seguridad y sin compasión.

Toma las cuidadas manos de la muerta. No es la primera vez que las toca. Ya en la playa le ha recortado las uñas con la intención de buscar restos y realizar pruebas toxicológicas, y más tarde le ha tomado las huellas dactilares.

—No se aprecian signos de heridas importantes sufridas al intentar defenderse, pero hay marcas en torno a las muñecas que indican que posiblemente la maniataron. —Amy, con ayuda de la cinta adhesiva, recoge de la piel ya grisácea unos pequeños fragmentos que está segura de que pertenecen a una cuerda. Seguidamente se aparta un poco y contempla el cuerpo prestando

una atención especial a los pies, las rodillas, los codos y las manos —. No se aprecian marcas de fricción ni de abrasión en los puntos de contacto normales. No hay indicaciones de que el cuerpo haya sido arrastrado por ninguna superficie.

A continuación examina la cuenca del ojo, roja y vacía. El asesino se sirvió de algo para extraer el globo ocular.

«¿Cómo?».

En el interior de la cavidad no hay marcas que indiquen en qué sitio se ha introducido un objeto metálico. Amy se da cuenta de lo que ha pasado: el asesino utilizó los dedos. Metió el pulgar en la cuenca del ojo y extrajo este haciendo fuerza. Acto seguido cortó los ligamentos de los músculos y los nervios. Para hacer algo así se necesita ser un monstruo especial. Amy hace una mueca de horror… algo insólito en ella. En la comisura de los labios de la fallecida, finos y amoratados, se ven marcas de abrasión, signos reveladores de que la habían amordazado para ahogar sus gritos.

De pronto el teléfono de la pared empieza a sonar y parpadear, y salta el servicio de mensajes. Amy sigue con lo suyo. Pasa a estudiar los dientes que faltan. Probablemente fueron extraídos antes del ojo. Vuelve a examinar la boca; hay marcas en las muelas y en el paladar superior. Algo se encajó en dicho lugar para mantener las mandíbulas abiertas mientras el asesino realizaba su tarea. Amy inclina hacia atrás la cabeza de la fallecida y acerca la luz del techo. Después, empleando unas pinzas, extrae unos trocitos de plástico blanco del interior de los molares superiores e inferiores. A no ser que esté equivocada, el asesino introdujo una pelota de golf con el fin de mantener la boca abierta de su víctima y arrancar los incisivos.

Amy ha visto muchas cosas desagradables a lo largo de su vida profesional, pero cada vez que se encuentra ante algo parecido a esto se le revuelve el estómago. Es un trabajo singular, propio del peor depredador que existe en el mundo: el asesino en serie.

6

Últimas horas de la tarde

Carson, Los Ángeles

El individuo de cabello oscuro, cejas pobladas y tez olivácea se cerciora de haber cerrado con llave la puerta principal y la de atrás, así como las ventanas. No desea ser víctima de un allanamiento de morada, supondría una ironía insoportable.

Entra en la espartana cocina y abre una vieja fresquera que solo contiene tres cosas: leche UHT —de las que duran entre seis y nueve meses—, un cartón de huevos y un paquete de margarina baja en grasas. Cuando tiene hambre de verdad, se prepara unas tortillas; de lo contrario, como esta noche, se limita a beber leche. Pescado y sopa para comer, leche y huevos para cenar. En eso consiste su dieta.

Mientras se mueve por la casa bebiendo directamente del cartón, se siente un tanto extraño. Nervioso. Desequilibrado. Alterado. Aunque nada de eso le sorprende. Siempre se siente así el día después, contradictorio y confuso. Es un período de emoción y nerviosismo.

Antes, los cambios de humor le desconcertaban, pero ahora no. Ahora tiene más experiencia y comprende que cada asesinato trae aparejada una réplica. Como el retroceso de un arma de fuego. El doloroso golpe de la culata de un rifle contra el músculo del hombro. Cuando se quita una vida, los músculos psicológicos también sufren. Primero aflora el hematoma morado de la culpa, después el miedo amarillo a ser capturado y por último el rubor rojo de la conquista.

Ha pasado el día como tiene por costumbre, manteniendo un empleo que está por debajo de él, trabajando para personas que no

saben apreciarlo ni entenderlo. Claro que eso no lo hace nadie. Así y todo, la rutina es importante; un cambio de hábitos llama la atención si la policía se pone a husmear por ahí. Además, ha aprendido que justo después de matar es bueno estar con gente, permanecer dentro del banco de peces descerebrados que van y vienen del trabajo a casa. Le gusta la distracción, llenar el tiempo. Y agradece el camuflaje de lo común, el necesario disfraz que le proporciona la monótona vida cotidiana.

Pero ya ha caído la noche. Y la noche es diferente. Él mismo se siente diferente. Es diferente. Son horas de energía y de fuerza. Unas horas durante las cuales es posible saborear los asesinatos. La oscuridad trae consigo una justificación, una validación de lo que él hace y de la persona que es. Pasa el día anhelando que se ponga el sol y que surja la energía bruta que lleva dentro de sí.

La casa alquilada en que vive se sume en la oscuridad. Siempre sucede así. Las gruesas cortinas permanecen cerradas. En los puntos de luz no hay ninguna bombilla. Tampoco hay electricidad ni gas. En vez de eso, enciende un fuego, tanto para calentarse como para cocinar lo poco que tenga que cocinar.

Su dormitorio está iluminado por el débil resplandor de unas velas. Se desnuda y se prepara para dormir. No hay cama. Ni edredón. Ni almohada. Sus escasas pertenencias se agrupan en un rincón de la estancia. Abre el pañuelo doblado, retira la sagrada oblea de acero bien afilado y se cruza el pecho con ella. Después se hace varios cortes transversales en los muslos y en los brazos. Antes de que brote la sangre, limpia la hoja, la besa y la sostiene en alto, como hace un sacerdote al mostrar a los fieles la sagrada forma. A medida que el pecho empieza a teñírsele de rojo, regresa a donde está el pañuelo y vuelve a doblarlo con precisos pliegues rectos.

Se tiende de espaldas, apoya los pies contra el rodapié de un lado y el hombro y el brazo izquierdos contra el del otro. Cuidadosamente introduce una única sábana por debajo de los talones y se envuelve con ella, de la cabeza a los pies.

Bien ceñido. Apretado.

Como si estuviera amortajado.

7

Viernes por la mañana

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

La sala de la comisaría apesta a burritos devorados a altas horas y tiene toda la pinta de haber sido el escenario de una larguísima fiesta de una hermandad que acabara de terminar. En medio de ese inmenso mar de escombros masculinos, la mesa metálica de Mitzi Fallon, propiedad del estado, constituye una isla de paz y tranquilidad.

—Más café. —Nic deposita sobre la mesa la taza de la teniente, que lleva una leyenda que reza: «Mejor mamá del mundo». Se la regalaron sus gemelas por el Día de la Madre, hace dos años—. ¿Qué te ha pasado en la mano? —pregunta señalando los dos dedos vendados.

—El elefante de mi marido se cayó encima de mí mientras estábamos tonteando. —Mitzi intenta mover los dedos—. Después de todo, puede que el celibato no sea tan mala idea.

—Mejor no entres en detalles.

Mitzi consigue acercarse la taza a los labios.

—Esta tiene que ser la última dosis de cafeína que tome esta mañana. No me dejes tomar más. —Vuelve la mirada hacia las imágenes captadas por la cámara de seguridad, que se están viendo en un monitor de pantalla plana a una velocidad treinta y dos veces mayor de la normal.

—¿Has visto algo? —inquiere Nic.

—Sí, mi voluntad de vivir. Hará unas tres horas, se volvió loca y se arrojó desde ese embarcadero.

Nic ocupa una silla junto a ella.

—Acabo de hablar con los agentes. No han encontrado nada de nada.

—¿Y eso es noticia?

—Supongo que no. Te juro que algunos de esos chicos son demasiado jóvenes hasta para cruzar la calle solos.

Mitzi se echa a reír.

—Mira quién habla, el gran veterano. Tienes que vigilar tus modales; todavía estás muy verde para tacharlos de novatos. —Mira el enorme reloj que cuelga en la pared, cerca del despacho del capitán—. Veo una cinta más y luego me voy a comer algo. ¿Vienes?

—Vale, pero que no sea pizza. Necesito empezar a ponerme en forma para el gran viaje.

—Ya estás en forma. Cuando estés por esos mares, no tienes más que darte un baño y verás cómo se te echan encima todas las mamás ballena.

—Muy graciosa, ja-já. —Nic se da una palmada en la leve barriga que desde hace un tiempo ha reemplazado a unos abdominales duros como piedras—. Si rebajo los hidratos de carbono, reduzco la cerveza y elimino la pizza, estaré estupendo. Aburrido y muerto de hambre, pero estupendo.

—Estar estupendo no es bueno en absoluto. Es una tierra de nadie. Uno se encuentra atrapado en el fuego cruzado entre estar cebado y feliz, y famélico pero con un cuerpazo de gimnasio. Confórmate con continuar estando estupendo cuando estés casado.

—Se te olvida que ya he estado casado.

—Pues si te sentó bien la primera vez, te sentará bien una segunda. —Mitzi levanta la vista hacia él, temerosa de que vuelva a aflorar el dolor de antes—. Solo te estoy pinchando un poco. Sigues siendo un tío bueno, y no solo para las ballenas. No te preocupes más.

De pronto suena el teléfono de la mesa de Nic. Este echa la silla hacia atrás y coge el auricular extendiendo el brazo por encima de un volcán de papeles.

—Karakandez.

Mitzi bebe un sorbo de café y lo mira fijamente. Es una lástima que no quiera empezar a salir otra vez con mujeres, sería un buen

partido. Amable, modesto y más sincero que nadie. Atractivo, pero no tan chico mono como para preocuparse en exceso cuando todo empiece a caerse por efecto de la gravedad. Sonríe. Sí, cuando Nic Karakandez decida por fin salir de su concha, va a haber una chica a la que le toque la lotería.

Nic cuelga el auricular, coge la libreta en que ha estado escribiendo y se acerca otra vez a la mesa de su jefa.

Mitzi señala la libreta con un gesto de la cabeza.

—¿Qué es lo que tienes?

Nic la levanta en alto.

—Observa quién es nuestra víctima.

Mitzi mira fijamente lo que ha escrito Nic con su letra de araña.

—Tamara Jacobs. —Se encoge de hombros—. ¿Se supone que debo conocerla?

—El empleado de las huellas dactilares ha dicho que sí. Es una guionista de cine. Un pez gordo, en cierto modo. Se dedica a dramas históricos, de época, y también románticos, que tratan de los antiguos romanos y de los reyes de Inglaterra. ¿Tú eres aficionada a esas cosas?

—¿Estás de broma? Lo máximo que me acerco a las películas de época ambientadas en Inglaterra es Harry Potter.

Mitzi se vuelve hacia el teclado del ordenador y busca en internet «Tamara Jacobs». Aparece una página de Hollywood Reporter en la que se ve una fotografía de la fallecida y, debajo, un gran bloque de texto en letra negrita.

Nic se inclina para leer en la pantalla.

—¿Cómo dice que se titula su nueva película?

—El sudario —contesta Mitzi—. Estaba trabajando en una película titulada El sudario. Después de todo, puede que empiecen a gustarme sus películas.

8

Viernes, primera hora de la tarde

Beverly Hills, Los Ángeles

Numerosas amas de casa y maridos que parecen salidos de Mad Men observan desde la seguridad de sus majestuosos porches de entrada los monovolúmenes de la policía, que vienen a interrumpir la calma de la tranquila calle sin salida en la que vivía Tamara Jacobs.

Los agentes vienen a estudiar lo que bien podría ser una crucial escena del crimen, en la que la víctima se encontró con su asesino, fue secuestrada o incluso asesinada.

Después de pasar una eternidad llamando al timbre de la mansión de seis millones de dólares de la guionista, Mitzi ordena a un par de policías que echen abajo la puerta trasera. Seguidamente, acompañada de Nic, penetra en una amplia cocina llena de muebles de caoba y encimeras de mármol. Los dos están seguros en un 99,9 por ciento de que la casa se encuentra vacía, y aun así llevan las armas desenfundadas. Muchos policías han resultado muertos por culpa de ese 0,1 por ciento.

—¡Despejado! —grita Mitzi desde un rincón.

—¡Despejado! —Se hace eco Nic mientras cruza el salón. El autor del crimen ha estado en esta estancia. Nic lo sabe, nota el hormigueo en la sangre.

Primero inspeccionan las habitaciones de la planta baja. No hay ninguna señal de lucha. A continuación registran los cinco dormitorios de arriba, sus correspondientes cuartos de baño y el vestidor independiente, repleto de ropa, zapatos y bolsos. Aparentemente no hay nada fuera de lugar.

Mitzi abre la puerta corredera de un armario que es tan grande como una pared y retrocede impresionada ante lo que ve.

—Dios mío, ni en unos grandes almacenes encontrarías tanto género como el que hay aquí dentro. ¿Cuánta ropa puede tener una mujer?

Nic le da la espalda al amplio surtido de vestidos, jerséis, faldas y blusas, y anuncia:

—Voy a bajar al estudio. Los escritores son criaturas extrañas. A ver qué encuentro en su hábitat natural.

Mitzi echa una última ojeada de envidia a los glamurosos vestidos del armario y luego va detrás de Nic. En la cocina hay un equipo de forenses y un fotógrafo. No hay nada que sugiera un allanamiento anterior a que la policía forzase la puerta. Los marcos no presentan marcas de palancas, las cerraduras no han sido taladradas y los cristales no están rotos. A lo mejor el asesino ni siquiera pasó por aquí.

El estudio supone un derroche todavía mayor que el vestidor del piso de arriba. Madera del suelo al techo, mesa escritorio hecha a medida, mullido sillón de cuero de color marrón —una antigüedad, por lo que parece—, estanterías repletas de toda clase de libros de consulta. Nic deduce que Tamara era de la vieja escuela, de los que se fían más de los libros publicados que de internet, de los que quieren que su trabajo se apoye en pruebas sustanciales.

Le lleva un segundo descubrir qué es lo que falta. Hay una impresora, un escáner y una gran cantidad de cables y cargadores.

Pero no hay ningún ordenador.

Ese hormigueo instintivo que ha notado antes se intensifica notablemente cuando le da por abrir un armario. Ahí dentro tampoco hay ningún PC de sobremesa. De acuerdo. No es tan raro que los escritores suelan preferir los portátiles, pues son más cómodos a la hora de introducir en ellos las ideas extrañas y maravillosas que se le ocurren a uno cuando está de viaje. Pero no hay cables de sobra ni base de conexión. Examina unos cuantos armarios más y encuentra discos de instalación y la garantía de un MacBook Air de once pulgadas. Genial. Mola mucho más que el

antiguo Dell que tiene él en su apartamento, que ya está doblando las patas de la mesa. En cambio, hay algo que lo reconcome.

«Los escritores hacen copias de seguridad. Los profesionales hacen copias de seguridad de todo. Todo el tiempo. Y en diferentes soportes».

Nic busca, pero no encuentra ni una sola memoria USB, y mucho menos algo tan pesado o profesional como un Iomega o un Tandberg.

«El asesino ha estado aquí. Y lo ha limpiado todo».

—Nic… ven a ver esto. —El tono de Mitzi es más de tristeza que de emoción.

Sea lo que sea lo que ha encontrado, Nic sabe que no va a gustarle. Sale del bosque de caoba del estudio para dirigirse a una frondosa pradera, la mullida moqueta blanca del salón.

—El gato está muerto. —La expresión de su rostro deja ver que de pequeña Mitzi también tuvo un gato—. Por la pinta, lo han matado.

El gato persa cuelga de la mano de Tom Hix, un cuarentón con barba y mono de polietileno, miembro de la policía científica.

—Tiene el cuello roto. Debajo del pelaje hay marcas de ligaduras, y tiene los ojos dilatados. Yo diría que lo han estrangulado con un cable… puede incluso que lo hayan ahorcado con él.

Mitzi sacude la cabeza.

—Cabrón enfermizo…

—Sí, pero es un cabrón interesante. —Nic mira el gato más de cerca, al tiempo que Tom lo introduce lentamente en una bolsa de papel—. No hay muchas personas que lleven consigo una soga y que sepan usarla.

El de la policía científica pega una etiqueta en la bolsa.

—Se lo pasaremos a nuestro veterinario forense. Es de lo mejorcito. Si el gato lleva encima alguna prueba circunstancial o ADN del asesino, el veterinario lo encontrará y averiguará con toda exactitud cómo ha muerto.

Nic se pone a examinar una pila de correo y a continuación un pequeño teléfono inalámbrico que descansa en su base, junto al alféizar de la ventana. La pantalla informa de que hay catorce

mensajes pendientes. Levanta el plateado teléfono de su base, examina los iconos de la teclas y encuentra la agenda de contactos. Hay 306 entradas, todas ordenadas por el apellido. Pulsa Jacobs y aparece solo un contacto: Dylan. Vuelve a posar la mirada en la pila de correo y en un sobre dirigido al señor D. y la señora T. Jacobs. Lo toma y ve que está abierto. Dentro hay una tarjeta rígida, de color blanco, escrita con letras doradas y floridas. Los invitan a un baile de beneficencia. Nic le muestra a Mitzi el teléfono y la tarjeta.

—Por lo que parece, hemos encontrado al marido de la Dama de la Roca.

Mitzi, que ya se ha olvidado del gato, se aparta del investigador de la policía científica. El marido de Tamara Jacobs… O bien es su asesino y sabe que ha muerto o bien está a punto de ver su vida destrozada.

—Si tienes el número, llámalo.

Nic toma otra vez el teléfono, busca el nombre y pulsa la tecla de llamar. En la habitación se hace el silencio. Todas las miradas están fijas en él mientras el tono de llamada se propaga por el aire. No se muestra ningún número, únicamente el nombre de Dylan Jacobs, que bien podría encontrarse en otro continente. A Nic se le acelera el corazón a causa de la emoción.

El tono de llamada se interrumpe.

Contesta una voz de barítono.

—«Soy Dylan. En este momento no puedo hablar, deja tu nombre y tu número de teléfono y te llamaré en cuanto quede libre».

Nic corta la comunicación.

—Ha saltado el contestador. Volveré a intentarlo desde la oficina; allí podré grabar la llamada.

Mitzi asiente.

—De acuerdo. Llévate el teléfono a casa y examina todas las llamadas. Ya me encargo yo de terminar este registro.

Nic desenchufa el teléfono y se encamina hacia la puerta despidiéndose con la mano. Pero de repente se le ocurre una cosa y se vuelve.

—No hay fotos.

Mitzi lo mira desde el extremo opuesto de la habitación, con el entrecejo fruncido.

—¿Cómo dices?

—Que no hay fotos del matrimonio en toda la casa. Ni en el estudio ni en el dormitorio ni en ninguna parte.

Mitzi vuelve a pensar en los dormitorios del piso de arriba.

—Tienes razón. Y tampoco hay ropa de hombre en los armarios, ni espuma de afeitar ni artículos de tocador que no sean de mujer. De hecho, no hay ni rastro de que Dylan Jacobs haya vivido nunca aquí.

9

Sídney, Australia

Viktor Hegadus, de veintisiete años, se remueve incómodo en el borde de su tumbona, situada a escasos metros de la piscina privada.

Las ideas bullen en su mente.

No es de extrañar que le duela la cabeza. Es una jaqueca de las que se transforman en migraña. Y sabe que eso justamente es lo que va a suceder. Su única esperanza es echar una cabezada, una siesta breve pero profunda; sin embargo, no puede. Son demasiadas las cosas que le preocupan. Mañana llegan los obreros, y está pensando en decirles que no vengan hasta que él haya planificado mejor la ampliación: un ala de invitados independiente, con piscina y patio propios.

El sol de mediodía comienza a lamerle los pies. Se levanta y ajusta la sombrilla para permanecer en la sombra, a salvo. Le molestaría mucho quemarse. Sería horrible que la piel se le pusiera roja y reseca.

De repente suena el teléfono móvil, que está debajo de la tumbona contigua. Intenta no hacerle caso, igual que durante casi toda la mañana, pero finalmente experimenta una punzada de culpabilidad que lo obliga a atenderlo.

—Teléfono de Dylan, ¿quién llama?

No obtiene respuesta. Solo se oye un chasquido y un ruido, como si estuvieran transfiriendo la llamada.

—Diga —dice Viktor frunciendo el entrecejo.

—¿Está el señor Jacobs, por favor? Necesito hablar con él.

—No es posible. ¿Quién le habla?

—Me llamo Karakandez, Nic Karakandez. Tengo un asunto importante del que hablar con el señor Jacobs. ¿Le importaría pasarme con él o decirme en qué teléfono puedo localizarlo?

—En estos momentos se encuentra meditando. Y no desea que se le moleste. —Viktor pone fin a la llamada con brusquedad, anula el timbre del teléfono y arroja este con rabia debajo de la tumbona.

Si Dylan no es capaz de dedicarle algo de tiempo a él, desde luego no piensa consentir que lo dedique a hablar con desconocidos.

10

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

El programa informático Trakscan que tiene Nic en su terminal abre una ventana en la que informa de que la llamada se ha recibido en una villa privada de Tower Street, situada en Gordon's Bay, Nueva Gales del Sur. Busca en el directorio informatizado de Interpol y encuentra detalles de la policía de Nueva Gales del Sur. Seguidamente, continúa mirando hasta que localiza la zona que abarca Gordon's Bay y entonces marca el número de contacto.

—Superintendente Hawking. ¿En qué puedo ayudarle?

Nic le dice exactamente en qué.

Treinta minutos más tarde, un grupo de policías armados se coloca en posición alrededor de la multimillonaria villa orientada hacia las aguas tropicales del mar de Tasmania, y Nic recibe una llamada.

—Ya lo tiene todo listo, detective —dice el superintendente—. Su hombre no ha salido de casa en la última media hora, y en estos momentos no tiene adonde echar a correr, como no sea a los brazos abiertos de mis muchachos.

11

Centro urbano de Los Ángeles

El joven de cabello oscuro abre la portezuela de su viejo Ford Explorer y deja caer sus cansados huesos ante el volante. Acaba de finalizar una jornada completa de duro trabajo. Trabajo en la fábrica. Trabajo noble. Tiene el curro a quince kilómetros del lugar donde mató por última vez, y su casa se encuentra más lejos todavía, en otra dirección. Cuando piensa en estas cosas experimenta cierto consuelo. Arranca el motor y se prepara para recorrer un largo tramo de carretera antes de recogerse para dormir.

Conducir es bueno. Le gusta conocer vecindarios nuevos, estudiar a los que aún no ha matado y verlos pasear con sus hijos, sus perros y sus seres queridos cuando él pasa por delante con su coche. Imagina cómo es su vida. Y cómo sería su muerte. Lo dulce y misericordioso que podría ser con ellos… llegado el caso. Hace unos cuantos años, en la televisión un policía lo describió diciendo que era un reptil, un asesino de sangre fría carente de sentimientos, emociones y moral. No podía estar más equivocado. Lo que él hace lo hace por amor. Por amor a Dios.

Enciende la radio y sintoniza las noticias. Quiere saber qué dicen de él. Pero no hay nada. Se siente aliviado. Eso significa que no se ha iniciado ninguna caza del hombre, que no va a sufrir interferencias en su trabajo. El anonimato constituye su escudo, la manera que tiene Dios de mostrar su aprobación, una bendición, si se quiere. Lo atribuye a su modus operandi, su forma de actuar. Resulta curioso que todavía existan frases en latín. Fragmentos de una civilización del pasado que han cruzado los siglos y los

continentes para reaparecer en las ensangrentadas calles de la ciudad de Los Ángeles.

El joven aminora la velocidad al pasar por delante de la iglesia de su barrio y se persigna. De forma instintiva musita otra frase en latín:

—In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.

El ritmo que poseen estas palabras lo reconforta. Les da vueltas y más vueltas, igual que haría un niño fascinado con una piedrecilla lisa en la palma de la mano. Y luego recita su preferida: Dominus vobiscum, el Señor esté con vosotros.

Esta frase la pronuncia de modo distinto.

Estas palabras deben pronunciarse con suavidad, claramente, despacio, en actitud reverencial. Al fin y al cabo, son las últimas que llegan a oír las víctimas.

12

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

Cuando Nic efectúa la siguiente llamada internacional, en California son las ocho de la tarde del viernes y en Gordon's Bay, Sídney, las dos de la tarde del sábado. Mientras marca, abre un mapa de Google Earth. Amplía la imagen de la hermosa península australiana, pasa por encima de los impresionantes litorales marinos que rodean la reserva Dunningham y el parque Bundock y después desciende hasta la zona norte, que alberga los selectos hogares de los multimillonarios.

Esta vez es Dylan Jacobs en persona quien contesta a su teléfono, y no da la impresión de que la meditación y el sol hayan logrado relajarlo mucho.

—Jacobs —dice irritado, en tono cortante.

—Soy Nic Karakandez, señor Jacobs. —El tono del policía es tranquilo y amistoso—. Solo para que me quede claro, ¿usted es Dylan Jacobs, el marido de Tamara Jacobs, la guionista de Hollywood?

—¿Por qué quiere saberlo, señor Karikez?

—Karakandez, teniente Karakandez, del Departamento de Policía de Los Ángeles.

—En efecto, soy Dylan Jacobs, y Tamara es mi mujer. —Su voz ha perdido el tono agresivo—. ¿Para qué me llama, teniente?

—Me temo que han encontrado el cadáver de una mujer en Manhattan Beach. A partir de las fotografías que hemos obtenido, parece ser el de Tamara.

—Dios santo. No puede ser…

—Señor Jacobs, le pido disculpas por llamarlo de esta forma, pero soy detective de Homicidios y estamos tratando esta muerte como un caso sospechoso.

A Jacobs le cuesta hablar.

—Esto no puede estar sucediendo… ¿Están seguros de que se trata de Tamara?

Nic sopesa el tono de voz de Jacobs y decide que es sincero.

—Tan seguros como podemos estar sin contar con la identificación por parte de un familiar cercano —responde. Sin embargo, hay una cosa que lo está aguijoneando y que no le queda más remedio que mencionar—. Señor Jacobs, he escuchado todos los mensajes que había en el contestador de su mujer, y a pesar de que llevaba ausente más de veinticuatro horas, ninguno de ellos es de usted.

Jacobs exhala un largo suspiro.

—No hablamos mucho, detective. Puede que una vez por semana. Y en ocasiones menos. Llevamos varios años separados. Yo tengo una casa aquí, en Sídney, con mi socio… Me parece que antes ha hablado usted con él.

Nic ya se hace idea: un hombre rico y casado que se acerca al otoño de su vida decide salir del armario. Probablemente, por el bien de su esposa accede a mantener un barniz de respetabilidad heterosexual durante el máximo tiempo posible.

—Señor Jacobs, dentro de un momento llamará a su puerta un agente de la policía de Nueva Gales del Sur y le mostrará una fotografía que hemos escaneado y le hemos enviado. Necesitamos que usted confirme de manera oficial que esa es su esposa. ¿Entiende?

—Entiendo. Así pues, ¿existe alguna posibilidad de que se hayan equivocado?

—La verdad es que creemos que no. La identificación es más bien una formalidad.

—Oh.

—Lamento mucho su pérdida, y lamento que tengamos que hacer esto. También quisiera que el agente le formulase unas pocas preguntas, por si pudiera usted ayudarnos a encontrar al

responsable de la muerte de su esposa. ¿Será capaz de hacernos ese favor?

«La muerte de su esposa». Estas palabras dejan a Dylan mudo de estupefacción. Lleva un tiempo alejado de Tamara, pero le cuesta imaginar que no va a verla nunca más. Que ya no va a preguntarse qué tal le estará yendo. Que ya no va a abrigar la esperanza de que lo perdone y consiga ser feliz sin él.

—Señor Jacobs, ¿me ha oído?

Todavía debatiéndose interiormente, Jacobs asiente con la cabeza.

—Sí —logra decir finalmente—. Le he oído. —Y, sintiéndose vacío por dentro, cuelga el auricular.

Su mundo ha cambiado. Su mujer ha muerto. Ya no es un hombre casado.

13

Sábado por la mañana

Inglewood, California

A las ocho en punto Nic se levanta de la cama más cansado que cuando se acostó. Durante las primeras horas durmió como un lirón, pero luego se despertó cuatro o cinco veces. El insomnio es algo habitual desde que murieron Carolina y Max. Enciende la televisión para tenerla como ruido de fondo —compañía virtual— y porque su apartamento es tan pequeño que la oye hasta en la ducha.

Está secándose con la toalla cuando le suena el teléfono móvil. Sabe, sin necesidad de mirar, que se trata de Mitzi. Es la única persona que lo llama los fines de semana, y anoche ya era demasiado tarde para informarla de la conversación que tuvo con Jacobs. Lo más probable es que esté ansiosa por enterarse.

—Buenos días —le dice, todavía frotándose el cabello húmedo—. Acabo de salir de la ducha y pensaba llamarte después de prepararme un café.

—¿Quieres decir que te he pillado desnudo? Dios de los cielos. Por favor, dime que sí, aunque no sea verdad. Ya sabes que las mujeres casadas necesitamos un poco de diversión inofensiva.

—Estoy en pelota picada, en todo mi esplendor.

—Basta, que me están entrando calores. ¿Qué tal te fue con Jacobs?

Nic deja caer la toalla y se viste con una mano sin dejar de hablar.

—Resulta que el marido es gay y vive en Sídney con un compañero al que le dobla la edad.

—Imposible.

—Tal como te lo cuento. Los policías de allá me han dicho que su mujer rompió con él hace varios años, cuando admitió que era homosexual, pero que no llegaron a divorciarse.

—¿Y por qué?

—No está muy claro. Dylan me dijo que Tamara no quería que todo el mundo se riera de ella, y que como él trabajaba mucho en el extranjero se inventó la historia de que siempre estaba viajando por motivos de trabajo.

—¿Y ahora tiene casa en Australia?

—Sí, y en el sur de Francia y en Bali. Como se dedica a los negocios inmobiliarios, vende casas de lujo a los ricos y famosos y de paso consigue alguna que otra ganga para sí.

—Mira qué bien.

—Los policías de Nueva Gales del Sur han sido de gran ayuda. Les envié una foto que recuperó de la casa de Tamara uno de los nuestros de la científica, y Jacobs la ha identificado.

—¿Dónde se encontraba nuestro magnate de los negocios inmobiliarios cuando la asesinaron?

—En Sídney, donde ha estado todo este mes. La historia que ha contado encaja. No pudo hacerlo él.

—¿No tiene ningún motivo?

—Me parece que no. Nos proporcionó los datos de sus abogados para que los llamásemos. Hace más de un año Dylan Jacobs firmó un contrato por el que regalaba a su mujer la propiedad de Los Ángeles y dividía el capital, las acciones y los ahorros. Por lo visto, tenían una relación extraña pero amistosa.

Por el teléfono se filtran las voces de unas adolescentes gritándose la una a la otra.

—¡No hagáis ruido! —exclama Mitzi tapando el auricular con la mano—. No molestéis a vuestro padre, está intentando dormir. —Espera a que se callen y continúa—: Perdona, Nic, tengo que dejarte. Mis dos hijas tienen fiestas hoy, y ya están alborotadas. ¿Saldrás a navegar?

—Me has leído el pensamiento.

—Que se te dé bien.

—A ti también —dice Nic—. Espero que las chicas se diviertan.

Cuelga imaginándose a Mitzi embutiendo a Jade y a Amber en el maltrecho monovolumen familiar mientras el holgazán e inútil de su marido se queda en la cama y se pasa el día durmiendo la mona del viernes. Mitzi estaría mucho mejor sin él.

Se prepara un café instantáneo y piensa un poco más en el marido de Mitzi. Ella le ha contado que en cierta ocasión la golpeó. Que le propinó una bofetada porque vio a un vecino salir de la casa en el momento en que él regresaba borracho después de una juerga. El muy idiota contó dos y dos y le salieron cinco. Mitzi, a su vez, le dio una patada en el culo y allí acabó todo. En cambio, Nic ahora se pregunta si el vendaje que llevaba en la oficina no sería en realidad el resultado de otra pelea. Se sirve un poco de zumo de naranja y se come una taza de copos de avena sin nada de leche: una manía heredada de cuando estaba soltero y siempre se le acababa todo menos los cereales. Si Mitzi tuviera problemas, se lo diría. Y en tal caso, sería un placer para él ir a poner al marido en su sitio.

Son algo más de las nueve cuando cierra la puerta de casa y se sienta al volante para el trayecto de media hora hasta Terminal Island, situada al este de San Pedro y al oeste de Long Beach. El puerto deportivo Al Larson, ubicado en la avenida Seaside, está alquilado al Departamento de Puertos de Los Ángeles y contiene más de un centenar de amarres, para embarcaciones de entre seis y quince metros de eslora. Justo en el medio se encuentra el orgullo y la alegría del agente Karakandez, lo único que le ha permitido conservar la cordura.

El Reunión no es un yate de los que atraen las miradas. De hecho, este balandro de nueve toneladas y de la marca Hillyard es más bien una especie de Betty la Fea. Nunca se verá cerca de él a ninguna supermodelo en bikini ni a ningún príncipe playboy, y mucho menos a bordo de él. Pero después de que murieran su mujer y su hijo, Nic se enamoró de este cascarón oxidado y rescató su quilla de hierro forjado y sus cuadernas de roble blanco del taller de desguace. El proceso de renovar algo le hizo mucho bien en el alma, ya que no en el bolsillo. Hasta el último centavo que ha ganado lo ha invertido en reparaciones: en reconstruir, restaurar y

calafatear, en poner una cabina nueva en el centro y dotarla de un volante, en forrar los tres camarotes con madera de caoba, en cubrir con fibra de vidrio las gruesas cubiertas de pino.

Pasa la mañana ocupado con el mástil de diez metros y aplicando barniz a la cubierta trasera. A eso de la una de la tarde salta a tierra para tomar algo caliente. De pronto, descubre al otro lado del muelle a una persona que le resulta conocida, aunque tiene que mirarla dos veces, porque nunca la ha visto llevar puestos más que pantalones vaqueros y jerséis.

—¿Doctora Chang?

Desde la orilla, Amy Chang se vuelve haciendo ondear su melena azabache. Detrás del rosa pálido de los labios se distingue un destello de dientes blancos como la nieve, y en sus ojos entre pardos y verdes surge una chispa de luz.

—Detective Karakandez —pronuncia su nombre con afecto al tiempo que se dirige hacia él con las manos metidas en los bolsillos delanteros y balanceando suavemente las caderas contra un enorme bolso color crema que lleva colgado del hombro—. Me ha dicho un pajarito que tiene usted un barco aquí.

Nic va a su encuentro.

—Pues ese pajarito ha acertado. Pero estoy seguro de que usted no navega, ¿a que no?

—No, en absoluto. No he salido al mar en toda mi vida, a no ser que cuente un ferry que tomé en San Francisco.

—Eso no cuenta. Bueno, y entonces, ¿qué la ha traído hasta el puerto?

La doctora sonríe.

—El aire fresco. Despejarme la cabeza. Olvidarme por un rato del trabajo.

—Desde luego, este es un sitio estupendo para eso. —Nic señala con la cabeza el ballenato metálico que ocupa el amarre siguiente al suyo—. Ese es mi barco. Impresiona, ¿verdad?

La doctora esboza una sonrisa irónica.

—Yo diría más bien que resulta distintivo.

Nic se echa a reír.

—Voy a tomar un café y un bocadillo. ¿Tiene usted tiempo para eso?

—Claro que sí. —Amy se siente cómoda al comenzar a pasear a su lado. Una bandada de gaviotas remonta el vuelo desde los tablones del muelle y se eleva hacia el cielo.

Nic se vuelve hacia ella y dice:

—Ese pajarito que le ha dicho que tengo aquí un barco, no se llamará Mitzi, ¿no?

Amy se lleva un dedo a los labios.

—Detective, sabe de sobra que no se debe pedir a una persona que revele sus fuentes.

Aún sonríen los dos cuando entran en la cafetería The Deli del muelle. Está más abarrotada de gente que el infierno en el día del Juicio Final, llena de familias que se han sentido atraídas por la idea de disfrutar un poco del buen tiempo y pasar un fin de semana junto al mar.

La suerte les sonríe, y se hacen con una mesa que acaba de quedar libre justo al fondo. Desde allí piden café, un par de sándwiches calientes de atún y una ración de patatas fritas para compartir. A pesar de que Amy ha afirmado que deseaba alejarse un poco del trabajo, este es el único terreno que ambos tienen en común, de manera que no puede evitar informar a Nic de cómo va avanzado su caso.

—He llamado a un experto en mareas. Resulta que la fallecida entró en el agua en las primeras horas de la madrugada del jueves. Él calcula que alrededor de las dos o las tres.

—¿Tiene idea de en qué lugar?

—Desde el embarcadero. Lo más probable es que el autor del crimen creyera que iba a ser arrastrada mar adentro.

—¿Has podido establecer la hora de la muerte? —pregunta Nic, pasando al tuteo.

—Ya sabes cómo funcionan estas cosas. Eso no se sabe con tanta precisión. Partiendo de la temperatura del cadáver obtengo una franja de unas tres horas, así que podría ser desde la una o la una y media hasta las cuatro o cuatro y media. Teniendo en cuenta la

intensidad de la marea y el punto en que terminó apareciendo el cuerpo, yo diría que la hora más probable es la una y media.

Nic saca una tira de queso tostado del borde del sándwich.

—La víctima es una guionista de Beverly Hills.

—Era —puntualiza ella.

—Era. —Nic se lame la grasa del dedo y señala hacia el cielo—. A lo mejor todavía lo es. A lo mejor en este momento está trabajando con Shakespeare y Orson Welles.

—Sería agradable creer eso. —Amy unta una patata frita en mayonesa y ketchup—. ¿La asesinaron en su casa?

Nic para un momento de comer.

—Todo parece indicar que en el salón. Yo no vi ningún indicio cuando estuve allí, pero los criminalistas han encontrado salpicaduras de sangre en el techo.

—¿Del mismo individuo?

—No han analizado el ADN, pero pertenece al mismo grupo.

Amy hace un gesto de asentimiento.

—Y en cambio no hay salpicaduras en los muebles, el suelo y las paredes, ¿verdad?

—Parece ser que no. —Nic le está leyendo el pensamiento—. Sí, suponemos que el asesino lo planeó todo al detalle.

—El que inventó los plásticos tiene muchas explicaciones que dar.

—A mí me lo vas a decir. —Nic bebe un sorbo de café—. Encontramos el gato; el asesino también se encargó de ese detalle. ¿Te lo han hecho llegar?

Amy asiente con la cabeza y coge otra patata.

—Está en el congelador. Es lo primero que va a examinar el veterinario forense el lunes por la mañana.

—Dime una cosa, ¿nunca te deprime ver tanta muerte?

—Algunas veces. Aparte de tu guionista, esta semana tengo otros siete cadáveres. Tres accidentes de tráfico, un suicidio, un tiroteo desde un coche, una violación con asesinato y un homicidio que podría ser obra de un asesino en serie.

Nic se limpia los dedos con una servilleta de papel y dice:

—Estoy deseando librarme de toda esa escoria, largarme a un millón de kilómetros de todos esos asesinos en serie, maleantes,

violadores y porreros.

Amy lo mira detenidamente.

—De modo que es cierto. ¿De verdad vas a entregar la placa?

—Ya la he entregado. Cuando acabe este mes, seré historia. Después, ese precioso yate que has visto y yo vamos a casarnos y a empezar una nueva vida juntos.

—Espero que seáis muy felices. —Amy esboza una sonrisa—. Pero es una lástima, siempre he pensado que iba a salir con un hombre que no trabajase en esto.

Nic se remueve, incómodo.

—Cuando deje de trabajar en esto, espero poder reaccionar a una frase así de manera distinta. Pero en este momento todavía estoy… —Se esfuerza por encontrar la forma adecuada de decirlo.

—Jodido —dice Amy—. Ya lo sé, me lo ha dicho el pajarito. —Pone una mano encima de la de él—. No quiero presionarte, Nic. Cuando llegue ese momento, acuérdate de mí, solo eso.

14

Domingo

Carson, Los Ángeles

Aún es temprano, pero ya circulan vecinos por Renton Street. Están lavando el coche o las ventanas, limpiando de basura el césped… aprovechando al máximo lo poco que tienen.

El individuo de la destartalada vivienda que se alza al fondo de la calle sin salida recorre el corto trecho que separa la puerta de su casa del buzón verde y oxidado que hay al final del camino de entrada para coches. Es una tarea que lleva a cabo únicamente una vez por semana, después de desayunar y antes de acudir a la iglesia.

El correo que contiene el buzón va dirigido a un tal John James. Es el seudónimo por el que ha cambiado legalmente su nombre original. James es el nombre de pila más común en Estados Unidos, seguido por John. Con su deseo de integrarse, le pareció apropiado combinar los dos.

JJ vive solo y es un animal de costumbres. Las costumbres son una cosa importante; se acercan mucho al ritual y son afines al sacrificio. Él nunca falta al trabajo, y jamás deja de ir a la misa en latín del domingo. La dedicación y la devoción son dos de las cosas más importantes de su vida, una vida muy extraña e insólitamente privada.

La de St. Patrick es una de las pocas iglesias en las que todavía se puede asistir a una misa católica tradicional. Él siempre se sienta en el mismo sitio: pasillo del centro, al final de todo. Es el lugar perfecto, pues le permite ser el último en entrar y el primero en salir,

en esfumarse antes de que los demás se arremolinen a su alrededor y le cierren el paso.

Permanece unos instantes sentado dentro del coche, observando a los que aún no ha matado, el modo en que se mezclan y conversan los unos con los otros, se dan besos y apretones de manos, se saludan y sonríen para después dedicarse a sus mutuos, pecaminosos, quehaceres.

Mentirosos. Estafadores. Farsantes. Él los ve tal como son.

Arranca el motor del Explorer y se va, murmurando las Escrituras como un niño que saborea un caramelo al tiempo que intenta que le dure lo más posible.

—Hostiam puram, hostiam sanctam, hostiam immaculatam. Víctima pura, víctima santa, víctima inmaculada.

Cuando regresa, los vecinos todavía están lavando y limpiando. Él los ignora, entra en casa y sube al dormitorio. Derecho a por la cuchilla. Se queda de pie, desnudo. Desnudo ante los ojos de Dios. A continuación, lentamente, se hace varios cortes en el pecho, los brazos y las piernas, formando un intrincado dibujo de cruces. El acero se hunde lo suficiente para que brote la sangre, pero no tanto como para producir una herida que necesite puntos.

No siempre ha sido así. En los primeros días de su devoción, tocó una arteria femoral y estuvo a punto de morirse. Ahora ya tiene más práctica y es más cuidadoso. Sería horrible que muriera antes de que fuese su hora, antes de que llevara a cabo su misión. Se sitúa frente a un alto espejo atornillado a la puerta del dormitorio y examina el dibujo que forman sus heridas sangrantes.

—Omnis honor et gloria. —Todo honor y toda gloria. Susurra estas palabras una y otra vez. Despacio. Con calma. Haciendo largas pausas entre una y otra.

Mientras ese mantra va inundando su mente, toma una sábana blanca y se la enrolla al cuerpo, bien ceñida. Es una sensación divina: el crujido de la tela, el olor a jabón, la visión de la sangre que va empapando lentamente esa blancura celestial.

JJ se acurruca en el suelo de madera y se imagina que agoniza, que está yendo derecho al cielo.

15

Lunes

Culver City, California

Son las diez de la mañana y el sol de California brilla igual que en los tebeos: una bola que parece anunciar el fin del mundo, que irradia una potente energía anaranjada que ya empieza a abrasar a todos y a todo lo que hay debajo.

Nic está echando la bronca a Mitzi, el pajarito, mientras ambos se dirigen en coche al estudio cinematográfico en el que trabajaba Tamara Jacobs.

—No me hace falta ninguna casamentera. Resultó muy embarazoso que la doctora apareciese por allí de repente.

—No lo fue en absoluto. —Mitzi lo señala con la mano—. Eres un idiota. Amy está soltera, y tú le gustas lo suficiente para que se tomara la molestia de cruzarse la ciudad solo por si acaso. Te toca la lotería, y en vez de ir a cobrar el premio vas y rompes el billete. Eres el memo más gilipollas que conozco.

—No deberías provocarme de ese modo.

Mitzi se vuelve hacia él y muestra lo decepcionada que está.

—Espabila de una vez, Nic. Amy Chang es una chica agradable, inteligente y muy guapa, y además está disponible. La conozco bien. Es una amiga, una persona maravillosa. Créeme, no hay muchas como ella.

—Oye… ya sé que es una chica agradable, pero, por favor, déjame en paz.

—Para cuando estés en paz, ya se te habrá pasado la edad de merecer y serás demasiado viejo para estar con alguien. Necesitas

un buen empujón, y ahí es donde intervengo yo. Soy la que te empuja.

—Fuera del trabajo, no. —Nic está a punto de decirle que ella es la última persona que debería dar consejos acerca de las relaciones, pero se contiene. La intención de Mitzi es buena, con independencia de lo que haga o lo que diga; sus sentimientos están siempre donde deben estar—. Tres semanas. —Da una palmada en el salpicadero del coche—. Se me está haciendo lentísimo. Dentro de tres semanas, seré un ciudadano común y corriente.

—Gracias. —Mitzi se lo toma como algo personal—. Yo también voy a echarte de menos.

Le apetecería presionarlo un poco más, decirle que es un cabrón desagradecido, pero ya han llegado a destino, Anteronus Films Inc. Se quita las gafas y enseña la placa al guarda de la entrada. Este levanta la barrera de seguridad, un poste pintado a franjas blancas y rojas, y les franquea el paso.

Los dos policías aparcan y se ponen a esperar bajo un sol de justicia, pensando en lo mucho que necesitan que finalice pronto un caso que ya está amenazando con transformarse en una investigación de primer orden.

Su concentración se interrumpe cuando ven aparecer a un guarda de seguridad de uniforme. Este los invita a subir a un vehículo eléctrico color crema que los traslada hasta un edificio de ladrillos rojos rodeado por un césped inmaculado.

Un reluciente ascensor de caja metálica y espejos impecables los deposita sobre la lujosa moqueta azul de la planta ejecutiva, donde los hacen traspasar unas puertas dobles de nogal tallado a mano para llegar a la presencia del presidente de la empresa.

Brandon Nolan es un ejecutivo de sesenta y tantos años que hace treinta se labró la fama de ser un agente agresivo y un brillante financiero del mundo cinematográfico. Con su estatura de apenas un metro setenta y cinco, es uno de los nombres más importantes de la Ciudad del Oropel. Los medios de comunicación insisten mucho en el detalle de que nunca sale con mujeres que tengan más de la mitad de años que él o le saquen menos de doce centímetros de altura.

—Detectives, pasen y siéntense. ¿En qué puedo ayudarles?

—Señor Nolan, una de sus guionistas ha aparecido muerta en Manhattan Beach. —Mitzi lamenta llevar los dedos vendados en el momento de sacar una fotografía que tomaron en la casa de la víctima—. Tamara Jacobs.

Nolan toma asiento detrás de un escritorio gigantesco, junta las manos y observa la foto con gesto pensativo.

—No la conocía.

Mitzi enarca una ceja.

—¿Cómo es posible?

—Hacemos quince películas al año, puede que veinte. Conozco a todos los directores, y también a todas las estrellas; pero ¿a los guionistas? A esos solo los conocen los del departamento de contabilidad. —Apoya una mano en el teléfono—. ¿Les han ofrecido café?

—Estamos bien así. —Mitzi ya se ha percatado de que a este tipo no le importa otra cosa que el balance de cuentas—. En un artículo que hemos visto dice que estaba trabajando en una película titulada El sudario. ¿De qué trata?

—Ah, vale, conque esa es de ella. —Nolan vuelve a dejar el teléfono en su sitio—. Es un thriller religioso que gira en torno a la Sábana Santa de Turín.

Nic se muestra súbitamente interesado.

—¿Cuál es el argumento?

Nolan sonríe.

—Compre una entrada y un cubo de palomitas, y lo sabrá.

—No es muy probable que haga tal cosa. ¿Terminarán la película de todos modos, aunque sea sin Jacobs?

—Desde luego. Hay guionistas a patadas. La terminarán.

—¿Tamara tenía un despacho aquí? —inquiere Mitzi—. ¿Alguna mesa en la que trabajaba, algún sitio en el que guardaba apuntes, diarios, esa clase de cosas?

Nolan se rasca una ceja.

—No lo sé. Voy a pedir a alguien de Recursos Humanos que hable con ustedes.

—Es que en su casa no había ningún ordenador —interviene Nic —. Y supongo que un guionista ha de tener un portátil o una tableta,

o algo parecido.

Nolan asiente con la cabeza.

—Eso cabría esperar. ¿Algo más?

—Quisiéramos una copia del guion que escribió Jacobs —dice Mitzi—. Y también copias de cualquier parte de la película que ya se haya rodado.

—¿Es realmente necesario?

—No lo sabré hasta que lo haya visto. A lo peor resulta una pérdida de tiempo total, pero a lo mejor nos permite dar un importante paso adelante. Por favor, ordene que me faciliten esas copias.

Nolan exhala un suspiro de contrariedad.

—Muy bien.

—Ah, y los compañeros de trabajo —agrega Mitzi, como si estuviera haciendo de memoria la lista de la compra—. Necesitamos entrevistar a los compañeros de trabajo que tenía. Imagino que al director y al reparto completo.

Nolan hace una mueca de disgusto.

—¿Puedo tener la esperanza de que todo eso lo hagan ustedes de manera discreta y en los ratos libres de los empleados? ¿Después de la jornada de trabajo, quizá, para no alterar el curso de la película?

Mitzi sonríe.

—Cómo no. La esperanza es lo último que se pierde.

16

Anteronus Films, Culver City

Transcurren quince incómodos minutos antes de que se oiga llamar a la puerta del despacho de Nolan. Entra una mujer joven y delgada como un lápiz, vestida con un traje marrón claro, y mira al presidente, que señala a los dos policías con un gesto de la cabeza.

—Sarah Kenny —se presenta—. Soy de Producción, y vengo para llevarlos al plató.

Al salir, Mitzi advierte que la joven tiene los ojos enrojecidos, y adivina que ya le han comunicado la noticia.

—¿Conocía usted bien a Tamara Jacobs?

—Antes de la película, no. Siempre fue muy amable conmigo.

Sin decir mucho más, la joven los hace recorrer casi un kilómetro en un vehículo a través del recinto, hasta una barrera de seguridad. Al llegar enseña su tarjeta de identificación al guarda. Se apean y continúan a pie hacia lo que, según les anuncia, es el escenario más grande de los estudios: un amplio espacio del tamaño de tres hangares en cuyo interior se ha montado un paisaje histórico.

—Santo cielo, es como si la Edad Media entera hubiese viajado por un túnel del tiempo y hubiera aterrizado aquí —comenta Mitzi sintiéndose igual que una turista.

—El año treinta y tres de nuestra era, para ser precisos —dice Sarah, todavía en tono de tristeza—. Lo que están viendo es la casa que poseía Pilato en Jerusalén. El señor Svenson tuvo aquí a un equipo de historiadores durante varias semanas, supervisando la construcción, para cerciorarse de que fuera rigurosamente exacta. Es un perfeccionista.

Nic tiene un pálpito.

—¿Está enamorada de él?

—No. —La joven se sonroja ligeramente y señala una zona más allá del escenario, llena de cortinajes, luces atenuadas y cámaras automáticas.

—Ya lo creo que sí —insiste Mitzi—. Cielo, ten cuidado con lo que haces. Los chismorreos se propagan a toda velocidad. Las cosas que hacemos, las personas con las que tratamos justo al principio de la carrera profesional, tienen la mala costumbre de volverse contra nosotros y mordernos.

Sarah se ruboriza intensamente. Tiende la mano hacia una mesa atestada de guiones y coge sendas copias para sus invitados.

—La escena que está a punto de rodarse tiene lugar justo después de la ejecución de Jesucristo.

Al oír una voz masculina que grita: «¡Acción!», ambos bajan la cabeza hacia el guion.

EXTERIOR. Casa de Pilato. Noche. Edificio iluminado por brillante luz de antorchas, en medio de un jardín exuberante. Soldados romanos paseando y haciendo guardia.

Escena 31

PLANO DESDE GRÚA, ZOOM LENTO SOBRE UNOS PILARES MAJESTUOSOS. CORTE A

INTERIOR

Escena 32

PONCIO PILATO está sentado en una silla muy ornamentada, color dorado y rojo, sobre una plataforma elevada, tal como corresponde a su cargo. Mira con nerviosismo (cámara izquierda)

hacia un CRIADO que queda fuera del campo visual y anuncia oficialmente:

CRIADO: Nicodemo el Fariseo y José de Arimatea, mi señor.

PILATO se levanta y, esbozando de mala gana una sonrisa profesional, baja del podio y mira al criado.

PILATO: Déjanos. Que salgan todos.

PILATO acude a recibir a los dos hombres y abraza a Nicodemo, el cual sabe que es una figura poderosa, capaz de causarle inmensos problemas o de hacerle considerables favores.

PILATO (continúa): Nicodemo, maestro del Sanedrín, siempre es un placer verte… aunque sospecho que no es una visita de placer lo que te trae a mi casa en lo más negro de la noche.

NICODEMO: En efecto, no es una visita de placer, pero sí es muy negro lo que me obliga a molestarte a esta hora tan intempestiva… (Señala a su derecha con un ademán). Este es José de Arimatea. ¿Lo conoces?

PILATO: Sí.

PILATO observa con cautela a ese hombre de rostro infantil y ricos ropajes y le tiende la mano. Ambos se aferran por las muñecas, al estilo romano.

PILATO (continúa): Eres pariente del hombre al que hemos crucificado, Jesús el Nazareno. Eres tío de la mujer que afirma ser virgen y a la vez su madre.

JOSÉ (en tono desafiante): Así es.

PILATO: En ese caso, no tengo necesidad de explicarte las dificultades que he tenido, los problemas que me ha causado tu

familia.

JOSÉ (en tono mordaz): Según la ley romana, el cadáver de un ajusticiado debe permanecer un año en una fosa común antes de que se le permita a la familia hacerse cargo de él.

PILATO: Esa es la costumbre.

JOSÉ mira a NICODEMO buscando apoyo.

JOSÉ: Yo deseo romper esa costumbre. Deseo llevarme el cadáver ahora, y sepultarlo en una tumba de mi propiedad.

PILATO (sorprendido, reacciona en tono irónico): Por supuesto que sí. ¿Cómo he podido tener la audacia de imaginar que ese hombre iba a dejar de causarme problemas solo porque ya hubiera muerto?

JOSÉ (haciendo caso omiso del estallido): Poseo dinero, poder e influencia, cosas que bien sabes que vas a necesitar en abundancia en un futuro muy próximo. Te ruego que lo pienses mejor.

NICODEMO (tocando la manga de PILATO): Harías bien en escucharle. A ti no te supone nada entregarle el cadáver de ese hombre.

PILATO (se aleja): Me supone mucho, y tú lo sabes, Nicodemo.

JOSÉ (yendo detrás de PILATO): Es un favor que jamás olvidaré… y que pagaré gustosamente.

PILATO (con una mano en la barbilla): He aquí lo que podemos hacer: puedes llevarte a tu judío crucificado, pero debe permanecer en tu tumba hasta que haya transcurrido un año. Solo entonces podrá su familia llevarse su cadáver.

—Muy bien, corten. ¡Corten!

La instrucción procede de un varón al que no se ve, dueño de un leve acento escandinavo.

—Tack själv, gracias. Retírense, por favor.

Sarah Kenny, por la cara que pone, da la impresión de que acabara de presenciar un milagro en la vida real.

—Voy a llamar al señor Svenson —anuncia al tiempo que sale disparada detrás del tipo con acento sueco.

—No hay más que ver cómo le brillan los ojos —comenta Mitzi siguiendo a la ayudante con la mirada—. Está tan colgada de él que casi duele.

Nic frunce el entrecejo con expresión de sorna.

—Yo creía que tu misión era conseguir que todo el mundo se quedase colgado.

Ella le devuelve una mirada de pocos amigos.

—Todo el mundo no; solo los compañeros memos que viven demasiado en el pasado.

17

Centro de Los Ángeles

Emma Varley, de veinticuatro años de edad, se mira fijamente en el espejo colocado encima de la fila de lavabos sucios y agrietados del aseo de empleados. Al igual que les ha sucedido a un millón de mujeres antes que ella, desearía que las cosas fueran diferentes.

Observa en particular una marca de nacimiento de color fresa del tamaño de un dedo pulgar que tiene en mitad de la mejilla izquierda. Su madre siempre le ha dicho que parece un bonito hoyuelo. Si alguna vez gana un poco de dinero como es debido, piensa operarse. Hasta que llegue ese momento, hace todo lo que está en su mano para disimularla con polvos.

Ahora que se mira mejor, descubre más cosas que odiar: un cabello castaño y tupido que no es capaz de alcanzar una longitud decente sin encresparse y unos ojos tan miopes que necesita usar unas molestas lentillas o unas gafas de culo de botella.

También le gustaría tener la nariz más pequeña, la barbilla más larga, los mofletes menos carnosos.

Hasta apartarse del espejo entraña peligro. Al dar un paso atrás se acuerda de que tiene los pechos demasiado pequeños, la cintura demasiado ancha y las piernas demasiado cortas. Su madre dice que el físico no lo es todo, pero en Los Ángeles, desde luego, una tiene la sensación de que sí lo es.

Las chicas del trabajo se burlan de ella y le hacen la vida imposible. Son tan cabronas que incluso le hacen la vida imposible al jefe. Coquetean con él, se mofan, lo provocan enseñando las tetas y las piernas y luego le preguntan por la novia que saben que no tiene y que posiblemente no ha tenido nunca. Lo llaman Cara de Besugo.

Emma sale del aseo como siempre: enfadada y deprimida. Cabizbaja y tapándose tímidamente la marca de nacimiento, se encamina hacia la salida con la idea de respirar un poco de aire fresco.

—¡Eh, ten más cuidado con lo que haces!

Ha chocado contra Cara de Besugo, con lo cual también le ha amargado el día. Le ha derramado un vaso de café solo muy caliente en el pantalón y los zapatos. Ahora Cara de Besugo está dando más saltos que un gato escaldado.

—¡Ay, Dios, lo siento mucho! —Emma le coge el vaso, que sostiene en la mano izquierda, y el cuaderno y los papeles, todos empapados, que lleva en la derecha—. Espere, que saco un pañuelo. Perdone. —Deja las cosas en el suelo y extrae del bolso un paquete de pañuelos de papel—. Qué desastre, lo siento much…

Pero el otro da media vuelta y se va. La deja colgada. Ella, furiosa, echa a andar hacia el aseo de caballeros.

—¡Dios todopoderoso! —exclama dando una patada en el suelo. Si fuera con su carácter, soltaría un taco y se tiraría del pelo, pero eso no va con ella. No es así como la han educado. De modo que hace varias inspiraciones profundas y procura calmarse. Si la despiden, pues que la despidan. De todas formas, este empleo es una mierda.

18

Anteronus Films, Culver City

Cuando aparece Matthias Svenson, Mitzi entiende de inmediato por qué Sarah Kenny y probablemente todas las demás féminas de la película están coladitas por él. Treinta y muchos años, abundante melena de color rubio arena, bastante más de un metro ochenta de estatura; con toda seguridad, en su vida anterior fue un guerrero nórdico. Está claro que el azul glacial de sus ojos y la asombrosa blancura de sus dientes provienen de un depredador sigiloso, un animal lobuno dotado de una necesidad sexual primitiva que sin duda satisface con regularidad.

—Soy Matthias —dice ofreciendo una mano de guerrero y una sonrisa muy hollywoodiense, perfectamente aprendida—. El director.

Mitzi pierde los dedos en el interior de una mano cavernosa.

—Teniente Fallon, del Departamento de Policía de Los Ángeles. Este es mi compañero, el detective Karakandez.

Nic se limita a hacer un gesto de asentimiento.

Mitzi observa al director con renovada curiosidad.

—¿Es usted europeo, Matthias? No acabo de ubicar su acento.

El director rompe a reír.

—Le ocurre a la mayoría de la gente. Soy sueco, pero mi nombre es alemán. Significa «regalo del Señor». —Les lee el pensamiento, y añade—: No me lo pusieron por vanidad, sino porque mis padres perdieron varios hijos que no llegaron a nacer, y a mí me tuvieron ya muy tarde.

A Mitzi no le costaría nada encariñarse con este tipo. Oh, sí. Si tuviera una máquina del tiempo que la transportase hasta una época anterior a cuando se casó, hasta un chalé en las nevadas montañas

de Escandinavia y una alfombra delante del fuego de la chimenea, no le costaría nada encariñarse con él de forma especial. Lanza una mirada a Sarah. Es una expresión fraternal de aprobación. Le da su consentimiento para que ella se sienta en libertad de ponerse en ridículo del modo que le apetezca.

—Me temo que tenemos una noticia muy grave, señor Svenson —tercia Nic, deseoso de ir al propósito de la visita—. Su guionista, Tamara Jacobs, ha muerto.

—¿Tammy? —Svenson parece asombrado de verdad—. ¿Que ha muerto? ¿Cómo?

Mitzi agrega unos cuantos detalles más:

—Encontraron su cadáver en el mar, en Manhattan Beach.

—Dios mío.

—¿Sabe usted si tenía alguna amistad íntima, familiares?

Svenson se para a pensar.

—Hace un tiempo que se separó de su marido. Eso es confidencial. Que yo sepa, fue una separación amistosa. —Se esfuerza en buscar el modo adecuado de decirlo—. Me parece que él pasa mucho tiempo fuera del país… con su nuevo compañero.

Nic toma nota del énfasis con que ha pronunciado la palabra «nuevo».

—¿Cuándo la vio por última vez, señor Svenson?

—¿Yo? —Pone cara de desconcierto—. El miércoles, creo. Sí, estoy bastante seguro. —Mira alternativamente a un policía y al otro —. Ahora me acuerdo, fue después de almorzar, estábamos sentados fuera del plató con un café, hablando del guion.

—¿A qué hora exactamente?

—De eso no estoy seguro. —Les muestra las dos muñecas para que vean que no lleva reloj—. Soy artista, y por lo tanto no creo en eso de ir por ahí maniatado. Fue después de comer. Serían las tres o las cuatro.

—A la una hicimos una pausa para almorzar —interviene Sarah, deseosa de ayudar.

—Entonces fue más cerca de la cuatro —apunta Svenson—. Yo salí tarde del plató. Comí con el publicista de los estudios y luego estuve examinando unas primeras pruebas con el ayudante de

dirección. Después me reuní con Tammy y decidimos tomarnos un café sentados al sol para hablar del final.

Mitzi necesita cierta aclaración.

—¿El final de qué? ¿De la película?

—Exacto. Todavía no me ha entregado las escenas finales. Tenemos un final alternativo, naturalmente, pero se acordó que ella podía reservarse el secreto hasta el último momento. Lo único que sé es que está ambientado en Tierra Santa.

—Para eso hay que construir gran cantidad de decorado.

—Así es. Menos mal que existe la tecnología de la pantalla verde.

—¿Hubo problemas en el plató, señor Svenson? ¿Discusiones entre Tamara y alguno de los personajes?

—¿Con los actores, quiere decir? No, ninguno en absoluto. —A Svenson casi parece hacerle gracia—. A Tammy no le interesaban los actores, sino únicamente los textos y el guion. La única ocasión en que acudió al plató fue para verme y proponerme algún cambio.

—¿Con quién tenía más contacto? —pregunta Nic.

Svenson señala con la cabeza a la ayudante.

—Conmigo y con Sarah. Si yo no estaba, le dejaba notas a ella y la ayudaba mucho con la administración.

—De la que hay un montón —comenta la ayudante con una sonrisa.

—Perdonen, pero tengo que dejarlos. ¿Les parece bien? —Svenson indica el plató que tiene a la espalda.

—Por supuesto. —Mitzi extrae una tarjeta de visita de la chaqueta —. Pero necesito una copia completa del guion o por lo menos una versión lo más completa posible. Y, por favor, no salga de la ciudad sin antes comunicármelo —añade sonriendo por lo cursi de esta manida frase.

Svenson coge la tarjeta y guiña un ojo de un azul glacial.

—No se preocupe, teniente. Puede contar con ello.

19

Centro de Los Ángeles

Suena el timbre de la pared.

Hora de fichar. Estalla una algarabía que recorre todo el recinto de la fábrica. Un coro de estridentes voces femeninas sustituye al zumbido implacable de la vieja maquinaria. Emma se queda unos momentos junto a su máquina con la cabeza agachada, esperando a que las viejas brujas terminen de salir.

—¡Eh, tú, caraculo! —Quien la increpa es Jenny Harrison, la peor bruja de todas—. ¡Acércame la limusina hasta la entrada, que quiero abrirme! —Sus compañeras le ríen la gracia.

Emma procura no hacerle caso. Los matones se ensañan más si advierten que te están haciendo daño; esa lección ya la aprendió hace mucho tiempo.

—Puta de mierda, debería patearte ese culo rojo que tienes. —Al pasar, Harrison le propina un cachete a Emma en la cabeza.

Transcurren varios minutos hasta que la nave se vacía de gente y los insultos y las burlas acaban por desaparecer.

Silencio. Paz. Dignidad.

—Emma.

Levanta la vista y ve a su jefe de pie frente a ella. Cara de Besugo. El mismo al que le ha derramado el café encima.

—Es hora de salir.

—Las odio. —No tenía intención de decir nada, pero es que le sale sin pensar lo que tiene en la cabeza. Y, con el semblante contorsionado, añade—: Ojalá ese monstruo de Jennifer Harrison se pillara con una de estas máquinas y…

—No merece la pena. —Cara de Besugo pasa por su lado—. Olvídate de ella y vete a casa. —Se pone a verificar que han quedado apagadas todas las máquinas.

Emma recoge sus cosas y se encamina hacia la puerta. De pronto la asalta una idea. Se vuelve y regresa junto a su jefe.

—Solo quería pedirle disculpas por lo de esta mañana. —Su mirada se posa en la mancha oscura de sus pantalones—. Si es necesario que los lleve a la tintorería, quiero correr con el gasto.

Cara de Besugo aparta la vista.

—No lo es.

—Está bien. Bueno, pues si cambia de idea, lo haré con mucho gusto. Puede descontármelo de la paga.

El jefe desconecta las luces que recorren el suelo de la fábrica.

—No va a ser necesario.

—Bien. Pues entonces, buenas noches.

Todavía se siente mal cuando hace una visita al aseo. La vuelta a casa es larga: dos autobuses y veinte minutos andando, y no quiere verse apurada. Odia los meses de invierno. A las seis de la tarde, cuando sale del trabajo, ya es de noche; y también a las seis de la mañana, cuando se levanta. Algún día tendrá dinero suficiente para comprarse un coche. Como dice su madre, en Los Ángeles solo los pobres van andando. Ficha en el reloj de la puerta y se ciñe el abrigo para protegerse del frío.

—Eh, espera.

Ya en los escalones, se vuelve y ve detrás de ella a Cara de Besugo, con las llaves en la mano.

—¿Quieres que te lleve? Tu casa me pilla de paso.

Normalmente respondería que no. La mayor parte de los días le daría demasiada vergüenza aceptar. Pero hoy está agotada y necesita compañía.

—Sería genial. Gracias.

El jefe sonríe y termina de echar el cierre.

Puede que, después de todo, no haya sido tan mala idea derramarle el café encima.

20

Gardena, Los Ángeles

Apartándose de la lentitud del tráfico de la hora punta, el jefe de Emma toma la autopista Harbor en dirección sur, hasta el cruce de Gardena, y a continuación enfila el ramal del oeste, hacia Artesia Boulevard. Ninguno de los dos dice gran cosa. Principalmente van escuchando las emisoras de radio que él no deja de cambiar constantemente.

De pronto Emma decide romper uno de esos incómodos silencios.

—¿Le gusta escuchar las emisoras de noticias y debates?

—A veces. Está bien saber lo que está ocurriendo en el mundo.

—Cosas desagradables. Es de lo único de lo que informan en las noticias.

El jefe está a punto de discutirle ese punto, pero en lugar de ello vuelve a pulsar el botón de búsqueda de emisoras. La radio se detiene en mitad de una charla.

—KKLA 99.5. Es una emisora cristiana —comenta Emma en tono jocoso—. Yo me la encuentro a veces. Le va a parecer gracioso, pero cuando me la encuentro por la noche, la dejo puesta. Resulta agradable oír a la gente hablar sin agresividad, en lugar de gritar y decir tacos sin parar.

—¿Te gusta la emisora porque sí o además porque eres cristiana?

—No estoy muy segura de cómo contestar a eso. —Emma lo mira con expresión interrogativa—. Supongo que sí lo soy. A ver, dado que no soy musulmana ni judía, imagino que debo de ser cristiana. —Señala a través del parabrisas—. Tiene que doblar aquí a la derecha, justo después del almacén que hay en la esquina.

El jefe pone el intermitente y gira para enfilar la avenida South Normandie.

—Puede dejarme aquí, si quiere. Mi casa está a un par de manzanas.

—No hay problema. —El jefe le sonríe—. Sería poco cristiano no llevarte hasta la puerta.

Emma le devuelve la sonrisa.

—Gracias. Es el número 169 de la Oeste. Lo verá aparecer a su izquierda.

Sobre el asfalto hay aparcados camiones, autocaravanas viejas y remolques; constituyen los primeros indicios de la clase de barrio en que están penetrando. Resulta evidente que la chica es más pobre que una rata y que proviene de una familia igual. Hoy en día, a no ser que alguien te dé un empujoncito para que subas en el escalafón, se hace difícil ser propietario de algo que no sea un caseta de tablones.

—Yo vivo justo después del poste de telégrafos.

El jefe detiene el Explorer frente a una vivienda de madera que más parece una choza que una casa. Las malas hierbas y un césped cubierto de calvas muestran sus vergüenzas tras una valla diminuta de listones despintados y medio podridos.

Emma advierte la expresión de su cara.

—No es gran cosa, pero sigue siendo un hogar. Es alquilado. Y no merece la pena gastar dinero en algo que no es de uno, ¿no?

—Así es. A mi casa le sucede lo mismo. Necesita una mano de pintura y un dinero que no tengo.

Emma se desabrocha el cinturón de seguridad y recoge el bolso que ha dejado a sus pies.

—Gracias por traerme… señor James. —A punto ha estado de llamarlo Cara de Besugo—. ¿Le apetece entrar?

El jefe, de manera instintiva, recorre la calle con la vista. De alguna parte le llega la sirena de un coche de la policía.

Mala señal.

—Esta noche no, pero puede que en otra ocasión.

Emma se siente desilusionada. Parece un hombre agradable. Sería estupendo tener un amigo en el trabajo, sobre todo si es el

jefe.

—Pues gracias otra vez. Hasta mañana. —Se despide con una sonrisa y cierra la portezuela del coche.

—Que duermas bien —dice él.

La observa traspasar la valla y le sonríe cuando ella se vuelve para despedirse con la mano. Las casas de alrededor están muy apretadas las unas contra las otras; debe de haber unas cien ventanas a las que puede haber gente asomada. Emma está segura en este lugar.

Por el momento.

21

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

A las once de la noche, la sala de Robos y Homicidios ya se encuentra casi desierta. Queda únicamente la escoria: los novatos del turno de noche que intentan hacer méritos y los vagos viejos y curtidos que ya han caído tan bajo que se han quedado atascados en los posos del sistema.

Nic Karakandez también está atascado. Atascado frente a las imágenes grabadas por la cámara de seguridad de Manhattan Beach. Ahora es su turno de ver las grabaciones. Aunque tampoco es que le suponga un gran esfuerzo; prefiere estar aquí que en casa solo, con unos recuerdos que no le dejan en paz.

Mientras bebe café frío y repasa las imágenes a cámara rápida, en los pasillos de alrededor no cesa de haber ruido. Son voces femeninas. Ásperas. Gritonas. Malhabladas. Prostitutas detenidas por la brigada antivicio, a las que se explota, luego se las ficha y por último se las deja en libertad para que vuelvan al principio. Es lo que lleva viendo todo el tiempo, desde que entró aquí: detienen a las chicas, las multan y luego las devuelven a las calles, donde se ven obligadas a buscarse la vida para ganar el dinero con que pagar las multas. El círculo vicioso de siempre. En cierta ocasión oyó decir que estaba calculado que si a todas aquellas chicas se les hiciera una donación de quinientos dólares por semana, no tendrían necesidad de venderse, podrían eludir a los chulos y el estado de California se ahorraría más de un millón de dólares al año. Nic no sabe si será verdad o no, pero no le sorprendería que lo fuera.

Echa una mirada al reloj. Una hora más, y lo deja. Se irá justo pasadas las doce; puede que para entonces ya esté lo bastante

cansado para poder dormir un poco al llegar a casa. La pantalla que tiene delante muestra el negro de la noche en la playa y unas tenues olas que rompen sin que nadie las oiga en esta película muda. Unas luces de seguridad amarillas iluminan débilmente parte del acuario y del laboratorio marino que Mitzi y él estuvieron inspeccionando. Observa a unas cuantas parejas que pasean por el embarcadero y se apoyan contra las barandillas para tontear un poco. Luego aparecen un par de borrachos, encienden un cigarrillo y uno de ellos echa una meada al mar. El otro está tan hecho polvo que se acurruca a la puerta del laboratorio y se queda dormido.

Nic pasa unas cuantas imágenes más, a una velocidad treinta y dos veces mayor que la normal, y de repente surge en la pantalla un destello luminoso que le llama la atención. Se fija en la hora que se indica en pantalla. Son poco más de las dos de la mañana, las 02.09.15 para ser exactos.

Al ver el capó de un coche que penetra lentamente en el campo visual, a Nic se le acelera el corazón. De ninguna forma debería haber un vehículo en esa parte del embarcadero, y el conductor lo sabe bien, porque lleva las luces apagadas. El destello que ha detectado Nic correspondía a la iluminación de seguridad, que se ha reflejado en el coche. Se acerca al monitor para no perderse ni un solo píxel. El vehículo se detiene. No se ve la matrícula delantera ni la trasera, y tampoco la marca. Es un monovolumen; no tan grande como un Land Cruiser o un Range Rover, sino más pequeño.

Las luces de seguridad son tan amarillas, y el objetivo de la cámara tan malo, que resulta imposible adivinar si el coche es negro, azul o verde. Se abre la puerta del conductor. Sale la sombra delgada de un hombre. Nic rememora la altura que tienen las barandillas del embarcadero y hasta qué parte del cuerpo le llegaban a él. El conductor parece tener aproximadamente su misma estatura, un metro ochenta, no más. Va hasta la parte trasera del coche y abre el maletero.

Nic se acerca aún más a la pantalla.

El individuo se inclina hacia el interior del vehículo y saca algo. El plano no es lo bastante cercano ni nítido para apreciar qué sostiene

en los brazos, pero por el tamaño bien podría tratarse de un cuerpo humano.

¿Qué otra cosa podría ser?

La sombra avanza con esfuerzo hasta el final del embarcadero y deja caer su pesada carga en el oscuro oleaje del Pacífico.

22

Martes

Mitzi nunca llega al trabajo antes que Nic. Ese es el pacto que han hecho. Ella lleva a Jade y a Amber al colegio mientras él entra temprano y va viendo lo que ha llegado durante la noche y ha sido dejado en su bandeja. Si hay algo importante, la llama. Si no, por lo general Mitzi se presenta en la sala entre las nueve y las nueve y media. A cambio, le trae café del Starbucks y, los martes, muffins o rosquillas. Hoy toca muffins.

—A ver, querido trasnochador —se aproxima a su mesa agitando una bolsa de papel con la mano vendada—, ¿has encontrado algo que te haga merecedor del regalito de hoy? Traigo una selección de jengibre y de arándanos diminutos para que los acompañes con tu café americano gigante.

Nic ni siquiera levanta la vista.

—Pues lo que tengo yo para ti merece mucho más que cualquier cosa que traigas en esa bolsita. —Señala una lista impresa de horas y anotaciones que hizo anoche al visionar las imágenes—. Tenemos una pista.

—¿Hablas en serio? —Mitzi deja la bolsa encima de la mesa de él y la chaqueta y el bolso colgados de su propia silla—. ¿Has tenido suerte?

Esta vez Nic sí se vuelve.

—La suerte no ha tenido nada que ver. Me he visionado hasta el último fotograma de esa filmación. —Pone el material en el monitor y continúa—: Esto es de poco antes de las dos y diez, el destello luminoso procede de un coche que entra en el campo visual. Observa lo que sucede ahora.

Ve que Mitzi es atraída por la pantalla, tan hipnotizada como se sintió él al ver la figura en sombra que se apea del vehículo, va a la parte de atrás del mismo, transporta un pesado fardo hasta el extremo del fotograma y lo deja caer por encima de las barandillas.

—¡Sí! —Mitzi, emocionada, da una palmada en la mesa—. Pásalo otra vez.

Nic pulsa el botón de rebobinar y después destapa el vaso de café.

Esta segunda vez, Mitzi observa las imágenes con mayor atención si cabe.

—¿Hay más grabado? ¿Tienes idea de la marca del coche?

—Es un Lexus híbrido, un cuatro por cuatro. Las cámaras de seguridad lo captaron dirigiéndose al este, en dirección al embarcadero.

—¿Y la matrícula?

—No seas avariciosa. Son imágenes grabadas de noche. Deberías agradecer lo que te estoy dando.

—Las mujeres siempre queremos más… sobre todo las de mi edad.

—Cuatro puertas más la del maletero. Sin techo solar. Modelo RX 450h en Argento Ice.

Mitzi frunce el ceño.

—¿En qué?

—En Argento. Lo he buscado en la página web del fabricante. Es una especie de blanco crema perlado que resulta muy difícil de distinguir con lámparas de sodio. Sin embargo, en algunas de las imágenes más amplias se aprecia con nitidez.

—¿Cuántos Lexus hay en Los Ángeles?

Nic hace una mueca.

—Estás viendo el modelo de lujo más vendido en este país, dentro de la gama de los monovolúmenes. Se venderán cerca de cien mil al año.

Mitzi eleva los ojos hacia el techo.

—¿Por qué, Señor, por qué nosotros? Somos buena gente… lo único que pretendemos es prestar un servicio.

—Este es el híbrido más reciente. Hay muy pocos circulando.

—¿Cuántos?

—El año pasado, Lexus vendió diez mil en todo el país. Tras el terremoto y el tsunami de Japón, las cifras descendieron sensiblemente. Y, naturalmente, también por culpa de la recesión que tenemos.

—Ah, eso simplifica mucho las cosas —replica Mitzi en tono sarcástico.

—En Los Ángeles hay solamente dos mil, y unos pocos centenares que incluyan este equipamiento. —Consulta su reloj—. He pedido un poquito de ayuda extra.

—Déjame que lo adivine. ¿Sandra y Denise, de Robos?

Nic sonríe.

—Se las veía muy dispuestas.

—De eso no me cabe duda.

—Oye, con su ayuda, para las doce del mediodía habremos examinado todos los talleres mecánicos, concesionarios de alquiler y compañías de seguros.

A Mitzi se le ocurre otro ángulo.

—¿Estás seguro de que este coche no pertenece a la víctima, de que no es el segundo vehículo de Tamara?

—Eso ya lo he verificado. Y no.

Mitzi abre la bolsa de papel y entrega a Nic un muffin de jengibre.

—Como te has portado bien, te mereces esto. —Después se pasa a su propia mesa llevándose consigo su café y su muffin de arándanos—. Voy a terminarme este triste bollo bajo en calorías, y luego iré otra vez a los estudios cinematográficos, a ver al encargado de los archivos. ¿Tú quieres venir o necesitas quedarte aquí?

—Ve tú. —Nic está con la mirada fija en las búsquedas de datos que van apareciendo en su monitor—. Quiero terminar de rastrear al Lexus. Te veo más tarde, ¿conforme?

—Conforme. Si das con la pista de ese híbrido antes de la reunión que tenemos al final del día con el capitán, a lo mejor consigues invitar a Sandra y a Denise a tomar una copa.

Nic se echa a reír.

—Si sigues con ese rollo, vamos a terminar enfadándonos.

Mitzi levanta las manos en actitud de rendición y abre la bolsa del muffin.

—Era hablar por hablar, nada más.

23

Anteronus Films, Culver City

La sala ejecutiva de visionado, con cabida para treinta personas, es el cine más lujoso que ha pisado nunca Mitzi Fallon. La iluminación es una penumbra perpetua, la temperatura es lo bastante agradable para ir en camiseta, y la acústica es tan perfecta que uno tiene la sensación de que lleva puestos unos auriculares que anulan todos los ruidos.

Sarah Kenny, la ayudante ejecutiva, camina sobre una supermullida moqueta de color azul que rodea las filas de butacas reclinables tapizadas de suave cuero. Mitzi, que camina tras ella, va acariciando los respaldos.

—Madre mía, esto es tan lujoso que no me importaría quedarme a vivir aquí dentro. —Levanta la vista y hace un alto al ver que la pantalla ha cobrado vida—. ¿Qué es eso? ¿Van a proyectar algo?

Todo se mueve hacia atrás. Están rebobinando una cinta.

—Es una secuencia de El Sudario —Sarah señala un punto situado detrás de la pantalla, a un lado del auditorio—. Ahí detrás hay una sala de proyección, que es adonde nos dirigimos. El encargado del archivo debe de estar preparando las imágenes que ha solicitado usted.

Mitzi se mete por una fila de butacas y, con el mismo entusiasmo de un niño pequeño, se deja caer en una de ellas.

—Vamos a verla un minuto.

La ayudante le dirige una mirada reprobatoria.

—Solo un trocito. —Mitzi se hunde en la butaca reclinable y apoya la cabeza en el mullido respaldo—. Venga, relájese un poco.

A Sarah no le queda otro remedio. Se recoge el estiloso vestido midi de color blanco por detrás de sus torneadas piernas de modelo y acciona un interruptor de volumen que hay en un extremo de su reposabrazos. Al instante, unos gigantescos altavoces ocultos se llenan de un torrente de sonidos graves: un profundo trueno y el estallido de un relámpago en medio de un cielo claro. El plano cambia a una ladera y se cierra lentamente sobre dos soldados romanos que montan guardia junto a la pared de roca.

Sarah baja el volumen hasta un nivel más cómodo y se inclina hacia Mitzi.

—¿Se acuerda de la toma en la que José de Arimatea solicita el cadáver de Jesucristo para sepultarlo en su tumba familiar? Bueno, pues esta es la escena siguiente. Tiene lugar en la tumba del Gólgota.

A continuación se impone la voz masculina del narrador:

—El primer día de la semana, cuando empezaba a amanecer, acudió al sepulcro María Magdalena.

—No es más que una pista guía. El texto está tomado de Mateo, 28 —susurra Sarah, orgullosa de aportar dicha información.

—Y de pronto se produjo un gran terremoto —prosigue el narrador —. Pues el Ángel del Señor bajó del cielo, hizo rodar la piedra y se sentó encima de ella. Su semblante era como el relámpago, y su vestido blanco, como la nieve. Los guardias, atemorizados ante él, se echaron a temblar y se quedaron como muertos.

Seguidamente la pantalla se llena de soldados que huyen y de una luz cegadora. Lo siguiente es un primer plano de un sello romano roto y tirado en el suelo, al lado de la gigantesca piedra y de la entrada del sepulcro. Sarah señala la pantalla con una mano de manicura perfecta.

—El sello es significativo porque transmitía la autoridad del emperador de Roma. En aquella época era muy importante. Romper

el sello de la tumba de un criminal crucificado era una falta de respeto al emperador, y uno corría el riesgo de ser ejecutado.

—A mi jefe le ocurre lo mismo con su taza de café: si la usa otra persona y se la rompe, es muy posible que acabe entregando la placa y suicidándose.

Entre la nube de polvo surgen dos mujeres asustadas y abrazadas la una a la otra. Llevan vestiduras de luto ceñidas al cuerpo y a la cara. De pronto se oye una voz angelical fuera de cámara:

—No temáis, pues sé que buscáis a Jesús, que fue crucificado. No está aquí, pues ha resucitado.

Mitzi se encoge de hombros.

—Para resucitar a mi marido se requiere un milagro similar.

En la pantalla aparece un ángel en forma de mujer desnuda y de figura atractiva, dotada de una larga melena rubia y frondosas alas para superar el escrutinio de los censores. Llama a las mujeres aterrorizadas y les dice:

—Venid, ved el sitio donde estaba, y después id enseguida a decir a sus discípulos que ha resucitado.

—¿Por qué no son más originales y por una vez sacan ángeles gordos? —Se queja Mitzi, y se vuelve hacia Sarah—: ¿O un ángel negro o hispano o mexicano? ¿Por qué siempre tienen que ser chicas blancas y desnudas?

De pronto la película se interrumpe, con lo cual la ayudante se salva de tener que contestar. Entra en rebobinado rápido y la pantalla se pone en negro.

—Están cambiando de bobinas —explica Sarah—. Después de esto, María penetra en el sepulcro y descubre que la tumba está vacía, que solo queda dentro la mortaja de enterramiento. —De improviso guarda silencio, como si ya hubiera revelado demasiado, y se pone de pie—. Es mejor que vayamos ya a por las copias que ha pedido.

Mitzi se levanta con dificultad del reconfortante abrazo de la butaca y va tras ella.

—¿Y qué ocurre ahora?

—Que pasamos ahí detrás, a la sala que hay detrás de la pantalla. Voy a presentarla al encargado del archivo.

—Eso la yo sé. Me refería a lo que ocurre en la película.

—Se me ha ordenado que hable con usted únicamente de lo que se está rodando y del contenido de las copias que se le van a entregar.

—¿Cómo dice?

El tono de Mitzi basta para que Sarah acelere la zancada. Empuja una puerta insonorizada y sale a un pasillo que tiene aseos a la izquierda y una sala almacén a la derecha. Delante hay otra gruesa puerta en la que pone «John Kaye Snr, Jefe del Archivo».

—Aguarde un momento —protesta Mitzi.

Sarah se escapa entrando en una estancia amplia y fresca, repleta casi desde el suelo hasta el techo de estantes abarrotados de latas de película. Indica con un gesto el fondo de la misma, donde hay una consola de trabajo y un individuo minúsculo subido a una banqueta y situado frente a tres monitores de visionado. Tiene la cabeza completamente calva y rodeada por unos auriculares de gran tamaño.

—Ese es el señor Kaye —susurra Sarah—. Sufre enanismo y no oye muy bien, pero es una persona sumamente agradable.

Cuando Sarah echa a andar de nuevo, Mitzi la sujeta del brazo.

—Puede tener por seguro, Doña Marisabidilla, que cuando hayamos terminado aquí, va usted a contarme todo. Aunque tenga que arrastrarla de sus delgados tobillos por todo el aparcamiento y llevármela a la comisaría.

La joven ayudante recorre temblorosa los últimos metros que las separan del lugar de trabajo del jefe del archivo.

—Hola… señor Kaye —dice elevando la voz—. Le presento a la detective Fallon.

—Teniente Fallon —corrige Mitzi al tiempo que tiende la mano.

Kaye se la estrecha, pero mirando a otra parte. O bien se siente violento o bien le interesa más la pantalla que la policía.

—Viene a buscar las primeras pruebas, ¿no? Justamente las estoy copiando. —Echa una ojeada a un reloj colgado en lo alto de la pared que tiene enfrente—. Quedan aproximadamente veinte minutos.

—Se las hemos copiado en DVD —explica Sarah en el intento de apaciguarla. Acto seguido hurga en su gran bolso Gucci de bandolera—. También existe un contrato de confidencialidad que debe usted firmar. —Manotea con dos copias de dicho documento—. Dado que el material aún no ha sido transmitido, usted se hace responsable de que no se copie, se piratee ni se pierda.

Mitzi coge el papel y le echa un vistazo. Está escrito en un galimatías jurídico que les obliga a ella y al Departamento de Policía de los Ángeles a pagar tropecientos millones en concepto de daños y perjuicios.

—Firmaré cuando estén hechas las copias. —Escudriña los monitores de la consola y pregunta—: ¿Esta es la película?

El señor Kaye afirma con la cabeza.

—Lo que existe hasta el momento. Solo han montado treinta minutos, como una cuarta parte del total. —Señala las imágenes con la mano—. Esto es un trabajo en bruto de los montadores; el montaje definitivo, el bueno, no se hace hasta que se ha rodado la película entera y el director ha tenido tiempo para estudiar los posibles cambios.

En la pantalla se ve Italia en la actualidad. Una calle llena de gente, atestada de coches y motocicletas, letreros en italiano, tiendas, hombres y mujeres vestidos con estilo.

—¿Qué es esto? ¿Qué ha ocurrido con la casa de Pilato y toda esa ambientación antigua?

La ayudante no responde.

—Es Turín —explica Kaye—. Donde se presenta a los protagonistas contemporáneos.

Dirige una mirada a Sarah, sin saber muy bien si debe seguir hablando. Sarah intenta llevar a cabo la imposible tarea de no negar con la cabeza demasiado a la vista.

—Venga —salta Mitzi—. ¿A qué viene tanto secretismo?

Sarah se sonroja ligeramente.

—Lo cierto es que todos hemos firmado cláusulas de confidencialidad que nos prohíben hablar de la película, de su contenido y de cualquier persona relacionada con la creación de la misma, y a todos nos han entregado documentos que nos recuerdan el compromiso que hemos adquirido.

—¡Yo soy una condenada agente de policía! —explota Mitzi—. Esa confidencialidad no tiene valor conmigo, sobre todo teniendo en cuenta que estoy investigando la muerte de la persona que ha escrito esta maldita película.

—Le ruego que entienda que podrían despedirnos —dice el encargado del archivo.

—Mucho antes de que los despidieran, podrían acabar detenidos.

De repente se oye un chasquido metálico y un pitido procedente de debajo de la consola.

—Ya está —dice Kaye, con cara de agradecer la distracción—. Ya están listas sus copias. Voy a guardárselas en un estuche y meterlas en una bolsa.

—El contrato de confidencialidad, teniente Fallon. ¿Le importaría firmarlo ya, por favor? —Sarah le tiende los papeles y un bolígrafo.

Mitzi dibuja una gigantesca equis en cada página del acuerdo, seguidamente vuelve una hoja y garabatea por detrás: «Prometo hacer todo lo que pueda para no perder esta película ni enseñársela a personas malvadas. De verdad». A continuación firma con su nombre y devuelve el papel a Sarah.

—Ahora déjese de secretitos y dígame exactamente qué es lo que está pasando.

24

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

El encargado de Prensa Adam Geagea se encuentra sentado en el borde de la mesa de Nic, esperando a que este finalice una llamada. Sabe que no es bienvenido; a los policías les gusta llevar sus casos sin darles publicidad, y por el contrario la misión de él consiste en dar a conocer al mundo lo que está pasando. Es comparar peras con manzanas.

Geagea tiene casi cincuenta años y le encantaría haber sido policía. Lo único que se lo impidió fueron los centímetros que le faltaban de estatura y un apellido sospechoso de ser extranjero. Si le hubieran dado un dólar por cada vez que se vio obligado a deletrearlo o a decirle a la gente cómo se pronuncia, sería multimillonario. Tan solo las personas cultas se dan cuenta de que posee el mismo apellido que Samir Geagea, el famoso cristiano de Oriente Medio que lucha por la libertad. Pero no es un detalle sobre el que él desee llamar la atención.

Nic pone fin a la llamada y dirige una mirada acusadora al individuo que tiene sentado encima de su mesa de trabajo.

Geagea está jugueteando con un calendario de sobremesa.

—¿Qué es esto, detective, una especie de test de inteligencia?

Nic no está de humor para hablar de trivialidades, pero intenta ser amable.

—Hago uno al día, es un suplemento vitamínico para el cerebro.

El periodista examina una página y la lee en voz alta:

—«¿Qué tienen en común un otomano, un luchador, una anomalía y un antitranspirante?». —Piensa un momento y recorre la sala con la vista—. Me rindo. ¿Cuál es la solución?

—Es para listos, Adam. Es mejor que lo dejes. ¿Qué es lo que quieres?

Geagea se toma el insulto con toda calma.

—Me están llamando las revistas Variety y Hollywood Reporter para pedirme información acerca de la muerte de Tamara Jacobs.

—¿Cómo se han enterado siquiera de que ha muerto?

—Porque son reporteros. Su trabajo consiste en enterarse de cosas así.

—Lo entiendo, pero ¿cómo lo han sabido? Tiene que haber salido de alguien, ¿y quién es ese alguien?

—Yo no he sido.

Nic sonríe.

—No he dicho eso. Entonces, ¿quién?

—El depósito de cadáveres. El forense. Una docena de personas que estaban en la playa cuando sacaron del mar a la víctima. Compañeros de los estudios cinematográficos. ¿Quieres que siga?

Nic se rinde.

—No hay ningún comunicado preparado. En este preciso momento Mitzi se encuentra en los estudios. Di a los medios lo de siempre, que estamos esperando el informe del forense y que no haremos comentarios hasta que lo tengamos.

—Estos moscones no van a irse así de fácil, detective. En Los Ángeles, los guionistas de cine muertos se convierten en famosos. —Geagea se encoge de hombros—. A la prensa de Hollywood le importan una mierda cuando están vivos, pero cuando mueren… En fin, eso es distinto, se transforman en santos. —Enfatiza esta última palabra con una fuerte ironía—. Mañana vamos a tener una invasión de reporteros.

En ese momento suena el teléfono de Nic.

—Mañana será otro día. ¿Por el momento ya hemos terminado?

Geagea se baja de la mesa al tiempo que Nic levanta el auricular de su base.

—Karakandez.

—Nic, soy Tony Peach. Tengo noticias en relación con los neumáticos del coche.

Coge su libreta y vuelve la mirada un instante hacia Geagea, que todavía está de pie al lado de su mesa.

—Dispara.

—Se trata de unos Maxxis MA-S2 Marauders. Son neumáticos de alto rendimiento, nada baratos, vendrán a costar unos ciento cincuenta pavos cada uno.

—¿Sirven para un Lexus Hybrid?

—Desde luego. Valdrían para ruedas estándar de dieciocho pulgadas. A juzgar por el dibujo, la anchura y la profundidad del surco, en este caso estamos hablando de neumáticos nuevecitos. No han recorrido más de tres o cuatro mil kilómetros.

—Y traducido a horas, ¿a qué equivale eso, en un uso normal del coche?

—El conductor típico hace mil doscientas horas al año, ya no tantas como antes, por culpa de la subida de la gasolina. Así que estas gomas seguramente se estrenaron en septiembre, puede que a mediados de agosto. Podría ser que las sacaran al mercado para realizar un ajuste en la producción o como un cambio reciente a un modelo superior. Sin embargo, en el caso de los coches de alquiler el tema es distinto. Los coches alquilados pueden hacer fácilmente mil quinientos kilómetros por semana. Ah, y otra cosa: no se ven coches así conducidos por un representante de ventas, así que yo creo que podrías descartar de la lista a los comerciales.

—Eres un as, Tony. Tengo a unas agentes de Robos haciéndome unas cuantas llamadas; voy a decirles que prueben primero con las compañías de alquiler y que investiguen qué Lexus híbridos a estrenar o con neumáticos nuevos ha habido en este último mes. Te debo una.

—Pienso cobrártela. ¿Has organizado ya esa copa de despedida?

Nic ni siquiera se ha acordado de ello.

—Ya te diré algo. Te llamo.

Peach se echa a reír.

—Mejor todavía, voy a llamar yo a Mitzi. Cuídate, tío.

—Tú también. —Nic cuelga el teléfono y se queda mirando a Geagea, que continúa en el sitio.

—Lo siento, detective —dice el encargado de Prensa señalando el calendario—. Antes de irme, ¿te importaría decirme cuál es la solución? Si no, me voy a pasar el día entero pensando en ello.

—Está bien. Todas esas palabras contienen el nombre de un país: otomano contiene Omán, luchador contiene Chad, anomalía contiene Mali y antitranspirante… —Hace una pausa para ofrecerle al reportero la oportunidad de conservar algo de dignidad. Pero Geagea tiene la mirada en blanco.

Nic sacude la cabeza.

—Tu parte del mundo, colega: Irán. Hala, lárgate de aquí.

25

Anteronus Films, Culver City

Sarah Kenny toma la decisión más sensata de todo el día: llevarse a Mitzi a un rincón tranquilo de Plunge, una franquicia de cafeterías que hay dentro de los estudios, y empezar a revelarle todo lo relacionado con El Sudario.

—Tamara era muy reservada respecto del guion. Ni siquiera el señor Svenson sabía cuál iba a ser el final.

—Pero ¿cómo puede ser eso? —Mitzi pone cara de no entender —. Los actores tienen que saberlo, ¿no? ¿Cómo van a representar su papel si no tienen el texto que deben aprenderse?

—A todos se les entregó un resumen…

—Del cual todavía tienen que pasarme un ejemplar a mí, por cierto.

Sarah no hace caso de dicha observación.

—A todo el reparto se le advirtió de que el final iba a cambiarse. Se le dijo que era tan secreto que no se iba a hacer circular ninguna copia hasta el día anterior al rodaje, y que incluso entonces solo la recibirían los actores que fueran a participar.

—¿Por qué? ¿A qué venía tanto lío?

Sarah recorre la cafetería con mirada nerviosa.

—Tamara tenía un contacto en Turín, un tal R. Craxi, que le había proporcionado información acerca de la Sábana Santa que nunca se ha dado a conocer al público.

—¿Y esta película sí la da a conocer?

—El departamento de marketing de los estudios espera que toda la publicidad final de la película provenga del hecho de divulgar eso.

—¿Y qué es lo que se va a divulgar? ¿Qué información es esa que dice?

—En realidad, yo no lo sé. No he visto nada que sea científico. Supongo que tiene que ver con la autenticidad de la Sábana Santa.

—Y el final que se distribuyó, ¿qué decía de la Sábana Santa?

—Nada comprometedor. Toda la parte de la película que está ambientada en la actualidad, el desenlace, si se quiere, faltaba del guion. Yo oí a Tamara decir al señor Svenson que para algunas escenas iba a necesitar un plató científico, una especie de laboratorio forense.

—¿Para realizar las pruebas del carbono-14 o del ADN?

—No lo sé. Quizá para ambas.

—Pero ¿en el guion no aparecía ningún resultado?

—En la versión que yo he visto, no.

Mitzi reflexiona unos instantes. Para la guionista, el desenlace mejor sería el más sorprendente. De manera que el final nuevo que tenía preparado Jacobs tendría que ser explosivo, algo que removiera los cimientos de la Iglesia o del país. Lo cual está bien… siempre que sea solo ficción. Pero ¿y si estuviera basado en los hechos? Eso sería distinto. Completamente distinto.

De repente, la muerte de Tamara Jacobs comienza a tener cierta lógica.

26

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

El marido separado de la guionista fallecida, Dylan Jacobs, un individuo de sesenta años de edad, va vestido con traje negro, camisa blanca y corbata negra pulcramente anudada. Tiene el pelo plateado y elegantemente cortado, y a pesar de haber cruzado de un continente a otro se le ve bien afeitado y con actitud despierta. Junto a él, también en la zona de recepción de la comisaría, está sentado su compañero Viktor, leyendo un periódico del día anterior. Viste tejanos color crema, una llamativa camiseta de Dolce y Gabbana y una chaqueta de seda dorada.

Nic abre la puerta de seguridad y los localiza con la mirada.

—¿Señor Jacobs?

El marido de Tamara se pone en pie con ademán cansado.

—Sí.

—Soy Nic Karakandez —dice tendiendo la mano—. Mis condolencias por la pérdida que ha sufrido.

—Gracias. —Jacobs le estrecha la mano e indica al hombre que lo acompaña—. Este es Viktor. Me parece que ya habló con él por teléfono.

—Así es. Hagan el favor de venir conmigo.

Guiados por él, suben un par de tramos de escalera y entran en una sórdida sala de interrogatorios que contiene una mesa, seis sillas y, colgado en la pared, un enorme escudo azul del Departamento de Policía de Los Ángeles flanqueado por la bandera de Estados Unidos, la balanza de la justicia y el lema «Proteger y servir».

Nic indica los asientos.

—¿Quieren que les traiga algo de beber? ¿Café, agua, un refresco?

—Un café solo, gracias —contesta Dylan acomodándose en una silla y dando la espalda al escudo policial.

Viktor se sienta a su lado y le coge la mano por debajo de la mesa.

—Yo quiero solo agua, por favor.

Nic sale a buscar las bebidas y regresa al momento con ellas. Cierra la puerta y reparte el café y el agua.

—¿Cuándo han llegado?

—Ayer. —Dylan apoya los codos en la mesa y se frota los ojos cansados—. Fuimos al depósito de cadáveres y después terminamos los preparativos del funeral. Nos han dicho que ya pueden entregarnos el cuerpo de Tamara.

—En efecto. El forense ha concluido el examen.

Jacobs hace una mueca de desagrado.

—Hemos organizado la incineración para la semana que viene…

—Yo no he ido a verla —interrumpe Viktor—. Tamara y yo no nos llevábamos muy bien, me parece que no le caía en gracia.

Nic ni por lo más remoto ha pensado que pudiera ser de otra manera.

—Señor Jacobs, estamos intentando encontrar una razón que motivara el asesinato de su esposa. ¿Puede usted decirnos algo que nos sirva de ayuda?

Al marido se le nota un tanto confuso.

—Era guionista, detective. No una delincuente, ni una narcotraficante. Tammy se relacionaba con gente honrada, principalmente personas de nuestra edad y de talante artístico y bondadoso.

—La gente honrada a veces lleva por dentro odios y resentimientos. Las personas cultas y adineradas son tan capaces de hacer el mal como las que son incultas y pobres. Por lo general, es cuestión de motivación, moralidad y recursos.

—Entiendo su punto de vista, pero lo siento, no se me ocurre ninguna razón por la que alguien pudiera querer hacerle daño. —De pronto Jacobs aparenta mucha más edad de la que tiene. Se le

quiebra un poco la voz—. Cuando vi a Tamara, tenía el rostro parcialmente cubierto, y la forense me dijo que era porque había sufrido varias heridas profundas. ¿Qué es lo que le han hecho?

Es la típica pregunta que formulan solo los hombres inocentes. Nic calibra con cuidado la respuesta.

—No estamos seguros, señor Jacobs. Todavía estamos juntando las piezas del rompecabezas.

—Pero tendrán alguna idea, alguna pista que seguir.

—Estamos esforzándonos mucho a ese respecto. Lo que sí puedo decirle es que su mujer no fue asesinada sin motivo. Fueron deliberadamente a por ella.

Dylan Jacobs aparta la mirada del policía y la baja hacia la mesa, y después hacia el suelo. No puede evitar imaginarse a Tammy en la cocina de casa, con sus encimeras de granito negro y sus muebles de madera color caramelo. La ve cocinando su plato favorito: salmón con linguini, sosteniendo una copa de transparente vino blanco en la mano y oyendo una pieza de jazz al piano en su emisora de radio preferida.

Cuando vuelve a levantar la vista tiene los ojos humedecidos. Viktor le coge la mano y se la aprieta, esta vez abiertamente, por encima de la mesa.

—Gracias —dice Jacobs al tiempo que acaricia la mano que lo consuela. Se vuelve hacia Nic y le dice—: Ahora mi vida está con Viktor, pero hubo una época en la que Tamara y yo estuvimos muy unidos. Pasamos quince años juntos como marido y mujer, intentando que las cosas funcionaran. Y aun cuando no funcionaron, continuamos siendo buenos amigos, los mejores del mundo. Ella era una mujer maravillosa, cariñosa y buena. Incluso cuando rompimos intentó mostrarse comprensiva. —Centra la mirada en la pared, recordando brevemente el momento en que le dijo que no la dejaba por otra mujer, sino por un hombre—. Creo que se había percatado de que yo era homosexual antes que yo mismo. Poseía un instinto especial para captar las cosas. Supongo que por eso era tan buena escritora. —Consigue reír a medias—. Por supuesto, su compasión no impidió que sus abogados me quitaran una fortuna.

—Le pagaste demasiado —interviene su nuevo compañero del alma—. Mucho más de lo necesario.

—No es más que dinero, Viktor, solo dinero.

Nic bebe un sorbo de su café.

—Señor Jacobs, si Viktor y usted pudieran dedicar un rato a hacer una lista de las personas a las que conocía su esposa, a lo mejor comentando cuánto tiempo hacía que conocía a cada una y qué relación tenía con ella, nos sería de gran ayuda.

—¿Ahora mismo? —pregunta Jacobs, preocupado.

—No, ahora no, pero estaría muy bien que la tuviéramos para mañana. ¿Sabe usted algo de la película en que estaba trabajando Tamara, El Sudario?

—Ah, ¿eso? —dice Viktor en tono despreciativo—. ¿Era en eso en lo que estaba metida? —Dirige una mirada tensa a Jacobs.

—Sí, creo que sí —responde Dylan con gesto cansado.

Nic advierte la tensión que hay entre ellos.

—¿Qué ocurre, Viktor?

El aludido titubea.

—Adelante —lo alienta Jacobs—. No importa que lo digas.

—Pues… era buscarse problemas, ¿no? —Viktor suelta la mano de Dylan y empieza a animarse—. A ver, el hecho de sugerir que la Sábana Santa no es de Jesucristo seguro que molestará a todos los grupos extremistas de la Iglesia, ¿no cree? En realidad, es una blasfemia.

—Viktor recibió una educación católica —explica Jacobs con paciencia—. Lee demasiadas novelas de misterio y se imagina que hay por ahí un montón de asesinos encapuchados.

—Y los hay —insiste el otro.

—En Hollywood no, Viktor. En Hollywood no. —Jacobs le acaricia la mano—. ¿Verdad que no, detective Karakandez?

—Pues… Yo he visto a muchos asesinos encapuchados, pero lo que les interesa son las drogas, las armas y las zapatillas deportivas que cuestan doscientos dólares, nunca la religión.

Dylan Jacobs logra esbozar una sonrisa.

—Encuéntrelo, detective. Por favor, deme su palabra de que va a coger al que ha hecho esto.

«No es probable».

El detective no lo dice en voz alta, pero es la verdad. Porque dentro de un mes él no va a estar presente ni siquiera para informar de cómo va el caso. En vez de eso, hace lo que ha hecho siempre, dice lo que viene diciendo siempre:

—Le doy mi palabra, señor Jacobs. Lo encontraremos.

27

El capitán Deke Matthews no es de los policías a los que les gusta que los hagan esperar. Es un tipo grande en todos los sentidos de la palabra. Grande físicamente. Grande en el departamento. Grande en hacerles la vida imposible a sus detectives. Está sentado a la mesa de su despacho, esperando impaciente a que lleguen Fallon y Karakandez, con su oronda barriga envuelta en una camisa azul y sujeta con unos tirantes tan rojos como su rubicundo rostro.

—Perdone, jefe —dice Mitzi al entrar seguida de Nic.

—Quince minutos de retraso, teniente. ¿Sabe usted que una carne bien hecha, en novecientos segundos puede quedarse achicharrada? ¿Y sabe lo furiosa que va a ponerse la señora Matthews si la razón de que se achicharre una buena carne soy yo?

—Capto el mensaje, jefe.

El capitán tamborilea con sus gordezuelos dedos sobre la mesa, como si estuviera esperando un plato en el día de Acción de Gracias.

—Bien, ¿qué es lo que tienen? Vamos a por ello; con suerte, es posible que todavía llegue antes de que empiece el achicharre.

Mitzi deja caer sobre la mesa un grueso fajo de carpetas y saca unas cuantas fotografías.

—Tamara Jacobs, guionista de cine, cincuenta y tantos años, hallada muerta en Manhattan Beach, dentro del agua. Un desconocido la había torturado: le arrancó el ojo izquierdo y varios dientes, y le dejó marcas de ligaduras en las muñecas. Para rematar, le cortó el cuello. Al parecer, la escena del crimen fue el hogar de la víctima, una lujosa vivienda de Beverly.

—¿Por qué?

—Los forenses han identificado la sangre que ha aparecido en el techo del salón con la de la víctima.

Matthews echa un vistazo a las fotografías post mórtem y seguidamente coge una con el pulgar y el índice, como si no quisiera

ensuciarse con lo que se ve en ella.

—Lo que tenemos aquí, señores, es un cadáver recién salido de las alcantarillas. —Vuelve a dejar la foto en la mesa—. ¿Y por qué el autor del crimen no dejó a su víctima en su propia casa después de matarla? ¿Para qué se tomó la molestia de llevarla en su coche hasta la playa y arrojarla al mar?

—Para ganar tiempo —responde Nic repasando la serie de fotos de la playa tomadas por la cámara de seguridad—. Es muy probable que viva fuera de la ciudad y conduzca este Lexus alquilado.

—¿Es uno de esos cuatro por cuatro?

—Sí, un juguetito de los caros, un híbrido.

—Genial. —Matthews toma la foto—. ¿Cómo ha relacionado a su hombre con este coche?

—Los surcos dejados en la arena por los neumáticos coinciden con los de un Lexus alquilado en el aeropuerto de Los Ángeles. Podría ser que viniera en avión para cometer el asesinato con la intención de volver a marcharse justo después. —Nic extrae los documentos que han rastreado las ayudantes de Robos.

—¿Y nuestro viajero tiene nombre?

—Agne —contesta Nic pasándole un contrato de alquiler.

Matthews frunce el entrecejo.

—¿Agnes? ¿Es una chica?

—No, Agne. Es el apellido que dio el conductor que firmó los papeles. El nombre de pila es Abdero. Observe.

—¿Abdero? —El capitán se queda mirando la fotocopia—. ¿Es en serio?

—Probablemente no. He buscado ambos nombres en internet. Abdero fue un héroe de la Antigüedad, de padres dudosos.

—Ya imagino. —Matthews aparta de sí la fotocopia—. De los griegos no ha salido nada bueno. Su economía está hundida. Su comida es una mierda. Si los italianos no se dedican a romper los platos después de comer, es por algo.

—¿Y la civilización? —sugiere Mitzi, y los dos se vuelven hacia ella —. Me ha llegado el rumor de que la inventaron ellos.

El capitán no le hace caso.

—Así que tenemos a un asesino griego… que posiblemente ha venido en avión para torturar y matar a una guionista de Los Ángeles. Díganme, ya que me han estropeado la cena, ¿esto tiene algún sentido para ustedes?

Mitzi saca una copia del guion que finalmente le ha entregado Sarah Kenny.

—Esta es la película en la que estaba trabajando Jacobs. Trata de la Sábana Santa, y estamos convencidos de que en ella se hacen ciertas afirmaciones sorprendentes respecto de si fue verdaderamente la mortaja de Cristo.

Matthews echa una ojeada al reloj.

—¿De verdad le interesa esto a la gente? —El comentario deja atónitos a sus dos detectives—. A ver, ¿alguna vez han visto una buena película que hable de religión?

—El exorcista —aporta Nic.

—Como Dios —sugiere Mitzi. Los dos la miran con el ceño fruncido—. Era más o menos religiosa.

El capitán sacude la cabeza en un gesto negativo.

—De acuerdo, les concedo que Dios puede tener éxito en la taquilla. Pero díganme, en la vida real, ¿a quién le importa tanto esa Sábana Santa? ¿A los católicos? ¿A los griegos?

—A ellos, y puede que a más gente —replica Mitzi al mismo tiempo que busca en el fajo de carpetas—. Una ayudante de los estudios ha dicho que Jacobs pagó a unos investigadores italianos para que trabajasen para ella. Tal vez le proporcionaron datos acerca de la Sábana Santa.

—¿Qué datos?

—No lo saben con seguridad. Iba a haber una escena en un laboratorio, de modo que es posible que unos científicos realizaran la prueba del carbono-14 o extrajeran ADN de la sangre presente en la Sábana Santa. A lo mejor lograban demostrar a quién pertenecía el cuerpo que estuvo envuelto en ella.

El capitán señala con el dedo los expedientes que aún está examinando Mitzi.

—¿Están especulando sin más o hay algo aquí dentro que hace que parezcan listos?

Mitzi encuentra por fin los papeles que estaba buscando.

—Esto son copias de contratos de confidencialidad que han tenido que firmar todos los que trabajan en esa película. —Va pasando algunos—. Y esto es una copia de un memorándum dirigido por el departamento de publicidad a Tamara Jacobs para preguntarle si quería que se sumaran el New Scientist y el National Geographic al lanzamiento en prensa. Normalmente, estas publicaciones nunca participan en la promoción de una película. —Seguidamente abre otra carpeta—. Y este es el número IBAN de la cuenta bancaria de un italiano de Turín que estaba recibiendo pagos de Tamara. Pertenece a un tal R. Craxi.

—Eccellenti, por lo que parece, ya han conseguido varias pistas. —Matthews retira su sillón y echa otra ojeada al reloj al tiempo que se acerca a la puerta a recoger su chaqueta, que está colgada detrás —. Me voy a cenar. Ustedes dos, más vale que vayan a la cafetería, porque tienen una noche muy larga por delante.

28

Las motas de polvo bailotean en el resplandor amarillo de la lámpara de mesa cuando el policía científico Tom Hix deposita su informe en Homicidios, sobre la mesa de Mitzi. Justo se dispone a salir cuando regresan esta y Nic del despacho de Matthews.

—Un regalito —le dice a Mitzi al verla llegar.

—¿Qué es, Tom?

—El veterinario ha terminado de examinar al gato persa de la casa de Jacobs. El minino arañó algo a conciencia, y no precisamente las carnes de su dueña.

—¿En serio? —Mitzi coge el informe.

—Halló restos en la uña izquierda y realizó la prueba del ADN. Definitivamente, no pertenecen a Tamara Jacobs.

Nic formula la pregunta obvia:

—¿Y a quién pertenecen?

—Al desconocido autor del crimen. No figura nada de él en Perfiles ni en ninguna otra base de datos. El individuo que resultó arañado por el gato no está fichado.

—Por lo menos en Estados Unidos —precisa Nic—. Hemos relacionado al autor con un coche alquilado en el aeropuerto.

—El conductor proporcionó un nombre griego —añade Mitzi—, y también hay conexiones en Italia. Vamos a examinar los sistemas de registro internacionales.

Hix decide que es un buen momento para marcharse.

—Es todo vuestro. —Y agrega, obsequiando una sonrisa a Mitzi —: Si te apetece tomarte un café y charlar del caso, ya sabes dónde encontrarme.

—Descuida.

Ambos lo observan hasta que sale de la sala. Nic se vuelve hacia su jefa con una expresión de malicia en el rostro.

—Te das cuenta de que este quiere que tomes algo más que un café, ¿no?

—¡Cierra el pico! Es inofensivo. Además, nunca hace daño recibir un poco de atención.

—Bueno, ¿y cómo vamos a repartirnos el trabajo duro? ¿Tú te pones con el informe forense y yo persigo a los familiares y los amigos de Tamara, a ver si tienen algún trapo sucio por ahí?

—Hecho. —Mitzi abre el informe que acaba de entregarle Hix—. ¿Tú crees que el asesino será europeo? Llega en avión, se va en avión… y nos deja únicamente un nombre falso y una muestra de ADN que no llama la atención en ningún departamento de policía del planeta.

Nic deja escapar un profundo suspiro.

—Si es así tenemos un problema. —Luego se corrige—: Tú tienes un problema. Va a suponer un montón de trabajo… y yo ya me habré marchado.

Mitzi procura no pensar en que Nic va a marcharse y se concentra en la corazonada que tiene, y que va cobrando cada vez más fuerza.

—Pero tiene su lógica. Mata y huye. Atraviesa un continente y luego se esfuma. —Levanta la vista del informe del ADN—. ¿Tú crees que Matthews aprobaría un viaje a Italia para buscar a ese tal Craxi, el investigador que estaba recibiendo dinero de nuestra guionista? Él siempre dice que si en un asesinato hay dinero de por medio, hay que perseguir este.

Nic reflexiona unos instantes.

—La tasa de casos resueltos es baja. Necesita obtener un resultado en un caso importante como este. ¿Por qué, te apetece un viajecito?

Mitzi niega con la cabeza.

—No. Pero a ti sí.

29

Centro de Los Ángeles

JJ está sorprendido de que al final de la jornada Emma Varley se quede rezagada unos minutos hasta que la fábrica se vacía de gente. Ella le sonríe al verlo. Lo mira directamente con sus ojos azules de niña pequeña.

—¿Ya va a cerrar?

Él juguetea con las llaves que tiene en la mano.

—Para eso me pagan.

—¿Quiere que le ayude?

JJ imagina que está insinuándose para que la lleve otra vez a casa en coche.

—Claro, siempre estoy en el mercado para hacer horas extras gratis.

—Pues vaya sorpresa.

JJ señala las filas de máquinas del fondo.

—¿Te importa comprobar que están todas apagadas? Los operadores suelen dejarse encendidas una o dos. No se dan cuenta, o no les importa, que se queme el motor. Y además se despilfarra mucha energía.

A Emma, la energía le importa un pimiento. A ella no la afectan todas esas chorradas de los gases de efecto invernadero y las capas de ozono. Cuando una no tiene suficiente dinero para hacer circular un coche o encender la calefacción si tiene frío, no se preocupa de semejantes bobadas. Si pudiera, quemaría el triple de energía que quema ahora.

JJ apaga las luces, y por un instante los dos se quedan de pie en mitad del silencio y la oscuridad, una oscuridad rota tan solo por el

pálido resplandor de los tubos del techo que recorren el pasillo.

—Qué romántico —bromea Emma.

JJ tiene demasiados pensamientos aleatorios que están intentando conectarse. La oscuridad, una mujer sola, la excitación que nota crecer en su interior. Tiene que controlarse, no debe dejarse arrastrar.

Emma, percibiendo su agitación, obedece un impulso y se aproxima. El beso es delicado, titubeante, inseguro. Se siente eufórica, y se lanza a caminar por la cuerda floja luchando entre la aceptación y el rechazo.

JJ se siente raro. Magnetizado por ella. Físicamente incapaz de apartarse. La sexualidad de Emma ejerce una potente atracción sobre él.

Emma cierra los ojos, le toma el rostro con ambas manos y lo besa con más pasión.

JJ siente que el corazón se le acelera, e interrumpe el beso para tomar aire. Sin pensar, sin censurar sus pensamientos, empieza a quitarle el jersey a Emma, a sacárselo por la cabeza. Necesita tenerla desnuda. Ella baja las manos al cinturón y tira de la hebilla.

—Para. —JJ le acerca una mano a la cara… se le pasa por la mente taparle la boca… pero en cambio le toca con delicadeza la mancha de nacimiento color fresa—. Espera. Déjame que cierre con llave. No quiero que nos sorprenda nadie.

Emma Varley se descalza y sonríe mientras él desaparece en la oscuridad, y acto seguido se tiende sobre el alargado banco de trabajo que tiene a la espalda, dispuesta a ofrecerse a él.

30

Walnut Park, Los Ángeles

Mitzi repite el mismo ritual todas las noches. Entra en el cuarto de las niñas y les apaga la luz. Y por lo general también el televisor, ya que se han dormido con él encendido aun cuando se les dice que no hagan tal cosa. Les da un beso, las arropa con el edredón, les da otro beso y después sale por la puerta sin hacer ruido acordándose de dejar esta abierta: lo suficiente para Amber pero no demasiado para Jade. A veces se pregunta si dos hijos varones habrían sido igual de quisquillosos.

Seguidamente hace uso del cuarto de baño integrado en su dormitorio, se enfunda un modesto camisón negro y se sienta ante un pequeño tocador provisto de un espejo pequeño, apenas del tamaño de un libro, para quitarse el poco maquillaje que lleva en la cara.

El golpe en la cabeza la arroja al suelo del dormitorio y la deja tumbada boca abajo sobre el mismo. La pilla totalmente por sorpresa, y eso que no ha sido totalmente inesperado.

—¿Crees que puedes tratarme como si fuera una mierda? ¿Como si fuera uno de esos vagos que trabajan contigo? —Alfie se agacha y le propina otra bofetada con la mano izquierda que le acierta en el oído y le provoca un concierto de campanas que le resuena por todo el dolorido cerebro—. Debería arrearte una patada en ese culo barato que tienes, a ver si así aprendías a tenerme un poco de respeto.

Esta agresión es la manera que tiene de reaccionar su marido a la reprimenda que le ha echado ella hace una hora. Ha sido una bronca por no estar buscando un trabajo y por pasarse el día entero

en casa sin hacer otra cosa que beber cerveza. Alfie se saca el cinturón y empieza a azotarla con saña.

—Piensas que soy poco hombre, ¿verdad? —dice con la voz gangosa—. Que no encuentre trabajo no quiere decir que ya no sea un hombre. —Dobla el cinturón por la mitad y esta vez, cuando golpea a su mujer, le deja un verdugón carmesí en el muslo.

Mitzi intenta levantarse, pero su marido arremete contra ella con el cinturón y la golpea con fuerza en los brazos y en las piernas, con una furia exacerbada por los gritos de dolor y por la visión de las marcas rojas que va causando. Por fin, Mitzi atina a coger el cinturón al vuelo. Alfie tira de él, Mitzi le sigue el movimiento y le propina una patada con el pie izquierdo en todo el tobillo. Alfie tira con más fuerza, y Mitzi le asesta un pisotón con el pie derecho en los genitales.

Alfie suelta el cinturón, retrocede con paso tambaleante y cae.

Ahora Mitzi está en pie y Alfie está en el suelo. No hay espacio para intentar una patada en la cabeza, ni hay forma de atizarle un puñetazo contundente en la cara sin que él la agarre después. Mitzi coge la silla en la que estaba sentada, le da la vuelta y le encaja la parte superior contra la tráquea.

Alfie aferra la madera de la silla. Mitzi advierte el miedo que se refleja en sus ojos; se apoya en la silla y observa cómo se le va congestionando la cara. Alfie lucha por respirar. Mitzi aprieta con más fuerza. Sabe lo que hace, sabe que dentro de un minuto podría acabar con todo, acabar con su marido.

Alfie patalea, se debate por vivir.

—¡Mamá!

Amber ha aparecido en la puerta y está viendo a su madre asfixiar a su padre. Mitzi suelta la silla como si esta estuviera electrificada.

—No pasa nada, cielo.

La expresión de su hija le dice que sí pasa, que ya nada volverá a ser lo mismo.

—Vamos. —Mitzi empuja a su hija en dirección al dormitorio—. Vuelve a la cama. Dentro de un minuto va mamá.

Alfie está todavía tumbado en el suelo. Se sujeta la garganta con las manos al tiempo que emite sonidos de ahogo, se esfuerza por respirar.

«Que se joda». Mitzi introduce la mano debajo de la cama y saca su Smith and Wesson reglamentaria. Examina el cargador, apunta a su marido y baja la vista hacia el cañón de la pistola.

—Si sabes lo que te conviene, recoge tus cosas y lárgate de aquí. Si entras en el cuarto de las niñas, o incluso si aún te encuentro aquí cuando salga yo, te vuelo la maldita tapa de los sesos.

31

Carson, Los Ángeles

JJ siente una emoción inusitada.

Nunca ha traído una mujer a casa. Ni siquiera pensó en hacerlo hasta que apareció Emma y tuvo la audacia de sugerirle que regresaran a casa de él. Por la forma en que le brillaban los ojos dedujo que ella era la mujer con la que podía correr el riesgo. Todo el mérito le corresponde a ella, es una mujer especial. Más que especial: es una mujer bienaventurada.

Cierra la puerta de la calle y, con cuidado, asciende la oscura escalera llevando a Emma en brazos. Ha cruzado un umbral, ha creado un vínculo espiritual. Sin resuello, llega al final de la escalera y al agrietado suelo de madera del rellano. Estar con Emma, «Em», como piensa llamarla de ahora en adelante, le ha hecho darse cuenta de que estaba solo y aislado, apartado del gran mundo. Y eso no es sano. No es lo que quiere Dios.

Bajo la luz parpadeante de las velas del desierto dormitorio, con el cerebro pensando a toda velocidad, comienza a desvestirla tiernamente, acariciando con dedos excitados su piel tersa y fría.

Em es preciosa. Es aún más hermosa estando muerta que cuando estaba viva. Dios le ha comunicado que a Em le ha llegado su hora, pero él no puede separarse de ella aún. No puede pasar sin ella. Su boca busca con ansia la boca de Em. El tórrido aliento de la pasión va pasando de un espacio íntimo a otro, hasta que se interrumpe para respirar.

Em yace debajo de él, con los ojos cerrados, perdida en otro mundo. JJ se siente maravillado. Centra la atención en la distintiva marca de nacimiento y sonríe. No es un defecto. No es una

imperfección como cree el resto del mundo. No es nada de eso. Él sabe lo que es. Él es el único que comprende la importancia que tiene. Em ha sido marcada, ha sido elegida para él. Nunca se ha sentido igual, nunca ha experimentado esta plenitud. En la calma y el silencio que siguen a continuación, alarga la mano hacia un costado y acerca una larga sábana de lino para enrollarla alrededor de los dos. Se cerciora de que está bien ceñida, no quiere que Em se enfríe, que se quede más fría de lo que ya está.

Luego se inclina sobre ella, la besa en el cuello y le susurra al oído:

—Dominus vobiscum, querida mía. Dominus vobiscum.

SEGUNDA PARTE

¡Dios ha muerto! ¡Y lo hemos matado nosotros!

FRIEDRICH NIETZSCHE

32

Líbano

Detrás de un tupido bosquecillo de cedros gigantescos, escondido en las sombras de las nevadas laderas del monte Líbano, un hornero lleva a cabo un oficio que ha ido trasmitiéndose en su familia a lo largo de los siglos.

Se llama Ziad Keffy. Tiene cuarenta años y está calvo y gordo. El implacable sol le ha curtido la piel hasta tostársela de un color castaño oscuro, y luce una barriga, brillante a causa del sudor, que parece estar a punto de reventar. Al acercarse a la abertura del horno, sus décadas de experiencia le dicen que este ya ha alcanzado la temperatura necesaria y que la arcilla que hay en su interior está empezando a resplandecer igual que el oro fundido. Se sitúa delante del fuego a observar.

Periódicamente rocía con agua ese horno monstruoso para generar el vidriado superficial que protegerá los ladrillos. Cada uno de ellos ha sido moldeado a mano por su equipo de obreros, todos ellos devotamente entregados a su oficio, que han grabado su marca personal en los preciados bloques.

Keffy se aparta del horno para ir a ver cómo van los obreros. Ello le proporciona un breve momento para escapar del intenso calor. Algunos están mezclando arcilla con agua y otros están manejando los bueyes que pisan la mezcla recién hecha para convertirla en un lodo denso. No tardarán en colocarla en moldes de madera, y seguidamente cortarán los ladrillos con cuerdas de arco y los meterán en el horno para que se cuezan.

Es una tarea sucia y sofocante. Un trabajo que agota el cuerpo y seca los órganos desde dentro. Uno no aguanta más de unos pocos

segundos sin verse acuciado por la sed. De pronto, Keffy oye a su espalda la voz de su hermano.

—Te están esperando. Dicen que ahora te toca venir a ti. —Dany tiene diez años menos que él y es alto y esbelto, es tan diferente de Ziad que cuesta creer que sean parientes.

El hornero toma el paño sucio que lleva atado a la cintura para secarse el sudor de la frente.

—Pues en ese caso habrá que obedecerles —contesta—. No dejes que se acerque nadie al fuego. —Se pasa la vida temiendo que alguien le eche a perder el trabajo o se haga daño. El que hiciera cualquiera de estas dos cosas lo pagaría bien caro.

Sin prisas, pasa por debajo de un pequeño arco de ladrillos y desciende por una empinada cuesta de fríos escalones de piedra para dirigirse al edificio milenario que domina el bosque. Se le eriza el vello del pecho, en parte a causa del cambio de temperatura, pero principalmente debido a la tarea que está a punto de realizar.

Del mismo modo que él es el único encargado de cocer los ladrillos, también es el único al que llaman para que supervise el uso que se da a los mismos. Sus sandalias de cuero levantan un leve eco cuando se introduce por la estrecha ranura de un pasadizo subterráneo iluminado por unas antorchas que cuelgan en las paredes. Va meneando la cabeza en un gesto de negación, pues no alcanza a entender que la gente sea capaz de pasar ni un minuto ahí abajo, que sea capaz de vivir de ese modo.

El pasadizo se ensancha en una amplia plaza subterránea. La única luz es la que procede de las velas colocadas alrededor de la fuente del centro. En medio del constante chorro de agua hay una estatua. Es una figura alta y dotada de un semblante adusto. Se trata del santo que fundó el monasterio. Ziad se santigua e inclina la cabeza en señal de respeto, al tiempo que se le aproximan dos monjes vestidos con hábito negro. El mayor de los dos trae una enorme maza en sus manos salpicadas de manchas; el más joven, que no tendrá más de dieciocho años, tres cinceles de piedra. El hornero se asombra de que el joven no venga cargando con la herramienta más pesada; tal vez incluso aquí abajo los hombres todavía estén empeñados en demostrar su masculinidad.

—¿Es el mismo? —pregunta, temeroso.

El mayor no dice nada, pero su mirada lo confirma. El mayor no habla nunca. Es decir, lleva más de medio siglo sin hablar. Ziad frunce los labios y libera al monje del peso de la maza.

—Hermano, haga el favor de mostrarme el camino.

Echa a andar detrás de los dos, y sus pensamientos se centran en la tarea que tiene entre manos. En la mejor manera de asestar el primer golpe. En el modo de causar el mínimo desperfecto a la estructura diminuta pero sagrada que acaba de levantar. Y, sobre todo, en la forma de no hacer daño a una bestia humana que hace tan poco tiempo que acaban de encerrar dentro.

33

Miércoles

Walnut Park, Los Ángeles

Son las tres de la madrugada y Mitzi no ha dormido. Se ha incorporado de golpe en la cama de Amber, con sus dos gemelas al lado, finalmente dormidas.

La Smith and Wesson le cuelga de la mano vendada. Aún tiene los brazos y las piernas enrojecidos y escocidos a causa de la tunda que le dio Alfie, y sufre un zumbido constante en el oído, a consecuencia del golpe, que no le permite oír bien. Pero hace caso omiso de esos dolores, porque su mirada está fija en la puerta del dormitorio, la cual ha bloqueado con una cómoda a modo de barricada.

Hace un rato ha oído un portazo, un coche que arrancaba y un chirrido de neumáticos. Abrigaba la esperanza de que fuera él. Quiera Dios que haya sido él. No piensa dejar todavía el arma, hasta que esté totalmente segura. En la oscuridad ha estado pensando en las niñas, en las peleas que han visto, en el perjuicio que se les ha causado. Por extraño que parezca, Alfie no ha sido mal padre. Ni mucho menos. Adora a las gemelas y estas lo adoran a él. Jamás les ha levantado la mano. Únicamente se la ha levantado a ella. «Por su propio bien. Para darle una lección. Porque la quiere y teme que pueda abandonarlo».

Mitzi ya se conoce todas las excusas y se las ha explicado a las niñas, incluso les ha dicho que es normal, que todos los padres se pelean de vez en cuando. Le viene a la memoria aquella ocasión en que, magullada y maltrecha tras una pelea, permitió que Alfie la abrazase mientras ambos les decían a las niñas que se querían

mucho y que también las querían a ellas. Lo más enfermizo de todo fue que lo decían de verdad. Que lo sentían de verdad.

Fue de locos. Estaba verdaderamente loca de atar.

Se levanta de la cama, retira despacio la cómoda que bloquea la puerta, recoge la pistola y respira hondo. A continuación, muy lentamente, abre la puerta una rendija y asoma la cabeza para mirar hacia el dormitorio en el que se han peleado. Tal vez debiera haber llamado a la policía cuando lo tenía en el suelo. Haber soportado la inevitable humillación, los chismorreos en el trabajo… qué más da. Puestos a pensarlo, debería haber llamado a la policía mucho antes, la segunda vez que él le dio un puñetazo y la hizo llorar como una niña pequeña para después pedirle perdón.

Saca el arma por la rendija de la puerta y adopta la postura de disparar.

Está vacío.

Incluso con el débil resplandor de la lamparilla de noche, se da cuenta de que Alfie no está. Retrocede hasta el rellano preguntándose cómo ha sido tan tonta para creerse todas las paparruchas que le ha venido contando. Sí, el amor lo puede todo. Y todavía pueden más el amor y dos hijas adorables. Pero debería haber sido más lista.

Se acerca de puntillas hasta la escalera, con la pistola por delante, sujeta con las manos profesionales, pero aún ligeramente trémulas. No enciende ninguna luz hasta llegar a la cocina. Ojalá no hubiera llegado.

La claridad la aplasta como si fuera el Día del Juicio. Una andanada de luminosidad asestada por la mano de Dios que le provoca un intenso mareo. Vuelve el arma hacia un lado y hacia el otro, por si el monstruo que hay en su vida estuviera tendido, igual que una ballena, en el sofá.

Pero no está.

Loado sea Dios por estos pequeños actos de misericordia. Cinco minutos más tarde, Mitzi ya tiene la completa seguridad de que está sola con las niñas. Echa el cerrojo a la puerta y se sienta a la mesa de la cocina mirando fijamente el sitio que antes ocupaba Alfie. El

que ya no va a ocupar más. Frente a sí tiene una botella de whisky, un vaso, la pistola y todo un futuro tenebroso.

34

Carson, Los Ángeles

Ya se ha quedado fría.

Más fría de lo que él creía que podría quedarse un cuerpo humano. Resulta fascinante. Los policías de la televisión lo llaman enfriamiento cadavérico, es el estado de descomposición que los científicos denominan algor mortis.

Pobre Em.

Cada hora su temperatura ha descendido un grado y medio, y ahora apenas coincide con la de la habitación sin caldear en la que se encuentra tumbada. Su habitación. Su lugar de reposo. JJ le retira el pelo de su rostro blanco y fantasmal y la rodea tiernamente con el brazo. Afloran ruidos extraños. Por un instante le parece que respira, que está resucitando de entre los muertos. Le acerca el oído al corazón y escucha por si capta algún latido. Nada. Luego baja por el torso, le apoya las manos en las caderas inertes, pega la mejilla al liso abdomen. Ya sabe lo que es.

Gases y líquidos que hay dentro. Puede que Em esté muerta, pero en su interior hay cosas vivas, organismos que están alimentándose de sus intestinos, partes minúsculas de ella que todavía tienen vida. Es la vida después de la muerte. JJ se pregunta si aún habrá pensamientos en el cerebro, moviéndose igual que las bacterias, agitándose en sus últimos estertores. ¿Los recuerdos se disipan igual que los latidos del corazón o permanecen tras el último aliento y van pudriéndose a lo largo de las horas, los días o los meses? JJ sabe que es posible mantener vivo el cerebro aunque todos los demás órganos estén muertos. A lo mejor es ahí donde se encuentra el alma.

Se coloca al lado de Em, mira sus ojos vacíos y dice una cosa que no ha dicho nunca:

—Te quiero.

Se siente bien al decirlo. Es lo que quiere Dios. Dios es amor. Dios es quien le ha traído a Em. Em le pertenece. Le acerca la boca al rostro y le dice:

—De verdad, Em. Te quiero. De verdad.

35

Ciudad del Vaticano

Dos guardias suizos acompañan al asesor especial por el Cortile di Sisto V, el jardín que lleva el nombre del cuidador de cerdos que se convirtió en papa. Con un sonoro taconeo de botas, ascienden a paso rápido por la escalera de piedra que lleva a la planta superior del Palacio Apostólico. Desde el siglo XVII, las diez habitaciones que se abren frente a ellos, entre ellas una enfermería, forman el appartamento nobile, la residencia oficial de invierno del Sumo Pontífice.

El secretario papal que conduce a Andreas Pathykos le hace cruzar el vestíbulo y lo deja a solas en el pequeño estudio. Este griego de gesto grave conoce al Santo Padre desde hace treinta años. Es sus ojos y sus oídos en el mundo exterior.

Pasea de un lado para otro hasta que se abren las puertas y entra su viejo amigo.

—Santidad —saluda haciendo una reverencia, y luego añade—: Confío en que os encontréis bien de salud.

El viejo pontífice sonríe.

—Todo lo bien que puede encontrarse un octogenario. ¿Le has dicho a mi secretario que traías una noticia urgente?

—Así es. —De pronto cambia de actitud—. Pero me temo que no es buena.

El Santo Padre se acomoda en un sillón de respaldo alto.

—Las visitas urgentes rara vez traen buenos augurios.

—La escritora… ha muerto.

El Pontífice pone cara de consternación.

—Que Dios la bendiga. —Hace la Señal de la Cruz—. ¿En qué circunstancias ha fallecido?

—La encontraron en el mar, en Estados Unidos, cerca de donde vivía. No fue un accidente. Poseemos información fidedigna de que el Departamento de Policía de Los Ángeles está dando a esta muerte la consideración de asesinato.

El Papa inclina la cabeza en solemne contemplación. Más tarde rezará por el alma de la escritora. Y también rezará por que no se cumplan sus peores temores.

El asesor no agrega más detalles, desde luego se reserva los más sangrientos: la pérdida del ojo, la tortura. Su Santidad levanta la cabeza. Sus ojos azul claro, que han visto mucho pecado y han presenciado mucha sensatez, se posan en su fiel servidor.

—Andreas Pathykos, si posees alguna información que pueda ayudar a la policía a capturar al asesino de la escritora, has de comunicársela a las autoridades.

—Entiendo, Santidad.

—La Iglesia ha hecho mucho por unificar las facciones, la moderna y la ortodoxa, pero no podemos ser amigos de los extremistas.

—Santo Padre…

El pontífice le interrumpe alzando la mano.

—Su intención es buena, pero su celo es excesivo. Así nos lo ha enseñado la historia.

—Ciertamente, Santidad.

—Y el otro asunto. ¿Ya está zanjado?

Pathykos se estremece.

—Creo que no. Me atrevo a especular que sucede todo lo contrario. Con esta infortunada muerte, lo más probable es que el asunto permanezca abierto… durante una temporada.

36

Walnut Park, Los Ángeles

A las cinco de la madrugada, Mitzi inicia su nueva vida. Aparta el whisky, hace un poco más de café y se pone a examinar las facturas que ya no puede continuar aplazando. El hecho de realizar esa tarea le recuerda, con el alma encogida, que el próximo fin de semana las niñas se van a esquiar con el colegio y que hace ya mucho que debería haber efectuado el último pago de dicha excursión. No puede permitírselo, pero ya encontrará la manera. Le parece importante que en estos momentos se alejen de casa, puede que pasar unas vacaciones en Mount Baldy resulte ser lo más acertado.

Abre el ordenador portátil que tiene en casa y se pone a buscar un cerrajero y un abogado. Hay que cambiar todos los cerrojos de puertas y ventanas. No va a salir barato, pero no puede pensar en eso. Además, necesita concertar una cita con alguien que sea capaz de ocuparse de todos los trámites desagradables —el divorcio— y de la inevitable batalla que va a tener que librar por conservar lo poco que tiene.

Alfie ya le ha quitado el respeto por sí misma; y piensa asegurarse de que no le quite también su hogar.

Sube al piso de arriba a ver cómo están las niñas. Siguen durmiendo. Bien. Tal vez ese sueño profundo sirva para borrar parte del horror vivido durante la noche. Va descalza hasta su dormitorio y saca una maleta polvorienta del altillo del armario.

Veinte minutos después está sentada encima de ella, aplastando con su peso toda la ropa, zapatos y enseres personales de su marido que ha podido embutir dentro. El resto lo meterá en bolsas y lo dejará en el garaje para que él se lo lleve cuando ella no esté. De

una cosa está segura: su marido jamás volverá a entrar en esta casa.

Entra en el cuarto de baño y coge la navaja de afeitar, la espuma, el desodorante y demás utensilios y los va echando en un cesto de mimbre. Después entra en la ducha para quitarse la suciedad de dicha experiencia. Para empezar de cero. Se seca con una toalla y examina cada una de las marcas rojas que le dejó el cinturón en el cuerpo. Irán desapareciendo poco a poco. Con el tiempo se disiparán todas, y también los recuerdos, las persistentes dudas y el miedo que ahora la reconcomen.

Se viste para ir al trabajo. Hoy tocan colores vivos, afirmaciones audaces y pasos seguros. Una blusa de color amarillo pálido, pantalón azul intenso y chaqueta a juego. Es demasiado fuerte, sí. Demasiado veraniego, demasiado chillón. Pero no importa. Necesita sentir a su alrededor la fuerza de los colores, un halo de energía que la ayude a pasar el día. Aún le quedan un par de horas antes de llevar a las gemelas al colegio, de modo que se sienta a la mesa de la cocina y se pone a navegar por internet. Primero los titulares, después los chismorreos. Aburrida de lo mismo de siempre, termina tecleando en el buscador las palabras «Sábana Santa».

Aparecen medio millón de páginas en menos de una décima de segundo. Impresionante. Ojalá fueran así de eficientes los hombres. Si le das a un hombre un día entero, ni siquiera es capaz de saber dónde se ha dejado el billetero, y mucho menos otras cuatrocientas noventa y nueve mil cosas más. Los navegadores deben de ser féminas.

Hay numerosas páginas cuasi religiosas, y el objeto en cuestión tiene página propia. Además están las reseñas que aparecen en los sospechosos habituales: Wikipedia, BBC y CNN. Mitzi abre la Wikipedia y busca por primera vez la inquietante imagen que tanto obsesionaba a Tamara Jacobs.

Gracias al texto que acompaña, se entera de que las fotografías fueron realizadas en 1898 por un italiano llamado Secondo Pia. Se queda perpleja al ver que el negativo es mucho más nítido que la impresión de color sepia. Cuesta creer que ambas sean la misma imagen.

Abre un cajón de la cocina y saca un bolígrafo y una libreta de espiral. Busca una página en blanco y, saltando de un sitio de internet a otro, empieza a escribir anotaciones ordenadas por puntos:





La Sábana es un lienzo de lino de gran tamaño que por lo visto contiene las marcas de un hombre crucificado.

Se guarda en una capilla especial de la catedral de San Juan Bautista de Turín.

En 1978 se llevó a cabo un estudio detallado, por parte de un equipo de científicos estadounidenses denominado STURP (Proyecto de Investigación del Sudario de Turín). No hallaron pruebas fiables de que fuera una falsificación, y dijeron que la formación de la imagen era un misterio.

En 1988 se realizó la prueba de la datación por el carbono-14 en las universidades de Oxford y Arizona, así como en el Instituto Federal de Tecnología de Suiza. Todos, de manera independiente, dijeron que el Sudario era de la Edad Media y lo fecharon entre 1260

y 1390. Todos llegaron a la conclusión de que no pudo ser la mortaja con que se enterró a Cristo.

Mitzi se recuesta en la silla sintiéndose más segura que nunca de que las respuestas al asesinato que está investigando se encuentran en Turín. Consulta el reloj y se da cuenta de que se ha quedado tan absorta en el misterio de la Sábana Santa que ha perdido la noción del tiempo. Y son las ocho de la mañana, hora de enfrentarse a las gemelas. Hora de decirles que lo de anoche no fue un sueño, que de verdad dio una patada a su padre y que no va a consentirle que vuelva.

Nunca más.

37

Ciudad del Vaticano

Andreas Pathykos sale del palacio papal y recorre los cinco minutos a pie que hay hasta un café de la Piazza del Sant'Ufficio, situada frente a la curva sur de la plaza de San Pedro. Lleva años acudiendo aquí. Y también el hombre con el que está a punto de entrevistarse.

Pide un plato grande de pastas dulces, un espresso y agua, y luego se pone a vigilar la puerta, a la espera de su invitado. Pero no se ve obligado a aguardar mucho. El padre Nabih Hayek hace tintinear la campanilla de la entrada al penetrar en el local. Su semblante enjuto se ilumina al ver a su viejo amigo sentado a una mesa.

Hayek tiene cincuenta y muchos años, y es libanés. Su familia se remonta a los primeros días de la iglesia Siríaca Maronita de Antioquía, una singular orden católica que conserva liturgia, disciplina y jerarquía propias. Antioquía ocupa un lugar especial en el corazón de los católicos. Allí fue donde por primera vez se llamó cristianos a los seguidores de Jesucristo, y cuando Jerusalén fue destruida en el año 70, dicha ciudad pasó a ser un centro de la nueva fe.

—Aún hace frío —gruñe Hayek a modo de saludo. Abraza al asesor papal y añade—: Estoy deseando que llegue la primavera.

—Tómate este café. Voy a pedir que nos traigan más.

—Grazie.

El recién llegado se calienta sus artríticas manos con la taza mientras Pathykos hace una seña al camarero para que les traiga

más café. Toma un pasticciotto del montón de dulces y lo deposita en el plato de Hayek.

—Este lo he pedido especialmente para ti.

—¿Qué lleva dentro? —pregunta Hayek acercando el plato.

—Vainilla y chocolate —declara Pathykos, casi con sentimiento pecador—. Disfrútalo.

Hayek muerde la tierna empanada de pasta frolla y paladea este capricho tan infrecuente.

Los diez minutos siguientes los pasan hablando de la comida, la bebida y las frivolidades de la vida. Luego Pathykos decide ir al grano.

—He informado a su Santidad de las dificultades que están surgiendo en Los Ángeles.

—¿Y?

—Ha expresado su preocupación.

—¿De forma explícita?

El griego espera unos instantes antes de responder.

—Exige que si poseo algún conocimiento se lo transmita a las autoridades.

—¿Qué entiende su Santidad por conocimiento?

—Un convencimiento cierto y justificado.

—Ah, la definición que hizo Platón. —Se lame un poco de crema del dedo—. Como dijo ese gran hombre, «para que alguien tenga conocimiento de algo, ese algo ha de ser cierto. Debe existir el convencimiento de que es verdadero, y dicho convencimiento debe estar justificado».

—Es lo que aceptan la mayoría de los epistemólogos, y según esa definición, yo poseo conocimiento.

Pero Hayek no está tan seguro.

—Lo que posees es una suposición, querido amigo. Tienes una suposición, no una confirmación inequívoca, y por lo tanto, a consecuencia de tener tan solo una suposición, no posees la verdad.

—Supongo que tienes razón.

—Sé que tengo razón. —Hayek pone cara de sentirse satisfecho consigo mismo—. Pues bien, Andreas, aceptando que no posees la verdad, admitiendo que no conoces de modo irrefutable lo que ha

sucedido, también debes aceptar que no posees un convencimiento cierto y justificado y que por lo tanto no posees conocimiento alguno.

El asesor del Papa bebe un sorbo de su espresso y asimila la argumentación. Al cabo de un momento deposita la tacita blanca y dice:

—Si me lo pregunta el Santo Padre, le responderé que no poseo ningún conocimiento en el sentido más verdadero de la palabra. Si me ordena que transmita algo más que un conocimiento, te lo diré.

Hayek afirma con la cabeza. Es lo más que podía esperar. Luego vuelve a su empanada sopesando cuánta información debe desvelarle al griego. Hasta hoy ha sido fácil mostrarse abierto respecto de cuestiones un tanto delicadas, pero teniendo en cuenta la conversación de estos últimos minutos, puede que ese ya no sea el caso.

—Tú tienes un contacto en Los Ángeles. ¿No sería mejor que de ahora en adelante tratara yo directamente con él?

Pathykos comprende las implicaciones que subyacen en dicha oferta. Así él podrá evitar que en el futuro se le pregunte de nuevo acerca de sus conocimientos. Podrá actuar ahora para distanciarse de las cosas. Pero existe un precio que pagar por esa comodidad: la pérdida de control. El griego sabe que una vez que entregue las riendas a Hayek, este ya jamás podrá devolvérselas.

Los dos hombres pasan varios minutos sumidos en un estado contemplativo propiciado por el café, los dos ponderando las consecuencias que puede acarrear la petición de Hayek, no solo para sus respectivas iglesias, sino también para ellos mismos.

Finalmente, Pathykos pide la cuenta. Paga en efectivo. Luego anota un nombre y un teléfono en una servilleta y desliza esta sobre la mesa con gesto dubitativo.

—Comprenderás que no debemos volver a vernos. Durante varios años. Puede que nunca más.

Hayek toma la servilleta.

—Lo comprendo.

Los dos hombres se ponen de pie. Se abrazan, se besan en la mejilla y seguidamente salen del local y toman cada uno un camino

distinto. El griego regresa al Palacio Apostólico sabiendo que llegará un día en que necesitará implorar perdón por lo que acaba de hacer.

38

Walnut Park, Los Ángeles

Mitzi tiene los ojos enrojecidos y se siente tan agotada que a punto está de llamar al trabajo diciendo que se encuentra enferma.

Amber y Jade pasan el desayuno llorando a mares, y después gritan a su madre y le echan la culpa de todo. Y luego lloran otro poco más. Al final, las tres se abrazan unas a otras diciendo que lo sienten muchísimo y luego guardan silencio albergando siniestros pensamientos acerca de lo que va a ser su vida siendo una familia rota.

Mitzi se rehace y les dice:

—La vida continúa. Nadie tiene cáncer. Nadie se ha muerto. Y vosotras vais a iros a esquiar.

El soborno funciona. Pero solo por el momento. Mitzi deja la llave a una vecina para que puedan cambiar las cerraduras, lleva a las gemelas al colegio y luego se dirige a su trabajo.

Está intentando hacer como si no hubiera pasado nada. Como si fuera un día normal, un aburrido día de diario. Solo que no lo es. Hoy es un día terroríficamente distinto. Es el primer día de su condición de madre soltera. El primer día de su condición de mujer que está a punto de iniciar los trámites de divorcio. Marca el teléfono del abogado que ha encontrado en la red y concierta una cita para la semana que viene. Preferiría que fuera antes, pero él tiene todos los días ocupados. Sin saber por qué, se lleva una mano a la pistola, la Smith and Wesson con la que apuntó anoche a su marido.

¿Habría sido capaz de dispararle?

«Por supuesto que sí».

¿Habría intentado matarlo o solo herirlo?

«Esa es una pregunta más difícil».

El mero hecho de esforzarse por contestarla logra que se dé cuenta de que bajo todas las capas de odio, todas las cicatrices, los hematomas y las contusiones causadas por los malos tratos, sigue habiendo una fina gasa de amor verdadero, un delgado hilo que la une a los buenos tiempos. Bebe de una taza grande de café solo y enciende el ordenador. Algún día suprimirá la cafeína, puede que se someta a una desintoxicación completa y beba el cubo de agua al día que por lo visto se beben todas las buenas chicas. Pero hoy no. Hoy ya va lanzada a toda pastilla por la autopista de la cafeína, y así es como piensa continuar.

Ojalá hubiera dicho a Nic que viniera a la comisaría, en lugar de ponerlo a perseguir a los familiares y los amigos de Tamara. No le vendría mal contar con su energía, con un poco de impulso positivo que la mantuviera a ella en marcha. Claro que, en cierto modo, es mejor que Nic no esté aquí; si le contase lo de Alfie, lo más seguro es que le diera la locura e hiciera algo que lamentara más tarde.

Su mesa está hecha un desastre. Abarrotada de papeles y expedientes. Desde luego, no está como ella la dejó, por lo general es mucho más ordenada. Debe de estar perdiendo la memoria. O bien otra persona estuvo revolviendo en busca de algo y se fue dejando la tarea a medias. El tablero está atestado de informes forenses, declaraciones de interrogatorios, balances de cuentas bancarias, facturas y documentos pertenecientes a Tamara Jacobs y al marido de esta, Dylan Jacobs. Más todo lo que finalmente logró sonsacar a Sarah Kenny: comunicaciones de Tamara, notas y unas cuantas memorias USB. De dichas memorias ha conseguido imprimir una torre de papeles de guiones antiguos, numerosas versiones distintas, marcadas con números y por orden cronológico: «Borrador de El Sudario (1) 10 ene», «Borrador de El Sudario (10) 26 jul», etc.

Se olvida de la insistente preocupación de que alguien ha estado husmeando en su mesa y empieza a leer desde el principio. Es posible que la primera copia sea la más burda, pero también la más valiosa. En los borradores posteriores puede que se hayan eliminado cosas, que se hayan depurado, disimulado. Levanta las piernas, las apoya encima de la mesa y a continuación se resbala un poco en la

silla, con el manuscrito en la mano, hasta que encuentra una postura cómoda. Hace mucho tiempo que no lee nada que no sea un periódico o una revista; he ahí otra cosa más que va a enderezar en su nueva vida. Hojea el manuscrito e intenta seguir la disposición y el estilizado flujo de instrucciones de la cámara, así como el desarrollo del argumento.

LA SÁBANA SANTA

por Tamara Jacobs

TÍTULOS DE CABECERA

Fondo negro.

Desde las profundidades de la nada surge el sonido del viento del desierto silbando y aullando.

Retumba un trueno.

El trueno se transforma en golpes de clavar clavos en la madera. Más aullidos del viento. El viento se transforma en llanto de mujeres que chillan.

Continúa el fondo negro.

Va aumentando una banda sonora de música tensa.

De repente estalla en la pantalla una serie de planos en blanco y negro. Son fotografías en positivo y en negativo del rostro de la Sábana Santa.

Gran primer plano de los ojos oscuros de la Sábana Santa.

La música se intensifica.

Fragmentos rápidos de imágenes que parecen la corona de espinas. Música aguda, penetrante en cada imagen.

Aparecen imágenes fragmentadas, arañadas, como si fuera una antigua película en blanco y negro pasando por un proyector de los de antes.

La pantalla se mancha con una salpicadura de sangre. El plano se disuelve al tejido de la Sábana Santa, la tela se empapa y las impresiones van difuminándose a medida que transcurren los siglos.

Primer plano de la parte inferior de la Sábana Santa. La cámara recorre el lienzo buscando los puntos en que este cubrió las palmas de las manos y los pies, puntos en los que ahora rezuma la sangre. La cámara se aparta del lienzo y se funde a negro.

Se oye llorar a lo lejos. El llanto se mezcla en un eco amortiguado con el silbido de un potente viento que se incrementa y luego desaparece.

Han pasado la vida y el tiempo.

La pantalla vuelve a tornarse negra.

CORTE A

PRIMERA ESCENA

Partiendo de un fotograma en negro, vemos un cielo estrellado. La cámara se aleja y deja ver una amplia franja de cielo nocturno, después desciende despacio hasta la moderna ciudad de Turín, iluminada por un sinfín de luces.

CORTE A

EXTERIOR DE LA CATEDRAL DE SAN JUAN BAUTISTA

(Suenan campanas de iglesia).

CORTE A

PLANO GRÚA DE LA ENTRADA DE LA CATEDRAL

Las viejas puertas de la entrada se abren de repente y sale una riada de fieles haciendo mucho ruido. La gente se abrocha los abrigos, se pone los gorros, coge a los niños de la mano. Se los ve a todos alegres, renovados.

SE INTERCALA CON

Un anciano sacerdote penetra en la sacristía y se quita la casulla. Los monaguillos recogen los libros de los himnos, apagan las velas,

colocan los reclinatorios en línea recta.

La iglesia se queda vacía y oscura.

Se oye una llave girar en la cerradura de las grandes puertas de entrada. Se oyen pisadas que se pierden en el exterior, bajando los escalones de piedra.

Aparece la cara de un hombre en un pequeño cerco de luz. El haz de luz desciende para iluminar las baldosas del suelo de la iglesia. Oímos sus pisadas cuando camina y seguimos el balanceo del haz de luz. Este se detiene y sube hasta el lugar en que se guarda bajo llave la Sábana Santa. La luz enfoca la cerradura de la urna que contiene el lienzo. Una mano cubierta por un guante de látex introduce una llave y la gira.

Oímos el crujido de una puerta que se abre. La luz alumbra el sudario.

Durante uno o dos segundos no sucede nada.

De pronto vemos el destello luminoso de un cuchillo.

Parece que la Sábana Santa está a punto de ser destrozada, destruida. La luz acaricia la Sábana, y entonces aparecen las impresiones y las manchas (imágenes que recuerdan a las que acabamos de ver en la secuencia de los títulos).

Se oye un fuerte estallido. La luz de la linterna se apaga rápidamente.

CORTE A

EXTERIOR

Fuera, dos niños han lanzado un balón contra las ventana de la iglesia. Cogen el balón y huyen corriendo, asustados.

INTERIOR

En las sombras vemos la cara del hombre del cuchillo, que aguarda pacientemente.

Cuando ya no se oye nada más que pueda molestarlo, reanuda su tarea.

PRIMER PLANO

La hoja del cuchillo comienza a oscilar lentamente adelante y atrás sobre la superficie del antiguo lienzo, como si la estuvieran afilando metódicamente contra una piedra de afilar.

El cuchillo desaparece de la vista. Sigue una breve pausa. Se ve una cinta adhesiva, como la que utiliza la policía científica para tomar huellas, que se aplica sobre una superficie y luego se retira.

Mitzi observa fijamente los renglones tachados y ve una anotación escrita a mano un poco más abajo, que dice: «*demasiado sensible/r».

Imagina que la «r» significa reescribir. Aparta a un lado la torre de borradores y, después de buscar un poco, encuentra la siguiente versión del guion. Dice lo siguiente:

El cuchillo desaparece de la vista. Sigue una breve pausa. Por la izquierda entra en imagen un sobre de color crema. Una mano levanta el sudario y lo acaricia delicadamente con los dedos. Se ve que caen en el interior del sobre unas minúsculas partículas de tejido y de polvo de color pardo. El sobre se cierra.

Mitzi se pregunta por qué motivo cambió el texto Tamara. ¿Qué tendría de malo la versión original? Compara las dos. El único cambio significativo parece ser la supresión de la referencia «como la que usa la policía científica para tomar huellas». Se columpia adelante y atrás en su silla, casi con la esperanza de que ese movimiento libere una idea obstruida, una intuición atascada.

De pronto suena el móvil que descansa sobre su mesa.

—Mitzi Fallon —dice, mirando todavía el guion, cavilando acerca de los cambios.

—Soy yo.

De pronto se queda paralizada.

«Alfie».

Se le acelera el corazón. Se retira el teléfono de la oreja para mirarlo con gesto ceñudo. Su marido todavía está hablando cuando corta la comunicación.

Pero, sin saber por qué, se da cuenta de que no basta con cortar la llamada. Se cerciora de que el teléfono esté completamente desconectado. Sabe que tendrá que hablar con él, pero en este momento no. No hasta que esté verdaderamente segura de que es lo bastante fuerte.

39

Centro de Los Ángeles

John James, el jefe de la fábrica, está de pie a la entrada de la nave de las máquinas cuando suena la sirena que indica la pausa para el café de las once.

—¡Esperen! ¡Esperen!

Tiene que gritar para hacerse oír por encima de la cacofonía de sillas que se arrastran por el suelo de madera.

—Un momento. Antes de irse, tienen que saber una cosa.

El estruendo amaina hasta convertirse en un rumor. Las caras expectantes de treinta mujeres se le quedan mirando. Algunas están ansiosas por ir al cuarto de baño, otras a tomarse un café o un refresco, o a fumarse un cigarrillo.

—Anoche Emma Varley presentó su dimisión y ya no va a venir más a trabajar.

La noticia provoca un par de silbidos e incluso unos cuantos aplausos de aburrimiento.

—Ello quiere decir que tenemos un puesto libre de operador de máquina. Si alguien sabe de alguna persona que necesite trabajo, que me lo diga. Los candidatos tienen que traer referencias. Eso es todo.

De nuevo estalla una oleada de ruido y se reinicia el éxodo. JJ se aparta a un lado para dejar pasar a la riada de mujeres.

—En buena hora nos hemos librado —comenta Jenny Harrison acercándose a él. Es una morena de treinta años que lleva el pelo recogido en un moño grasiento y la cara muy maquillada—. Esa zorra no servía para nada, nos retrasaba a las demás.

JJ se siente obligado a defenderla.

—Que Em ya no esté aquí supone una grave pérdida para la empresa.

Harrison se detiene delante de él.

—¿Em? —repite con un tonillo de diversión—. Así que ¿Em era la niña bonita del profesor?

JJ no dice nada. En su fuero interno ya está reprendiéndose a sí mismo por haberse ido de la lengua.

—Oh, no me diga que va a echarla de menos, señor J. —Harrison agarra del brazo a una de sus compinches, que pasa por su lado—. Oye, Kim, ¿tú crees que el jefe estaba colado por Cara Culo?

Kim Bass, una rubia platino, no joven pero tampoco vieja, mira a su jefe con descaro.

—Yo diría que se siente un poco violento, Jen. —Masca chicle con ademán de indiferencia y lo mira de arriba abajo—. Sí, puede que sí. O a lo mejor no es que estuviera colado, sino que se la ponía dura.

Todas estallan en risotadas y se abrazan unas a otras como si fuera un chiste tan bueno que fueran a caerse al suelo.

—¡Salid de aquí! —JJ las ahuyenta hacia la puerta—. Haced el descanso o volved al trabajo.

Harrison es demasiado descarada para consentir que le hablen de esa manera; ella se ha comido a hombres que eran el doble de grandes que Cara de Besugo, y ha escupido las espinas y la raspa antes de desayunar. Se acerca un poco más a él, tanto que llega a rozarlo con los pechos y le hace toser a causa del perfume barato que lleva.

—¿Sabe, señor J? Ahora podría tomarnos de niñas bonitas a nosotras. Kim y yo podríamos enseñarle cosas que ni siquiera se imagina.

Bass le sigue el juego y se cuelga del hombro de JJ apretando el cuerpo contra él.

—Exacto, jefe. Si nos trata como es debido, nosotras le trataremos a usted no vea qué bien.

JJ explota y le tapa la boca a la rubia con la mano. Nota que lo invade la cólera. A su mente acude una rápida sucesión de imágenes. Tiene que hacer un gran esfuerzo para no mover la otra

mano del costado, tiene que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no agarrar a Bass por el cuello y arrancarle la vida.

—¡Eh! —Bass se aparta de golpe—. Eso ha sido una agresión.

—Recoged vuestras cosas, estáis las dos despedidas. Fuera de aquí.

Bass ya no tiene en los ojos esa expresión de descaro.

—No puede hacer eso.

—Ya lo he hecho. —JJ tiene el corazón desbocado—. Estáis las dos despedidas. Recoged vuestras cosas y salid de aquí. Ya.

Las dos mujeres se miran la una a la otra sin saber qué hacer.

—Ha sido solo una broma, señor James —dice Harrison en tono contrito—. Sentimos mucho haberlo enfadado.

—Fuera.

—Por favor —suplica Bass—. Si le digo a Dwayne que he perdido este empleo, me dará una paliza por idiota.

A JJ le da absolutamente lo mismo.

—Ya eres idiota. Coge tus cosas y márchate o llamaré a la policía para que te eche.

Se dan cuenta de que no va a cambiar de opinión. De pronto el semblante de Harrison se tiñe de rabia.

—¡Ha acosado sexualmente a mi compañera! —exclama señalando a Bass—. Yo lo he visto. La ha toqueteado. —Se vuelve hacia su amiga—. ¿A que sí, Kim? Te ha metido mano, ¿verdad?

—Sí. Es un maníaco sexual. Ha estado molestándome todo el tiempo. Todas las chicas lo han visto.

La sonrisa de satisfacción desaparece de los labios del jefe. El pobre imbécil no sabe qué hacer. No tiene ni idea. Harrison, antes de irse, le da un leve cachete en la mejilla y le dice:

—Vamos a hacer el descanso. —Consulta el reloj y añade—: Solo que vamos a tardar un poco en volver, porque usted nos ha entretenido hablando.

40

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

El sillón de oficina de Deke Matthews emite un crujido amenazador cada vez que su dueño se balancea adelante y atrás mientras pondera la inesperada petición de Mitzi: enviar a Karakandez a Turín.

Si el cadáver hallado en la playa hubiera sido simplemente el de un vagabundo, habría contestado que no; la habría despachado con un cachete en la nuca por haber sugerido siquiera algo semejante. Pero una guionista de Hollywood es cosa bien distinta. Sobre todo desde esta mañana, cuando el alcalde le ha metido prisa para que lo informara de cómo iba la investigación y le ha recordado que las elecciones están justo a la vuelta de la esquina.

Endereza el sillón y emite su veredicto.

—Muy bien, envíelo. Pero en plan barato. Súbalo a un avión correo o a una línea aérea de bajo coste. Amárrelo a una bandada de palomas o dígale que vaya nadando. No quiero ni horas extras ni restaurantes caros.

—Gracias, jefe —dice Mitzi, y hace ademán de retirarse.

—Y envíelo ya mismo. Hoy. Esta noche como muy tarde. Necesito resultados respecto de este caso, Fallon, y enseguida.

—Los tendrá. —Se encamina hacia la puerta.

—Bien. De hecho, ya está tardando.

Mitzi marca el número de Nic al tiempo que se dirige hacia su coche para acudir a su próxima cita: un erudito católico experto en la Sábana Santa.

—Karakandez. —Se oye un montón de ruido al otro extremo de la línea.

—¿Dónde estás?

—Recorriendo las cafeterías que hay en los alrededores de los estudios. —Da las gracias con un gesto de los labios a la joven camarera a la que acaba de entrevistar—. Se me ha ocurrido que a lo mejor Tamara venía aquí a comer o a desayunar… o a lo que sea que hagan los guionistas.

—¿Y has tenido suerte?

Nic examina las caras anodinas a las que ha enseñado su placa.

—De momento, no.

—Pues entonces vuelve a casa y haz las maletas. Los de Administración te están reservando un vuelo a Turín para que busques al tal Craxi.

—Ni hablar, Mitzi. Ya tengo un pie fuera. Es demasiado tarde para que me ponga a estas horas a cruzar el Atlántico.

—No es una petición, sino una orden… directamente de Matthews.

Nic guarda silencio durante un minuto para asimilar la noticia. Sabe que Mitzi tiene en casa a dos hijas y un borracho de los que cuidar, de manera que ella no puede ir, y no hay ningún otro agente experimentado al que poder enviar.

—Me debes una bien grande por esto, ¿estamos?

—Recuérdamelo cuando estés navegando por los siete mares.

Nic pone fin a la llamada y sale de la cafetería.

Mitzi preferiría no tener que depositar tanta carga encima de la mesa de Nic. Y no solo porque este se merece un aterrizaje suave al abandonar la policía, sino porque si para cuando se vaya el caso no está resuelto, ella va a tener que poner al día de todo lo que ha hecho Nic a una persona totalmente nueva.

Son poco más de las doce del mediodía cuando aparca el coche y toma un ascensor en el interior de una antiestética torre de hormigón de la calle West Temple. La oficina en la que entra está alfombrada con una vieja moqueta a cuadros marrones que ya hace mucho que dejó de ser tan fácil de limpiar como prometía la garantía. La mitad del espacio está ocupada por una mesa gris metálica provista de tres cajones y por dos sillas de plástico mohoso. La otra mitad se halla dominada por una cruz de un metro de alto

montada en la pared, de la que cuelga una figura turbadora, de tan realista, de un Cristo ensangrentado.

El padre Patrick Majewski, de la archidiócesis de Los Ángeles, se levanta de su asiento para estrecharle la mano a Mitzi. Este clérigo de rostro rubicundo es el producto destilado de varias generaciones de abuelos irlandeses y polacos filtrados por Gdansk y Belfast. Su cabello blanco, corto pero abundante, se fusiona con una barba blanca, también corta pero muy poblada.

—Siéntese, por favor —dice al tiempo que vuele a tomar asiento —. Espero que no le importe… todavía estoy terminando de almorzar. —Indica el plato medio lleno de un caldo aguado que descansa sobre una vieja bandeja de madera, encima de su mesa de trabajo.

—En absoluto. Adelante, disfrute.

—¿Le gustaría tomar algo usted también?

Mitzi ha visto agua de fregar más apetitosa que ese caldo.

—Estoy bien así, gracias.

—Usted se lo pierde.

El sacerdote le obsequia una sonrisa benigna y se traba una servilleta blanca en lo alto de la sotana. Saborea lentamente cada cucharada. Sin sorber con ansia. Sin acelerarse. Sin desperdiciar ni una gota.

Al cabo de lo que se antoja una eternidad, deja la cuchara en el plato sin hacer ruido, se quita la servilleta y se limpia los labios con delicadeza.

—Absolutamente delicioso. Se ha perdido usted un auténtico manjar.

—Según tengo entendido, la negación es buena para el alma, padre.

—Pero no tan buena para el estómago —replica el cura riendo—. En fin, usted no ha venido aquí para hablar de la sopa. Por teléfono me dijo que quería hablar del Santo Sudario de Turín.

—Así es. —Mitzi acerca un poco más su silla—. La oficina de prensa de la diócesis dice que es un tema en el que usted es experto.

—En efecto. Me ha fascinado durante toda mi vida. Tengo entendido que existe una relación con la investigación de un crimen. ¿Me permite que le pregunte de qué tipo?

—De una que aún está en marcha. No quisiera ser maleducada, pero la verdad es que de momento no puedo decir nada más.

—Entiendo. ¿Y qué es lo que desea saber exactamente?

—Si usted cree que la Sábana Santa es auténtica.

—Yo vi la Sagrada Síndone en Turín la última vez que se expuso al público. El mero hecho de encontrarme ante ella me hizo darme cuenta de que era la mortaja de Nuestro Señor.

—¿Y cómo es eso? ¿Cómo pudo estar tan seguro?

A Majewski se le ilumina la cara.

—Lo supe porque soy un siervo de Cristo.

Mitzi abre su libreta.

—Perdone un segundo. He anotado unas cuantas cosas que he encontrando en la red. —Pasa una página, después otra—. A ver… Los científicos que hicieron la prueba del carbono-14 insisten en que no puede pertenecer a Cristo porque data de la Edad Media. He apuntado textualmente: «Fechada de forma innegable entre 1260 y 1390».

—Se equivocan. Esas pruebas se realizaron hace casi treinta años. En esa época no se hacían con tanta precisión como en la actualidad. Tenían fallos.

—¿En serio?

—En serio. Es posible encontrar varios ejemplos de pruebas del carbono-14 que contienen un error de cientos de años.

—En cambio, no es tan probable equivocarse en más de mil años, ¿no?

—Lo que es erróneo es erróneo, teniente. —El sacerdote se pasa la lengua por los dientes para saborear un resto de sopa—. Si usted presentara ante un tribunal unas pruebas forenses, ADN, grupo sanguíneo, huellas dactilares, que contuvieran errores aunque fueran mínimos, el juez no se las aceptaría, ¿verdad?

—Imagino que no. Pero incluso hoy en día los científicos universitarios que analizaron la Sábana Santa, todos ellos grandes

expertos de Oxford, Arizona y Zúrich, siguen diciendo que la datación fue correcta.

—Naturalmente. Están protegiendo su reputación. Verá, los rayos X se inventaron en el siglo XIX, fueron algo increíble, la posibilidad de ver el interior del cuerpo humano y de curar lo que funcionaba mal. Pero aquellas primeras máquinas no eran ni remotamente tan precisas como las que usamos en la actualidad, había miles de afecciones y enfermedades que no eran capaces de detectar. Y sucede lo mismo con la datación mediante el carbono-14. Es una técnica que está en pañales, y en este caso es tan poco exacta como los rayos X en el siglo XIX.

La expresión de Mitzi indica que sigue sin estar convencida.

—Pero también hay otros factores, muchos.

—¿Como cuáles?

—Para empezar, las muestras las tomaron de la parte de la Sábana de la que no debían tomarlas.

—¿Cómo es posible que exista una parte así?

—Fácil. Es un lienzo viejo y de grandes dimensiones. Mide cuatro metros y treinta y seis centímetros de largo por un metro y trece centímetros de ancho. Con el tiempo se ha ido deteriorando: desgaste de los dobleces, manchas de agua y, sobre todo, un incendio que hubo en la Saint-Chapelle de Chambéry, en Francia, que era donde estaba guardado. De modo que, con el paso de los siglos, se fueron reparando la quemaduras, las manchas y los deshilachados sufridos por el lienzo, es decir, se entrelazaron hilos nuevos con los antiguos. Me temo que la datación por el carbono-14 se hizo en una de las zonas reparadas, y no en la tela original.

—¿Los científicos no escogieron una parte de la tela antigua a la hora de realizar los análisis?

—Por lo visto, no.

—Perdóneme, imagino que soy idiota, pero no veo cómo se pudo cometer un error semejante.

Ahora, el desconcertado es el sacerdote.

—No la entiendo.

—Verá, según lo que he leído, fue la Iglesia, y no los científicos, la que determinó con precisión de dónde había que tomar las

muestras. Y si la Iglesia sabía que había zonas con remiendos, ¿por qué no ordenó que se tomaran las muestras de una parte de la tela original?

Majewski parece irritado.

—La Sagrada Síndone no tenía ningún remiendo en absoluto. Fue reparada por manos expertas que la zurcieron mezclando hilos nuevos, de manera casi invisible, con los antiguos. La Iglesia no intentó engañar a nadie. Simplemente, no se había percatado de que dichas partes eran las que habían sido zurcidas.

Mitzi se siente intrigada.

—¿Quiere decir que no existe ningún documento que certifique que se llevaron a cabo esas labores de reparación en la Edad Media?

—No.

—Venga ya. —Mitzi es incapaz de disimular su incredulidad—. Estamos hablando de la reliquia más famosa de todos los tiempos, ¿y resulta que nadie anotó lo que se hacía con ella y cuándo?

—Si tiene la amabilidad de permitirme terminar —replica el sacerdote con gesto ceñudo—. La falta de documentación no es en absoluto rara. Al cabo de dos mil años las cosas se pierden, se destruyen. Es triste, pero un hecho, que muchos documentos y testimonios relativos a la Síndone, y también los relativos a otras importantes reliquias, han ido desapareciendo con el paso de los siglos.

—Según mi experiencia, padre, los documentos importantes solo desaparecen o se destruyen cuando así lo quieren las personas.

El sacerdote pone cara de ofendido.

—Teniente, nosotros no nos dedicamos a evadir impuestos ni a estafar.

A Mitzi no la impresiona esta muestra de indignación.

—Los falsificadores son falsificadores. Da igual que sean presidentes, políticos o sacerdotes.

Majewski exhala un profundo suspiro.

—Gracias a ciertos informes documentados de manera fidedigna, sabemos que tras el incendio de 1532 cuatro monjas de la orden de las Pobres Clarisas efectuaron reparaciones de cierta consideración

en la Síndone. Y, de forma parecida, podemos demostrar que esta volvió a restaurarse en 1694.

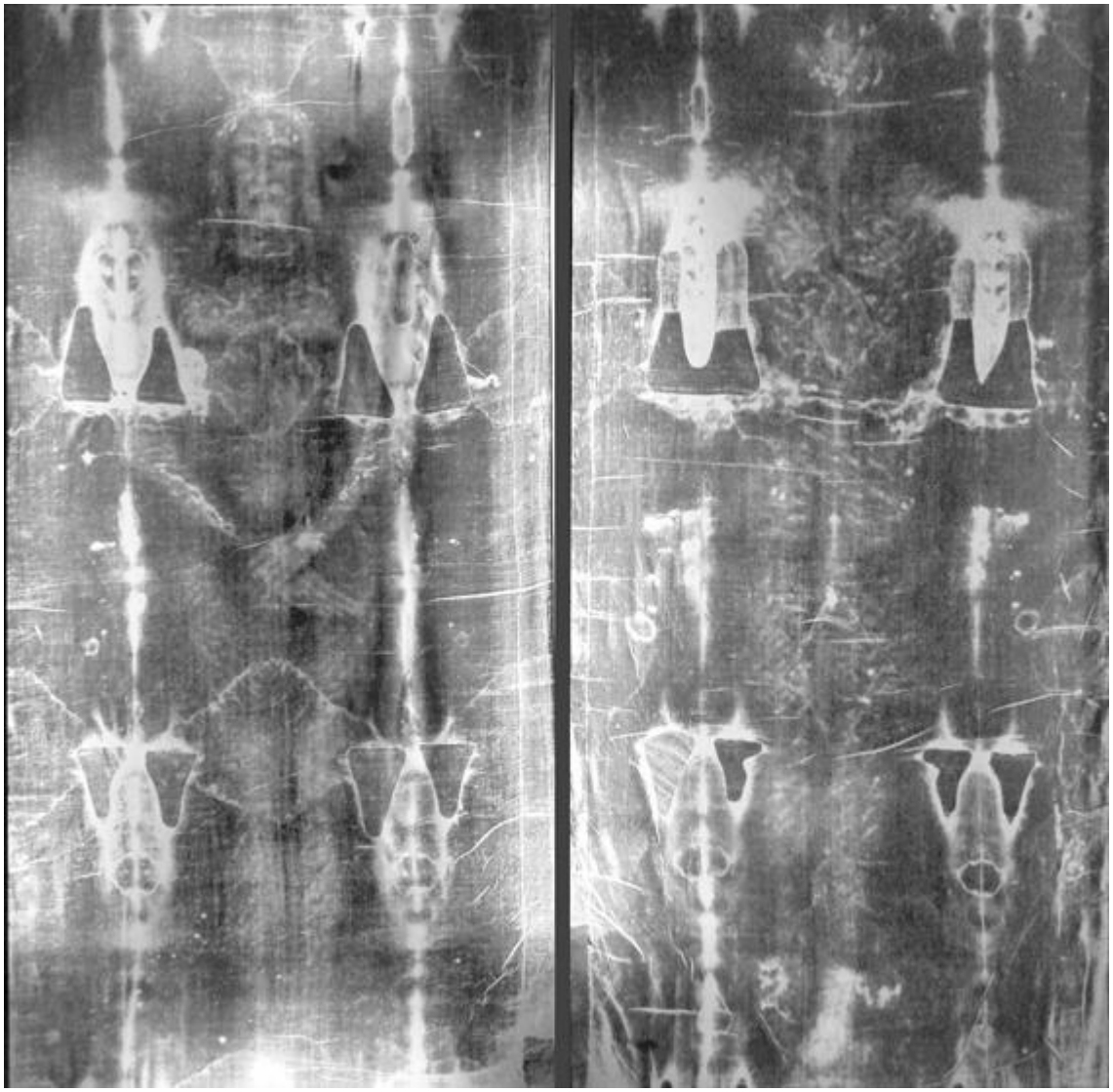
—No deseo molestarlo, padre, pero esos remiendos de los siglos XVI y XVII no tienen nada que ver con una obra del siglo XIII.

De improviso Majewski abre el primer cajón de su mesa. Recorre con los dedos los lomos de las carpetas colgantes y se detiene a mitad de camino para extraer una de ellas.

—¿Ha visto alguna fotografía de la Sábana Santa que sea de buena calidad?

—Solo las que hay en internet.

—Esas serán de escasa definición. —Abre la carpeta y saca una serie de fotos—. Observe. Estas son fotografías de alta definición realizadas con la aprobación de la Iglesia. La de la izquierda corresponde a la imagen frontal de la Sábana, y la de la derecha, a la imagen dorsal.



Mitzi las maneja igual que manejaría unas instantáneas tomadas en una escena del crimen. Les echa una ojeada rápida, y luego vuelve a la primera para examinarla con más detalle.

El sacerdote acerca su sillón y señala con el dedo las manos cruzadas del cadáver, que aparecen en la imagen de la izquierda.

—Esta marca de la muñeca es donde clavaron uno de los clavos de hierro. No se encuentra, como cree mucha gente, en la palma de Nuestro Señor, sino entre los huesos situados bajo el abultamiento que hay en el punto en que la muñeca se une a la mano. —A continuación desplaza el dedo hacia el torso de la figura—. Estas

marcas transversales son las que dejaron los soldados al azotarlo con los flagrum…

—¿Qué flagrum?

—Son látigos formados por correas de cuero terminadas en trozos de metal.

Mitzi ve con claridad todo lo que comenta Majewski. Los detalles son tan increíbles que resultan muy convincentes.

Majewski se percata de que la teniente se siente atraída por el misterio… el milagro.

—Cuesta trabajo de explicar, ¿verdad?

—Así es —concede ella. A continuación se fija en otra imagen distinta, un primer plano de la cabeza y el rostro—. Parece tan real que resulta inquietante. —Intenta hacer memoria, pero no recuerda haber visto ni oído hablar de que un cadáver transfiera sus rasgos a una tela ni a un tejido.

El sacerdote se inclina hacia su invitada. Aún le huele el aliento a sopa.

—Teniente, no tengo ni idea de lo que está usted investigando, pero le ruego encarecidamente que proceda con sumo cuidado. —Toca con delicadeza la fotografía que tiene ella en la mano y le habla en el tono de autoridad que emplea en el confesionario—: Está usted mirando el rostro de Nuestro Señor. Recuerde que llegará el día en que Él posará sus ojos en usted. Rezo para que Él, en su misericordia, la juzgue entonces tal como lo juzga usted ahora.

41

Centro de Los Ángeles

JJ no es capaz de mirar a las mujeres mientras estas van saliendo de la fábrica al finalizar el turno. Le asquea el ruido que hacen. Le revuelve el estómago la masa que forman, el hervidero de voces. Y entre todo ese parloteo de idioteces, distingue las de Harrison y Bass, que constantemente le lanzan insultos para provocarlo.

Se aleja de la sala de las máquinas y toma el pasillo que lleva a su despacho. Es como estar otra vez en el instituto. Le vienen a la memoria los chicos mayores, más grandes que él, recuerda cómo lo provocaban y lo maltrataban. Se lo recuerda la acidez que nota en el estómago.

Toma asiento a su mesa, cierra los ojos y baja la cabeza. Ya sabe lo que está pasando. Esas mujeres son malvadas. Son el mal. Han sido enviadas para poner a prueba su temple. Están en la tierra para interponerse en su camino y destruir todo lo que representa él, todo lo que tiene que llevar a cabo. Bien, pues no lo van a conseguir. Él no se lo permitirá.

De pronto se oyen unos golpecitos en el cristal de la puerta. Levanta la vista y descubre la cara de Harrison. Tiene abierta esa boca tan sucia y burlona, y con la mano derecha hace gestos obscenos. Después de mirarlo durante unos segundos, lanza una risotada y se va.

JJ es incapaz de moverse. Harrison ha vuelto a humillarlo. Harrison y Bass pretenden convertir su vida en un infierno, no le cabe la menor duda.

Se levanta de la mesa y regresa a la nave. Desconecta todas las máquinas, cierra las ventanas, comprueba que están cerrados los

grifos de los aseos y que las teteras y los electrodomésticos de la zona de cocina están todos desenchufados. Después de apagar las luces, vuelve a su despacho y abre un viejo archivador metálico que hay en un rincón, enterrado debajo de un ordenador que ya no usa y de una pila de periódicos. Va pasando los expedientes del personal hasta dar con los dos que está buscando: Harrison y Bass.

Una buena noticia: viven muy cerca la una de la otra, y no muy lejos del trabajo. Nada lejos. Toma nota de las direcciones y los teléfonos de casa y después vuelve a colocar los expedientes en su sitio. Apaga la última luz y cierra con llave. Con el ánimo un poco más alto, se interna con el coche en la oscuridad de la noche y en los planes todavía más oscuros que tiene para sus conflictivas empleadas.

42

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

Mitzi consume el resto del día obteniendo permisos para el viaje de Nic a Italia y esquivando a Matthews, que se ve acosado a cada hora por todo el mundo, desde el alcalde hasta el inspector. El pobre da la impresión de estar a punto de explotar.

Esta noche Mitzi tiene pensado llevar a las niñas a cenar fuera, lo que les apetezca más un buen helado. Podrán atracarse de caprichos. Una noche para chicas antes de que se vayan a esquiar. Bien sabe Dios lo mucho que necesitan algo así.

De camino a casa llama a Nic y se prepara para recibir un torrente de improperios.

—Diga —suena la voz de Nic a través del altavoz del manos libres del coche.

Mitzi sube el volumen y contesta:

—¿No deberías responder bonjour o algo así?

—Muy graciosa. Pero me parece que los italianos dicen buongiorno.

—No me cabe duda de que eso lo vas a averiguar bien pronto. ¿Ya has hecho la maleta?

—Acabo de cargar el coche y salgo dentro de un minuto. Gracias por esto, Mitz. Era justo lo que necesitaba para evadirme: un viaje urgente de varios miles de kilómetros para perseguir sombras.

—Oye, si hubiera habido otra persona disponible, la habría enviado a ella. Y si pudiera ir yo misma, iría. Créeme, tú eras mi último recurso.

—Conque tu último recurso, ¿eh? Tú sí que sabes decir a un hombre lo que le gusta oír.

—Se acabaron las quejas. ¿Has conseguido ponerte en contacto con los Carabinieri?

—Hace un momento. Dicen que van a adjudicarme un agente de enlace. Y además he pedido a un colega del FBI que me busque una cara amiga.

—Procura que no nos cueste dinero. Si presentas cualquier factura que no sea la de un café, Matthews me quitará la placa.

—Genial. Un coñazo de viaje y encima un radar que va a vigilar cuánto dinero gasto. ¿Y qué tal día has tenido tú?

—Los he tenido mejores.

—¿Pues cómo?

Mitzi está a punto de contárselo, pero se reprime. No sirve de nada pasar el veneno al prójimo. Dentro de unos minutos Nic se irá al aeropuerto, y tiene un asesinato que investigar.

—Me he vuelto loca leyendo esos malditos guiones que me dejaste. Y esta tarde he terminado yendo a la diócesis católica a consultar a un supuesto experto de la Sábana Santa.

—Que Dios te bendiga. ¿Has averiguado algo más?

—Algo. —Toca el claxon a un gilipollas al volante de un Tahoe que se le cruza por delante—. En el aspecto forense, no parece que haya pruebas de que el tal sudario sea realmente el de Jesucristo, y es posible que fuera eso lo que pretendía demostrar Tamara Jacobs. Mañana voy a llamar a Amy para pedirle su opinión de patóloga. A lo mejor sabe distinguir si las marcas que aparecen en la tela coinciden con las de una persona crucificada.

—¿Sabes una cosa? No estoy seguro de que Amy haya trabajado alguna vez con una crucifixión.

—En Los Ángeles ocurren las cosas más raras, so memo, nunca se sabe. Mientras estés en Turín, deberías intentar ver la Sábana Santa. Hoy he visto unas cuantas fotografías en alta definición, y son de verdad asombrosas.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que no es posible explicar cómo se formó la imagen del cuerpo. Simplemente, no lo entiendo. Según lo que he leído y me han contado, no existen pruebas de que se pintase ni se dibujase. Lo único cierto es que constituye un misterio.

Nic consulta su reloj.

—Mitz, si quieres que llegue a tiempo de facturar, tengo que salir corriendo.

—Vete. Solo te he llamado para desearte buena suerte. Envíame un correo electrónico cuando puedas.

—Vale. Llamaré a la base cuando ya esté instalado, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Hace una pausa y añade—: Cuídate.

—Tú también.

Un chasquido, y Nic ya no está. Mitzi enciende la radio, pero en realidad no le hace caso. El resto del trayecto conduce llevando puesto el piloto automático, preguntándose qué tal día habrán tenido las niñas, si habrán hecho los deberes del colegio, qué actitud mostrarán hacia ella cuando llegue a casa.

Nada más torcer para entrar en el camino de coches, clava los frenos.

El coche de Alfie. Justo en el lugar de costumbre del garaje.

Con el corazón desbocado, se desabrocha el cinturón de seguridad, se apea y cierra la portezuela con furia. Va tan enfadada que está a punto de abrir la puerta de una patada, en vez de con la mano.

—Hola —saluda él con todo descaro, sentado con sus hijas a la mesa familiar, alrededor de un enorme cubo de KFC—. He comprado pollo, para que no tengas que cocinar.

43

Boyle Heights, Los Ángeles

En el mapa dice Boyle Heights, pero los vecinos lo llaman Paredón Blanco. Se trata de un vecindario lleno de cuestas, situado en la orilla oriental del río Los Ángeles, y es la entrada principal de los que llegan por primera vez a esta ciudad. El sitio en el que se instaló un inmigrante irlandés llamado Andrew Boyle en la época en que California era más mexicana que estadounidense. Llegó a ser alcalde y construyó una gran parte de la infraestructura que dio lugar a que aquella área se convirtiera en un moderno crisol de latinos, emigrantes de la Europa del Este, japoneses y norteamericanos de minorías de raza blanca.

JJ ha aparcado justo al sur de la iglesia de St Mary y al oeste del hospital Promise, y contempla la fachada de una enorme casa de cinco dormitorios que antes era una residencia sumamente deseable y sin duda constituía el hogar de una familia buena y temerosa de Dios. Ahora es un edificio viejo y ruinoso que se acerca tambaleante al final de su vida en forma de varias viviendas de alquiler barato de una sola habitación. Este es el domicilio de Jenny Harrison, aunque desde el sitio en que se encuentra él apostado no tiene ni idea de en qué parte del edificio asienta la chica sus tristes posaderas.

Un vistazo al reloj del salpicadero del Explorer le dice que ya lleva aquí más de cuatro horas, vigilando pacientemente a un ejército entero de personas que entran y salen. Kim Bass, la amiga de Harrison, ha llegado hace unas tres horas y desde entonces no ha salido. A lo mejor es que piensa quedarse a dormir. Si no, tiene un paseo de apenas un kilómetro hasta su casa. Un paseo de despedida.

JJ ha tardado un rato en entender lo que estaba pasando. Al principio ha supuesto que había una fiesta en perspectiva, pero luego se ha dado cuenta de que ninguno de los hombres que llegaban se quedaba mucho tiempo y ninguno traía botellas ni regalos.

Es una casa de putas. Debería haberlo supuesto. Harrison y Bass son dos maleantes. Por eso se las ha señalado Dios, y también por eso convirtieron la vida de Em en un infierno. Y al infierno es precisamente adonde va a mandarlas él.

De pronto aparece un Mercedes clase S, se apean dos hispanos musculosos y desaparecen en el interior de la casa. Veinte minutos más tarde salen al porche, cerca de la puerta de rejilla, fumando y contando dinero. Bajan a media carrera los peldaños de la entrada y salen por la cancela para dirigirse al estilizado sedán.

En el interior de la casa comienzan a apagarse las luces. Las chicas ya están dando la noche por finalizada. Ya han ganado suficiente.

JJ se pregunta cómo será estar dentro de esa oscuridad, quedarse esperando en el fondo de su ciénaga privada y después atacarlas.

Son presas fáciles.

Se imagina mentalmente la distribución de la casa. Cómo entrar y salir. Por qué lado huir cuando todo haya acabado, cuando Harrison y Bass hayan muerto.

44

Walnut Park, Los Ángeles

Mitzi deja el bolso y la chaqueta en el vestíbulo. Se dice a sí misma que ha de conservar la calma, pero su corazón está intentando abrirle un agujero en la caja torácica.

Va hasta la salita y mira a sus hijas. Jade da una explicación antes de que su madre pregunte nada:

—Le he dejado entrar yo. —Ve la furia de su madre y agrega—: Sigue siendo mi padre.

Amber se aparta un poco de su padre y de su hermana, quiere estar cerca de su madre por si la cosa explota.

Mitzi mira a su marido con cara de pocos amigos. Le cuesta creer que sea el hombre al que ha dado dieciocho años de su vida, el hombre con el que creía que deseaba pasar hasta el último segundo de su existencia.

—Nos comemos eso y después te vas.

—Tenemos que hablar, Mitzi. Ya lo sabes. —Lo dice como si él fuera el inteligente, el razonable, el que les está mostrando el camino seguro que deben seguir para atravesar el peligroso territorio que tienen por delante. Coge el cubo de comida y propone —: ¿Qué tal si traes unos platos y yo reparto estas delicias?

Mitzi siente cómo le sube la cólera. ¿Cómo se atreve a volver a casa como si tal cosa, como si lo de anoche no hubiera sucedido, como si no fuera nada fuera de lo común?

—Ya los traigo yo. —Jade se levanta de un brinco y se va hacia la cocina. Sabe que su madre está a punto de estallar.

—Ya tenemos todo hablado, Alfie. He contratado a un abogado y voy a divorciarme de ti. —Lo dice con fría determinación, pero a

mitad de camino siente una punzada de remordimiento, una aguda tristeza al comprender que su sueño de amor se ha transformado en una pesadilla.

—No, Mitzi, por favor —dice Alfie en tono suave y razonable—. Ya sé que lo he estropeado yo. Estropeo muchas cosas. Pero tú sabes que te quiero. Os quiero a ti y a las niñas más que a nada en el mundo. —Se levanta de la silla y da la vuelta a la mesa para acercarse a Mitzi.

—¡No! —Lo frena ella alzando una mano—. Ni se te ocurra acercarte a mí, Alfie.

Alfie se detiene junto a la silla, perdido, sin saber cómo reaccionar.

Mitzi desvía los ojos. Su mirada se posa un momento en Jade, que está de pie en la puerta de la cocina a punto de echarse a llorar, y seguidamente en Amber, que está a su lado agarrada de su mano y temblando de miedo.

—Vuelve a sentarte, Alfie. Siéntate o márchate. —Le cuesta trabajo respirar al hablar.

Alfie se queda donde está. Todavía abrigando la esperanza de que se cierre la brecha que los separa a ambos.

—Te estoy pidiendo que me perdones. Que me des otra oportunidad de arreglar las cosas, de lograr que volvamos a ser una familia.

Ha estado bebiendo. Al principio no se ha dado cuenta, pero ahora le está llegando el olor: rancio, a levadura. Cuando Alfie bebe, puede suceder cualquier cosa. De repente deja de actuar con torpeza, como una esposa y madre asustada, y empieza a pensar como un policía. Alfie podría ponerse violento. Las niñas podrían resultar heridas. Física y mentalmente.

Tiene que asumir el control. Le sonríe a su hija y le dice:

—Venga, Jade, no te quedes ahí de pie. Trae los platos de una vez, que nos estamos muriendo de hambre. —Luego levanta la vista hacia su marido e intenta dar la impresión de ceder—: Pues claro que hablaremos, Alfie, pero primero cenamos, ¿de acuerdo? Hoy he tenido un día muy duro y las niñas están cansadas y tienen hambre. Siéntate. Por favor.

Alfie permanece quieto unos instantes y después regresa a su asiento, el sitio que suele ocupar a la mesa.

—¿Alguien quiere algo de beber? —Mitzi mira a su marido, que pronto será su exmarido—. ¿Has traído algún refresco?

Alfie niega con la cabeza.

—No.

Mitzi pone los ojos en blanco.

—Ya me lo imaginaba. Voy a traer alguno. ¿Qué quieres tú, Amber?

—Coca.

—¿Coca qué?

—Coca, por favor, mamá.

—Así está mejor. —Echa a andar hacia la cocina—. Y tú, Alfie, ¿quieres coca o cerveza?

—Cerveza —responde Alfie en un tono tan acre como su aliento.

Mitzi saca unas latas del frigorífico al tiempo que Jade regresa a la mesa llevando cuatro platos blancos. Antes había seis, pero Alfie rompió dos, además de otra docena de cacharros, una noche en que perdió los estribos. Deposita las bebidas sobre la mesa y pregunta:

—Niñas, ¿os habéis lavado las manos? —La cara que ponen le confirma que no—. Ya lo suponía. Id a lavaros. —A continuación empuja el cubo de KFC hacia su marido y le dice—: Sirve los platos, ¿quieres?

—Claro.

—Yo también tengo que lavarme. —Le muestra las palmas de las manos y sale al pasillo—. Venga, niñas, daos prisa, que se enfría el pollo.

Lo dice alzando la voz lo suficiente para que la oiga Alfie, lo suficiente para disimular el hecho de que ya está marcando el número de la policía en su teléfono móvil.

A la mierda la humillación. Piensa enchironar de una vez por todas a ese inútil hijo de puta.

45

Boyle Heights, Los Ángeles

Un destello de luz le hace volver la vista.

Se ha abierto la puerta. Han aparecido dos personas. Alguien se marcha.

Ahora ve con más nitidez. Delante está Jenny Harrison con minifalda, camiseta sin mangas y tacones. Le cuelga una botella de cerveza de la mano cuando hace el gesto de despedirse de alguien. Kim Bass, con su melena rubio platino ondeando, baja del porche y echa a andar por la trillada acera. JJ titubea unos instantes. Había imaginado matar primero a Harrison. Bien sabe Dios que Harrison se lo merece. Pero ahora se siente atraído por Bass. Bass está en la calle. Sola. Vulnerable. Al alcance de la mano. Para recibir su castigo.

Pone el motor en marcha y conduce con las luces apagadas. La casa de Bass está a quince minutos andando, si acaso; hay que pasar el parque Hollenbeck, cruzar la calle Cuatro Este y luego girar a la derecha en el garaje que hay en la esquina de South Cummings. Él es capaz de llegar en menos de cinco minutos.

Al doblar a la derecha para tomar South Chicago, de pronto le asalta una idea. Bass podría atajar por el parque. Sería el lugar perfecto para pillarla. Ocho hectáreas de hierba sin interrupciones. Y un lago. Dobla otra vez y enfila South Saint Louis, siguiendo el borde del parque. Pero hay demasiada gente, patinadores dando saltos alrededor del bordillo, riendo y bebiendo cerveza. Más adelante ve a unos porreros frente a la entrada del Centro Recreativo, en medio de una música de lo más rara que sale de un estéreo portátil.

Una vocecilla de su cabeza le dice que se ciña a lo que mejor sabe hacer, que se mantenga fiel al plan. Que haga las cosas como

las ha hecho siempre. Aparca el coche en la explanada de una gasolinera en desuso, situada justo enfrente de una franquicia de bocadillos Subway, el típico sitio en el que no va a verlo nadie. Mientras cierra el coche con el mando a distancia, mira en derredor por si hubiera cámaras. No hay ninguna.

«Gracias, Dios».

El edificio en el que vive Bass es un bloque marrón de estuco, de tres plantas, situado detrás de una pequeña valla metálica y un par de parches de hierba pisoteada. JJ se acerca al portal con paso tranquilo y le satisface ver que la puerta ha quedado entreabierta. Al penetrar, se encienden las luces interiores. Se encuentra en un pasillo vacío y cerrado, de paredes pintadas de azul y suelo del mismo color. No hay buzones, de manera que no hay forma de saber quién vive en cada piso. Solo hay tres puertas, cada una con un número pero sin nombres. Vuelve a salir a la calle para buscar los timbres. Pero no hay ninguno, de modo que entra otra vez y mira alrededor. Las puertas de los pisos son de estilo antiguo, británico, de las que tienen ranuras practicadas en la propia hoja para echar el correo. Mucha gente ha empezado a usarlas, porque así se reduce la delincuencia, sobre todo los robos de identidad y los fraudes con tarjetas de crédito. Al lado de cada puerta hay una franja vertical de cristal esmerilado: un vano intento de dejar entrar un poco de luz.

La escalera es estrecha y demasiado abierta para poder esconderse. Bass va a llegar dentro de un minuto, no le queda mucho tiempo.

Estudia la posibilidad de llamar directamente a la puerta que tiene a su izquierda y preguntar dónde vive Bass. Al observarla, advierte que es más ancha que la que tiene a su derecha. Ha sido modificada para permitir el paso de una silla de ruedas. Examina la otra. Tiene unas flores pintadas alrededor del picaporte. Están hechas con una plantilla. Bass no haría algo así, no tiene ni una sola fibra artística ni cultural. Detrás de la tercera puerta se ve brillar una luz. Se acerca un poco más y pega la oreja. Voces graves masculinas riendo, un televisor encendido.

Decide subir a la planta de arriba. El primer rellano tiene otras tres puertas. Todas están a oscuras. Sube al piso siguiente. Otros

tres apartamentos, dos con la luz encendida. Se arrodilla frente a la puerta del que está oscuro y abre la ranura del correo. Dentro huele a moho y a polvo, como si ahí no viviera nadie.

Es la segunda planta, no le cabe duda. Kim Bass vive en la segunda planta. Lo nota. Dios le está diciendo que aquí es adonde subirá la chica.

Se desabrocha el cinturón y confecciona un lazo. Acto seguido, como si fuera una sombra, se sienta en el peldaño superior de la escalera y aguarda sin moverse. Aguza el oído en la oscuridad y sintoniza todos los ruidos.

Un golpe metálico. La verja de la valla, que se está cerrando.

Un taconeo. Pisadas sobre el camino de hormigón.

Una tos. Seca y de mujer, señal de que es fumadora.

Indicios todos de que viene alguien en dirección a la escalera.

Se levanta y estira entre las manos el lazo que ha formado con el cinturón.

46

Walnut Park, Los Ángeles

Es como en los viejos tiempos. En los buenos tiempos. Los mejores. Cuatro platos llenos de huesos de pollo que han dejado bien limpios y las niñas chupándose los dedos.

Solo que esta época es nueva. Es una época inolvidable, por lo desgraciada. Mitzi se limpia la boca con una servilleta de KFC y dice:

—Niñas, ayudadme a recoger la mesa.

Las gemelas obedecen de buen grado. Cualquier cosa es preferible a ver pelearse a mamá y papá. Retiran las sillas y comienzan a recoger platos y vasos.

Solo Mitzi capta el ruido del exterior. Solo ella lo esperaba. Va detrás de las niñas, cierra la puerta de la cocina y se apoya contra ella. Sus hijas tiran los restos a la basura y no ven la expresión de su rostro. En ese mismo momento una patrulla de policías de uniforme está entrando por la puerta de la calle, que ella ha dejado abierta.

Oye gritar a Alfie:

—¿Qué cojones?

Y le da un vuelco el corazón.

Amber ha abierto el grifo del agua caliente en el fregadero y no oye nada. Jade se seca las manos con un paño de cocina y descubre a su madre apoyada contra la puerta. Se percata de que sucede algo malo.

—¿Qué pasa, mamá?

El semblante de Mitzi no ofrece ningún consuelo.

—Lo que tiene que pasar, cielo.

Tiene que ser su padre. Se encuentra en la salita, a solas. Jade intenta salir de la cocina.

—Déjalo, cariño, déjalo.

Amber está apoyada contra el fregadero, mirando a las dos.

Mitzi siente deseos de ir hacia ella y abrazarla con fuerza, decir a su pequeña que no pasa nada, que todo se va a arreglar pronto.

De repente nota un golpe dado contra la puerta, a la altura de su cabeza.

—Señora, necesitamos hablar con usted.

Es una voz masculina, cargada de un fuerte acento callejero y de la Costa Oeste.

Mitzi traga saliva y abre. Jade sale disparada. En la sala hay dos policías, dos negros enormes que bien podrían jugar de defensas de los Lakers.

Pero Alfie no está.

El policía que está más allá agarra a Jade.

—Más despacio, princesa. Alto ahí.

Mitzi acude a su lado al momento y la sujeta por los hombros para mirarla a los ojos.

—Coge a tu hermana y marchaos a vuestra habitación. No discutas conmigo. —Es una instrucción más de policía que de madre. La adolescente hace lo que se le ordena.

Mitzi se queda de pie con los dos agentes y las consecuencias de sus actos. Pero es para bien. Si esta noche las cosas se hubieran torcido, a lo peor era ella la que salía de casa con las manos esposadas a la espalda… y Alfie por la puerta de atrás, dentro de una bolsa de plástico para cadáveres.

—¿Se encuentra bien, señora? —La pregunta proviene del agente Logan Connor, un metro ochenta y siete de estatura y ciento veinte kilos de puro músculo embutidos en un uniforme del Departamento de Policía de Los Ángeles.

—Estoy bien —miente—. Perfectamente. Gracias por su ayuda.

—De nada. —El agente se despide de ella con un respetuoso gesto de cabeza y se dirige con su compañero a la puerta de la calle —. Vamos a cuidar muy bien de su marido, señora.

—Eh, no quiero que nadie lo maltrate. Por favor, limítense a llevárselo a la comisaría y a ficharlo. Ya tienen mi declaración.

Mañana por la mañana estaré en Homicidios, por si alguien necesita algo más.

—Entendido. —El agente se fija en la hinchazón que tiene Mitzi en la oreja—. Merecería la pena que la viera un médico y le hiciera fotos de las lesiones. —Al ver que ella abre la boca y se prepara para reprenderlo, añade—: Ya sé que conoce usted su trabajo, señora, y no es mi intención pasarme de listo. Pero es que si vamos a presentar cargos, todas las pruebas sirven de ayuda.

Mitzi sabe que el agente tiene razón. Estos casos son problemáticos.

—Gracias, ya lo pensaré. —Lo acompaña hasta la puerta—. Por favor, no permita que le hagan daño.

—Descuide. —El policía asiente y se encamina hacia el coche patrulla.

Mitzi cierra la puerta. Con independencia de lo que haya hecho Alfie en el pasado, ella no desea que ahora sufra malos tatos. Necesita tener la conciencia limpia para afrontar lo que venga a continuación.

La acción judicial.

Si ella lleva adelante las cosas, Alfie será acusado judicialmente, acabará teniendo antecedentes penales y verá hecho trizas lo que le quede de vida. ¿De verdad es capaz de hacerle eso a su marido?

Sube la escalera y entra en el cuarto de las niñas.

Jade está furiosa y tiene los ojos enrojecidos.

—Cariño…

—Déjame en paz.

A Mitzi se le cae el alma a los pies. Su hija necesita espacio. Es la niña de los ojos de su padre y va a tardar un poco de tiempo en acostumbrarse a la situación. Todas van a tardar un poco de tiempo. Desde luego, no es el momento de echarle una reprimenda por haber dejado entrar a su padre en casa. Amber está sentada en el borde de la cama sin decir nada, contemplando toda la escena con expresión aturdida. Mitzi se sienta a su lado y la rodea con un brazo.

—No va a pasarnos nada, cariño. Todo va a salir bien al final. Simplemente tenemos que pasar este mal trago.

Amber se acurruca contra su madre y se relaja un poco mientras esta le retira el pelo de la cara con suavidad.

—Te quiero mucho, cariño. —Besa a su hija en la frente—. Y siempre voy a estar presente para ti y para tu hermana, ya lo sabes, ¿a que sí?

—Sí, mamá. Ya lo sé.

47

Boyle Heights, Los Ángeles

Kim Bass ha bebido demasiado vodka y ha fumado demasiada hierba. Pero qué diablos, una chica tiene que divertirse un poco. Mientras hurga en su bolso en busca de la llave del apartamento, va pensando en las risas que ha echado y en el dinero extra que se ha ganado. Está deseando entrar, hacer un pis, darse una ducha y meterse en la cama. Descansar un poco antes de que la vida vuelva a empezar.

Empuja la puerta y entra tropezando con el felpudo. De improviso la puerta se cierra de golpe a su espalda y ella cae de bruces en medio de la oscuridad notando un dolor agudo en la parte posterior de la cabeza. Algo le tira violentamente del pelo, y una fuerza tremenda la aprieta dolorosamente en mitad de la espalda y la obliga a doblarse hacia arriba. Si pudiera chillar, echaría abajo las paredes, pero tiene algo muy fuerte alrededor de la garganta que la está ahogando. Se lleva una mano al cuello. Se le golpea la cabeza contra el suelo. Después, un peso todavía más horrible que el primero le aplasta la espalda. Ya no puede respirar, de modo que mucho menos gritar.

El corazón le bombea con fuerza. Alguien la está asfixiando. El pánico comienza a oprimirle el pecho. Durante una fracción de segundo se interrumpe el intenso dolor. Puede respirar. Los pulmones se le llenan de aire fresco. Lo que le apretaba el cuello ha aflojado.

De pronto unas manos invisibles la vuelven boca arriba. Jadea intentando respirar. Tiene a un hombre encima, en la oscuridad de

su propia casa, lo nota perfectamente. Un gran peso le oprime el pecho. La está aprisionando con las rodillas. Entonces percibe el olor.

Cara de Besugo.

El jefe del trabajo, el que siempre huele al pescado que come para almorzar.

—Em te manda recuerdos.

Una de sus manos se le cierra en torno a la garganta, la otra le tapa la boca. A continuación, Cara de Besugo se inclina hacia ella y le susurra, lo bastante cerca como para rozarle la piel con su aliento:

—Dominus vobiscum.

TERCERA PARTE

¡Ay de los sabios a sus propios ojos y en su estima prudentes!

ISAÍAS 5, 21

48

Jueves

Turín

Nadie sabe qué edad tiene, ni siquiera él mismo. Lo único que sabe con seguridad es el nombre que le han puesto. No lo escogieron sus padres, sino que fue pasando de una generación de monjes a otra. Es un nombre que los hombres han llegado a temer.

Efrem no ha celebrado nunca un cumpleaños. Efrem no ha celebrado nunca nada. No tiene número de la seguridad social, hipotecas, créditos bancarios ni seguros de ninguna clase, ni siquiera el sanitario, ni tampoco contratos. Para el mundo, él no existe.

Un médico o un dentista le examinaría la piel, los ojos, los huesos y los dientes, y le calcularía una edad de cuarenta y tantos. Pero Efrem no ha ido jamás al médico ni al dentista, y jamás irá. Y tampoco ha ido al colegio, a la universidad ni a ninguna otra institución que pueda hacerlo entrar en la mecánica del registro de datos que requiere el hecho de hacerse adulto. A pesar de las cuatro décadas que lleva viviendo sobre la faz de la tierra, no existe ningún documento oficial que lleve su nombre.

Por todos estos motivos, este hombre alto, juvenil y de fisonomía árabe se siente un tanto nervioso en el momento de presentar su pasaporte en la aduana. Acto seguido, en un cajero automático de la misma terminal del aeropuerto, saca trescientos euros de una cuenta abierta en un banco internacional para que sirva a sus propósitos.

La auténtica vocación de Efrem es aún más rara que los misterios que le rodean. Él es un anacoreta. Un eremita. Pertenece a una secta ortodoxa que se apartó de la sociedad secular. Vive sin dejar

rastro alguno en un monasterio oculto en las laderas del monte Líbano. Aislado del mundo. Sin consumir apenas nada.

Efrem es el miembro más fiel de una orden reverenciada y sumamente secreta de la iglesia maronita, y es el único devoto del que pueden fiarse el Patriarca y los estimados asesores como Nabih Hayek.

Precisamente por orden de Hayek ha venido a Turín. El hecho de mezclarse con la sociedad le resulta doloroso. Él preferiría quedarse encerrado en su celda del Líbano, teniendo como único vínculo con la vida el hagioscopio, la trampilla cerrada a través de la cual le pasan la comida. Pero esto es un sacrificio necesario. Cuando empieza a hacerse de noche, se sienta con las piernas cruzadas en el suelo de la habitación barata que ha alquilado cerca de Turín y reflexiona sobre quién es, de dónde ha venido y cuál es su misión.

Su ADN es mitad de monje y mitad de guerrero. Su sangre es la misma que la de los hermanos que fueron asesinados en Antioquía por los monofisitas y la de los cruzados que dieron muerte a los hijos del islam en las fronteras del Imperio bizantino. Recuerda bien la ocasión en que estuvo presente en medio de las multitudes cuando el Santo Padre visitó su tierra natal y declaró que «Líbano es más que un país: es un mensaje».

Efrem ha aprendido que él es más que un hombre, que es la mano de Dios.

Una mano cerrada en un puño.

Una mano que va a impartir la justicia divina.

49

Walnut Park, Los Ángeles

Son las tantas en punto.

Una hora indeterminada en lo más cerrado de la noche, en la que uno debería estar dormido pero no lo está. Una hora tan horrible que no merece dígitos. Mitzi no se ha dormido. Lleva varias horas tumbada, a oscuras, dando vueltas a las cosas en la cabeza. La cama es grande y está vacía y fría. Alfie era un cerdo y un abusón, pero daba calor. Mitzi no deja de recordarse a sí misma que a pesar del llanto de Jade y de Amber, ha actuado correctamente, tal como debería haber actuado hace varios años. Alfie no la golpeó hasta el segundo año de casados. Fue una bofetada de revés, un día en que los dos habían estado bebiendo y ella se burló porque él se había quedado sin trabajo. A la mañana siguiente empezó a pensar que había sido culpa suya. Tal vez se enfrentó demasiado físicamente, hasta el punto de provocarlo. Estaba tan acostumbrada a pegarse con tipos duros en la calle, que una pequeña gresca en casa no le pareció como para poner el grito en el cielo.

Más adelante, la golpeó estando sobrio. Esta vez fue un puñetazo asestado con saña, en el estómago, que la dejó sin respiración. Después de aquello, estuvo una semana sin aparecer por casa y obligó a Alfie a arrastrarse por el fango para suplicarle que volviera.

Las palizas cesaron cuando nacieron las niñas. O por lo menos se interrumpieron durante una temporada. Luego, como ella estaba demasiado cansada para hacer otra cosa por la noche que no fuera dormir, las broncas relativas al sexo, o más bien a la falta del mismo, muchas veces terminaban en una nube de puñetazos. Después hacían las paces y juraban que aquello no iba a volver a ocurrir.

Hacían las paces como si el mundo fuera a acabarse y el sexo excepcional fuera lo único capaz de salvar el planeta.

Ahora se da cuenta de lo tonta que ha sido.

Mucho más tarde de las tantas en punto se levanta de la cama, coge la bata y va a ver a las niñas. Están durmiendo como angelitos. Es posible que salgan ilesas de esta. Es posible que también salga ella.

50

Carson, Los Ángeles

JJ está sentado en su frío dormitorio, a oscuras, intentando recobrarse. Tan solo hace una hora que ha matado, y todavía nota el torrente de adrenalina.

Hace inspiraciones lentas aspirando el olor ahumado y dulzón de las velas, que actúa como un bálsamo para sus emociones en carne viva. Esta vez, la sensación ha sido distinta. Menos espiritual. Más visceral. Más humana que divina.

Se mira las manos y se maravilla del poder que tienen para dar la vida y la muerte. Hasta esta noche, Dios siempre las había controlado, las había guiado hacia la boca y el cuello de los que aún no había matado. En cambio, esta noche no. Esta noche, quien ha decidido ha sido él. Él ha sido Dios. Y esa idea lo turba. Genera una mínima duda, como un lágrima en la comisura del ojo de un ángel niño: perfecta, pero en cierto modo fuera de lugar.

La visión de Em tendida ante él, tal como la dejó, lo saca de este momento de reflexión. Está muy hermosa. Amorosamente cubierta de pies a cabeza por una larga sábana limpia, de tela muy cara, que robó en el trabajo. Pasa los dedos por el tejido, suave y fresco. La mortaja de Em. Y a continuación la desenvuelve igual que haría un egiptólogo que hubiera descubierto a una reina egipcia.

La reina Em.

Se arrodilla junto a ella y le susurra con orgullo al oído:

—Una de ellas ya ha muerto, amor mío. Esa escoria de Kim Bass. Su Día del Juicio Final ha llegado y ha pasado.

Coloca las velas en el suelo, a su alrededor. El interior de la mortaja presenta unas manchas extrañas, unas marcas tan nítidas

que es posible apreciar el contorno de la cara. A lo mejor esas marcas proceden de restos de maquillaje, sudor o incluso salpicaduras de sangre.

También hay otras manchas más oscuras: orina y heces. JJ no siente asco ni repulsión; no más de lo que siente un padre en los días que siguen al nacimiento de un hijo.

Deja a Em en el suelo y moja una manopla en el cuarto de baño. La limpia con delicadeza y le seca la piel con una toalla. Igual que a un recién nacido. Ahora que ya ha terminado, se sentarán los dos juntos y abrazados, a esperar las primeras luces de un nuevo día. Él y su amor. Su reina. Juntos para siempre.

51

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

Una celda no es precisamente el lugar en el que uno desea pasar la noche.

Desde el extremo de un pasillo entero, Mitzi ya nota el olor que despiden los borrachos y los desharrapados que han pasado las horas de la noche sudando la borrachera y el mono y poniéndose cada vez más nerviosos en unos calabozos sobrecaldeados, superpoblados y empapados por el miedo.

No sirve de nada negar el profundo sentimiento de culpabilidad que la invade al dirigirse hacia ese agujero para ver el infierno que ha tenido que soportar Alfie Fallon tras ser detenido.

—Buenos días, Bobby —sonríe Mitzi para disimular lo violenta que se siente—. ¿A que no sabes a qué vengo?

—Lo sabe la comisaría entera, Mitz. Ven aquí. —Bobby Sheen, el sargento encargado de custodiar a los detenidos, abre los brazos de par en par para recibirla.

Mitzi se entrega gustosamente a ese abrazo de oso.

—Gracias.

El sargento le responde a la pregunta que no ha formulado:

—Ha sido un inquilino modelo. Desde que cerraron la puerta de la jaula, no se le ha oído lanzar ni un suspiro.

—¿Le han…? —A duras penas consigue decirlo—. Ya sabes, ¿alguno de los chicos le ha…?

—No. Les hubiera gustado, pero ninguno le ha puesto un dedo encima. Logan Connor dio la orden, y nadie estuvo por la labor de desobedecerle.

Mitzi afirma con la cabeza recordando al gigantesco negrazo que se presentó anoche en su casa.

Sheen alarga la mano hacia el mostrador de recepción y pulsa un botón.

—Mira la pantalla cuatro.

En uno de los seis monitores de vigilancia por vídeo aparece la celda de Alfie en blanco y negro. A Mitzi se le parte el corazón. A pesar de todo lo que él ha dicho y hecho, el verle ahora doblado sobre sí mismo, con la cabeza entre las manos, en el borde de un camastro hundido, le rompe el alma.

—Oye, ahora no vayas a sentir lástima por él —dice Sheen pasándole un brazo por el hombro. Le queda poco para jubilarse, y ha visto todos los dramas de la vida reflejados en los inquilinos de sus celdas—. Pasar una noche en el calabozo no hace daño a nadie.

—Por Dios, Bobby, mira cómo está.

El sargento apaga el monitor para que no lo vea ella.

—¿Te apetece un café?

Mitzi asiente.

—Solo.

—Marchando. Vigila la tienda en mi ausencia.

Se aleja por el pasillo con las llaves colgando del cinto, hasta doblar una esquina tras la cual se encuentra la cafetera que lleva todo el día borboteando.

Mitzi se pregunta qué le ha sucedido a su vida. ¿Cómo ha podido permitir que las cosas se hayan deteriorado hasta el punto de que Alfie haya terminado en el calabozo?

Sheen regresa con dos tazas de café tan desportilladas y sucias que habrían causado el cierre de cualquier restaurante.

—Gracias.

Sheen choca su taza con la de ella y le guiña un ojo para tranquilizarla, igual que ha hecho un centenar de veces antes, cuando han trabajado juntos.

—Bueno, ¿y qué quieres hacer?

Mitzi rodea la taza con las manos para consolarse con el calor que desprende.

—¿Todavía no habéis presentado cargos contra él?

—Él cree que sí, pero no. —El sargento señala el libro de administración que descansa encima del mostrador y el horrible bolígrafo negro que cuelga de una cadena de acero.

—Logan y yo no le hemos registrado. Que nosotros sepamos, se pidió que acudiera la policía, pero tu marido no ha estado aquí.

—Te lo agradezco. —Mitzi es consciente de los riesgos que han asumido. Si hubiera habido algún incidente, si Alfie hubiera reaccionado mal, se hubiera hecho daño a sí mismo o a otra persona, se habría armado literalmente la gorda.

—Si quieres que vaya a juicio, necesito enviarte a una persona que repase contigo tu declaración y que te examine y te tome unas fotografías. —La mira fijamente a los ojos. Es la mirada preocupada de alguien que además de colega es amigo—. ¿Te ha dejado alguna marca, Mitzi? ¿Todavía tienes hematomas visibles?

Mitzi se siente avergonzada. No es culpa suya, pero tiene ganas de llorar por lo que ha consentido que le haga su marido. Por el sucio secreto que hay entre ambos.

—Sí. Tengo marcas visibles.

Sheen hace un gesto de asentimiento. No es el momento de presionar más. Una sola palabra de este ángel bastará para que él personalmente se encargue de que ese cabrón que aguarda entre rejas termine con todos los huesos del cuerpo hechos fosfatina.

Mitzi bebe un sorbo de café mientras sopesa el dilema. Si presenta cargos contra Alfie, es seguro que este no vuelve a acercarse a ella ni a las niñas. Pero si le concede otra oportunidad, Alfie podría hacerse una idea equivocada y creer que su matrimonio aún no está acabado.

—No sé qué hacer, Bobby.

El sargento desea ayudarla, pero conoce los peligros.

—Te toca decidir a ti, Mitz. Tal como yo lo veo, decidas lo que decidas lo tienes fatal. Si emprendemos acciones judiciales contra Alfie y pasa a tener antecedentes penales, ya sabes lo difícil que es conseguir un trabajo después.

Mitzi afirma con la cabeza.

—Y si no emprendemos acciones judiciales, volverá a agredirte.

El maduro sargento se golpea el pecho con el puño.

—Haz caso a tu corazón, Mitz. Si se te ha agotado el cerebro, recurre a lo que sientas aquí dentro.

—Un vacío, Bobby. Eso es lo que siento en estos momentos. Un vacío.

52

Centro de Los Ángeles

Ha valido la pena hacerlo solo por verle la expresión de la cara.

JJ se ve obligado a reprimir una sonrisa cuando todas las mujeres acuden a sus máquinas y Jenny Harrison mira en derredor buscando a su amiga. Observa que mira repetidamente el asiento vacío preguntándose si dicha ausencia se deberá a que su amiga se ha dormido o a que ha bebido o fumado de más.

—¿Alguien ha visto a Kim?

Se lo pregunta a las pavisosas que tiene a uno y otro lado. Qué amable. Qué encantador es que se preocupe por su compañera, más bien su amiga, la provocadora. Menuda sorpresa va a llevarse cuando se entere de la verdad.

Harrison se mete la mano en los tejanos y saca un móvil de color rosa.

—¡Nada de teléfono! —vocea JJ desde el otro extremo de la nave al tiempo que va hacia ella—. Deberías haberlo dejado en la taquilla.

—Tardo un minuto.

—Ni siquiera eso. Ya conoces las normas, nada de teléfonos en la nave de la maquinaria. Dámelo a mí, ya te lo devolveré al final del día.

Harrison se queda boquiabierta, enseñando un gusanito de chicle encima de una superficie sonrosada.

—¿Ha llamado Kim, señor James?

«Señor James». Qué rápido aprenden. Resulta asombroso lo que puede hacer el temor de Dios en las putitas sin modales como esta.

—No, no ha llamado. El teléfono, por favor —insiste extendiendo la mano.

Harrison se lo da.

—Me parece que está enferma. Anoche ya estaba barruntándose algo, me dijo que pensaba que había cogido la gripe.

«Mentirosa». Simplemente la está cubriendo.

—Si no se presenta, no cobra. Ya lo sabéis todas.

Tan solo ha dicho lo que esperan que diga. No hay motivo para que reaccione a la ausencia de Bass de otra forma que no sea irritándose. Si falta una obrera, la productividad disminuye.

Se lleva el móvil a su oficina. Se sienta a su mesa con la puerta cerrada y examina los mensajes. La mayoría van dirigidos a Bass. Y los que no son para un tal Marlon. Probablemente será su chulo. Son mensajes cortos y nada amables.

MARLON: ¿Cuándo acabas?

JENNY: A las 20.

MARLON: Si sacas menos de 2, te rajo, puta.

Por lo que parece, Marlon bien podría terminar cumpliendo los deseos de JJ. Pero este no tiene la intención de esperarle. Apaga el teléfono y lo deja al borde de la mesa.

Jenny Harrison no va a pasar mucho tiempo echando de menos a su amiga.

53

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

Alfie Fallon está solo en la celda, igual que un perro sin raza abandonado. La vida que él conocía ha tocado a su fin. Hasta ahí alcanza a comprender. La chusma variopinta con la que ha pasado la noche ya habrá sido fichada, y él, como si fuera un desdichado al que nadie reclama, es el último que aguarda a que voceen su nombre.

En el aire flota un intenso olor a un desinfectante de proporciones industriales, y el suelo acaba de ser fregado para eliminar los vómitos y las necesidades con que lo han ido ensuciando los presos a lo largo de las horas. Alfie daría cualquier cosa por tomar una ducha caliente, dar un paseo al aire libre e ingerir un desayuno como Dios manda.

A lo lejos se oye un ruido que le hace levantar la cabeza. Cuando se está en chirona, se detecta que viene alguien mucho antes de verlo. La falta de moquetas, cortinas o, ya puestos, cualquier cosa mullida, hace que los sonidos lejanos se deslicen por las duras superficies de los pasillos hasta alcanzar el oído. Al cabo de una hora, aproximadamente, uno se ha convertido en un experto capaz de identificar de todo: desde una cerradura que se abre hasta una furgoneta cargada con una hornada de recién llegados que acaba de detenerse en el patio exterior.

Viene alguien. Y solo puede venir a buscarlo a él.

Suena un timbre y comienzan a correrse unas puertas metálicas para luego cerrarse otra vez. A continuación se oyen unas pisadas sobre un suelo duro. Le ha llegado el momento. Alfie apoya las

manos en las rodillas y vuelve la cabeza de un lado a otro hasta oír un crujido, a fin de eliminar la rigidez del cuello.

Se abren las puertas exteriores del calabozo. Es Mitzi. Alfie siente renacer sus esperanzas. Y también viene con ella el individuo menudo que anoche le miró con cara de pocos amigos. Los dos traen la expresión seria —dura—, la expresión de los policías. Mitzi apoya las manos en la puerta de dentro y le dice:

—Van a acusarte de agresión, Alfie. Lo más probable es que dentro de un par de horas te lleven ante el juez. He hablado con mi abogado, y me ha dicho que en cuanto te dejen en libertad te hará llegar los papeles del divorcio.

—Mitzi, escucha…

—No, Alfie. Escucha tú. —Habla en tono calmo y sin mostrar el menor indicio del miedo y la rabia que la devoran por dentro—. Tengo que hacer lo mismo que llevo años diciendo a otras muchas mujeres. Hay que hacer contigo lo que corresponde hacer, y después la vida sigue. Haya lo que haya, y quede el desastre que quede, la vida sigue. —Se gira hacia Bobby Sheen y le toca en el brazo—. Gracias por vigilarlo por mí. Ya me voy.

—¡Mitzi! —Alfie se acerca a los barrotes—. Espera.

Mitzi Fallon, con dos hijas y quince años de matrimonio, endurecida en el Departamento de Policía de Los Ángeles, se encuentra a un paso de seguir adelante con su vida. Sin mirar atrás. Sin arrepentirse de nada.

—¡Mitzi!

Ella se detiene y se vuelve.

—Todavía te quiero. —El rostro de Alfie no miente. Es cierto. Daría cualquier cosa por que no estuviera ocurriendo esto, por que su vida no se hubiera desintegrado de esta forma.

—Y yo también te quiero a ti. —Mitzi tiene los pies pegados al suelo—. Pero ya no tanto como antes. Y además, quiero demasiado a las niñas para consentir que esto dure más tiempo.

Esta vez sí que se va. Con la cabeza bien alta y el corazón retumbando igual que el tambor que va en primera fila en el desfile del Día de Acción de Gracias. Con un poco de suerte, logrará llegar

al cuarto de aseo antes de derrumbarse sin saber cómo va a hacer para aguantar el resto del día, y no digamos ya el resto de su vida.

54

Italia

En Turín ya ha transcurrido la mitad de la madrugada. La cama de la habitación alquilada aún sigue hecha, intacta. El monje no se ha sentado en ella, ni mucho menos ha intentado dormir.

Efrem, desnudo, está arrodillado en el interior del armario, rezando. Tiene la puerta fuertemente cerrada y se siente reconfortado en ese espacio claustrofóbico en el que falta el aire. Añora regresar al retiro del monasterio, en el que el hornero, impertérrito, lo observará con gesto divertido al tiempo que lo empareda tras un muro de ladrillos.

Esas manos que ahora están unidas han segado muchas vidas. No tantas como para que su dueño no sea capaz de recordarlas una por una, pero sí demasiadas para que un soldado —un cruzado— las lleve sobre su conciencia.

Reza, primero en arameo, después en francés y por último en latín. Reza pidiendo a Dios fortaleza e inspiración para lo que está a punto de hacer.

Justo antes de que amanezca, abre el armario y pasa media hora realizando estiramientos para disipar el dolor que le ha causado tan inmóvil devoción. Se concentra mentalmente. Luego cierra los puños y adopta la postura de hacer flexiones en el suelo. Se le ponen blancos los nudillos con el peso del cuerpo a medida que desciende y se eleva muy despacio, tan despacio que el movimiento resulta imperceptible. Tarda más de cinco minutos en completar cada flexión. Pasada una hora, su cuerpo desnudo está bañado en sudor. Su abdomen, sus muslos y sus hombros son vibrantes serpientes enroscadas de puro músculo. Siente deseos de dejarse caer y

tumbarse en el suelo, de descansar y recuperarse, pero sabe que eso sería caer en la complacencia personal, y la complacencia personal es pecado.

Efrem se da una ducha helada, se seca con una toalla y se bebe un litro de agua embotellada. Es lo único que va a ir más allá de sus labios. Come solo cada dos días, y hoy toca ayunar. Se viste de negro, el color tradicional de su orden: camiseta, jersey, pantalón, calcetines y abrigo de lana. Finalmente se cala un sombrero negro muy ajustado que le cubra el cabello, oscuro y muy corto. Toca las herramientas que lleva ocultas por el cuerpo, bajo la ropa: dos cuchillos, un garrote, un estilete y un rollo de hilo de alambre, no más conspicuo que una cajita de seda dental.

La primera luz rosada del amanecer toca los tejados de los edificios. Efrem abandona el hotel en silencio y sale a la calle, aún en sombras y envuelta en el frío de la noche; limpia el parabrisas del coche de alquiler y da comienzo, pacientemente, a la tarea de la jornada.

55

Oficina del Forense, Los Ángeles

La llamada toma por sorpresa a Amy Chang.

Ha sido un día muy largo y acaba de recoger, después de atender un accidente de tráfico que ha resultado ser fatal. Su secretaria le dice que en el despacho la está esperando Mitzi Fallon. Echa una mirada al reloj: son casi las seis y media. A saber qué querrá su amiga a estas horas. ¿Por qué no habrá llamado para avisar de que venía? Las dos se conocen desde hace mucho. Mitzi estuvo en el primer caso que atendió Amy, y desde entonces se han hecho muy amigas. Ha sido una amistad nacida del respeto profesional y de los valores comunes.

La detective está sentada en un sillón negro enmohecido, mirando ceñuda su teléfono, cuando entra Amy poniéndose una chaqueta pequeña por los hombros.

—Bueno, teniente Fallon, ¿a qué debo este placer inesperado?

Mitzi levanta la vista. Al parecer, la mala noticia todavía no ha llegado al depósito de cadáveres.

—Pasaba por aquí. Esta noche las gemelas van a quedarse en casa de una amiga después del fútbol, acabo de enterarme de que han ganado por dos a cero. Se me ha ocurrido que a lo mejor tenías tiempo para tomar algo o cenar.

A Amy se le ilumina la cara.

—Las dos cosas me parecen genial.

—Pues entonces hacemos las dos. Invito yo.

La forense señala las paredes acristaladas de su despacho.

—Dame un minuto. Tengo que coger algo de trabajo.

Unos minutos más tarde salen andando a la calle cogidas del brazo. Aunque charlan de trivialidades, Amy percibe que pasa algo malo. Pero no dice nada. Ya se lo contará Mitzi a su debido tiempo.

Van cada una en su coche hasta el local asiático-cubano favorito de Amy, que es más un bistrot que un restaurante de mesa y mantel. Está revestido de madera tanto en el suelo como en las paredes, y a ambas les gusta el detalle de que las camareras sean camareras de verdad, y no aspirantes a actrices.

Después de un par de margaritas y un entrante de tunapica con ensalada de pepino, Mitzi deja el tenedor y decide desahogarse.

—He tenido una pelea con Alfie. Una pelea muy física. —Vuelve la cabeza para que Amy pueda ver el hematoma que luce debajo del maquillaje corrector.

La patóloga deja de comer.

—Lo eché de casa. Cuando volvió, llamé a la policía y emprendí acciones judiciales. —Mitzi apura el resto del cóctel—. Me parece que voy a necesitar otra dosis de esto.

Amy está estupefacta.

—¿Cuánto tiempo lleva durando esto?

—Dios. Di más bien cuánto tiempo no ha durado. —Consigue que la mire la camarera—. Otros dos margaritas, por favor… de los grandes. —Espera a que se vaya y prosigue—: Lleva como diez años pegándome, de manera intermitente —revela, notando cómo la invade el sentimiento de vergüenza.

—Oh, Mitzi, cuánto lo siento. —Amy extiende el brazo por encima de la mesa para dar un tierno apretón a su amiga—. Has hecho lo que debías.

—Ya lo sé. Y debería haberlo hecho hace años.

—Pero las cosas nunca son tan sencillas, con las niñas y todo.

—Pues no. Es curioso, una oye hablar de la violencia doméstica y piensa que eso nunca le va a suceder a ella. Yo creía que ningún hombre iba a atreverse a ponerme una mano encima. Pero cuando sucede, la cosa cambia. Te jode tanto, que mentalmente te echas la culpa de ello. Te engañas a ti misma diciendo que no ha sido deliberado, que ha sido un error. La vida está llena de errores, ¿no?

—A mí me lo vas a decir.

Llega la nueva ronda de bebidas y Mitzi se lanza de inmediato sobre ellas.

—Puede que esta noche me pille una buena curda.

—Pues adelante.

Chocan las copas y la teniente sonríe por primera vez en varios días.

56

Turín

La olvidada iglesia se encuentra exactamente donde le han dicho a Efrem que se encontraría: al fondo una callejuela ventosa, detrás de una valla rota, ocultando un exiguo y atestado cementerio invadido por las malas hierbas. Las lápidas están cubiertas de verdín y ya nadie se acuerda de ellas. Semejantes a dientes viejos que se han podrido, yacen formando ángulos retorcidos en parcelas de tierra blanda y semihundida.

El monje recorre a pie el perímetro. La piedra con que está construida la iglesia, que originalmente tenía el color de la miel, se ha ennegrecido a causa de la suciedad y del paso del tiempo. Alguien ha hecho añicos la mayoría de las artesanales vidrieras que representaban las estaciones del Vía Crucis. Las pandillas callejeras han manchado los metales oxidados con pintadas, símbolos y nombres que Efrem no comprende y a los que no dedica mucha atención.

Retira los paneles que bloquean las viejas puertas por las que han entrado multitudes de fieles a lo largo de los siglos. El interior está oscuro. Apenas penetra algo de luz por las ventanas tapiadas con tablones y por los agujeros que ha ido taladrando el tiempo en el tejado sin reparar. La mayoría de la gente tendría que esforzarse para ver a un metro de distancia, pero Efrem ha pasado casi toda su vida en la oscuridad total y distingue hasta el rincón más alejado. Huele a madera húmeda y podrida, y a las heces de los roedores que han convertido este lugar en su refugio. Pero el monje es capaz, como nadie, de percibir el olor de la cera de las velas, del incienso de la Misa Mayor, del jabón recién frotado contra la piel de los que

se han lavado sabiendo que iban a venir a arrodillarse en presencia de su Señor.

Pasea junto a los bancos maltrechos y llega hasta el espacio vacío que antes ocupaba el altar. Gira a su izquierda y encuentra lo que ha venido a buscar. Con un poco de trabajo, será perfecto.

Sencillamente perfecto.

57

Boyle Heights, Los Ángeles

—¿Kim? Eh, Kim, ¿estás ahí dentro? —llama Jenny Harrison al tiempo que intenta ver algo por la ranura para el correo del apartamento de Kim Bass. A veces su amiga puede ser bastante idiota. Si se toma demasiadas pastillas o da con un tío medio decente, se pasa una eternidad sin dar señales de vida. En Navidad se fue de juerga con un taxista y no volvió a aparecer hasta Año Nuevo.

Pero es raro en ella que no se presente a trabajar. En estos momentos, está sin blanca y necesita hasta el último céntimo.

—Kim, si estás ahí dentro, deja de jugar. Soy Jen, tengo que hablar contigo.

Harrison deja que se cierre la ranura del correo y aporrea la puerta con la mano. Maldita sea. Se pasa media vida persiguiendo a esta chica. Se aparta unos pasos y llama al móvil de su amiga. Este suena durante largo rato hasta que por fin salta el contestador.

—Muy bien, Kim, si no tienes huevos para llamarme, tu mejor amiga terminará siendo tu examiga. Hoy es jueves por la noche, y se suponía que íbamos a quedar con esos repartidores. Como no me llames, vas a ver.

Baja la escalera a la carrera, gira en el rellano y casi arroja al suelo a un anciano que intenta subir agarrándose al pasamanos.

—¡Joder! Señor Dobbs, casi me provoca usted un infarto.

Leroy Dobbs, un septuagenario ya calvo que vive en el apartamento contiguo al de Kim, pone la misma cara de sorpresa que Harrison. Muy suyo, para ser tan viejo apenas da guerra. Las chicas incluso le gorronearon leche y café un domingo que llevaban

una resaca tan impresionante que ni siquiera tenían fuerzas para bajar ellas mismas a comprarlos.

El anciano se lleva una mano a su huesudo pecho.

—El que debería maldecir soy yo. No debería usted bajar la escalera corriendo de esa forma.

—Perdone, señor D. Oiga, no habrá visto usted a Kim, ¿verdad? Hoy no ha venido a trabajar. ¿La ha oído usted trastear por casa?

El anciano pone cara de ofendido.

—Yo me ocupo de mis asuntos, no ando por ahí espiando, como algunas personas de esta casa. No la he visto.

—No digo que estuviera espiando. —Harrison señala con la cabeza escaleras arriba, hacia el apartamento—. Es que las paredes son muy finas y Kim dice que usted da golpes en ellas cuando está viendo la televisión en su dormitorio.

—Porque la pone demasiado alta. Puede que sea viejo, pero no estoy sordo.

—¿La ha oído últimamente?

—Anoche no. Anoche no oí ningún ruido de televisión.

Harrison recuerda que se despidió de su amiga en la puerta de su propia casa, y que en aquel momento Kim estaba bastante borracha. Estaban las dos. Y la muy loca, además, se había pasado fumando.

—¿Me permite pasar? —inquiere Dobbs dos peldaños más abajo, aferrado con sus frágiles dedos al pasamanos.

Harrison lo esquiva y termina de bajar los últimos peldaños. Una vez en la calle, prende un cigarrillo y se va a su casa andando. Ha debido de ocurrir algo malo. Lo nota en las entrañas.

Y para cuando llega a su propio porche, Jenny Harrison ya sabe con seguridad lo que es.

58

Los Ángeles

Esta noche, lo único que tiene Mitzi en la cabeza es beber. Beber para olvidar. Beber para perder el conocimiento, si es preciso. Beber para ahogar el recuerdo de que le sacó una pistola a su marido y estuvo a punto de dispararle.

Amy y ella dejan los coches junto al restaurante y toman un taxi para ir a casa de la patóloga, donde antes de nada descorchan una botella de vino blanco. Después de sumir el iPod en el olvido, Amy coge varios cojines y mantas y convierte el sofá en una cama. Algún día se comprará un conjunto de dos camas, pero de momento no; probablemente, hasta que se agencie un novio a largo plazo, uno que se quede a dormir.

—Bueno, ¿y dónde tenemos a nuestro querido Nic? —pregunta a Mitzi.

Mitzi esboza una sonrisa de alcohólica desde el sillón en el que se ha dejado caer.

—Está en Italia. En Turín. —Le oscila la copa de vino, y sensatamente decide sujetarla por la parte ancha en lugar de la estrecha—. El pobre diablo se ha pasado casi el día entero metido en un avión.

—Oh.

—¿Oh? ¿Eso es todo lo que estabas pensando cuando le has mencionado?

Amy sonríe.

—Claro que a lo mejor estabas pensando que ojalá estuvieras en Italia con Nic. Italia es un país muy romántico. Poesía. Violines.

Todas esas chorradas. —Levanta la copa y agrega—: Y un vino estupendo.

—Se me ha pasado por la cabeza.

—Pues claro, hermana. Como debe ser.

—Pero Nic está un poco cerrado, Mitz. Ya sé que ha sufrido mucho, pero por lo visto todavía está hecho un lío.

—Probablemente. Dale tiempo al chico.

A Amy le viene a la memoria la tarde en que estuvieron juntos en el puerto deportivo.

—Yo creo que va a necesitar meses… puede que años.

—Puede ser. —Mitzi deglute un trago de Sauvignon frío—. Pero merece la pena esperarle, es buena persona. —Intenta desterrar del pensamiento a su marido. Maldito sea. También Alfie fue una buena persona en otra época. Maldito sea por haber dejado de ser una buena persona para convertirse tan fácilmente en un vago.

—¿Y qué ha ido a hacer a Italia?

—Es una historia muy larga. Tiene que ver con Tamara Jacobs, esa guionista a la que examinaste tú. —Mitzi se incorpora a medias —. Por lo visto, estaba involucrada en algo relacionado con la Sábana Santa. Por eso ha ido Nic a Turín.

La patóloga frunce el ceño ante el súbito giro que ha dado la conversación.

—¿Te refieres a la Sábana Santa de Turín?

—¿Tú conoces otra? Por cierto, ¿tú qué opinas? ¿Es auténtica o no?

De repente Amy se siente agotada.

—¿Te importa que dejemos los rompecabezas para mañana? Estoy hecha papilla, y necesito irme a la cama.

—Claro. No hay problema.

Amy se levanta y apaga varias lámparas.

—¿Quieres que te traiga alguna cosa antes de acostarme?

Mitzi alza la copa de vino que tiene en una mano y la botella abierta que sostiene en la otra.

—Vale, ya capto el mensaje. Pero tómatelo con calma. —La patóloga se acerca a su miga, se inclina hacia ella y le da un abrazo —. Espero que puedas dormir un poco.

—Yo también.

Luego se va a su habitación. Si Mitzi hubiera estado sobria, le habría preguntado unas cuantas cosas. Por ejemplo, si alguna vez ha habido algo entre Nic y ella. Han corrido rumores, pero, como es natural, cuando hombres y mujeres trabajan juntos siempre hay rumores. Aun así, le gustaría saberlo.

59

Viernes

Turín

El cielo matutino de la que en otra época fue la capital de Italia es un magnífico mural de oro regio y rojo cardenalicio.

Nic Karakandez mira hipnotizado por la ventana del hotel barato en el que se hospeda. Contempla la negra crisálida de la noche que se transforma poco a poco en la exótica mariposa del día. Ahí fuera, entre esas formas misteriosas, debajo de las filas de tejados rojos y en el interior de las henchidas cúpulas de iglesias antiguas, se encuentra la razón de que él haya recorrido varios miles de kilómetros. Se ducha en un cuarto de baño tan minúsculo que daría claustrofobia a una hormiga. Luego se pone unos tejanos negros, una camisa blanca y un jersey de pico de color morado que, cosa extraña, todavía huele al aceite que usa para engrasar la cubierta de su barco. Después se sienta en la cama hundida y dedica unos minutos a estudiar la pista principal que le ha mandado seguir Mitzi.

El dinero.

Para ser más concretos, una serie de pagos por transferencia bancaria internacional que realizó Sarah Kenny por orden de Tamara Jacobs a la cuenta de un individuo al que conocen por el nombre de Roberto Craxi. Los papeles que ha extendido frente a sí reflejan ingresos de 5.000 dólares al mes a lo largo de un período de once meses, más dos ingresos únicos de 25.000 dólares. Casi cien mil dólares en total. Es una cantidad que no está nada mal. Una cantidad por la que muchas personas estarían dispuestas a infringir la ley.

Las siguientes pistas proceden de las visitas que hizo la guionista a Turín. Los recibos que hallaron en su casa revelan que hizo cuatro viajes en los dos últimos años. Dos en los pasados seis meses. Uno seis semanas antes de que la asesinaran. Nic abriga la esperanza de que las facturas de hotel, de restaurante y de taxi le ayuden a reconstruir los pasos que fue dando la víctima. Luego están los listados de las llamadas telefónicas del último trimestre, según los cuales Jacobs efectuó más de treinta llamadas a diversos números de Turín. Nic se fija en los dígitos y tiene un mal presentimiento. Es muy posible que Jacobs tuviera en mente la seguridad. Si ese es el caso, también es muy posible que dichos números correspondan a cabinas de la calle y llamadas imposibles de rastrear.

Desayuna en un salón húmedo y surcado de corrientes de aire, caldeado por unos calefactores colocados al pie de las desconchadas paredes. Limpia con la mano la condensación que se forma en el cristal de la ventana que hay junto a su mesa y contempla el césped cubierto de escarcha y, más allá, un patio pavimentado y bordeado de canteros de flores y cipreses en macetas. En verano, este lugar bien podría cambiar de identidad y terminar siendo un hotelito agradable y con encanto.

Aparece una camarera, tal vez la hija del propietario, trayéndole un cappuccino, un café que roza la perfección, hecho con granos tostados y fuertes y coronado por una gruesa capa de espuma dulce y cremosa, capaz de sostener en pie una cucharilla. Va hasta la pequeña mesa de autoservicio y coge zumo de naranja y un par de pastas caseras.

Lleno y feliz, regresa a su habitación, se lava los dientes, coge una cazadora de cuero negra y vuelve andando a la planta baja para esperar al agente que van a proporcionarle los Carabinieri. Toma asiento en un viejo sofá de la recepción e intenta entender algo del ejemplar de hoy del Corriere della Sera. Mala idea; más allá de términos como chianti o quattro formaggi, no comprende ni una sola palabra.

De improviso aparece una elegante mujer vestida con una chaqueta azul marino a juego con una falda por la rodilla que interrumpe sus esfuerzos de leer.

—Signore Cari-can-dis?

Nic levanta la vista.

—Ka-ra-kan-dez. Sí, soy yo.

La chica es un par de años más joven que él y tiene el cabello moreno y corto y unos ojos de un intenso tono azul.

—Luogotenente Cappelini. Carlotta —se presenta, y le tiende una mano con gran seguridad en sí misma.

Nic se queda sorprendido. Incluso molesto consigo mismo, por haber esperado automáticamente que el agente de enlace fuera un hombre.

—Yo soy Nic. Encantado de conocerla.

—Bien venido a Torino, Nic. —La teniente se percata de que Nic esperaba a un varón… como casi todo el mundo—. ¿Listo para empezar?

—Sí. —Nic pliega el periódico y lo deja encima de una mesa de madera muy sobada.

Carlotta toma la iniciativa.

—Primero vamos a ir a mi oficina, allí podremos hablar de manera confidencial. Después iremos a donde usted tenga que ir. Mi capitano dice que tiene números de teléfono y un tal Craxi al que desea ubicar. Yo dispongo de personas ya preparadas para que nos ayuden en dicha tarea.

—Música para mis oídos.

La italiana no le entiende.

—Scusi?

—Disculpe, no es más que una expresión. Eso sería estupendo.

Las calles son anchas y están pavimentadas con adoquines, bloques de piedra intercalados con los raíles de hierro de los tranvías. En lo alto flota una maraña negra de cables eléctricos que se comban bajo un cielo que ahora ha adquirido un tono gris. Nic repara en la culata de una pistola que lleva la agente discretamente enfundada bajo la chaqueta.

—¿Siempre lleva un arma encima?

—Sí. Siempre. Tengo que llevarla, soy un soldado. —La toca con la mano—. Pero también la llevo porque me gusta. —Sonríe—. Me gusta disparar.

—¿A qué le gusta disparar, a las cosas o a las personas?

—No. —Ríe—. Disparar a personas no me gusta.

—¿Ni siquiera a los malos?

La italiana se da cuenta de que está bromeando.

—No, eso nunca he hecho. Pero disparar en la cancha de tiro sí, eso me gusta mucho. —Forma una pistola con los dedos y hace como que dispara una bala—. Se me da muy bien el disparo.

A Nic no le cabe la menor duda. Seguro que se le da mucho mejor disparar que hablar inglés. Claro que él no es quién para criticarla: no es capaz de leer un periódico italiano, y mucho menos pronunciar una frase.

—¿Y usted, Nic, dispara a los malos?

—A veces —responde Nic—. Pero no a tantos como quisiera.

60

De pequeño, Efrem aprendió a guardar silencio. Los monjes le pegaban en el dorso de las manos si lo oían siquiera respirar durante las clases. Lo educaron en el bello arte de escuchar: concentrarse primero en lo que han dicho las otras personas y solo entonces responder.

Cuando se acercaba a la edad adulta le enseñaron a conocer el dolor. A soportarlo. A desconectar todo pensamiento mientras el hierro candente, al rojo vivo, le quemaba la piel. Y también le instruyeron en el arte de infligir dolor. De utilizarlo como instrumento. De utilizar la amenaza del sufrimiento físico para hacer la obra de Dios.

Siendo ya hombre, aprendió a ser transparente. A caminar entre los ignorantes como si fuera uno de ellos. A mirarlos y sonreírles de una forma que no llame la atención, genere afecto ni deje ningún tipo de recuerdo. Aprendió el arte de ser olvidable al instante.

Todos esos años de formación y disciplina afloran en Efrem mientras estaciona el coche alquilado como a un kilómetro de donde le han dicho que estará el objetivo. Con el cuello del abrigo levantado para protegerse del viento y de los chubascos, echa a andar por la carretera cabizbajo, seguro de que los conductores que pasan raudos por su lado a la hora punta del tráfico jamás van a acordarse de él.

El monje está haciendo lo que mejor sabe hacer. Está convirtiéndose en un juego de manos. Un efecto de ilusionismo. Un individuo al que nadie ha visto nunca.

61

Carson, Los Ángeles

Dentro de la casa huele que apesta. Es un hedor que no se parece a nada, una fetidez que pocos han conocido en su vida. La noche anterior debería haber bañado a Em, en lugar de limitarse a limpiarla con una manopla. Pero es que estaba demasiado cansado para ello. Se sentía agotado después de haber vencido el tormento de Kim Bass.

Ahora Em le necesita. Se arrodilla sobre el suelo de madera del dormitorio y se queda estupefacto ante lo que ve. Em está cambiando. Los ojos se le han cubierto de un velo grueso y lechoso, y la carne está perdiendo color. Incluso bajo el tenue resplandor de la habitación se aprecia la tonalidad verdosa que está adquiriendo la piel.

JJ le acerca una mano a la cara y le acaricia la oscura marca de nacimiento, la señal de Dios que lo llevó hasta ella.

La gravedad ha seguido su curso. La sangre ha abandonado el corazón y se ha encharcado en las nalgas, la espalda y las piernas, y ha formado una capa de podredumbre de tonos morados y rojos. Las bacterias están extendiéndose por todo el cuerpo, y este está empezando a adquirir vetas como las del mármol. El cabello se desprende y los gases y los fluidos rezuman por los orificios y salen al aire fétido de la habitación.

JJ se incorpora y retrocede. Es posible que tenga que renunciar a Em. Que tenga que buscarle un lugar de descanso aparte. Pero todavía no. No hará nada hasta que no tenga absolutamente más remedio.

62

Sede central de los Carabinieri, Turín

Desde una de las ventanas de la última planta de la oficina de Carlotta Cappelini, situada en el centro de la ciudad, Nic alcanza a ver la extraña y esbelta aguja de la famosa Mole Antonelliana, que originalmente fue un templo judío construido en el siglo XIX y que en la actualidad es un museo del cine nacional.

Se ha distraído porque durante los últimos diez minutos la teniente de los Carabinieri ha estado hablando sin parar por teléfono, en un italiano pronunciado a la velocidad de una metralleta. Lo que también le ha distraído es el hecho de darse cuenta de que cuantos más progresos haga aquí, menos posibilidades tiene de poner rumbo a una vida nueva dentro de solo dos semanas. Buscar la pista de un asesino supone que el fiscal del distrito le deje a uno una montaña de trabajo encima de la mesa; pero buscarlo en otro continente supone que uno acabe literalmente enterrado en papeles.

Carlotta concluye la llamada y advierte que Nic tiene cara de preocupación.

—¿Está todo bien?

La accidentada forma de hablar de la teniente saca a Nic de su depresión.

—Sí. Perdone. Todo está perfectamente. —Rebusca en el interior de la cazadora y extrae un papel plegado—. Estos son los números que mencioné al hablar con su jefe. Cuando hayamos averiguado a quién pertenecen, quiero entrevistarme de inmediato con el abonado. Calculo que por lo menos uno de ellos será el tal Craxi. No

quiero que nadie haga preguntas hasta que yo pueda verlo cara a cara.

—Entiendo. Usted teme que pueda huir.

—En efecto.

La teniente recorre los números con un dedo esbelto y terminado en una laca de uñas de un tono rosa muy claro.

—Estos números son… ¿cómo se dice… —hace un esfuerzo—… celulares?

—¿De móviles?

—Ah, sí. —Vuelve a señalarlos—. Y estos de aquí… son teléfonos públicos, los de la calle. —Va recorriendo las filas de números con la vista—. Pero hay uno o dos que son líneas privadas. Craxi es un apellido muy común, como en inglés Smith o Jones.

Saca el teclado de su terminal de ordenador y, con mano experta, introduce una instrucción.

—Finito. Enseguida estarán identificados.

—Grazie.

La teniente sonríe.

—¿Habla usted algo de italiano?

Nic le sonríe a su vez.

—Sí. Domino a la perfección el grazie y el prego. Ah, y también sé decir parmigiano y pesto.

—Va bene. Son palabras importantes que hay que conocer. —Echa una ojeada a su monitor—. Veo que su víctima era una escritora famosa.

—No era propiamente escritora, sino guionista. No ha publicado ningún libro. Yo no la conocía de nada, pero por lo visto era muy famosa dentro de los círculos de Hollywood.

Carlotta frunce el entrecejo.

—¿Tiene idea de por qué la mataron?

—Estamos trabajando en ello. Puede que tuviera algo que ver con el proyecto en el que estaba ocupada.

La teniente apoya la mano en un documento de dos páginas.

—He leído el informe que ha enviado usted. ¿Se refiere a la película que trata de nuestra Sábana Santa?

—Eso parece. ¿Le ha sucedido recientemente algo que se salga especialmente de lo normal?

—Nunca le sucede nada. Está guardada en una urna hermética, a oscuras, en el Duomo di San Giovanni.

—Pero sale a la luz con cierta regularidad, ¿no?

La teniente niega con la cabeza.

—No. La última vez que la Iglesia la expuso al público fue en 2010.

—¿En la catedral?

—Sí, pero con grande protección. —Dibuja un gran cuadrado en el aire con las dos manos—. Construyen una caja gigante de cristal a prueba de balas y dentro colocan la Sábana Santa. Era un recipiente hermético, lleno de nitrógeno.

—¿Y acudió mucha vente a verla?

Carlotta se echa a reír.

—Más de cien mil personas al día, todos los días. Pasaron cinco semanas haciendo cola. —Hace una pausa procurando recordar algo más de la última ostensión—. He leído que en esas semanas llegaron tres millones y medio de personas. Eso es más en semanas que la gente que visita la tumba de su John F. Kennedy todos los años.

A Nic le divierte la comparación.

—No sabía que compitieran el uno contra el otro.

—Y es mejor così. Porque habría ganado la Sábana Santa. Fácilmente. Los católicos siempre ganamos en estas clases de cosas. Para nosotros, la religión y la muerte son muy importantes.

—Lo tendré en cuenta. Entonces, supongo que la Sábana ya no está expuesta.

—No. Las ostensiones son muy pocas. Está guardada en una urna permanente, dentro de un nicho del Duomo, y los visitantes pueden ir a rezar. La catedral cuenta con segundad privada, a nosotros no nos dicen exactamente cuál es, y naturalmente nosotros tenemos personal propio vigilando la catedral en todo momento.

—Entonces, ¿sería imposible que la robaran o le causaran algún daño?

La teniente se encoge de hombros.

—Eso no se puede saber. En 1997 hubo un incendio provocado. Los bomberos tuvieron que entrar a la fuerza en el nicho. Tomaron las hachas y las mazas para romper el cristal, un cristal grueso y a prueba de balas, y luego tuvieron que salvarla de las llamas.

—¿Sufrió algún daño?

—No, esa vez no. Pero en una ocasión anterior sí. Hace mucho tiempo, en el siglo XVI, hubo otro incendio, también provocado, y sí, ese causó daños.

—¿En la misma iglesia?

—No. En aquella época la Sábana Santa estaba en Francia, en la capilla Sainte-Chapelle de Chambéry.

—¿Y qué estaba haciendo allí?

—Me parece que era propiedad de la Casa de Saboya. En esa época había mucho robo y pillaje. Hoy, aquí, la seguridad es muy buena. —Esto último lo dice con gran seguridad y orgullo—. Hoy en día nadie puede acercarse a la Sábana Santa.

—¿En serio? —Nic indica el ordenador con un gesto de cabeza—. Pues mientras esperamos a que identifiquen esos números de teléfono, ¿por qué no probamos a acercarnos nosotros?

63

Carson, Los Ángeles

Prueba la temperatura del agua en la muñeca, tal como hace un padre con un recién nacido.

No está demasiado caliente ni demasiado fría. Está a la temperatura de la sangre. Echa un poco de líquido friegaplatos y remueve hasta que la superficie se cubre de una capa de burbujas.

A continuación deja la botella de plástico y regresa al dormitorio. Le crujen las rodillas al agacharse. Con sumo cuidado, toma en brazos el cadáver desnudo de Em y lo saca fuera de la habitación. En un espejo se vislumbra brevemente a sí mismo con ella en brazos. Es una visión impresionante. Heroica. Igual que un bombero salvando a una mujer de un edificio en llamas. Igual que un ángel de Dios librando a un pecador del fuego del infierno.

La lleva al cuarto de baño e introduce al amor de su vida en el agua jabonosa de la bañera. Se derrama un poco de agua por el borde que le cae alrededor de los pies descalzos y se cuela por entre las grietas de los tablones del suelo. Hay velas repartidas por todo el cuarto de baño: en el suelo, en los estantes y en el marco de la ventana. En el agua bailan diamantes de luz dorada que le recuerdan a JJ una pila bautismal.

Em parece estar más rellenita. Es casi como si la muerte le hubiera sentado bien. Como si la hubiera hecho engordar un poco. Como si la hubiera alimentado bien. Y también se la ve más apacible. Nunca ha visto a nadie que luzca una expresión más pacífica que Em.

JJ se desnuda y se introduce en el agua templada. Hace una mueca de contrariedad al derramar un poco por el borde de la

bañera. Desea que esto sea perfecto. Nada debe salir mal. Les queda muy poco tiempo de estar juntos.

Se hunde un poco más en el agua. Maniobra para situarse debajo del cuerpo de Em. Envuelve los brazos alrededor de sus senos y la estrecha con fuerza por última vez.

64

Piazza San Giovanni, Turín

Una racha de viento irreverente empuja a Carlotta y a Nic por el acceso sagrado y totalmente expuesto a la intemperie que conduce al Duomo di Torino e Capella della Sacra Sindone.

La catedral posee una fachada renacentista casi blanca, recién lavada, y en sí misma resulta empequeñecida de forma incongruente por la imponente cúpula espiral de la capilla de Guarini, donde se aloja la Sábana Santa.

—Buongiorno —saluda Carlotta a un individuo bajo y menudo, vestido de sotana negra, que aguarda refugiado en la entrada principal—. Este es el teniente Karakandez, del Departamento de Policía de Los Ángeles.

El individuo de la sotana inclina la cabeza cortésmente mostrando una cabellera de color gris acero y estrecha la mano del corpulento detective.

—Dino di Rossi. Soy lo que creo que ustedes denominan el sacristán. —Seguidamente dirige la mirada hacia un costado—. La teniente Cappelini desea que yo los acompañe y responda a las preguntas que quiera usted formular acerca del edificio y de la Sagrada Síndone.

—Encantado de conocerle. Y le agradezco que haya accedido, habiendo sido avisado con tan poca antelación.

Nic sube los escalones de la entrada de la catedral detrás de Carlotta y del sacristán, y cruza unas gigantescas puertas de madera del siglo XVIII. Allá en lo alto divisa una copia de la Última Cena de Leonardo, y a su izquierda, para su sorpresa, un quiosco en el que se venden libros, postales, DVD y reproducciones baratas de la

Sábana Santa. Frente a ellos surge una nave de forma alargada, y a un costado hay dos pantallas de televisión gigantes, montadas en la pared, que muestran imágenes de la Sábana. La mercantilización de dicha reliquia llega hasta unos ofertorios de plástico, accionados mediante electricidad, en cuyas ranuras se estimula a los peregrinos a que depositen euros a cambio de se les conceda el derecho de elevar una plegaria y encender una vela de plástico. Al fondo se yerguen, impresionantes, el transepto y la sacristía.

—Esta arquitectura… emociona, ¿no es así? —comenta Di Rossi en voz baja mientras recorren los suelos de baldosas de mármol—. Transmite a los fieles la experiencia de entrar en la muerte y alcanzar la luz de la gloria divina.

Nic no iría tan lejos; pero el altar, flanqueado por gigantescas estatuas de mármol y en cuyo centro destaca una sorprendente escena de la crucifixión, ciertamente posee presencia.

—Las estatuas representan a santa Teresa y santa Cristina —informa Di Rossi señalándolas—. Fueron realizadas en Roma, en 1715, por el escultor parisino Pietro Legros. La magnífica estatua de madera del crucifijo es obra de Francesco Borelli.

—¿Y la Sábana Santa? —pregunta Nic, casi en tono impaciente—. ¿Dónde se guarda?

Di Rossi exhala un suspiro y lo conduce a un lugar situado más allá de los bancos, detrás de una pila de sillas marrones de metal.

—Aquí —dice el sacristán indicando una extraña zona acordonada que hay al fondo de la catedral.

Para el ojo poco entrenado de Nic, esa capilla parece un par de palcos de teatro montados el uno encima del otro. El de arriba posee unas anchas columnas de oro, un balcón de oro y un centro gigante, muy ornamentado, de unos seres que parecen ángeles dorados, más una corona enorme y un escudo rojo que lleva una cruz blanca.

—Eso es la Tribuna Real —explica Di Rossi señalando con los dedos hacia arriba—. Esculpida por Ignazio Perucca en 1777. Aquí estuvieron los reyes del Piamonte y de Cerdeña. Ha sido elogiada por Carlo Emmanuele III, Carlo Alberto de Saboya-Carignano y el primer rey de Italia, Vittorio Emmanuele II.

Nic baja la mirada hacia una urna menos vistosa que hay debajo. Una que tiene unos pilares de piedra y un cristal a prueba de balas.

—La tribuna inferior es donde se sentaban los pajes reales. Actualmente es donde se aloja la Sagrada Síndone, la sábana en que fue envuelto el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo después de morir en el Calvario.

65

Carson, Los Ángeles

JJ enrosca los dedos de los pies en torno a la cadena de metal y tira del tapón. Acto seguido permanece tumbado, paladeando esos últimos momentos, mientras el agua jabonosa los va abandonando a él y a su reina. El ruido que hace la bañera al vaciarse resulta irritante. Fuera de lugar.

Se queda inmóvil. Se hace el muerto. Ni parpadea ni mueve un músculo. Permanece concentrado en ralentizar los latidos del corazón y la respiración. El agua que ha quedado atrapada entre los dos cuerpos va escapando lentamente y crea la sensación de que Em le está tocando. El cuarto de baño comienza a quedarse frío. El aire helado y el metal de la vieja bañera le enfrían rápidamente el cuerpo. JJ sabe que si se queda tal como está, su temperatura corporal no tardará en igualarse con la de Em. Y entonces serán un solo ser. Unidos en la muerte. Juntos para siempre.

—Algún día, amor mío. —La besa en la nuca—. Algún día me reuniré contigo.

Se hace difícil mover a Em sin la ingravidez que proporciona el agua. La humedad de ambos cuerpos parece adherir el uno al otro. Por fin, JJ sale de la bañera temblando a la luz de las velas. Dejando huellas de agua en el suelo, toma una toalla de un viejo toallero de madera y comienza a secarse para entrar en calor.

El calor… esa es la diferencia que hay entre su amada y él. Esa es la diferencia que hay entre la vida y la muerte. JJ se inclina sobre la bañera y la seca lo mejor que puede. Sacarla de ahí resulta más difícil de lo que había calculado. Esa anticuada bañera es demasiado honda para que pueda tomar a Em en brazos sin caerse él dentro. Al

final, se sitúa frente a la grifería, la agarra por las axilas y tira de ella. Nota como si la piel se moviese. Como si se aflojase y se desplazase al tocarla él.

La deposita en el suelo y seca las zonas que faltaban. Em huele a limpia. A limpia y fresca. JJ ya está demasiado cansado para moverla más. Se siente demasiado agotado emocionalmente, demasiado estresado por la idea de que se le está acabando el tiempo de estar con ella. Toma un bote de talco perfumado de un estante que hay oculto detrás de la bañera y espolvorea el cuerpo de Em. Luego lo alisa con la mano. Cubre hasta el último centímetro. Hasta que toda ella está blanca como un ángel.

A continuación hace lo propio consigo mismo. Se cerciora de quedar cubierto de talco de la cabeza a los pies. Cubierto por un sudario blanco. Después se tiende al lado de Em. Dos fantasmas a la luz de las velas. Extiende toallas sobre los dos cuerpos para conservar el calor. Se acurruca contra Em. Se pega bien a ella para transmitirle su calor.

66

Turín

Detrás del cristal protector se encuentra la urna, cubierta por un sencillo paño que lleva una franja roja en el centro y un crucifijo. Sobre ella cuelga una estrambótica maraña de espinas gigantes, y encima de estas, en una cortina oscura y polvorienta, una pequeña reproducción digital, ampliada, del rostro de lo que Nic denomina «hombre de la Sábana». Insólito receptáculo de la reliquia más famosa del mundo.

—La Sagrada Síndone, al igual que el Velo de la Verónica, constituye un objeto religioso singular, científico e histórico —explica Di Rossi al tiempo que la señala—. Actualmente abrigamos el convencimiento de que estuvo expuesta por todo Oriente Próximo. Hay documentos históricos que demuestran que le fue obsequiada a Abgaro, el rey de la antigua ciudad de Edesa, y se dice que lo curó de una enfermedad. Los griegos ortodoxos tienen un gran respeto por la imagen que contiene. La denominan acheiropoieton, que quiere decir «icono no hecho con las manos».

Nic experimenta una profunda sensación de agobio.

—Esa tal Verónica, ¿qué tiene de especial su velo?

Di Rossi se tapa la cara con las manos y hace como que se la seca con una toalla.

—Cuando Cristo iba con la cruz a cuestas camino del Calvario, se secó la cara con un lienzo que le entregó una mujer de Jerusalén llamada Verónica, y que hoy en día es santa Verónica. Cuando Cristo retiró el rostro, su imagen quedó impresa en la tela. La Iglesia venera ese suceso señalándolo como una de las estaciones del Vía Crucis.

—Voy a arder eternamente en el infierno por preguntarlo, pero ¿qué es el Vía Crucis?

El semblante de Di Rossi refleja decepción y asombro.

—Son los catorce momentos históricos clave del cristianismo, señalados por lo general en pinturas, estatuas o vidrieras. Muestran las etapas del trayecto que hizo Cristo desde el lugar en que fue condenado a muerte hasta el instante en que bajaron su cuerpo de la cruz en el monte del Calvario y lo sepultaron en la tumba de José de Arimatea. El episodio de la Verónica, cuyo velo enjugó el sudor de Cristo, es la Sexta Estación. —El sacristán consulta su reloj—. Me doy cuenta, signore, de que tiene usted muchas preguntas… y muchas dudas. Pero me temo que se ha hecho tarde y tengo que marcharme.

—Estoy muy agradecido por su ayuda —dice Nic, consciente de que le están echando—. Una última cosa antes de que se marche. —Señala con un gesto de cabeza la urna cubierta por el paño—. Quisiera ver la Sábana Santa, la tela en sí.

—Lo siento, pero eso no es posible. La Sábana Santa está guardada con llave y sellada en una urna de vidrio y metal.

—Pero los sellos pueden romperse. Quisiera que la abrieran, por favor.

—No me cabe duda, pero no es posible. Tan solo el Pontífice en persona puede ordenar una ostensión de la Sagrada Síndone.

Nic enrojece.

—¿Quiere decir que solamente el Papa puede romper los sellos y abrir la urna?

Di Rossi procura que no se le note la furia en el tono de voz al responder:

—No. El Santo Padre no es el custodio de las llaves. No es eso lo que le he dicho. Pero es el único que puede dar la orden de que se pueda ver la Sagrada Síndone.

Nic se vuelve hacia Carlotta.

—Yo creo que eso no es verdad… Los Carabinieri podrían ordenar que se sacara de la urna para llevar a cabo una inspección, ¿no es así?

La teniente se pone nerviosa al verse en la encrucijada.

—Me parece que esto ni siquiera es una petición que pueda hacer yo. Tendría que venir de nuestro generale.

Sin preguntar, Nic ya sabe que eso daría lugar a un proceso interminable. Se vuelve de nuevo hacia el sacristán y pregunta:

—Y si el Papa no es el custodio de las llaves, ¿quién es?

—Eso no se lo puedo decir.

—¿No puede o no quiere?

—Signore —contesta el otro, exasperado—, para nosotros la seguridad tiene una importancia extrema. Yo actúo según instrucciones del arzobispo, y él recibe las órdenes directamente del Papa.

—Pues en ese caso he de verlo a él.

—Su eminencia no se encuentra en Turín en estos momentos. Le pasaré su petición al secretariado.

Nic ya se ha hartado de que le anden mareando la perdiz.

—Pues entonces quisiera hablar con él por teléfono. Hoy. Ahora mismo, si es posible.

La mirada del sacristán se vuelve tan gélida como las de las estatuas que lo rodean.

—Lamento poner fin a esta reunión. He intentado ayudar en la medida de lo posible. Traslade los detalles a la luogotenente, yo trasladaré su petición a su eminencia.

Y dicho esto, Di Rossi da media vuelta y se va haciendo ondear su sotana negra, y Nic se queda mirando el cristal a prueba de balas que lo separa de uno de los mayores misterios de la era moderna y que posiblemente encierra la respuesta al homicidio que está investigando.

67

Bajo el cielo plomizo de la capital del Piamonte, dieciocho kilómetros de soportales cubren las aceras y proporcionan refugio a innumerables cafés. La cultura de sentarse a contemplar el mundo es una herencia de la época en que Turín estaba gobernada por la Casa de Saboya y consolidada como una de las capitales mundiales de las artes.

En un bar poblado más por vecinos locales que por turistas, Efrem se percata de que su objetivo, el hombre al que está siguiendo desde que lo ha visto aparcar el coche, se encuentra a punto de cometer su primer error.

Encaminarse hacia los aseos.

Podía atacarlo allí mismo. Sería un tanto engorroso, pero posible. A la vez que su mano encuentra la cajita de hilo dental que lleva en el bolsillo, imagina cómo enrollaría el fino alambre que contiene esta alrededor del cuello del hombre al que está dando caza. Demasiado arriesgado. Demasiado impetuoso. Demasiado público.

Descarta la idea. La paciencia es una virtud. Ha de esperar.

Al cabo de unos minutos, el hombre vuelve a salir. Efrem abandona la protección de la entrada a los soportales, donde ha estado fingiendo que hacía una llamada telefónica. El objetivo se mueve con precaución, como si percibiera que lo están observando, como si supiera que este es el momento que escogería cualquiera que lo estuviera siguiendo para salir de su escondite y pegarse a sus talones para no perderle la pista. Efrem se queda impresionado por esa cautela, esa seguridad en sí mismo, esa naturalidad y ese control en la forma de andar, mirando en derredor sin que se le aprecie que haga ningún esfuerzo, abarcando los trescientos sesenta grados de su entorno sin llamar la atención. Él tampoco revela ninguna señal de prisa ni nerviosismo. Ambos son dignos enemigos.

El monje varía la distancia de seguridad, unas veces la acorta hasta casi poder tocar a su objetivo, otras veces se rezaga tanto que este se convierte en un punto a lo lejos. Cambia el sombrero negro por una gorra verde con visera, y da vuelta al abrigo para que deje de ser negro y se convierta en verde.

En el transcurso de una hora, Efrem se transforma en cuatro personas distintas, cada una con una manera propia de andar y estar. Es turista, hombre de negocios, comprador y novio que llega tarde a una cita. Cualquiera excepto quien es en realidad.

Un asesino entrenado que está acorralando a su presa.

68

Piazza Costello, Turín

Nic y Carlotta ocupan una mesa al fondo del café Baratti y Milano, una desde la que se ve el majestuoso atrio de mármol de una galería comercial de alto nivel. Ella le pasa la carta deslizándola sobre la mesa, que está adornada con flores frescas y un mantel de algodón color naranja tostado.

—Di Rossi no hace más que obedecer las instrucciones. Es mejor recordar que la Iglesia Católica hace lo que le viene en gana.

Nic coge la carta.

—No es cierto. No hay nadie en el mundo que haga lo que le viene en gana. Ese sacristán ni siquiera piensa hablar con el obispo para pedirle que me deje ver la Sábana, ¿me equivoco?

—Arzobispo —lo corrige la teniente—. ¿Por qué es tan importante para usted?

Nic baja la carta.

—En mi país, investigar un caso significa averiguar algo que la gente no quiere enseñar. Cuando alguien me cierra la puerta en las narices como ha hecho ese sacristán, al momento me imagino que se trata de algún encubrimiento.

Llega una camarera y Carlotta se pone a hablar en italiano indicando ocasionalmente a Nic. La joven lo mira estudiadamente y después se va.

Nic se percata de que Carlotta acaba de pedir por él.

Ella esboza una sonrisa traviesa.

—Este local es famoso por el espresso y el chocolate. También he pedido tramezzini, que son unos bocaditos de jamón, mozzarella, salmón, atún y verdura. Y la torta barattina.

—¿La tarta de la casa?

—Muy bien. —La teniente se ríe de él. Si estuvieran en otro momento y en otro lugar, tal vez Nic resultara una compañía divertida—. Es una tarta de chocolate, y lleva nata y frambuesas.

—¿Tengo cara de ser goloso?

—Algo de dulce tiene que tener usted. Tengo la esperanza de que comer le cambie el humor. En Italia, cuando los hombres están de mal humor, les damos de comer cosas dulces para que se les pase.

—Yo creo que tengo buenos motivos para estar de mal humor.

—Puede ser. —La teniente se da cuenta de que está jugueteando con la alianza que lleva en el dedo, no deja de darle vueltas y más vueltas. Y ve la oportunidad de cambiar de tema—. ¿Su mujer y usted tienen hijos? —le pregunta señalando la alianza.

Nic la taladra con la mirada. Ha oído la pregunta, pero en el fondo de su cerebro aún está asimilando la información relativa al sacristán. Ha mostrado un comportamiento de lo más extraño. No es normal del todo, pero todavía no sabe exactamente a qué puede deberse.

—Hijos —repite Carlotta, pensando que a lo mejor ha pronunciado mal la palabra—. Bambini… ¿tiene niños?

—No. Tuve un hijo de pocos meses, pero lo mataron junto con su madre.

—Oh. —Carlotta advierte el dolor que refleja su mirada—. Perdóneme. He sido una tonta por preguntar.

Nic continúa dando vueltas a la alianza.

—No me atrevo a quitarme este anillo. Es probable que no pueda ya nunca.

En ese momento llega la camarera con los pedidos, pero Carlotta se da cuenta de que, por una vez, el sabor dulce de lo que hay en ese plato no va a cambiar el estado de ánimo del hombre que tiene sentado enfrente.

—Turín —le dice, cambiando de tema— está dividida en dos partes. La parte en la que se guarda la Sábana Santa la conocemos como la Ciudad Santa. No muy lejos, debajo del Palazzo Madama, se encuentra lo que denominamos Ciudad Satánica.

—Suena a chorradas para turistas. —Nic coge un apetitoso bocadito del plato de porcelana—. Según mi experiencia, el verdadero mal no se anuncia. Permanece oculto y se mueve igual que un criminal a la fuga.

—No es un invento destinado sacar el dinero a los extranjeros, sino que forma parte de nuestra herencia. Bajo tierra están las Cuevas de los Alquimistas, en las que Apolonio de Tiana, un gran mago del ocultismo, escondió un poderoso talismán. Los científicos de Saboya creían que era la Piedra Filosofal, y hasta Nostradamus vino aquí a buscarla.

Nic deja de comer.

—Y por lo visto no encontró nada. ¿Adónde quiere llegar?

Carlotta bebe un sorbo de chocolate.

—A Turín le gusta guardarse sus secretos. Tenemos una larga historia que así lo demuestra. Simplemente, tenga en cuenta que su búsqueda puede resultar tan infructuosa como la de ellos.

69

Santa Mónica, Los Ángeles

Amy Chang descorre las cortinas con un bostezo. Vestida con una bata blanca y corta, cruza el cuarto de estar y empuja levemente el bulto que yace en el suelo, junto al sofá.

Mitzi deja escapar un gruñido.

—Buenos días. Solo quería comprobar que sigues viva. Me encuentro muchos cuerpos en el suelo que están muertos.

—Yo soy uno de ellos.

—Pues entonces sigue muerta un ratito más. Voy a hacer café.

Mitzi obedece de buena gana. La mera idea de mover la cabeza le resulta una propuesta terrible. Cierra los ojos y realiza un chequeo mental, con el fin de ver si tiene que pedir disculpas por alguna cosa. Con la excepción de que se ha terminado ella sola una botella de vino, calcula que por lo demás está libre de toda sospecha.

—¿Quieres también un poco de agua? ¿O desayunar algo? —Amy enciende la cafetera. El ruido que hace el molinillo de café es suficiente para que Mitzi asome la cabeza por entre las mantas.

—Nada más que café. Café sin ruido.

—¿Y quieres poner algo dentro de ese café sin ruido?

—No, lo tomo solo. —Mitzi se incorpora y aparta las mantas—. ¿Qué hora es? —De pronto se le sube la sangre a la cabeza y le provoca la sensación de que la tiene en llamas.

—Las siete y cuarto. Me temo que me gusta madrugar.

Mitzi se levanta con gran esfuerzo y, tambaleándose, se encamina hacia el cuarto de baño en bragas y sujetador. Tras hacer uso del váter, suelta un juramento al ver el lavabo, un elegante diseño dotado de un grifo que, al parecer, no tiene un mecanismo obvio que

sirva para abrirlo. Retuerce el tubo largo y dorado con la misma sensación que si estuviera estrangulando a una gallina. De repente surge agua fría, con tal fuerza que le salpica todo el estómago.

Toma una toalla del borde de la bañera y se seca. Entonces ve su triste imagen reflejada en el espejo. Por debajo de unos ojos cansados y de unas mejillas enrojecidas por el alcohol se distinguen las cicatrices de su matrimonio: las marcas que le dejó el cinturón de Alfie. Vergonzosas señales de color morado, marrón y rojizo que se extienden por el estómago, los brazos y las piernas. Se contempla a sí misma con los brazos caídos a los costados.

—Mierda, ¿cómo has permitido que ocurra todo esto?

Se examina de cerca un par de verdugones girándose hacia un lado y hacia el otro. No le extraña que haya estado a punto de matar a su marido; mataría a cualquiera que tratara de este modo a un perro, así que no digamos a otra persona.

Finalmente endereza la espalda, llena el lavabo y se lava las manos y la cara. Luego se seca evitando mirar el espejo. Ya se arreglará el cabello más tarde.

Amy está trajinando en la cocina cuando reaparece Mitzi.

—En la mesa hay café y macedonia de fruta. Te vendrá bien comer algo.

—Sí, doctora. Gracias —responde Mitzi vistiéndose para que su amiga no vea los hematomas—. ¿Y qué tal si incluyo también un ibuprofeno?

—Con el estómago vacío, no.

—Es que lo necesito —suplica Mitzi con la mano extendida.

—Eres patética. ¿Has dormido algo?

—Han sido las primeras seis horas seguidas que duermo en mucho tiempo.

—Bien. —Amy le entrega una lámina de comprimidos y un vaso de agua—. Aquí tienes.

Mitzi se mete en la boca dos pastillas y las traga con un poco de agua.

—Gracias por apoyarme anoche.

—No hay problema. Siempre vas a contar conmigo.

—Ya lo sé. Y tú también conmigo… si es que me necesitas alguna vez. Aunque no será para mierdas como esta. Si consientes que un tío te trate como a mí ese idiota de marido mío, te doy una patada en el culo.

—Vas a pasar página, ¿verdad?

—Ya lo creo. Hoy es el primer día del resto de mi vida.

La patóloga sonríe.

—Los viejos rockeros nunca mueren.

—Puedes creértelo. —Mitzi bebe un sorbo de su segunda taza de café—. ¿Anoche te mencioné la Sábana Santa?

—Más o menos. Dijiste que era el motivo de que Nic se hubiera ido a Italia, pero después de eso ya no dijiste nada coherente.

—Vale. Pues ocurre lo siguiente: creemos que la Sábana Santa tiene algo que ver con el caso de Tamara Jacobs, y todavía no sabemos qué puede ser.

—¿Y en qué puedo ayudaros yo?

—No lo sé muy bien. De momento estamos abriendo todas las puertas y viendo lo que hay detrás de ellas. Un detalle que no deja de aparecer es la duda de que la Sábana sea realmente el sudario de Cristo. Si te envío unas cuantas fotos en alta definición, ¿podrías decirme si en tu opinión las marcas que aparecen en la tela podrían corresponder a las heridas de un crucificado?

—Vaya. —Es una petición que a Amy la pilla totalmente por sorpresa—. ¿Quieres que sea el forense del Hijo de Dios?

Si no le doliera tanto la cabeza, Mitzi se echaría a reír.

—Más o menos. Tu papel cobrará más importancia.

—Ya. Pero de todos modos voy a tener un expediente a nombre de Jesucristo. ¿Cuántos forenses pueden presumir de eso?

70

Turín

Los empleados de la oficina de Carlotta consiguen identificar uno de los números proporcionados por Nic con el piso de un tal Roberto Craxi, situado en un edificio de la Piazza Castello, cerca del Quadrilatero. Se encuentra en el casco histórico de la ciudad, dentro del perímetro del antiguo castro romano, y la dirección postal coincide con la de varios restaurantes cuyas facturas halló Nic en el domicilio de Tamara. Un joven teniente, llamado Fredo Battisti, tarda cinco minutos en trasladarlos en coche hasta el lugar en cuestión y el doble en encontrar un sitio donde aparcar en las abarrotadas calles pavimentadas con adoquines.

Pero podrían no haberse tomado la molestia de venir. Craxi, la principal pista de Nic, no solo no está en su piso, sino que además, según cuentan los vecinos, su mujer y él llevan más de un mes ausentes. Por lo visto, se han esfumado sin más. Sin despedirse de nadie. Simplemente desaparecieron.

Carlotta y Fredo interrogan a los vecinos de otros pisos mientras el casero, un tal Paolo Llorente, enseña a Nic el apartamento vacío. Llorente, que tiene casi ochenta y cinco años, lleva unos pantalones negros sin planchar que le cuelgan veinte centímetros por encima de los zapatos, una camisa blanca y arrugada y un jersey azul todo dado de sí. Más que andar, se arrastra, por culpa de las prótesis que lleva en la cadera y en la rodilla, pero pese a su aspecto exterior todavía conserva una mente ágil.

—En mi juventud salí con muchas chicas americanas —dice esbozando una sonrisa de nostalgia—. Trabajaba en Venecia, de gondolero —explica imitando el gesto de empuñar el remo—. Las

americanas bebían mucho, y me enseñaron a decir muchos tacos. Fueron buenos tiempos.

—No me cabe duda. Me alegro por usted. —Nic abre la puerta que da al salón.

La habitación está vacía. No hay ni un solo mueble, en cambio todo se ve limpio de polvo y paja: suelos de roble barnizados, paredes blancas y amplios ventanales que dan a un pulcro balcón repleto de macetas de barro y plantas. Los dos dormitorios también se encuentran igualmente desnudos y limpios como una patena.

En la cocina, pequeña pero inmaculada, Nic se pone a abrir cajones y los encuentra todos vacíos. No hay ni cazuelas, ni sartenes, ni cubertería ni vajilla. Es como si ahí nunca hubiera vivido nadie. Alguien ha eliminado todo rastro del matrimonio Craxi.

—Signore Llorente, ¿usted alquila los pisos amueblados o sin amueblar?

El antiguo gondolero se apoya en una encimera para aliviar el peso de sus piernas cansadas.

—Sin amueblar, pero si un inquilino me pide camas y demás, se las compro. —Vuelve a sonreír—. Se las compro y le cobro un poquito más.

—¿De manera que el matrimonio Craxi se marchó llevándose todo consigo?

—Sí.

—¿No dejaron aquí nada en absoluto?

El anciano hace un gesto de negación con la cabeza.

—No, nada.

—¿Usted los vio cuando se marcharon? —pregunta Nic gesticulando hacia las habitaciones vacías—. No sé, da la impresión de que se lo llevaron todo, así que tuvieron que contratar un servicio de mudanzas para transportar los muebles.

—Eso no lo vi. —Llorente se toca el discreto audífono que lleva, una pequeña cuña de plástico transparente sujeta detrás de la oreja izquierda—. Ya soy viejo y duermo mucho. Por la noche no sería capaz de oír ni una bomba.

—¿Y qué me dice de la renta?

—La pagaban por adelantado. Por el banco.

—¿Y nunca dejaron de pagar? ¿El último mes tampoco?

—Tampoco. Eran un buen matrimonio.

Nic percibe un olor en el ambiente. Un olor penetrante, limpio. ¿Vino blanco? ¿Pintura? Recorre con la vista las paredes y la carpintería, y entonces cae en la cuenta. El piso ha sido reformado, desde el suelo hasta el techo. No hay un solo marco de puerta ni un alféizar de ventana que no esté acabado de pintar.

—¿Cuánto tiempo llevan aquí los demás inquilinos de esta planta, señor Llorente?

El casero necesita unos minutos para reflexionar.

—La familia Tombolini, tres años. Los Mancini, solo seis meses, me parece. Luca Balotelli llegó hace cinco años; se divorció y…

Nic lo interrumpe.

—¿Me haría el favor de enseñarme el piso de los Mancini? ¿Es igual que este?

El anciano frunce el entrecejo.

—Sí. Es exactamente igual que este. —Luego cae en la cuenta de que eso no es del todo cierto—. Excepto que el salón de ellos da al lado contrario.

—Entiendo. —Nic sale con él del apartamento de los Craxi.

Llorente llama al timbre de los Mancini y aporrea la puerta. Una vez que ya está seguro de que la familia no se encuentra en casa, abre y se aparta a un lado para dejar pasar al detective.

Nic abre todas las puertas y registra la vivienda de arriba abajo. Es exactamente tal como esperaba. Tal como temía. Tiene todas las trazas de un piso que el casero debería haber restaurado dos años antes.

—Gracias —dice al tiempo que vuelve a salir—. Aquí ya he terminado.

71

El viaje en tranvía resulta inesperado.

Efrem se reprende a sí mismo por no haber estado más alerta. Ya sabía que Turín tenía una red de superficie de más de ciento cincuenta kilómetros, y debería haber supuesto que el objetivo la utilizaría en algún momento. El individuo al que está siguiendo se ha subido al tranvía de un salto, de modo que él se ha visto obligado a subir también en el último momento.

Lo tiene solo a un vagón de distancia.

En un espacio confinado como este, dicha distancia es demasiado corta para resultar cómoda. El monje se consuela con el hecho de que cuando ha subido al tranvía han subido también otras tres personas, con lo cual es bastante probable que enmascarasen el movimiento que ha efectuado él.

Efrem no levanta la vista del asiento, y tampoco mira fijamente hacia el vagón del objetivo, que es lo que ansía hacer. Ha cometido un error, y lo que suceda a continuación dependerá del azar. En la siguiente parada tiene que ser él el primero en bajar. Tiene que apearse como si llegara tarde a una reunión, y luego echar a andar con seguridad en una dirección concreta. Si se queda parado en el sitio, echará a perder su tapadera.

Suena el pitido y el viejo tranvía se detiene con un bufido. Efrem salta a tierra y se aleja caminando despacio. Sin mirar atrás. Sin pensar siquiera en ello. Podría ocurrir que el objetivo siguiera a bordo del tranvía y que lo perdiera de vista, pero calcula que eso es poco probable. El gentío le obstruye el paso. El público se dirige hacia el mayor mercadillo al aire libre que hay en toda Europa, el que tiene lugar en la Piazza della Repubblica.

Efrem ve los letreros de una estación de metro y le da un vuelco el corazón. Si el objetivo se mete ahí, podría perderlo con facilidad.

«¿Al mercadillo de Porta Palazzo o al metro?».

Apuesta por el metro, que es a donde iría él. Se recorre la máxima distancia en un tiempo mínimo. Resulta perfectamente lógico. Que él sepa, hay más de veinte estaciones pero una sola línea principal, la que va de este a oeste y une Turín y Collegno.

Desciende al trote los escalones de piedra. No lleva billete, y en cambio es muy probable que el objetivo sí lo lleve. Al llegar a la ventanilla pide un biglietto. Pasa el dinero por debajo del cristal, se vuelve y ve al objetivo bajando hacia la oscuridad.

—Rapidamente per favore!

El anciano que le entrega el cambio y el billete no se inmuta ante su petición de urgencia.

Cuando el monje llega por fin al pie de la escalera mecánica, oye el rumor de un tren que se aleja, en dirección este.

El andén se encuentra vacío.

72

Santa Mónica, Los Ángeles

Mitzi se mete largo rato bajo la ducha, toma más analgésicos y más café recién hecho y sale a dar un breve paseo antes de subirse a un mareante taxi para ir a recoger su coche. Tardará una temporada en volver a darse así a la bebida. Aunque ha merecido la pena. Seis gloriosas horas de sueño y un corto período de tiempo sin pensar en Alfie, en las niñas ni en el desastre en que se está convirtiendo su vida.

«Estaba», en pasado.

En el futuro, que comienza a partir de ahora mismo, todo va a ir bien. Piensa terminar el caso que tiene entre manos, irse de vacaciones con Jade y con Amber, vender la casa y empezar desde cero. En algún lugar libre de recuerdos. Todo va a salir estupendamente.

Está aparcando en la comisaría cuando de pronto le suena el móvil.

—Fallon —contesta, al tiempo que cierra la portezuela del coche y echa a andar.

—Logan Connor, teniente. —Al otro lado de la línea se produce una pausa, y después se oye—: Su número me lo ha dado el sargento Sheen, me ha dicho que tenía que llamarla.

—Continúe.

—Acabo de salir del juzgado, teniente. Han dado curso al expediente de su marido.

El comentario obliga a Mitzi a frenar en seco. No tenía idea de que iban a llevar el caso de Alfie ante la justicia con tanta rapidez. Alguien debe de haber movido los hilos por ella.

—Le agradezco que me llame. Dígame.

—Su marido ha alegado agresión y su abogado ha llegado a un acuerdo con el fiscal del distrito para evitar un juicio en serio. Le han caído treinta días.

Mitzi se queda anonadada. No acaba de discernir si es una noticia buena o mala. En la mayoría de los casos se termina imponiendo el mínimo de treinta días. Alfie, por lo que ha hecho, debería pasar en chirona un año o más. A pesar de la levedad de la condena, Mitzi sabe también que Alfie ya tiene una mancha en su expediente. Es un recluso, un convicto. Y ese es un tatuaje especial que no se quita con láser.

—Entonces, ¿ya ha sido procesado, ya está dentro del sistema? —Es una pregunta retórica, porque de sobra sabe lo que va a suceder.

—Así es. Además, el juez ha impuesto restricciones. Le ha prohibido acercarse a cien metros de usted, del domicilio familiar y de cualquier miembro de la familia sin supervisión y sin el consentimiento del cónyuge. —Connor se aclara la voz—. Si quiere que le diga mi opinión, yo creo que el juez debería haber…

—Oficial, ni quería antes, ni quiero ahora, la verdad, saber cuál es su opinión. —Está a punto de dejarle con la palabra en la boca, pero de repente se acuerda de tener mejores modales—. Le agradezco que me haya llamado y que se haya encargado usted de todo esto. Ha sido muy discreto por su parte. Si alguna vez necesita un favor del Departamento de Homicidios, lo tiene esperando en mi mesa.

—No será necesario, teniente. Es un placer haberle sido de ayuda.

Mitzi corta la llamada. Treinta días. ¿Cómo demonios se lo va a decir a las niñas?

73

Centro de Los Ángeles

JJ pasa la mayor parte del día enclaustrado en su oficina. Pero su mente está en otra parte.

Está con Em. Ella es lo único en que piensa. Desea estar con ella para siempre. Incluso quisiera que aún estuviera viva. Pero eso no podía ser de ninguna manera. Había jurado guardar el secreto. Y ha obedecido. Como ha hecho siempre. Como siempre hará.

Sabe que tiene que trasladarla a otro sitio, desprenderse de ella. Pero ¿dónde debería reposar? Nunca se ha deshecho de un cadáver. Nunca en su vida ha hecho una cosa tan cruel. A todos los que ha ayudado a pasar al otro mundo los ha dejado dentro de su hogar.

Su hogar. Eso es. Debe volver a llevar a Em a su hogar. Ahí es donde podrá descansar. Es lo más apropiado. De manera inconsciente, se lleva una mano al estómago para rascarse un rasguño, uno ocasionado por los últimos cortes que se ha hecho antes de venir a trabajar. Se desabrocha los botones de su camisa blanca y se mira las heridas amoratadas que le ha dejado la cuchilla. Luego baja la barbilla hacia el pecho y sopla en la piel para aliviarla.

De improviso se oyen unos golpes en la puerta que le hacen levantar la cabeza. Al oír que se abre la puerta, se abotona rápidamente la camisa. Entra Jenny Harrison y se le queda mirando. Solo que no trae un gesto tan descarado como de costumbre. Desde que despareció su amiga, ha cambiado de actitud.

—¿Tiene un minuto?

—No me viene bien —responde JJ estirándose la ropa.

Pero Jenny entra de todas formas.

—Se trata de Kim. ¿Ha llamado hoy, para decir que está enferma o algo así?

JJ está pensando que ojalá se hubiera ocupado de las dos al mismo tiempo. Si después de terminar con Bass hubiera ido a buscar a Harrison, esto no estaría sucediendo.

—No tengo noticias de ella. Si para el lunes no ha vuelto, le daré su puesto de trabajo a otra persona.

Harrison se estremece.

—Creo saber lo que le ha sucedido.

JJ lo duda.

—¿Qué?

Harrison titubea. Lo que va a decir podría costarle el empleo a su amiga.

—Hace un año, a Kim la detuvo la policía por tirarse a un tío dentro de un coche. La tomaron por lo que no era y la acusaron de ejercer la prostitución. Pasó cinco años en la cárcel, y salió con la advertencia de que si volvían a pillarla le impondrían una condena más larga.

—¿Prostitución? —JJ intenta parecer escandalizado.

—Sí. Como digo, fue una equivocación. Un malentendido. Pero Kim siempre ha tenido muchos admiradores, y estoy pensando que a lo peor ha habido otro malentendido, no sé si me entiende lo que quiero decir.

—¿Estás pensando que pueden haberla detenido?

—Sí. —Harrison se aproxima al borde de la mesa y pone cara de desamparo—. Señor James, ¿le importaría llamar a la policía y enterarse de si la tienen retenida en alguna parte? Yo he llamado a la comisaría de esta zona, y me han dicho que preguntase a Hollenbeck, pero no saben nada de ella. A lo mejor, si llama usted se esfuerzan un poco más.

El último lugar del mundo al que desea llamar JJ es la comisaría de policía.

—Déjamelo a mí, Jenny. Voy a ver qué puedo averiguar.

74

Turín

Lo que preocupa a Nic casi tanto como el hecho de que Roberto Craxi y su mujer hayan desaparecido es que a Carlotta y a Fredo no se les vea muy molestos que digamos. En Italia la labor policial es totalmente distinta de lo que es en Estados Unidos: demasiado relajada y chapucera para su gusto.

Todavía está mordiéndose la lengua cuando Fredo los lleva hasta el banco de Craxi, ubicado en el extremo sureste de Via Po, cerca de la gigantesca Piazza Vittorio Veneto. Si bien no es tan infrecuente que la gente cambie de domicilio cinco o diez veces a lo largo de la vida, raro es que cambie de banco más que en un par de ocasiones. El director deberá poder proporcionarles la dirección nueva.

Carlotta va sentada en la parte de atrás, con Nic, y se da cuenta de que este va rumiando algo mentalmente.

—¿Algo le preocupa?

—Sí, así es. ¿No le parece raro que ninguno de los vecinos viera marcharse al matrimonio Craxi y que ninguno de ellos tuviera amistad suficiente para haberse quedado con la dirección nueva para enviarles el correo?

Carlotta se encoge de hombros.

—Son cosas que pasan. En los bloques de pisos como ese, uno entra y sale sin ver a mucha gente. Yo vivo en uno que se le parece mucho.

Nic va mirando por la ventanilla al mismo tiempo que habla.

—La escalera era muy estrecha. No se puede bajar muebles sin hacer ruido, sin rozar las paredes, sin que nadie se dé cuenta.

—El casero, el signore Llorente, ¿le ha preguntado usted por la dirección nueva? A lo mejor él la conoce.

—Le he preguntado. Y no la conocía. —Se vuelve para mirar de frente a Carlotta—. Aquí ocurre algo raro, y tengo la impresión de que, como este caso viene de fuera del país, ni a usted ni a los Carabinieri les interesa demasiado.

—Scusi? —Carlotta se ruboriza ligeramente—. No he entendido.

—Venga. Primero ese sacristán amigo suyo nos echa a la calle, luego nos encontramos con que los Craxi se han esfumado y con que su piso, precisamente su piso, es el único que acaba de pintarse. Y usted no da la menor muestra de interés al respecto.

Carlotta se ofende al percibir el tono de voz.

—Puede que lo hayan pintado para atraer a inquilinos nuevos.

—Y puede que usted no esté esforzándose demasiado. Le apuesto lo que quiera a que si manda a ese piso a un equipo de la policía científica, no encuentra ni siquiera una huella dactilar de Craxi ni de su mujer.

—Craxi se ha marchado —replica Carlotta alzando las manos en el aire con un gesto de fastidio, en un arrebato de temperamento latino—. El casero dice que pagó la renta, así que, para nosotros, aquí en Italia no hay ningún delito que investigar.

—Puede que para ustedes no, pero en Los Ángeles tenemos a una mujer mutilada y asesinada que guarda una relación directa con ese italiano desaparecido de ustedes.

—No ha desaparecido. Simplemente se ha marchado. Se ha cambiado de casa.

—Ya hemos llegado —anuncia Fredo deteniendo el Alfa junto al bordillo.

—Gracias —responde Nic brevemente al tiempo que abre la portezuela y se apea del coche.

Carlotta le adelanta y entra en el banco. Dejando a un costado una fila de clientes, va hasta una ventanilla y muestra su placa de identificación. Al final aparece un empleado de más categoría que seguidamente los hace pasar por una puerta de cierre electrónico. Recorren un pasillo, suben por una escalera hasta la primera planta y se dirigen hacia un despacho situado al fondo, en la esquina del

edificio. Por lo que parece, en todo el mundo los peces gordos prefieren siempre el despacho de la esquina, el que tiene doble ventanal y las mejores vistas de la calle.

Sale Fabrizio Gatusso y estrecha la mano a Carlotta. Es un cincuentón de cabello canoso que luce el típico atuendo de un director de sucursal bancaria: traje azul de rayas, camisa blanca y corbata azul de nudo bien apretado.

—Dice que pasemos —explica Carlotta en un tono de voz que refleja que todavía está enfadada con Nic—. No habla inglés, pero ya traduciré yo.

Nic toma asiento al lado de ella en el sofá marrón de esquina, uno de esos que tienen módulos intercambiables. Gatusso se acomoda frente a ellos, en otra sección cuadrada del mismo, detrás de una mesa de cristal abarrotada de papeles y folletos. El director entrega un expediente a Carlotta y esta, a su vez, se lo entrega a Nic junto con una explicación:

—Aquí dentro hay copias de las cuentas de Craxi, de todo el tiempo que fue cliente. Y también de las de su esposa.

—¿Es que ya no es cliente?

—No. Hace un mes que cerraron las cuentas.

Nic nota que vuelve a arder de cólera. Están desperdiciando un tiempo precioso.

—¿Y con qué entidad trabajan ahora? —inquiere en un tono casi de mofa—. Por lo general, cuando un cliente se cambia de banco, el banco anterior y el nuevo trabajan juntos para pasarse servicios pendientes e intercambiarse órdenes de débito y demás. Por favor, no me diga que en Italia no funcionan así ni que necesito un permiso especial del presidente o del Papa o de quien sea.

Carlotta se lo queda mirando con expresión de furia.

—Se lo pregunto por usted.

Mientras ella lo pregunta, Nic abre el expediente y examina las cuentas. Reflejan la secuencia de transferencias recibidas de Tamara Jacobs, importes de 3.600 euros, que actualmente equivalen a cinco mil dólares. Pasa las hojas y ve también otros importes más elevados: dos depósitos efectuados mediante transferencia internacional por valor de 18.179 euros, veinticinco mil dólares.

Carlotta se vuelve hacia él.

—El signore Gatusso no tiene idea del banco con el que operan actualmente los Craxi. —Alarga una mano hacia el expediente y rebusca durante unos instantes en el mismo. Encuentra una copia de un saldo final—. Esto es lo último que tiene el banco. Cuando los Craxi cerraron las cuentas, se llevaron todo el dinero en efectivo.

75

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

El sargento Bobby Sheen ya esperaba la llamada. Su única esperanza es que Mitzi no esté furiosa con él. Él había rezado para que a Alfie Fallon le impusieran una pena de cárcel, pero ya sabía que era aspirar muy alto. Últimamente, como el estado ha entrado en una profunda espiral de déficit, a los que delinquen por primera vez se los despacha con una reprimenda y se los devuelve a su casa en coche.

—Hola, Mitzi, ¿qué tal va eso?

Mitzi lleva ya un rato en el aseo de señoras.

—Aguantando el tirón, Bobby. Aguantando el tirón. Me ha llamado Connor… me ha dicho que se lo mandaste tú.

—Así es. Oye, lamento mucho que hayan sido tan gallinas. Yo esperaba que el juez fuera un poco más duro, ¿sabes?

Mitzi se apoya en el rincón, contra los fríos azulejos blancos que hay junto a los secadores de manos.

—No es necesario que te lamentes. ¿Quién era?

—Kent. El juez Joe Kent. El muy inútil ya debería haberse jubilado hace diez años.

—Debería haber sido una mujer.

—¡Pero si Kent es mujer! Desde luego, no tiene huevos.

Mitzi sonríe. Bobby ha sido siempre de la línea dura, desde el mismo día en que lo conoció.

—¿Por qué delito han condenado a Alfie? ¿Dos setenta y tres o dos cuarenta y tres?

—Setenta y tres. Las fotografías que te hicimos a ti han bastado para demostrar las lesiones físicas.

Mitzi, avergonzada, vuelve a visualizar mentalmente a Bobby llevándola al médico después de que ella viera a su marido en el calabozo, así como el proceso de anotar y fotografiar cada una de las heridas que presentaba.

—¿Estás bien, cielo?

—Todavía no, pero ya me pondré bien cuando haya acabado todo esto.

—Será pronto. Por lo menos esto ya te lo has quitado de en medio.

—Ya lo sé. Bobby, gracias por acelerar las cosas. Me doy cuenta de que has estado cuidando de mí. Ahora no vayas a sentirte mal por la condena.

—Eres una estrella, Mitzi. Tienes que elevarte por encima de toda esta mierda y volver a brillar. Si puedo ayudarte en algo, llámame.

—Así lo haré. —Cuelga el teléfono y se mira en el espejo de los aseos antes de regresar a su mesa—. Eres una estrella, Mitzi, que no se te olvide.

76

Turín

La confesión es buena para el alma.

Reconocer los propios errores. Arrepentirse. Así es como han educado a Efrem. Y en este preciso momento acepta plenamente sus fallos y está intentando repararlos. Ha sido engreído, vanidoso. Creyó que tenía ventaja sobre el hombre al que estaba siguiendo, y no era así.

«El orgullo precede a la caída».

Conoce los refranes, los proverbios: «El orgullo trae la desgracia, en cambio la humildad trae la sabiduría».

Efrem observa el andén vacío y se castiga mentalmente. Cuando haya completado su misión, infligirá un dolor insufrible a su engreído cuerpo para cerciorarse de que la lección de hoy quede aprendida y no se olvide jamás. Lo único que lo consuela es el hecho de saber que por muy frágil y falible que sea él, su adversario tendrá fallos como mínimo iguales a los suyos. En este preciso momento tiene la seguridad de que el hombre al que persigue se sentirá confiado, a salvo, seguro de sus actos.

«El orgullo precede a la destrucción». El monje renuncia a la persecución y regresa al coche de su objetivo. Cabe la posibilidad de que su enemigo lo haya dejado abandonado, pero eso representaría un sacrificio enorme para una persona de su posición, sobre todo teniendo en cuenta que este hombre tiene otras personas a las que proteger. No. Efrem está seguro de que su objetivo regresará aquí. Lo único que tiene que hacer es esperar.

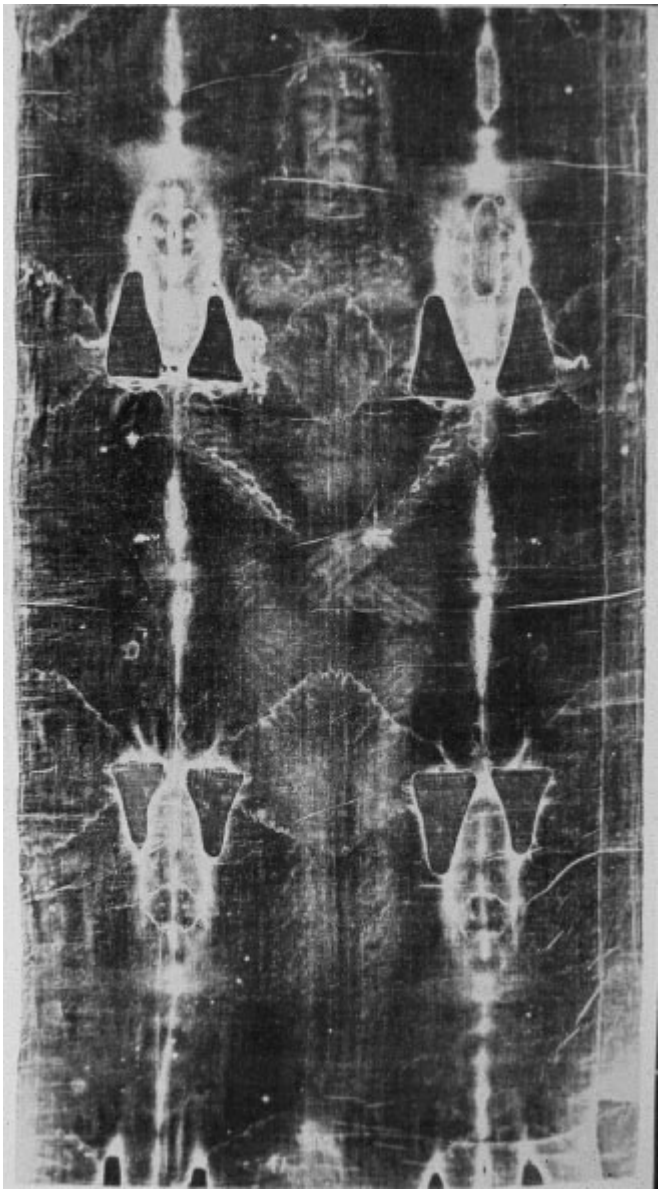
«Antes de la caída, el corazón del hombre está henchido de orgullo».

77

Oficina del Forense, Los Ángeles

Amy Chang pasa la mañana trabajando en un rutinario caso de sobredosis. Se trata de una mujer de setenta y cinco años que vivía sola y decidió tomarse la dosis de antidepresivos que se tomaba en todo un mes y abandonar de una vez por todas el hotel California. No se le puede reprochar; la Ciudad de los Ángeles constituye un infierno en la tierra para todo el que no sea joven y guapo y no tenga como pareja a una persona que le dé amor.

Se restriega bien las manos y los brazos, se quita la bata verde del depósito de cadáveres y se pone otra marrón, más holgada, y debajo un cómodo pantalón negro ajustado. Regresa a su mesa y abre el correo de Mitzi que contiene las fotografías en alta definición de la Sábana Santa. Algunas de ellas ya las ha visto antes, pero nunca les ha prestado demasiada atención. La más reconocible de todas es el gran primer plano del rostro. Incluso a través de la niebla de color gris casi negro que la cubre, es, inconfundiblemente, una imagen de Cristo que se reconoce en el mundo entero: barba, cabello largo y la corona de espinas. Va pasando las fotos hasta dar con una más grande y más interesante que muestra todo el cuerpo.

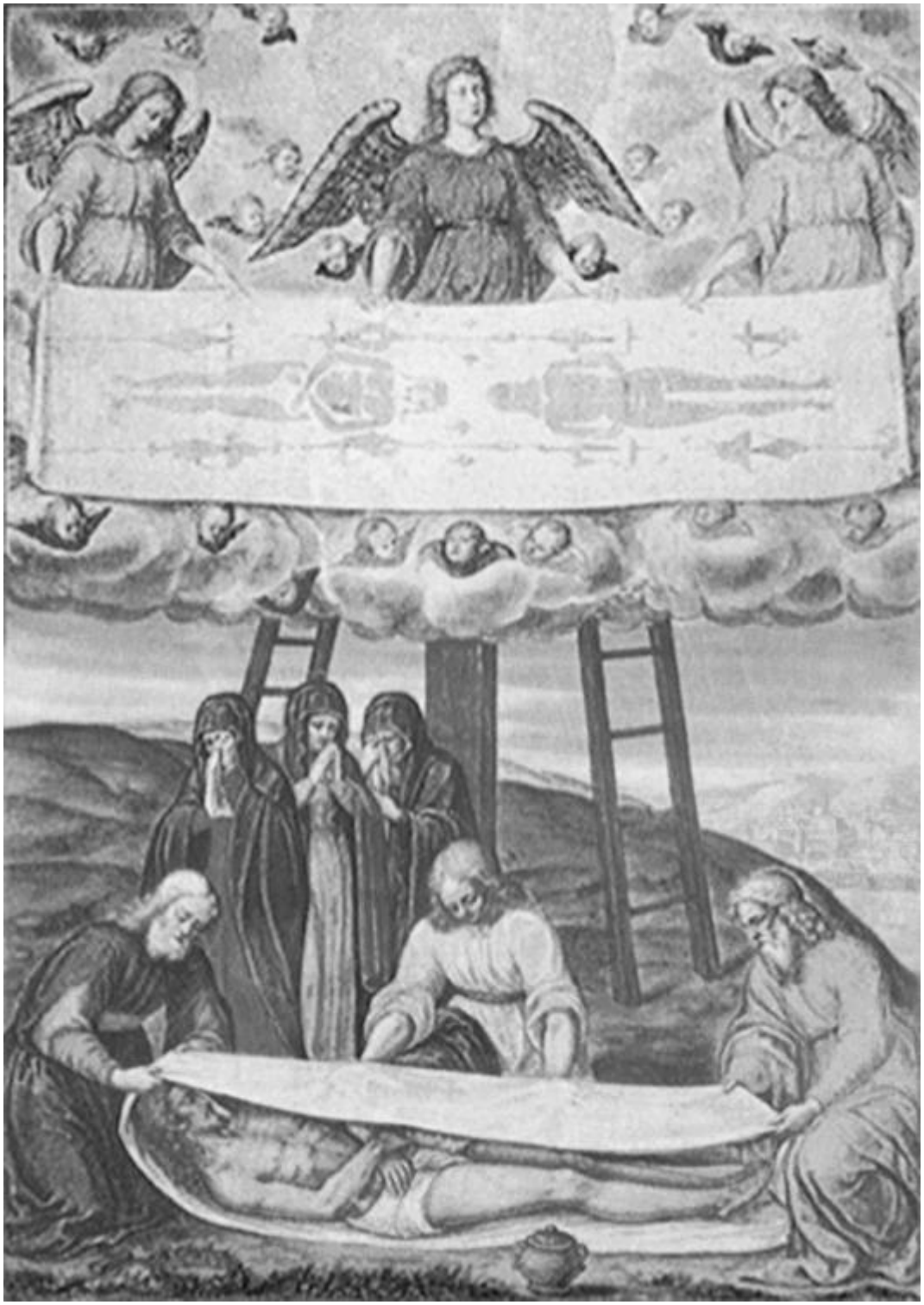


Esa imagen tiene algo que, de manera instintiva, le resulta erróneo. Su mirada se posa en las manos, sobre todo en la derecha, y en sus dedos. En proporción con el resto del cuerpo, se le antojan demasiado grandes. Escribe un comentario, adjunta la imagen y envía ambas cosas a Gunter Quentell, del FBI. Quentell es experto en fotogrametría, la técnica forense que consiste en determinar las propiedades geométricas de los objetos a partir de imágenes fotográficas.

Antes de realizar sus propias evaluaciones científicas, Amy busca un poco de inspiración artística para estudiar los misterios. Consulta

las bases de datos de la red, y lo mejor que logra encontrar es un óleo del siglo XIV, pintado por Giovanni Battista, que muestra el modo en que pudo ser envuelto el cadáver. Se ve que la tela rodea la cabeza sin ceñirla, y que el extremo abierto queda a la altura de los pies.

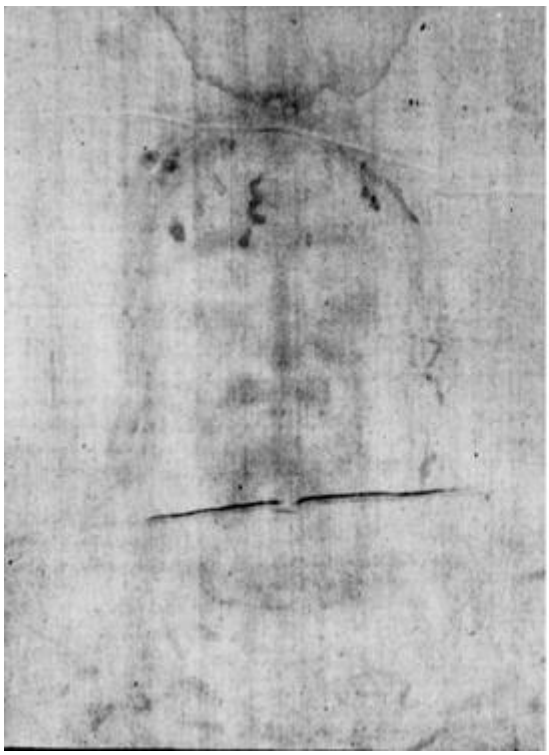
Vuelve a observar la fotografía de la Sábana Santa y llega a la conclusión de que ambas imágenes no parecen casar. Dejar unas marcas tan claras en todas las zonas del cadáver sería imposible, a no ser que este se hubiera envuelto ajustando la tela con fuerza, y no de forma tan holgada como la pintó Battista.



Amy aumenta la imagen en el monitor y se pone a examinar la Sábana Santa zona por zona, de arriba abajo. Le lleva una hora. Lo que descubre resulta fascinante y frustrante. Las partes del cuerpo

parecen desproporcionadas entre sí. Da más bien la impresión de que, en lugar de calcadas, estuvieran dibujadas. Y cuanto más estudia el rostro, más cautivada y confusa se siente.

La frente parece demasiado corta para el resto del cráneo. Recordando que la víctima estaba supuestamente tendida de espaldas, el pelo también debería caer hacia atrás, y no sobre la cabeza y el rostro. Observa de nuevo la foto de cuerpo entero del cadáver. Este hombre no tiene cuello. Por lo menos ella no se lo ve en la foto. Busca señales de que la tela haya sido cortada y parcheada, en cuyo caso podría ser que se hubiera dejado fuera una parte del cuello, pero no encuentra ninguna.





Pero hay otro aspecto más de la Sábana que la preocupa. Cuando se enrolla una tela alrededor de un cadáver, se arruga. Se arruga mucho. Sin embargo, en este caso no ha sido así. No hay pruebas de que la tela se haya retorcido; tan solo se aprecian las líneas por las que fue doblada para guardarla.

Amy busca heridas y marcas de torturas en expedientes policiales y en bancos de imágenes forenses. Pero no hay nada comparable.

Encuentra un caso de Canadá en el que un asesino en serie crucificaba a sus víctimas; parece prometedor, pero al final resulta que dicho asesino empleaba métodos de ejecución totalmente diferentes de los que utilizaban los antiguos romanos.

Una vez más vuelve a centrar la atención en las fotos de la Sábana, en esta ocasión en el positivo y el negativo de las mismas. La diferencia entre ambos resulta asombrosa. En el positivo de la imagen la imagen del cuerpo es prácticamente invisible. En cambio, en el negativo salta claramente a la vista. Es como rociar con Luminol una escena del crimen que parece limpia y ver cómo aparece la sangre en toda su espléndida luminiscencia química.

De pronto, el timbre del teléfono la hace dar un brinco.

—Doctora Chang.

—Guten Tag, schöner Mediziner.

—¡Gunter! —Amy está sinceramente encantada de que su amigo la haya llamado—. Es fantástico oír tu voz. ¿Cómo estás?

—¿Yo? Pues muy contento de que me hayas enviado una nota. Aunque solo sea para aprovecharte de mi gigantesco cerebro alemán.

Amy rompe a reír.

—Si hubiera sido para otra cosa, tu gigantesca esposa alemana me habría convertido en cena en su refinado restaurante.

Gunter lanza un suspiro.

—Desde luego. Pero en otra vida seremos amantes, de eso estoy seguro. A ver, ¿por qué estás examinando la Sábana Santa y haciendo preguntas absurdas?

—¿Son absurdas?

—Por supuesto que sí. Preguntas si las manos y la cabeza son proporcionales al cuerpo. La respuesta es que no. Y tampoco es correcta la longitud del cadáver. Este hombre tuvo que medir bastante más de un metro ochenta. Puede que Jesús fuera el Hijo de Dios, pero no era un gigante. Y si lo era, nadie se tomó nunca la molestia de hacer un comentario al respecto.

Amy inspecciona una de las fotos que le ha enviado Mitzi y ve lo que quiere decir el experto.

—¿Cómo sabes todo eso, Gunter? ¿Has llevado a cabo estudios por tu cuenta?

—No ha sido necesario. Ya se han realizado muchos. No existen coordenadas externas que permitan comparar el cadáver, pero las dimensiones de la Sábana en sí ya sirven de base para ello. Y otra cosa: si mides la longitud de la imagen por la parte dorsal de la tela, es cinco centímetros más larga que la imagen frontal.

—¿Pudo ocurrir que la tela se estirase y distorsionase la imagen? Eso explicaría también que las manos sean tan grandes.

—Me alegra ver que sigues conservando una mente abierta. Hay un catedrático inglés con el que deberías hablar. Voy a buscar en mis archivos y le pediré que te llame.

—¿Es un creyente de mente abierta o un no creyente?

—Es creyente. Muy creyente. Aunque yo no lo sea, es importante que hables con él, y también con el STURP, el Proyecto de Investigación de la Sábana de Turín. Habla con ellos, y luego sírvete de tu propia inteligencia para llegar a la conclusión de que se trata de una falsificación, una falsificación de lo más falso que hay.

Amy se echa a reír.

—Bueno, entonces supongo que lo que me estás diciendo es que se trata de una falsificación, ¿no?

—No tengo la menor duda. Ninguna en absoluto. Incluso puedo decirte quién fue el falsificador.

—Adelante.

—No tan deprisa. Te va a costar una cena, la próxima vez que vaya por Los Ángeles.

—Por supuesto. Pero pienso llamar a Astrid y contarle adónde voy a llevar a su marido.

—Es una oferta innecesaria.

—Bueno, ¿quién fue el falsificador?

—Abre el correo electrónico. Acabo de enviarte un documento.

78

Turín

Para las seis de la tarde Nic ya está harto. No quiere seguir aguantando la falta de eficiencia de los Carabinieri, ya se ha cansado de luchar contra una ciudad extranjera en la que es imposible aparcar, ya no soporta más el maldito caso de Tamara Jacobs.

Lleva dos horas persiguiendo direcciones relacionadas con las llamadas que realizó Craxi, y lo único que ha conseguido a cambio de tanto esfuerzo es un fuerte dolor de cabeza y callejones sin salida como para llenar un mapa de carreteras. Fredo los lleva de regreso al aparcamiento de la comisaría, situada en Via Beato Sebastian Valfré. Desde ahí, Carlotta acompaña a Nic andando hasta el hotel e intenta hacer las paces.

—Lamento que las cosas no hayan salido bien… que no hayamos encontrado a Craxi.

Nic está demasiado enfadado para responder.

—Cuando vuelva a la oficina haré unas cuantas indagaciones más. Debería usted descansar un poco, tiene cara de cansado. Mañana encontraremos a Roberto Craxi, estoy segura.

Nic tiene serias dudas de que la italiana sea capaz siquiera de encontrar leche en su propio frigorífico.

—Le recojo otra vez a las nueve de la mañana, ¿de acuerdo?

—Sí. —Nic procura ser amable—. Yo esperaba más, algo rápido, una pista fuerte en la que basarnos. Perdone que haya estado de mal humor. Ya sé que usted ha intentado ayudar. Grazie.

La policía sonríe al verle intentar decir algo en italiano.

—Prego. Ya tiene mi número. No lo olvide, si necesita algo, llámeme. —Aguarda un momento y luego añade—: Por si más tarde

se encuentra mejor y le apetece conocer un poco Torino, le informo de que voy a estar en la oficina. Todavía tengo otros delitos encima de mi mesa.

—Gracias otra vez.

Nic, sintiéndose un poco culpable, da media vuelta. De sobra sabe lo molesto que es hacer de canguro de un policía llegado de otro país y encargarse de todos los desplazamientos y caminatas de un caso que no le pertenece a uno.

Recoge en recepción la llave de su habitación y sube para dejarse caer en la blanda cama. Apenas se ha quitado los zapatos cuando le suena el móvil mostrando en pantalla el número de oficina de Mitzi.

—Pronto —contesta Nic intentando imitar el acento de Carlotta—. Signore Cari-can-dis al habla.

Mitzi se echa a reír. Resulta tranquilizador oírle gastar bromas.

—Me alegro de que aún conserves el sentido del humor, signore. Bueno, ¿qué tal va la cosa?

—¿Quieres decir aparte del desfase horario, un tiempo de perros y la tremenda paliza que me estoy dando?

—Sí, aparte de todos esos exóticos lujos, ¿qué tal va la cosa?

—Genial. —Nic amontona las almohadas y se recuesta sobre ellas —. He ido al apartamento de Roberto Craxi. No estaba, pero ¿sabes una cosa, Mitzi? El piso estaba como los chorros del oro: todo recién pintado, muebles nuevos en la cocina, la carpintería… Era como si alguien hubiera querido borrar todo rastro de que Craxi y su mujer han puesto siquiera el pie en esa casa.

Mitzi, jugueteando con el cable del teléfono, desearía tener otra vez a Nic en la oficina, con ella.

—Eso que dices parece obra de un profesional… tal vez después de un tiroteo, o por lo menos después de un derramamiento de sangre.

—Yo he pensado lo mismo, pero no había señales de ningún acto criminal. No había señales de nada. El matrimonio Craxi se ha esfumado sin más. ¡Puf!, y desapareció. —Se coloca el teléfono entre el cuello y la oreja para servirse agua de una botella que hay encima de la mesilla de noche—. También he ido a su banco. La cuenta se ha cerrado, y todo el dinero ha sido retirado en efectivo.

—¿Cuánto?

—En euros, aproximadamente ciento cincuenta mil. Cuánto es eso… ¿como doscientos mil dólares?

—Eso calculo. Pero sea como sea, da toda la impresión de que su mujer y él no piensan volver.

—Sí, esa impresión da. Pero ¿por qué?

Mitzi bebe un sorbo de café.

—Por las razones habituales: evitar algo o a alguien. Voy a consultar a Emigración, es posible que hayan salido del país. ¿O a lo mejor puedes pedírselo tú a los Carabinieri?

—Ja, no esperes eso. Me han asignado una niña mona que no es capaz de investigar un crimen ni en su propia casa.

—¿No estarás siendo un poquito sexista?

—No lo sé, Mitzi. Es una luogotenente, o como diablos se diga aquí. De manera que no cabe duda de que ocupa un puesto lo bastante importante para conocer el oficio. Pero es que en Italia se tarda una eternidad para todo, y la verdad es que ella no parece ser tan inteligente. —Por un segundo se pregunta si está siendo justo, o si será que la irritación que siente no es más que el resultado de que no está entendiendo bien el ritmo sosegado de la cultura de ese país —. He ido a ver la Sábana Santa, lo cual también ha sido una pérdida de tiempo.

—¿Y por qué?

—El sacristán de la catedral me ha soltado más chorradas de las que te contó a ti Matthews la última vez que le pediste un aumento de sueldo. La Sábana está guardada en una caja dentro de otra caja, y el único que concede el permiso para verla es el Papa.

—Nic, en tu opinión, ¿estamos recorriendo callejones sin salida?

—Si no fuera por el dinero, eso es lo que pensaría. Pero Jacobs pagó al tal Craxi más de cien mil dólares a cambio de determinada información relativa a la Sábana Santa. ¿Qué información era esa, y por qué valía tanto? Es algo importante, estoy seguro.

Mitzi se fía del instinto de Nic. Es una de las cosas que lo han convertido en un policía tan eficaz. El instinto. Una cualidad de la que ella, desde luego, carece en su vida personal. Bien sabe Dios que lo echó todo a perder con Alfie.

Nic cree que se ha cortado la comunicación.

—Mitz, ¿sigues ahí?

—Sí, estoy aquí. Es que…

—¿Qué ocurre? —Le nota en la voz que ocurre algo malo. Se lo nota en esa frase que ha dejado en el aire, sin terminar.

—Nada. Bueno, sí hay una cosa, pero no es más que un problema personal que tengo que solucionar.

—¿Un problema personal que se llama Alfie?

Mitzi está a punto de echarse a reír. El instinto de Nic es verdaderamente agudo.

—Sí, pero, bueno, qué más da, todos tenemos algún problema personal que solucionar, ¿no?

Nic cambia de postura en la cama.

—¿Quieres hablar de ello?

—No. Venga, échate a dormir y resuelve este caso por mí. No quiero que pierdas en el trabajo más tiempo del necesario. Tienes un barco que pilotar. Adiós.

Nic mira el teléfono desconectado con una sonrisa. Su jefa es una tía con mucha clase. Se merece algo mejor que ese vago que tiene por marido.

79

Oficina del Forense, Los Ángeles

El cursor del iMac se sitúa sobre el icono de Adobe PDF y lo abre con una pulsación. A Amy Chang se le descuelga la mandíbula de puro asombro.

—Estás de broma.

Frente a sí tiene más de cuatrocientas páginas que le ha enviado Gunter Quentell, en las que se sugiere que la Sábana Santa de Turín es una falsificación creada por uno de los artistas de más talento de todo el mundo, uno que fue escultor, escritor, inventor y matemático.

Leonardo da Vinci.

Ridículo. Pero, claro, Leonardo fue también un científico y un bromista intelectual. Imaginó tanques, helicópteros y la energía solar, y pintó el cuadro religioso más reproducido de todos los tiempos, La última Cena, en la que incluyó a María Magdalena en calidad de compañera de Cristo. Puede que, después de todo, la idea no sea tan ridícula.

El documento que ha enviado Gunter afirma que Leonardo, de igual modo que, según se cree, modeló a la Mona Lisa basándose en su propio rostro, hizo lo mismo con la Sábana Santa. Amy examina detenidamente tres fotografías concretas: la de la Sábana Santa, un retrato de Da Vinci y la Mona Lisa. Encuentra similitudes —en los ojos y hasta en la nariz—, pero no acaba de sentirse totalmente convencida. Para empezar, el gran pintor nació cien años después de la discutida datación mediante el carbono-14. Y los múltiples estudios científicos que se han llevado a cabo en el lienzo no han hallado en el mismo ningún rastro de pintura al óleo ni al agua. ¿De verdad pudo Leonardo inventar alguna forma de fotografía cien años

antes de la fecha en que, según otros, dicha técnica estaba ya más extendida? No es imposible.





Al final del documento electrónico hay varias copias de artículos de prensa de 2011, en los que se explica que un italiano experto en arte llamado Luciano Buso afirma que la Sagrada Síndone no fue obra de Leonardo, sino de Giotto di Bondone, que vivió en los siglos XIII y XIV.

Amy lee los artículos. Al parecer, Giotto fue un maestro de la pintura de la figura humana, en especial la de Cristo, y se dice que la Iglesia lo eligió para que crease una réplica de la Sábana porque el original se encontraba en muy mal estado. Por lo visto, escondió el número 15 en la pintura, a fin de indicar el año en que completó la obra.

Más adelante, en el PDF, hay varios artículos más que descartan por completo las afirmaciones de Buso porque dicen que carecen totalmente de base. Amy vuelve a las imágenes de la Sábana y le surgen interrogantes nuevos. En la tela parece haber marcas dejadas por la sangre, el sudor y otros tejidos. En contra de lo que popularmente se cree, los cadáveres sí pueden sangrar después de la muerte y después de que el corazón haya dejado de bombear, pero sería extraordinario que al hacerlo dejaran unas marcas tan vívidas.

También hay otro detalle que preocupa a la patóloga: la putrefacción. Un cadáver depositado durante varios días, incluso en el interior de una cueva sellada, se pudriría sin ninguna duda. Si en el lienzo hubiera sangre visible, también habría otras secreciones corporales. Sin embargo no las hay.

De pronto le suena el teléfono. Es su secretaria. Acaba de perder la llamada de un catedrático de Inglaterra. Este ha dejado un mensaje en el que dice que desea hablar con ella de la crucifixión de Cristo y explicarle por qué alberga el convencimiento de que la Sábana Santa es auténtica.

80

Turín

Son las nueve de la noche cuando Nic recibe por fin la llamada telefónica que lleva esperando todo el día.

—¿Está solo? —La voz es masculina e italiana. Una voz que ha oído en una sola ocasión.

—Estoy con una televisión que no funciona muy bien. —Deja caer el mando a distancia encima de la colcha y se sienta en el borde de la cama.

—Salga del hotel y cruce la calle. Al llegar a la esquina gire a la izquierda y verá un Fiat Bravo. Voy a dejar los intermitentes encendidos.

Nic se apresura a introducir sus pies hinchados en los zapatos. Estos parecen haber encogido desde que se los ha quitado.

—¿Tiene alguna noticia buena?

—Tengo noticias.

Y acto seguido se corta la comunicación.

Nic bloquea el teléfono, se anuda los cordones, se levanta y coge la cazadora y las llaves.

Cuando abandona el calor sofocante del viejo hotel para salir al frío de la noche de noviembre, ya ha oscurecido y está lloviendo suavemente. Lo que cae es una fina llovizna, de esas que en realidad no se ven pero se sienten todo el tiempo, una niebla helada que lo empapa a uno subrepticiamente y le roba todo el calor corporal. Nada más doblar la esquina y dar un par de pasos, ve el Fiat aparcado en la calle.

No conoce personalmente a Fabio Goria, pero se lo han recomendado vivamente. Trabaja para una prominente empresa de

investigaciones privadas y ha venido por cortesía de un amigo que tiene Nic en el FBI.

Se sube al Fiat Bravo, cierra la portezuela y tiende la mano al investigador privado.

—Nic Karakandez, encantado de conocerle.

—Fabio.

Goria es un tipo de voz rasposa, sin afeitar, treinta y tantos años, hombros anchos. Y huele a tabaco.

—Bueno, ¿y qué es lo que tiene?

Las luces de los coches que pasan iluminan el rostro regordete del investigador, que habla fijando sus ojos azules y semicerrados alternativamente en el parabrisas o en el espejo retrovisor.

—Me pidió que le encontrara a Roberto Craxi y que le siguiera la pista hasta que usted viniera a Torino. Y eso es lo que he hecho.

Nic está más impresionado de lo que desea reconocer.

—¿Dónde está?

Goria no contesta inmediatamente. Aparta la mirada del retrovisor y la posa en los ojos del detective. Necesita poder fiarse de él. Hay cosas que necesita saber, cosas de las que ha de estar seguro, antes de decirle nada.

—He hablado con el agente especial Burge. Me ha dicho que usted es un buen policía, por eso le estoy ayudando. Pero antes de que hablemos de Craxi y del lugar en que está escondido, dígame lo que sabe usted de él.

«Escondido». Esta palabra logra que a Nic se le acelere el corazón.

—No sé gran cosa. Que es italiano y que ha estado recibiendo considerables cantidades de dinero de una víctima de asesinato de Los Ángeles. Ah, y que los Carabinieri no han podido dar con él.

La sonrisa que esboza Goria resulta apenas visible a la tenue luz.

—Craxi trabajó para los Carabinieri hasta hace pocos años.

—¿Cómo?

—Formaba parte del Raggruppamento Operativo Speciale, el ROS. ¿Sabe lo que es?

—¿Un grupo destinado a operaciones especiales?

—Exacto. Una de sus principales bases se encuentra aquí, en Turín. Es el brazo de los Carabinieri que se ocupa del crimen organizado y del terrorismo. Depende directamente del mando general de los Carabinieri. No se sabe gran cosa de él.

Nic empieza a juntar las piezas del rompecabezas, y la imagen que va saliendo no le gusta nada. En ninguna de las llamadas que hizo desde Los Ángeles ni en ninguna de las reuniones que ha tenido hoy han mencionado sus contactos de los Carabinieri que Craxi hubiera sido uno de los suyos, y mucho menos un operativo especial.

Goria le nota lo que está pensando.

—Su bonita teniente no le está siendo de gran ayuda, ¿verdad?

—No —contesta Nic—, y ahora sé por qué.

El italiano prende un cigarrillo y baja la ventanilla un par de centímetros para expulsar una nube de humo gris azulado.

—Craxi no solo era un ROS, sino también un'ombra, una sombra. Formaba parte de un equipo de operaciones encubiertas.

—¿Quiere decir que puede ser que la teniente no supiera que Craxi estaba en su mismo cuerpo?

—Es posible. Los Carabinieri son una organización muy extensa que desempeña funciones tanto militares como policiales. En ocasiones ambas se solapan, y cuando les conviene son totalmente independientes. Lo sabrán los ejecutivos. Probablemente imaginan que usted ha venido para quedarse dos o tres días como mucho, y que después volverá a Los Ángeles, así que le han asignado a una persona que le lleve un poco de acá para allá y le deje frustrado.

—Y efectivamente lo están consiguiendo.

Goria sujeta el cigarrillo entre los labios y rebusca en el interior de su chaqueta.

—Eche un vistazo a esto.

Le entrega varias fotografías tomadas con teleobjetivo de un hombre vestido con una gabardina que cruza la calle.

—Es Dino di Rossi, el sacristán de la catedral. Ya lo he visto.

—Ya sé que lo ha visto. Estas fotos las hemos hecho justo después. Un miembro de mi equipo ha estado siguiéndolo durante

todo el día. —Recupera sus fotos y agrega—: Pero este hombre al que usted ha visto no es el sacristán del Duomo.

—Y entonces, ¿quién es?

—Se apellida Pausini. También pertenece al ROS, es un especialista encubierto. ¿A que es bueno?

—Desde luego que sí.

—No conozco todos los detalles de su caso, Nic, pero sí que sé un poco del ROS. No le conviene molestar a esa gente, está entrenada para matar. Si están implicados en su investigación, le aconsejo que lo deje. Vuélvase a América. Burge me ha dicho que le gusta navegar. Pues bien, debería dedicarse a eso. Vuelva a casa y súbase a un barco que lo aleje todo lo posible de todo esto.

Nic hace un gesto de negación con la cabeza.

—No puedo hacer eso. Por más que me apetezca. Se ha cometido un asesinato y…

—Y se cometerán más, si no se marcha.

Esta frase queda flotando en el aire, tan desagradable como la nube de humo que lo rodea.

—Yo solo puedo ayudarlo hasta aquí, Nic. Solo hasta aquí, y luego desapareceré. ¿Entendido?

81

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

Que a una la llamen al despacho de Matthews nunca augura nada bueno.

Sobre todo si es viernes por la tarde. Mitzi recorre el pasillo del capitán repasando la cruda realidad. Hay dos veces por semana en las que existen más probabilidades de que el jefe prescinda de tus servicios, te eche a la calle o te hinche las pelotas. Si es buena gente, lo hará a primera hora del lunes por la mañana; de ese modo uno ha pasado el fin de semana en una bendita ignorancia y es muy probable que, si le retiran la placa, reciba una semana extra de paga. Pero si el jefe es un cabrón —o el momento es malo a más no poder— uno recibe la noticia el viernes después del almuerzo. Así el jefe se quita el peso de encima y el fin de semana inminente le resulta agradable a él pero no a su víctima.

Mitzi llama con los nudillos al cristal de la puerta, a continuación hace girar el gastado pomo de latón y abre justo lo suficiente para asomar la cabeza.

—¿Me ha llamado, señor?

—Así es. —Matthews se halla detrás de su mesa, vestido con una camisa azul a cuadros, con las mangas enrolladas hasta los codos y los pies apoyados en el borde de una silla. A lo ancho de la amplia curva que describe su estómago, contenido por unos tirantes negros, se extiende una gran cantidad de periódicos económicos—. Tome asiento y adopte una actitud de alegre expectación y estoica profesionalidad.

Mitzi se sienta al otro lado de la mesa.

—Lo intentaría, si tuviera la menor idea de lo que significa estoico.

Matthews retira los pies de la silla, se vuelve y deja caer sus carnosos antebrazos sobre el tablero del escritorio.

—Estoico. Adjetivo. Dícese del que es capaz de soportar el dolor o las penurias sin mostrar sus sentimientos y sin quejarse.

—Ah, ahora lo pillo. Pues no me siento muy identificada que digamos, capitán.

Matthews sonríe.

—El hígado más maltratado de todo Los Ángeles acaba de darse de baja para acudir a rehabilitación, y se ha llevado consigo al detective de Homicidios Jordan Lynch.

Mitzi le obsequia con una expresión que quiere decir: «¿Y eso qué tiene que ver conmigo?».

—Lo cual significa que Tyler Carter necesita un número dos para el caso de asesinatos en serie que tiene entre manos.

Mitzi entierra la cabeza entre las manos.

—Jefe, tengo a Nic Karakandez en Italia, ocupado en el caso de Tamara Jacobs, y solo le queda una semana para largarse navegando hacia Dios sabe dónde. Además… —Se interrumpe de golpe. No. No va a decir que tiene problemas personales, lo más probable es que Matthews ya esté enterado.

—Además, ¿qué?

A juzgar por la expresión de su cara, no está enterado. Ni siquiera Matthews es tan mezquino como para burlarse del caos que está atravesando ella.

—Además nada, señor. Es que me ha costado un poco realizar la transición entre el cabreo y la legítima necesidad de desahogarme y la actitud estoicamente profesional.

Matthews apoya las manos en la mesa y sonríe.

—No hay problema. Lo ha hecho muy bien. Que Carter le asigne a un par de ayudantes para el caso de Jacobs hasta que lo resuelva o hasta que el caso falle por alguna causa. Dejaremos pasar otra semana y luego lo revisaremos. De esa manera podrá usted trabajar en ambos casos, ¿conforme?

El rostro de Mitzi dice que no, pero la boca ha aprendido a obedecer.

—Sí, señor.

—Eso es todo. —Matthews vuelve a subir los pies a la silla y toma los periódicos económicos que lo tenían ocupado cuando ha entrado Mitzi—. El estoicismo le viene que ni pintado, Fallon.

—Gracias, señor. ¿Le gustaría que cerrase la puerta lo bastante fuerte para sacarla de sus goznes o solo lo justo para romper el cristal?

82

Turín

Fabio Goria conduce empalmando un cigarrillo con otro.

—No vamos muy lejos. Pasaremos al otro lado del río, luego haremos unos seis kilómetros en dirección sureste y penetraremos en el bosque. Craxi y su mujer tienen una casa de vacaciones, un escondrijo. Está registrado con el apellido de soltera de ella.

Ahora ya llueve con intensidad. Nic, mirando por la ventanilla, no alcanza a ver mucho más allá del borde de la carretera.

—Antes ha dicho que están escondidos. ¿De qué o de quién se esconden?

Goria se vuelve hacia él.

—Esperaba que eso me lo dijera usted.

—¿De los Carabinieri?

—Es posible, pero improbable. —El investigador da una última calada al cigarrillo y lo arroja por la rendija de la ventanilla, una luciérnaga de color rojo que cae a la oscuridad y se pierde rebotando por el suelo—. Si yo me estuviera escondiendo de los Carabinieri, no escogería la puerta de mi casa, que está en un sitio fácil de rastrear.

—Pues entonces no sé. En este momento las cosas no cuadran. Pero mi instinto me dice que Craxi guarda relación con mi caso y con la Sábana Santa.

—La Sagrada Síndone contiene misterios para dar y tomar. ¿Ha recabado algo de información sobre ella?

—Solo la que me ha proporcionado un sacristán falso. Así que tengo un problema de confianza.

—Rara vez es una consecuencia de confiar demasiado poco en los desconocidos.

—¿Eso es algún viejo y sabio dicho italiano?

—Es de mi padre.

—¿Y es viejo y sabio?

Goria se echa a reír.

—La verdad es que no. Murió de alcoholismo a los cuarenta y tantos, pero dejó su huella, como la mayoría de los padres.

Nic mira por la ventanilla las llanuras por las que van pasando. Ya han desaparecido las últimas luces de la ciudad. El coche está adquiriendo mayor velocidad al circular por una autovía de doble carril que se adentra en la campiña.

—Teniendo en cuenta lo que ha dicho de Craxi y de su hoja de servicios, ¿es buena idea venir a sorprenderlo en mitad de la noche?

—Tiene razón. Aunque Craxi tiene casi sesenta años, sería capaz de romperle a usted el cuello y enterrarlo en el suelo igual que un perro entierra un hueso. Así que no vamos a estar solos, y no vamos a darle esa oportunidad.

—Me alegro de saberlo.

Cinco minutos más tarde el Fiat abandona la Corso Chieri y enfila una carretera estrecha y llena de curvas que lleva a la Strada Communale di Valpiana. Goria apaga las luces del coche, aminora la velocidad hasta casi detenerse por completo y se mete por un accidentado camino de piedras que sale a la derecha.

—Vamos a parar aquí y continuar a pie.

Nic se desabrocha el cinturón de seguridad, sale a la llovizna y cierra la portezuela lo más silenciosamente posible.

Al tiempo que se internan andando en el bosque, el italiano saca un teléfono móvil y envía un breve mensaje previamente escrito a un miembro de su equipo. Un minuto más tarde le vibra el teléfono en la mano. Hace un alto y se vuelve hacia Nic.

—Voy a hacer una llamada. La persona que conteste será Roberto Craxi.

Nic pone cara de sorpresa.

—Esta mañana, cuando Craxi ha salido de su coche, uno de mis hombres ha deslizado un teléfono a través de una ventana. Cuando

lo encuentre, no lo tocará. Y solo cuando tenga la seguridad de que no es un explosivo, lo atenderá.

Goria procede a hacer la llamada.

Tal como estaba previsto, suena el timbre sin que responda nadie.

—El tono es distintivo —dice el investigador privado, casi con malicia, al tiempo que repite la llamada—. ¿Ha visto La Pantera Rosa?

—Naturalmente. Henry Mancini. ¿Ha escogido ese tono porque es de un compositor italiano?

—No. —La llamada falla de nuevo, de modo que marca el número por tercera vez—. No, no era italiano. Mancini era norteamericano. En cambio su familia provenía de Abruzzo, como la de Roberto. —De repente se aparta el teléfono de la oreja y se lo pasa a Nic—. Es él.

Nic coge el aparato.

—Señor Craxi, por favor no cuelgue, soy…

Pero la línea ya se ha cortado.

—Ha colgado.

—Siga intentando. Pulse la tecla de rellamada.

Nic lo intenta de nuevo y escucha cómo se establece la conexión.

Craxi ha cogido el teléfono.

—Señor Craxi, me llamo Nic Karakandez. —Procura concentrar todo lo posible la información para que el otro no vuelva a colgar—. Soy del Departamento de Policía de Los Ángeles y tengo que hablar con usted.

Esta vez no se interrumpe la comunicación. Nic percibe que continúa abierta. Hay un silencio fantasmal roto únicamente por el crepitar de la estática de la electrónica.

—Necesito su ayuda. Tengo que hablar con usted de Tamara Jacobs y de la relación que mantenía con ella.

Sigue sin haber respuesta.

Nic insiste:

—Por favor. Sé que está ahí, que está escuchando. He venido desde Los Ángeles para hablar con usted, y quisiera verle para hacerle unas pocas preguntas.

Nada.

—Señor Craxi… signore. ¿Le importa que nos veamos? ¿Podemos quedar en algún sitio?

Lo único que se oye es el siseo del cibersilencio.

Nic, con gesto de preocupación, se vuelve hacia Goria.

—No estoy seguro de que esté al teléfono.

—No corte la comunicación —dice el italiano—. Bajaremos andando desde aquí, y dentro de unos minutos verá la casa y a mis hombres.

Nic, sin dejar de hablar, echa a andar detrás del italiano. Caminando entre los árboles, descienden por un suave terraplén un tanto resbaladizo por la tierra húmeda y la hojarasca. Por entre la vegetación aparecen unos cuadrados de luz amarilla. Ventanas. Goria se lleva una mano al cinturón y desabrocha un radiotransmisor estándar de uso militar, de los que interfieren con las señales y permiten hablar con una persona que se encuentra hasta ocho kilómetros de distancia.

Nic ve cómo habla en italiano. Ve que repite el mensaje y espera. Ve que gradualmente le va cambiando la expresión del rostro.

—Hay algo que va mal —dice Goria—. Muy mal.

83

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

Tyler Carter o es un mago o es un gilipollas. Al parecer, la unidad de Homicidios tiene opiniones contrarias al respecto. El hecho de que un año tras otro venga presentando la mejor tasa de casos resueltos de todo el estado significa que tiene todas las papeletas para alcanzar el rango de capitán dentro de los próximos años. De lo que no cabe ninguna duda es que este individuo de treinta y tres años es arrogante, introvertido e irrespetuoso casi con todo y con todos.

Carter proviene de banqueros adinerados, y no puede evitar destacar entre la multitud. Se suponía que iba a hacerse rico como su padre y su abuelo, pero él tenía otras ideas. Él quería una placa y una pistola, no un maletín y una cartera diversificada de acciones. Ni siquiera papá y sus millones se interpusieron en su camino. Lo que se perdió Wall Street resulta que lo ganó el Departamento de Policía de Los Ángeles. Todo va bien. O por lo menos iba… hasta hace ocho meses.

Hasta que apareció El Sigiloso.

El Sigiloso es el nombre del asesino en serie al que está buscando, un apodo que la policía espera que nunca llegue a conocimiento de la prensa. Hasta la fecha, se ha apuntado ya diez asesinatos, y en el cuerpo de policía ya a nadie sorprendería que aparecieran otros diez más atribuidos a él.

Mitzi Fallon está sentada frente a la mesa de Carter, enterándose del lío en que se ha metido ella sola.

—El apodo se basa en el hecho de que no ha sido visto jamás…

—¿Jamás?

Carter le lanza una mirada fulminante.

—No me gustan las interrupciones. Si necesita que se le aclare algo, espere hasta el final y pregunte entonces.

—¿Perdón?

—Si me permite terminar, no tendrá que hacer preguntas innecesarias. El asesino no ha sido visto jamás. Se cuela en el domicilio de mujeres que viven solas y las mata mientras duermen.

Mitzi está a punto de inquirir cómo, pero decide ahorrarse la pregunta.

—Siempre utiliza el mismo modus operandi. Les enrolla una sábana o una colcha alrededor de los brazos y de las piernas para que no puedan forcejear, a continuación se pone de rodillas encima de ellas y las estrangula con las manos. —Tyler adivina lo que está pensando Mitzi—. Es zurdo, y emplea siempre una sola mano. El forense dice que en algunos casos han hallado pruebas de que les tapó la boca con la mano derecha.

Mitzi quiere saber si las víctimas le han mordido, si ha sido posible analizar el ADN.

—Tenemos las huellas genéticas encontradas en la primera y la tercera víctimas. La primera y la tercera que sepamos nosotros, claro está. Luego le pasaré los expedientes. En la primera fueron pelo y saliva. Vello de la pierna y fibras de lana de calcetín que se habían quedado trabadas en un costado de la cama cuando el asesino se subió encima de la víctima. En la tercera se encontró carne y sangre, de un mordisco que le dio la víctima cuando le tapó la boca con la mano derecha. Antes de que lo pregunte, sí, hemos consultado en la base de datos. El asesino no está fichado, y en el FBI tampoco ha aparecido nada. Incluso he preguntado a la policía canadiense. Ahora ya puede hacer preguntas.

Mitzi lo mira fijamente para estudiar todos los detalles: rostro cincelado y afeitado, ojos azul claro, cabello castaño sin canas y de corte impecable, elegante traje negro y camisa de un blanco reluciente. Perfecto. Demasiado perfecto.

—¿Usted alguna vez se ríe, se emborracha, se hace una paja o se permite un pequeño vicio?

—No. —Su voz es tan gélida como sus ojos.

—Bien. Es que no quisiera pensar que hay algo normal en usted.

Y se levanta del asiento.

—¿Adónde va? No he terminado.

—A por un tampón. En estos momentos estoy teniendo una menstruación más bien abundante, y necesito cambiarme el apósito sanitario lo antes posible. Estoy usando la versión extragrande, máxima protección, eso dice en la caja, para que absorba todo el flujo menstrual posible durante todo el tiempo que sea posible. Cuando termine podrá preguntarme más cosas.

A Carter se le descuelga su mandíbula perfecta.

Mitzi da media vuelta y, con una sonrisa de satisfacción, abre la puerta.

—Al volver traeré café para los dos. Y luego, a lo mejor podemos rematar la reunión haciendo un resumen de lo que quiere que haga yo exactamente, y yo podré decirle exactamente cómo hay que tratarme para que consiga que lo haga.

84

Turín

Los dos hombres bajan corriendo hasta el pie del terraplén. Nic se queda rezagado mientras Goria se saca del cinturón la culata negra de una pistola.

Delante de ellos, entre la blanda tierra y la hojarasca, aparece el cuerpo de un hombre. Inmóvil.

Después comienza a moverse lentamente. Está vivo, no muerto, pero desde luego se encuentra herido. Goria se agacha rodilla en tierra junto a la figura tendida en el suelo boca abajo. Apunta con la pistola hacia la media luz que sale de la casa, que se alza a veinte metros de él, y alumbra con una linterna la cara del herido.

—¿Se encuentra bien?

—Me han golpeado. —Se lleva los dedos a la parte posterior de la cabeza—. Lo siento —se excusa al tiempo que se incorpora trabajosamente y con una expresión de aturdimiento.

El detective privado le sujeta, le da tiempo antes de presionarlo para que le proporcione más información respecto de la agresión que ha sufrido. Nic avanza hacia la cabaña de troncos. Oye un ruido súbito. Un murmullo al aire libre, a un costado de la cabaña. Como si hubiera un animal atrapado en los arbustos que estuviera intentando escapar. Se aproxima un poco más, hasta unos cinco metros.

—Fabio —susurra.

El italiano mira en derredor y se aparta de su colega herido.

Nic señala hacia la densa vegetación y dice:

—Ahí dentro.

Goria respira hondo y orienta hacia dicho lugar la linterna y la pistola. El haz de luz ilumina un rostro arañado y ensangrentado. Un

rostro humano. Un rostro de mujer.

85

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

Mitzi deposita dos tazas de café solo en la mesa de Tyler Carter.

—He imaginado que lo tomaría sin leche y sin azúcar.

—Ha imaginado bien. —Carter coge la taza que tiene más cerca —. Matthews me ha hablado bien de usted.

Mitzi se toma este comentario como un tímido deshielo.

—Me alegro. ¿Ha dicho algo respecto de un aumento de sueldo, una promoción o una jubilación anticipada?

Carter casi sonríe.

—No, que yo sepa. La baja de Jordan por enfermedad ha llegado en mal momento.

—¿Mal momento para él o para usted?

—Para los dos. No soy tan frío como parece. Puede que Jordan sea un borracho, pero era mejor policía que la mayoría. Daba el cien por cien de esfuerzo durante el cien por cien del tiempo. La cosa es que ya toca que actúe de nuevo nuestro asesino. Si vamos a eso, en cualquier momento podría volver a matar.

—¿Sabe que todavía estoy trabajando en el caso de Tamara Jacobs?

—Me lo ha dicho Matthews. Por lo visto, es de fuera. Si me ayuda en mi caso, si me ayuda de verdad, le proporcionaré hombres e información para que resuelva el suyo.

—Hecho.

Carter se vuelve y coge dos puñados de expedientes metidos en sobres de papel manila.

—Aquí hay informes forenses, perfiles psicológicos y análisis de las pautas criminales, todo referido al Sigiloso. Lea y digiera.

—Acaba de decir que podría volver a matar en cualquier momento.

—La frecuencia de los asesinatos ha disminuido de nueve meses a seis, y después a tres. Mató dos veces en doce semanas, luego tuvimos otra víctima el mes pasado, y otra más hace solo doce días.

—Está yendo cada vez más deprisa.

—Él probablemente no lo sabe, probablemente cree que tiene todo controlado y se siente más poderoso que nunca.

—¿Pero no lo es?

—¿Ha trabajado alguna vez con asesinos en serie?

Mitzi niega con la cabeza.

—Con un asesinato doble, pero ambas víctimas murieron al mismo tiempo. Fueron dos violaciones en serie, una de ellas con más de una docena de agresiones perpetradas por el autor.

—Eso es similar, pero no del todo. Por lo general, la violación tiene que ver con la sensación de poder y con la sexualidad, es muy frecuente que el violador se exceda a la hora de controlar: cuerdas, ataduras, amenazas verbales, y pueden aparecer señales de rabia en el cuerpo de la víctima. Pero los asesinatos en serie pueden deberse a un montón de cosas. Nuestro asesino no es sexual, y tampoco hay rabia.

—¿Agredir a una mujer por la noche en su propia cama no es sexual?

Carter indica con un gesto de cabeza los expedientes que acaba de entregarle.

—Ahora mismo no merece la pena hablar de esto, no está usted debidamente informada. Lea los perfiles, y continuaremos hablando.

En los labios de Mitzi comienza a surgir una sonrisa irónica.

—Venga, está guardándose algo. Si necesita el cien por cien de esfuerzo, tendrá que proporcionarme el cien por cien de información.

Carter sopesa lo que acaba de decir Mitzi. Se la ve tan inteligente como dijo Matthews.

—De acuerdo, pero sepa que esto no es de conocimiento público. El Sigiloso, cuando mata a sus víctimas, las desnuda, las deposita en el suelo y las tapa.

—¿Con qué?

—Coge una sábana de la cama y las envuelve en ella de la cabeza a los pies. Luego remete la sábana por detrás de la cabeza y les levanta los pies. Quedan igual que si estuvieran envueltas en una mortaja.

86

Turín

Erica Craxi aún está temblando. Y con razón.

Goria deja a la mujer, de cincuenta y cuatro años, con su colega Dario, mientras él habla con Nic.

—Su marido no se encuentra aquí.

El americano pone cara de preocupación.

—¿Ha sido por la llamada telefónica que yo…?

—No, no ha sido eso. Ya se había marchado antes de que llamara usted. Su mujer dice que ha oído algo y ha salido con su pistola a investigar. A ella le ha dicho que saliera por la puerta de atrás y se escondiera en la vegetación hasta que regresara él.

Nic señala con la cabeza al colega de Goria.

—¿Qué era lo que ha oído Craxi, a su compañero moviéndose por la zona?

Goria hace un gesto negativo.

—No. Dario también ha oído algo, pero no ha querido quedarse al descubierto. Al ver a Craxi salir de la casa, ha decidido seguirlo. Pero alguien lo ha golpeado en la cabeza y le ha inyectado un sedante en el cuello. Ahora piensa que yo voy a despedirlo por no haberme sido de utilidad.

—¿Y va a despedirlo?

—Probablemente, pero esta noche no. Esta noche aún queda mucho trabajo que hacer.

—¿Y dónde está Craxi ahora?

—La mujer no lo sabe.

—Y sus hombres, el equipo, ¿no han visto nada?

—Parece ser que no. —Goria calla unos instantes. Han sido más listos que él y le han dejado como un tonto. Ahora, el policía de Los Ángeles, con los poderosos amigos que tiene en el FBI, empezará a cuestionarse si vale o no—. Vamos a entrar en la casa, a hablar con la signora. A lo mejor ella puede ayudarnos.

Nic está preguntándose quién ha atendido la llamada, quién estaba escuchando mientras él creía tener a Craxi al otro lado de la línea. Goria llama por el radiotransmisor a los demás miembros de su equipo para ordenarles que abandonen las posiciones de vigilancia.

La casa es una cabaña pequeña y básica. Paredes de troncos a la vista y unas cuantas alfombras desperdigadas, todo caldeado por una estufa de leña que aún conserva las últimas ascuas de lo que hace una hora era un buen fuego. Hay dos sofás cubiertos de gruesas mantas rojas, situados el uno frente al otro, y entre ambos una mesa baja de madera rústica, atestada de revistas de prensa amarilla y libros viejos encuadernados en tapa blanda.

Erica Craxi se acomoda en el hueco que presenta uno de los sofás, y Nic se da cuenta de que es el sitio en que acostumbra sentarse. Así lo confirma la taza manchada de carmín que descansa en el suelo, junto a sus pies, casi vacía de café. Goria toma asiento a su lado. Ella se cubre las rodillas con una manta, en un gesto de protección, y procura controlar el temblor mientras el investigador comienza a hablarle en italiano. En este momento parece mucho mayor: su cabello gris se ve aplastado y sucio, lleno de tierra y hojas secas. Los ojos están oscurecidos por el llanto y por la máscara de pestañas que se le ha corrido. De pronto surge Dario de la cocina trayendo un vaso de agua y una toallita para que se limpie los rasguños de la cara.

Goria, sin alzar el tono de voz, pasa a informar a Nic:

—La signora dice que Roberto estaba convencido de que había alguien que se les acercaba. Le ha parecido ver un movimiento fuera de la casa, ha cogido su pistola y ha salido a ver. A Erica le ha dicho que se escondiese en los matorrales hasta que él volviera, porque sabía que si entraba alguien en la cabaña su mujer quedaría totalmente desprotegida. De todas formas, cuando su marido ha

salido, ella ha dudado. —Goria baja todavía más el tono de voz, casi riendo—: Quería ir antes al cuarto de baño. Mientras estaba ahí dentro, oyó que sonaba un teléfono. Era el que habíamos colado nosotros por la ventana. Se ha asustado mucho, sobre todo cuando el móvil ha sonado por segunda vez y se ha oído pisadas de alguien en el interior de la casa. El móvil ha vuelto a sonar. Ella se ha quedado quieta y ha oído que el intruso caminaba con el móvil en la mano hasta donde estamos ahora. Entonces ha sido cuando ha salido huyendo hacia los matorrales y hemos llegado nosotros.

—Entonces, ¿hemos perdido a la persona que estaba aquí?

—Eso parece.

Nic centra la atención en la esposa del hombre al que viene siguiendo a lo largo de miles de kilómetros.

—Signora, he venido hasta aquí para hablar con su esposo de una guionista de Hollywood llamada Tamara Jacobs. ¿Sabe quién es?

La mujer no dice nada, tan solo le mira con ojos de terror y asiente con la cabeza. Es un pequeño gesto, pero Nic experimenta una oleada de alivio en todo el cuerpo.

—La señora Jacobs ha muerto —informa—. Ha sido asesinada.

Erica Craxi se lleva un pañuelo de papel a la nariz. Sus dedos, temblorosos, se cierran en torno al medallón de san Cristóbal que lleva colgado del cuello.

—Su esposo, Roberto, recibió de la señora Jacobs una serie de transferencias bancarias de un importe considerable. ¿Sabe usted lo que le estaba pagando?

Erica baja la mirada.

—Sé exactamente lo que le estaba pagando.

A Nic le da un vuelco el corazón.

—¿Qué?

Erica sacude la cabeza en un gesto negativo.

—No quiero hablar delante de estas personas. Dígales que se vayan, y se lo diré.

Nic hace una seña a Goria, y el italiano sale de la casa con sus hombres. Erica respira hondo y mira al americano con expresión confiada.

—Mi marido estaba llevando a cabo una misión especial que formaba parte de una operación destinada a proteger la Sábana Santa, la última vez que fue expuesta al público.

—¿En el año 2010?

—Sí. —Erica necesita unos momentos para recobrar la compostura—. A Roberto lo convenció un científico conocido suyo… —emite una risa triste—, uno que se llama amigo, de que tomase unas muestras de sangre y de fibras del lienzo. —Baja la cabeza, avergonzada—. Y así lo hizo, causó daños a la tela y entregó las muestras para que se analizaran.

Nic aguarda a que Erica levante el rostro y lo mire.

—Necesito saber quién es ese científico, signora, por qué quería analizar la Sábana y lo que hizo con los resultados.

A Erica se le desencajan las facciones.

—Tengo miedo.

Se lleva las manos a la nuca y desabrocha la cadena de la que cuelga el medallón. Acto seguido se acerca este a la boca, cierra los ojos y se pone a rezar.

87

Centro de Los Ángeles

A JJ no le sorprende encontrar a Jenny Harrison en la fábrica sin hacer nada después de que el resto de la chusma se haya perdido en la negrura de la noche del viernes para comenzar el fin de semana.

Harrison, paseando entre las máquinas, mira a su jefe esperanzada.

—¿Ha conseguido averiguar lo que le ha pasado a Kim?

El semblante de JJ le dice que no.

—Ha ocurrido lo que tú dijiste, Jenny. En la comisaría, nadie tiene constancia de que la hayan detenido.

Harrison, nerviosa, se mordisquea una uña.

—¿Con quién ha hablado?

La pregunta lo pilla por sorpresa. No ha hablado con nadie, ni tiene intención de hablar.

—Lo siento, no recuerdo cómo se llamaban. Estaba la mujer que atendió el teléfono, una persona que vigilaba a los detenidos y otra de la unidad de Investigaciones. Y no es que fueran demasiado amables ni serviciales, la verdad.

Harrison deja escapar un bufido sarcástico.

—Los policías nunca son amables. ¿Ha llamado a la comisaría de la Primera Este? ¿Había un tal agente Reed?

—Es posible. No anoté el nombre. No quise preguntar mucho, para no causar problemas a tu amiga.

Ese comentario hace callar a Harrison. Kim Bass ya tiene un montón de problemas en todas las facetas de su vida. Seguro que no le hace ninguna falta que alguien como Cara de Besugo levante

la liebre preguntando lo que no debe a quien no debe. Harrison se echa el bolso al hombro y se sube la cremallera de la cazadora.

—Gracias.

JJ la sigue con la mirada mientras se dirige hacia la puerta. Va a causarle problemas, no le cabe duda. Es lo que hacen las mujeres como ella.

—Jenny, espera.

Harrison se vuelve.

—Esta noche haré unas cuantas llamadas más. Dame tu número de móvil. Si averiguo algo, te llamo.

Harrison titubea.

—Como usted dice, tal vez sea mejor no hurgar demasiado.

—Está bien, pero dame tu móvil por si acaso me devuelve alguien la llamada y me dice que Kim está retenida en algún sito.

Harrison se quita el bolso, busca un bolígrafo y garabatea el número en una cajetilla de tabaco.

—Llámeme a la hora que sea, no me importa que sea tarde.

—Así lo haré. —JJ está a punto de dejarlo tal cual, pero de pronto recuerda que esa no es la manera correcta de actuar—. Tú también apunta mi teléfono. Si te enteras de algo, llámame. —Introduce la mano en el bolsillo de atrás y saca una tarjeta de visita.

—Gracias. —Harrison mira la tarjeta un momento y después da media vuelta.

Esta vez JJ la deja marchar. Dios le ha ayudado. Tener su número de teléfono es una sorpresa providencial. Si la llama estando él mismo dentro de esa casa grande y vieja en la que vive ella, sabrá exactamente dónde se encuentra. Una sola llamada, eso es lo único que va a hacer falta para que Jenny Harrison deje de ser un problema.

88

Turín

Roberto Craxi está acusando todo el peso de los cincuenta y nueve años que tiene, y eso le está fastidiando profundamente. Conforme va recuperando la conciencia, empieza a ordenar sus ideas y a reconocer cómo le han agredido y cuán fácilmente le han vencido.

Hubo una época en que no tenía rival. Cuando se encontraba en su mejor momento, era capaz de superar en inteligencia, en maniobrabilidad y en músculo al adversario más grande, más rápido y más salvaje. Pero las cosas han cambiado. El garrote metálico con que le han atenazado el cuello ha sido una clara señal de que esa época ya ha quedado atrás. Ni siquiera ha llegado a ver a su enemigo.

Ya desde el principio ha sospechado que los ruidos de fuera de la cabaña eran una trampa, pero ¿qué otra alternativa tenía? ¿Quedarse allí sentado, a oscuras, con las armas en posición, abrigando la esperanza de que su mujer no resultase herida en el tiroteo? Ni hablar. ¿Y qué miedos le aguardaban en la noche? Ninguno. La oscuridad era su amiga, una antigua compañera con la que había compartido largas batallas y mucho derramamiento de sangre. En la oscuridad era donde se sentía más vivo.

Hasta esta noche. Hasta que se ha encontrado con la horma de su zapato.

El hombre que lo tiene cautivo sabía exactamente lo que iba a hacer. Sabía que iba a salir de la cabaña agachado y sin hacer ruido y que iba a proceder a rodearla en el sentido de las agujas del reloj, sin prisas, meticulosamente, cerciorándose de que su mujer se

encontraba a salvo, para después desaparecer en la vegetación que crecía paralela a la entrada principal.

Al principio ha pasado que simplemente se había rozado contra una rama que colgaba, en el peor de los casos una rosa silvestre que creciera de forma desordenada entre la maleza. Pero luego se le ha cerrado en torno al cuello. En cuanto aquel alambre tenso ha empezado a oprimirle la tráquea, ha comprendido que estaba en un aprieto. Con que diese un solo tirón brusco, estaría muerto.

—Si no se mueve, le dejaré vivir.

Jamás olvidará las primeras palabras de ese hombre. Es lo que hubiera dicho él mismo. Es precisamente lo que ha dicho, en más de una docena de ocasiones. Una instrucción clara, profesional, impartida por una persona que ya tiene el control y lo sabe.

Pero, por supuesto, él se ha movido. Ha intentado agarrar a su adversario, pero la tenaza que le oprimía el cuello no se parecía a nada que él hubiera conocido. En vez de un alambre atado a dos asas pequeñas de madera, era más bien un lazo unido al extremo de una vara metálica. Ni siquiera podía acercarse a su agresor, así que mucho menos desembarazarse de él.

El hombre que se ocultaba en las sombras se ha limitado a sujetar la vara por el otro extremo; lo ha obligado, por la asfixia, a agacharse y le ha inyectado un sedante en el cuello.

Con el doloroso recuerdo de dicha agresión aún vívido en el pensamiento, Roberto permanece tumbado de costado en el interior de un espacio pequeño, negro y estrecho. No sabe dónde está su enemigo, pero está muy seguro de saber lo que quiere y lo que está dispuesto a hacer para conseguirlo.

89

Carson, Los Ángeles

JJ comprende lo que tiene que hacer en el momento mismo de abrir la puerta. No se puede permitir que el olor que despide el cadáver en descomposición vaya a más o terminará llamando la atención.

Ni siquiera se quita la cazadora para dejarla colgada en el poste redondo que hay al pie de la escalera, como hace siempre, sino sube directo al dormitorio. Ahí el olor es como para revolver el estómago. JJ ha generado muerte. Ha visto la muerte. Ha sabido qué hacer con la muerte. Pero nunca la ha olido. Nunca ha percibido ese brutal hedor a podredumbre que solo puede venir con la muerte.

Cruza la habitación con cautela y se tapa la boca al aproximarse a la sábana de tela blanca en la que ha envuelto a su preciada Em. Una parte de él ansía mirarla, pero teme lo que pueda ver. Tal vez sea mejor recordarla tal como era aquella primera noche, cuando la trajo a casa.

Se sienta en el borde de la cama y se pone a pensar lo que ha de hacer y el modo de hacerlo. La casa de Em queda descartada. Incluso haciendo uso de las llaves de la misma, que están en el bolso de Em, volver a llevarla a su domicilio va a ser muy arriesgado. Pero ella vale la pena. Se lo merece. Ha de descansar por fin.

90

Turín

Erica Craxi le cuenta a Nic todo lo que sabe acerca de Tamara Jacobs, por qué los ingresos se hacían a nombre de su marido y con quién trabajaba este.

La revelación lo deja atónito. Repasa varias veces los detalles. Es de esas informaciones que hay que verificar doblemente. Uno hace todo lo que está en su mano para cerciorarse de no estar cometiendo una terrible equivocación. Por fin Erica, después de repetir varias veces la veracidad de la información, da su consentimiento para que Goria entre en la habitación a fin de que Nic se asegure de haber entendido todo bien.

Ha entendido todo. Al terminar, Erica se siente agotada y nerviosa, muy nerviosa.

—¿Qué va a ocurrirme ahora?

Nic observa que se muerde la uña mientras espera a que le conteste. Vuelve la mirada hacia Goria, y este le proporciona con los ojos la respuesta que está buscando.

—Podemos protegerla. Me refiero al Departamento de Policía de Los Ángeles, junto con el equipo de este hombre. Ya le he dicho que me fío de él, y así es. Nos aseguraremos de que esté usted sana y salva.

—Nada de Carabinieri —dice Erica con expresión asustada.

—No, nada de Carabinieri, se lo prometo. Fabio y su equipo cuidarán de usted hasta que encontremos a su marido.

El investigador privado se agacha en cuclillas, le toma la mano y le dice algo en italiano que la hace sonreír brevemente. Ella baja la mirada hacia su teléfono móvil y luego la posa en Nic.

—¿Me permiten llamar otra vez a Roberto?

—Naturalmente.

Nic la observa mientras ella pulsa la tecla de marcación rápida de su marido y pasea nerviosa por la habitación esperando a que este conteste. Marca de nuevo. Nic sabe que las posibilidades de que Craxi regrese sano y salvo casi han desaparecido. La que ha sido su esposa durante veinte años cierra el teléfono móvil y se acerca a él. Con las lágrimas rodando por las mejillas, le coge las dos manos y lo mira a los ojos.

—Por favor, búsquelo. No permita que Roberto muera.

Nic le aprieta la mano.

—Haremos todo lo que podamos.

Erica le pone un objeto en la palma de la mano izquierda al tiempo que susurra:

—Este es san Cristóbal, patrón de todos los viajeros. Que él le guíe hasta mi marido y hasta todo aquello que ha venido usted a buscar.

91

Efrem trabaja deprisa. Metódicamente. Sabe que su misión aún dista mucho de estar finalizada. Bajo el pálido resplandor de la luna y con una temperatura en descenso, se apresura a ocultar el vehículo al que ha trasladado a su cautivo. Está cubriendo su rastro. Disponiendo trampas para el que pueda estar siguiéndole la pista.

De pronto empieza a vibrar el móvil imposible de rastrear que lleva en el bolsillo.

—Diga.

—¿Lo tienes ya? ¿Sigue con vida?

—Sí.

—Molto buono. Has servido bien al Señor. ¿Ya sabes lo que tienes que hacer, lo que se espera de ti?

—No tengo ninguna duda.

—Bien. Los americanos han enviado a un teniente de la policía de Los Ángeles para que busque a Craxi. Se llama Karakandez. Cuando finalice esta llamada te enviaré una fotografía y datos de él. Ve con cuidado. Karakandez posee gran experiencia y determinación.

—Ese hombre no va a suponer ningún problema.

—No cometas el error de subestimarlo. Pertenece a Homicidios y ha viajado desde otro continente para estar aquí. No querrá volverse a casa con las manos vacías.

—¿Eso es todo?

—Sí.

El monje corta la llamada y aguarda pacientemente a que se materialice una imagen en la pantalla del teléfono.

Instantes más tarde aparece el rostro del teniente Nic Karakandez. Efrem lo mira largamente. Es el rostro del hombre que ha llamado al móvil que había en la casa de Craxi, el rostro de su enemigo. Cierra los ojos y se imagina que lo tiene delante. Visualiza lo que es preciso hacer para completar su misión. Lanza una última

mirada a los ojos del detective, que son el espejo de su alma, y seguidamente borra la foto.

Efrem se encontrará personalmente con Karakandez, de eso está seguro, y Dios guiará sus manos para que lo mate.

92

Oficina del Forense, Los Ángeles

Amy Chang está sentada en el sillón de su despacho, con un té de hierbas en la mano, escuchando el muy británico acento del catedrático Alexander Hasting-Smith, que se encuentra al otro lado de la línea. Intenta hacerse una imagen mental de él. A lo mejor tiene el físico refinado y pulcro del típico alumno de colegio privado, como el primer ministro de su país, o puede que luzca una cabellera despeinada como la del obispo barbudo y corpulento que casó a Guillermo y Catalina.

Sin embargo, el catedrático Alex no es ni lo uno ni lo otro. Cuenta cuarenta y muchos años y mide apenas un metro setenta y tres, lleva de por vida camisas muy holgadas y pantalones de pana, y pese a ser un experto en anatomía y biología, solo le falta un último desayuno grasiento para declararse clínicamente obeso, y uno o dos años para quedarse calvo.

—Querida señorita —dice, recalcando las palabras—, las pruebas comparativas que yo llevé a cabo fueron exhaustivas. Puedo asegurar categóricamente que las marcas que aparecen en la Sábana Santa no solo se corresponden con las que habría dejado un hombre que hubiera soportado el ignominioso castigo de la crucifixión, sino que además son idénticas a las heridas que sufrió el cuerpo de Jesucristo.

—¿Qué quiere decir?

—A ver, tomemos por ejemplo la famosa herida de la lanza. En la tela aparece una mancha de sangre alineada con una herida que se encuentra situada entre las costillas quinta y sexta del costado derecho. La parte inferior e interna de dicha herida está

aproximadamente un centímetro por debajo de la punta del esternón, y como seis centímetros y medio por debajo de la línea media. Coincide plenamente con el orificio que abrió la lanza que utilizó el soldado para herir el costado de Cristo. La mancha que aparece en la Sábana también corrobora que, además de sangre, contiene fluidos de color transparente.

—Yo no he visto marcas de fluidos.

—No me cabe la menor duda, a no ser que haya inspeccionado la tela propiamente dicha. Pero existen, se lo aseguro.

Ha sido un día muy largo, y Amy acepta esta réplica sin resentimiento.

—¿Y la trayectoria de los fluidos?

—Baja a lo largo del cuerpo. Concuerda con una herida de lanza infligida estando la víctima en posición vertical, es decir, crucificada.

Amy deja el té en un posavasos del escritorio y abre en su Mac una carpeta que contiene las fotografías de la Sábana en alta definición.

—Perdone mi ignorancia, pero ¿exactamente qué pruebas realizó usted, profesor?

—Dios santo. Diga más bien qué pruebas no realicé. ¿Conoce el trabajo llevado a cabo por Pierre Barbet al respecto?

—Me temo que no. —De repente Amy se siente como pez fuera del agua—. Hasta hace muy poco no había visto ninguna foto de la Sábana Santa. En realidad, no es un tema que me interese normalmente.

—Oh, entiendo. —La voz del catedrático suena decepcionada—. Entonces, ¿por qué me ha llamado a mí el FBI y me ha pedido que me ponga en contacto con usted?

—Porque el doctor Quentell pensó que los conocimientos que poseía usted de la Sábana Santa podrían servir de ayuda en una investigación que se está realizando aquí, en Los Ángeles.

—Ah, muy bien… pues en ese caso será un placer ilustrarla. —Su tono de voz parece cobrar un poco de energía—. Barbet fue un cirujano francés interesado por la Sábana Santa que tuvo la gran suerte de examinarla a la clara luz del día. Estoy remontándome a la década de 1930. Concretamente al año treinta y tres, creo. Sea

como sea, dado que era cirujano, tenía acceso a cadáveres y a miembros amputados, de manera que reconstruyó la crucifixión de Cristo. Clavó un cadáver a una gigantesca cruz de madera y descubrió que las marcas que aparecían en el mismo encajaban perfectamente con las que se hallan presentes en la Sábana Santa.

—¿Y usted ha hecho lo mismo?

—Sí. Deseo no dejar ninguna ambigüedad a ese respecto.

—¿Le importaría contarme exactamente lo que ha hecho y lo que ha descubierto?

—Con sumo placer. En parte sirvió para desmontar varios mitos del cine. En las crucifixiones de Hollywood se ve que los clavos atraviesan las palmas de las manos. Pero esa es una manera totalmente inadecuada de sostener a un hombre en posición vertical. El movimiento y el peso del cuerpo al hundirse no tardarían en desgarrar la carne. Ciertamente, ese no fue el método que se empleó en el caso de la Sábana Santa.

—¿No lo fue?

—En absoluto. Barbet se dio cuenta de que los clavos de suspensión se habían introducido a través del Espacio de Destot.

Amy sabe que el profesor se refiere al hueco que queda en la muñeca entre los huesos semilunar, piramidal, grande y ganchoso.

—Me doy cuenta de que esa zona, en efecto, podría ser lo bastante fuerte.

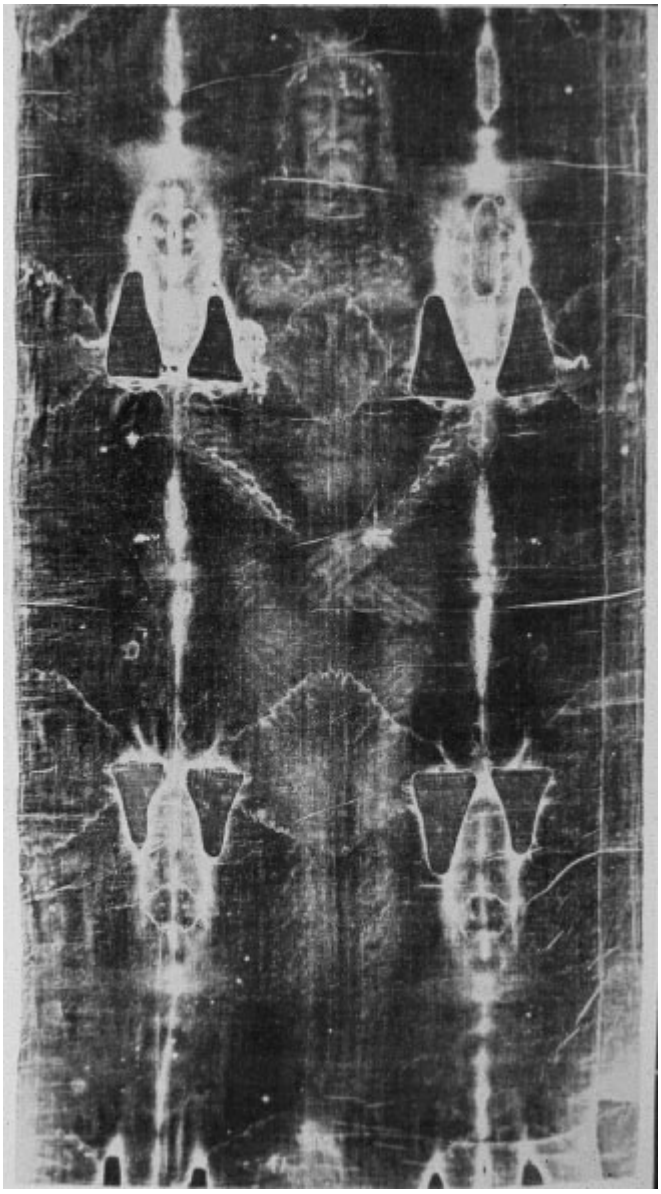
—Lo es, se lo aseguro. —El catedrático casi parece ofendido—. Si observa la Sábana Santa, advertirá que los pulgares no son visibles. ¿Puede verlo en alguna parte, tiene fotos?

Amy amplía la imagen que tiene en el monitor.

—Sí, tengo una en la pantalla del ordenador.

—Bien. Pues, como patóloga que es, sabrá que si se introduce un clavo por el Espacio de Destot se lesiona el nervio mediano, lo cual trae como consecuencia que, casi siempre, el pulgar se gire hacia dentro.

Amy estudia la fotografía y ve que parece cuadrar con lo que dice el profesor.



—¿Y qué me dice de los estigmas? Aparecen siempre en las palmas de las manos, ¿no es así? Nunca he visto en ninguna pintura religiosa a un santo que sangrara por las muñecas.

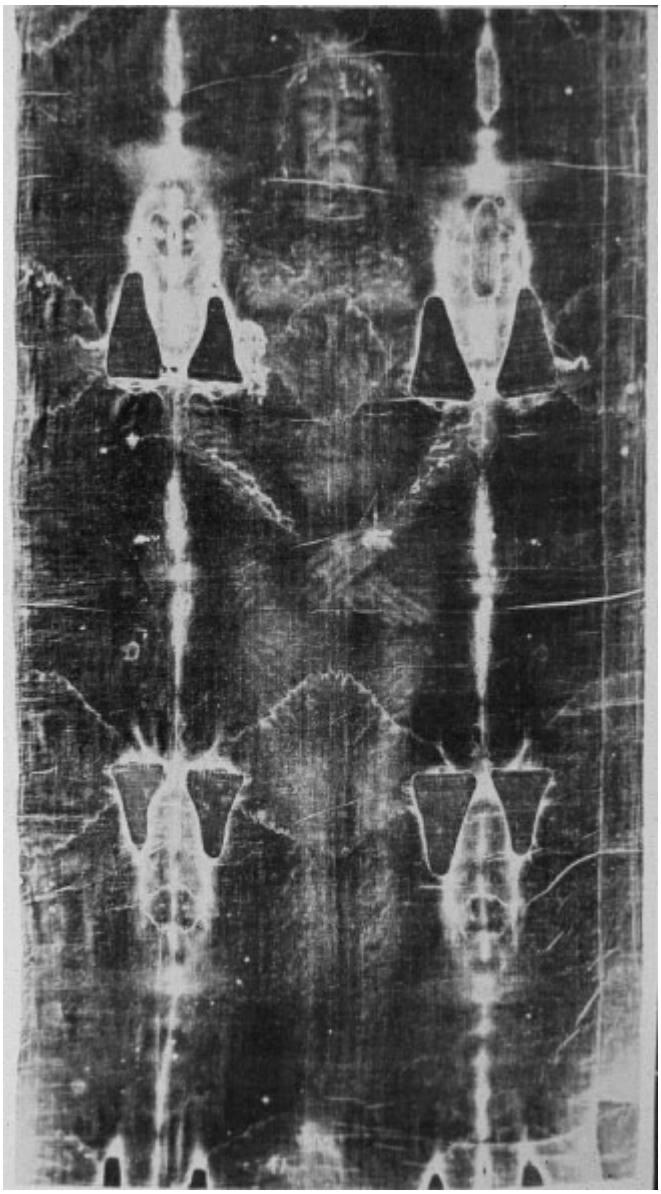
—Esa pregunta no debe hacérmela a mí, doctora. Yo no soy teólogo, sino científico. Así y todo, efectivamente estoy convencido de que los estigmas adoptan diversas formas y no se limitan únicamente al catolicismo.

—Eso no lo sabía.

—Pues así es. Existen pruebas de personas con estigmas en el budismo, y hasta en las religiones politeístas, en especial en las que

poseen deidades tutelares.

—Profesor, voy a tener que aceptar su palabra al respecto. —Su mirada se posa de nuevo en las fotografías tomadas en alta definición—. Estoy mirando los pies y no veo imágenes que indiquen cómo fueron clavados a la cruz.



—Una observación excelente. No las ve porque la imagen está muy borrosa. Existe una posibilidad, muy pequeña en mi opinión, de que los clavos se insertaran entre los huesos del metatarso.

—¿Eso sería suficiente para sostener a un hombre adulto?

El catedrático vuelve a animarse.

—Yo creo que no, y por esa razón en mi caso sujeté el cadáver por los tobillos. Eso sí es totalmente plausible. De nuevo le digo, si examina una fotografía que sea de buena calidad, verá las manchas oscuras que indican un derramamiento de sangre en torno a la zona de los tobillos.

Amy no está segura de poder discernir semejantes detalles, pero no desea debatir ese punto.

—Profesor, ¿podría usted enviarme por correo electrónico un resumen de sus hallazgos?

—Por supuesto. Quentell me ha proporcionado su dirección.

—Gracias. Una cosa más, profesor, antes de despedirnos. He estado pensando en el sangrado y la descomposición. Cuando han transcurrido varias horas desde la muerte, las heridas no sangran lo suficiente para dejar en una tela un contorno perfecto que delimite su forma. Un cadáver que permanezca varios días al aire libre se pudre, y aparecen señales de pérdida de fluidos y tejidos corporales. La Sábana Santa no presenta nada de eso. ¿Qué explicación le da usted?

—Una fácil —responde el catedrático—: Es un milagro.

93

Turín

Son las dos y media de la madrugada del sábado cuando Nic y Fabio Goria dejan a Erica Craxi en una casa segura, vigilada por los hombres del investigador. Cuando emprenden el regreso, la lluvia golpea con furia el parabrisas del Fiat de Goria, una furia excesiva para que las gastadas escobillas puedan evacuar como es debido semejante manta de agua.

Lo tardío de la hora, el calorcillo del interior del coche y el golpeteo rítmico de la lluvia están poniendo a prueba la capacidad que tiene el detective de mantenerse despierto. Y es que necesita con desesperación cerrar los ojos un rato. Se adormece oyendo el roce repetitivo de los neumáticos contra la carretera mojada y el repiqueteo de la lluvia en las ventanillas. Se encuentra a muchos kilómetros de aquí, en mar abierto, cortando las olas encrespadas con su viejo barco, avanzando cada vez más rápido, en dirección al sol que brilla en el horizonte. Están presentes Carolina y Max, con sus rojos chalecos salvavidas, el pelo al viento, la alegría de vivir pintada en sus maravillosos rostros.

De pronto se despierta. El corazón le retumba de dolor al recordarlos. Baja la ventanilla y deja que el aire frío y la intensa lluvia le golpeen la cara. Ya no falta mucho. Ya no falta mucho para que lo de acostarse tarde y los casos de asesinato como este sean los problemas de otros. Gradualmente empiezan a entreverse las luces de la ciudad al otro lado de la ventanilla llena de surcos de agua de lluvia. Goria apaga el motor y las luces y se detiene junto al bordillo, a la vuelta de la esquina del hotel de Nic.

—Ya hemos llegado. Ahora podrá dormir a gusto.

Nic se desabrocha el cinturón de seguridad con un bostezo.

—Gracias, la verdad es que lo necesito. Dadas las circunstancias, Fabio, esta noche usted y sus hombres lo han hecho muy bien. Erica Craxi nos ha proporcionado mucha información para continuar.

—Grazie. Vendré a buscarle a las ocho. Siento que hayamos perdido al marido. Mis hombres lo encontrarán, se lo prometo.

—Así lo espero, por el bien de él y de su mujer.

En el momento en que Nic agarra la manilla de la puerta, Goria lo retiene por el brazo.

—Tenga cuidado. Es posible que esta noche su hotel esté vigilado por los Carabinieri. Podrían estar observándonos desde un kilómetro de distancia sin que nos diéramos cuenta. Voy a quedarme donde estoy hasta que usted esté ya dentro del hotel. Si andan por aquí, se aproximarán, y entonces los veré. Más vale prevenir.

Nic se apea del coche, se despide con un gesto de cabeza y se sube el cuello de la cazadora para protegerse de la lluvia. A excepción de los coches que están aparcados por todas partes formando grotescos ángulos, las calles se ven desiertas. Lo único que llena las tiendas y los bares del barrio es la oscuridad.

Nic se sacude el agua, pasa junto al mostrador de recepción y toma el ascensor para dirigirse a su habitación.

Entra en el cuarto de baño para refrescarse un poco, y de pronto advierte que el cepillo de dientes y la maquinilla de afeitar han sido cuidadosamente depositados sobre la balda de cristal que hay encima del lavabo. Ha debido de venir la camarera. Es típico de lo que cabría esperar en un hotel de cuatro estrellas, pero en este no.

Apaga la luz y pasa a la habitación principal. Hay algo distinto, puede que raro. Lo percibe, de igual modo que percibe las pistas en una escena del crimen.

Le han cambiado las sábanas de la cama por primera vez desde que llegó al hotel. Y no las han cambiado de manera pulcra y profesional como hacen las camareras, sino queriendo dar la impresión de que lo ha hecho una camarera. Lo ha hecho una persona intrusa.

Un desconocido que ha entrado en su habitación.

94

Oficina del Forense, Los Ángeles

Amy Chang había abrigado la esperanza de llegar temprano a casa, de terminar el viernes preparándose una cena ligera y tomándose una o dos copas de vino blanco, quizá subir los pies al sofá, escuchar un poco de música suave y olvidarse de una semana repleta de cuerpos fríos y acero estéril.

Pero no va a poder ser. Lo que la tiene pegada al sillón de la oficina es la Sábana Santa de Turín. La llamada de Alexander Hasting-Smith y los informes que le ha enviado este posteriormente le han dejado la cabeza tan llena de cosas, que va a intentar terminar el informe que le prometió a Mitzi.

Pasa una hora entera navegando por internet, abriendo páginas, buscando en sitios dedicados a la Sábana Santa, sumergiéndose en grupos de debate religiosos y en blogs de redes sociales. Descubre universidades de la Sábana Santa, numerosas tiendas dedicadas a ella y decenas de vídeos distintos que no solo hablan de la datación por el carbono-14, sino que también incluyen imágenes en 3D, análisis microscópicos y ampliaciones digitales. Además de las fotografías, abundan incontables opiniones encontradas acerca de la autenticidad del lienzo.

A eso de las seis de la tarde, el estómago le recuerda que lo único que ha tomado a mediodía ha sido un café y un panecillo con salmón. Se aparta del Mac, se reclina en el sillón, vuelve la cabeza a un lado y a otro para aliviar la tensión provocada por la postura encorvada y revisa las notas que ha ido tomando.

HISTORIA (las fechas son aproximadas):

Año 30: Muere Cristo. No existen informes inmediatos, independientes e indiscutibles de que se haya descubierto un sudario que lleva impresa la imagen de Cristo. Igualmente, no existen informes de que dicho sudario fuera guardado, protegido o transportado a un lugar seguro. Resulta extraño que algo tan importante no fuera elogiado en su época.

Año 40: Se tiene noticia de que un tal rey Abgaro de Edesa (actualmente Sanliurfa, en el este de Turquía) vio un lienzo (no se mencionan las dimensiones del mismo) que llevaba impreso el rostro de Jesús. Al parecer, esto lo impulsó a convertirse al cristianismo (también se dice más tarde que Jesús escribió una carta a Abgaro en la que le prometía proteger a su país de los invasores extranjeros).

Año 50-500: No hay menciones fiables del sudario de Jesús, y de repente vuelven a aparecer relatos acerca del mismo.

544: El ejército persa es rechazado ante las murallas de Edesa. El sudario y la carta de Jesús reciben el mérito de haber proporcionado protección a dicha ciudad.

679: Edesa es azotada por un terremoto. La catedral en la que supuestamente se guardaba el sudario de Jesús sufre desperfectos y el sudario se traslada a Jerusalén.

690: Por todo Oriente Próximo comienzan a aparecer imágenes de Jesús con barba, idénticas a la del sudario.

944: Se dice que el sudario de Jesús ha viajado por lo que actualmente es Turquía y ya tiene una festividad propia, el 16 de agosto. Detalle interesante, no hay noticia de que se exponga en público, sino tan solo en privado. Se dice que el lienzo ha estado guardado en la Capilla Pharos del Palacio Imperial de Constantinopla.

1130: Menciones en Europa occidental (incluidos unos monjes de Normandía) acerca del sudario de Jesús y de que lleva impresa la

imagen del cuerpo de Cristo.

1146: Edesa es conquistada por los musulmanes turcos. Matanza masiva de los ciudadanos (¡pues vaya con la protección que ofrecían la tela y la carta!).

1203: Se atribuye al cruzado francés Robert de Clari el afirmar haber visto en la iglesia de Santa María de Constantinopla un lienzo en el que fue envuelto Cristo.

1204: Los cruzados franceses toman Constantinopla y saquean las iglesias. Robert de Clari niega que los franceses se hayan llevado el sudario.

1287: Se cuenta que un caballero llamado Arnaut Sabbatier, que fue aceptado en la Orden de los Caballeros Templarios en el Rosellón, Francia, fue llevado por sus hermanos a un lugar secreto en el que le mostraron el sudario de Cristo.

1307: Un viernes 13 de octubre (supuestamente, esta es la leyenda de donde procede la nefasta reputación de esta fecha), el rey Felipe el Hermoso da orden de que se detenga a todos los caballeros templarios con la acusación de herejía por adorar la imagen de Cristo. Muchos, entre ellos el gran maestre Jacques de Molay, son quemados en la hoguera.

Amy decide hacer un descanso. Primero va al cuarto de baño, y luego se prepara otro té de hierbas e invade la pequeña nevera que tiene en el despacho para coger una de las barritas de chocolate que guarda dentro de ella.

Regresa al ordenador y pulsa la barra espaciadora para interrumpir el salvapantallas. Pero no ocurre nada. El ordenador se ha quedado bloqueado. Prueba con la tecla ESC y por fin reinicia de mala gana. Mientras la máquina va cobrando velocidad, bebe un poco de té y muerde un cuadradito de la barrita de chocolate.

El documento ha desaparecido. Busca en la carpeta de archivos. Después busca en la monísima papelera que hay al final de la barra

brillante. Pero nada. Lo ha perdido todo.

—No, no, no. Esto no puede ser.

Procura conservar la calma. El Mac hace copias de seguridad cada dos minutos. Todo el trabajo que ha hecho tiene que estar en alguna parte.

Pero no está. Busca en todos los sitios que se le ocurren, y luego vuelve a buscar. Al cabo de una hora, temerosa, abre el correo electrónico. Está vacío. Se ha colado un virus que ha superado el firewall y ha destruido todos los documentos, imágenes, archivos y presentaciones que había en el ordenador.

95

Turín

Nic echa una ojeada larga, lenta, a la habitación del hotel.

Sabe que está agotado, y también sabe que cuando se está cansado no se suele pensar con claridad, pero está seguro de que ha habido alguien en su cuarto fisgoneando por ahí. Abre el armario y contempla fijamente las camisas y el jersey que cuelgan de perchas de plástico. ¿Están tal como los dejó él al deshacer la maleta?

Le parece que no. Las prendas se encuentran repartidas a lo largo de la barra de colgar, colocadas a espacios casi regulares, todo muy ordenadito. Ese no es en absoluto su estilo; él tiene desde hace mucho tiempo la costumbre de colgar las cosas solo al lado izquierdo de la barra. Eso es lo que hace siempre. Carolina colocaba su ropa a la derecha, e incluso hoy en día él continúa dejándole ese espacio. No puede evitarlo. Desde luego, él no dejaría la ropa tal como está ahora.

Saca la maleta del hueco, de escasa profundidad, que hay al pie del armario y la pone encima de la cama. La combinación es 3634, la misma que el número secreto de su tarjeta de crédito. Para cerrar, siempre hace girar las cifras hasta que marcan el 2523: un dígito hacia atrás en cada rodillo. Se acuerda con precisión de los números porque en su cerebro lleva siempre la imagen permanente de un reloj (rima con 2) en el cielo que está parado en las cinco (5) y veintitrés (23), la hora en la que murieron su mujer y su hijo y subieron al cielo.

Y resulta que los números están todos cambiados. Ahora son 1870. Alguien ha abierto la maleta y luego ha hecho girar los dígitos

al azar, o bien ha intentado abrirla. Introduce la combinación y suelta los cierres. Dentro está todo revuelto: un conjunto para el gimnasio y unas zapatillas deportivas que no va a poder usar nunca, calcetines y ropa interior como para vestir a un ejército, una cámara que necesita pilas nuevas y copias de toda la documentación relativa al caso que ha podido traerse consigo.

Se sienta en la cama y coge los documentos. Son tantos que ya no recuerda el orden de los archivos que están amontonados en ellos. Cierra los ojos e intenta recordar lo que estuvo viendo por última vez. «Las cuentas bancarias de Craxi. Estaba en el banco con Carlotta y esta le había enseñado el último reintegro. Luego cerró el archivo con esa página encima de todo lo demás».

Abre la carpeta. Está tal como la dejó. A pesar de ello, no se queda tranquilo. A lo mejor todo es producto de su imaginación; el cansancio y el estrés alteran a las personas, incluso las vuelven paranoicas. Necesita dormir bien, y muchas horas.

De repente se le ocurre otra cosa. Repasa rápidamente el fajo de documentos y encuentra las fotografías de la escena del crimen en las que se ve el cadáver de Tamara Jacobs en la playa. Se queda mirando el paquete, sin estar muy seguro de si se siente aliviado o no.

Están todas, no falta ninguna. Pero colocadas en el orden contrario.

Él las había ordenado tal como hace un investigador que traza perfiles psicológicos: primero las fotos que describen la escena, y después las fotos de la víctima.

Sin embargo, no es así como están colocadas estas. Ahora se hallan en orden inverso. Él jamás las pondría así. Él es tan desordenado como un adolescente a la hora de dejar ropa y platos y tazas tirados por toda la casa, pero jamás actúa de ese modo con las cosas del trabajo, con el material profesional. Alguien ha estado mirando todas las fotografías. Pero ¿quién? ¿Los Carabinieri? Eso no tiene lógica. Él mismo les habría mostrado las fotos con mucho gusto si se lo hubieran solicitado. Hasta hace unas horas, hasta que ha conocido a Goria y ha hablado con Erica Craxi, habría estado dispuesto a compartir con ellos todo, lo que fuera.

Y si no han sido los Carabinieri, ¿quién ha sido? ¿El asesino de Tamara? Vuelve a mirar las fotos de la escena del crimen. ¿Realmente es posible que el hombre que torturó y mató a la guionista haya tenido estas fotografías en la mano? ¿Que haya admirado en esta habitación el trabajo que él mismo llevó a cabo? Nic mira en derredor y encuentra un bloc de cortesía para escribir y un par de sobres que llevan el membrete del hotel. Coge uno de los sobres, mete las fotografías en él y lo cierra. Es sumamente improbable que el asesino haya dejado sus huellas dactilares, pero hasta los sicarios cometen errores.

En el momento de cerrar el sobre se imagina al asesino en esta habitación, en este hotel, escuchando cuando él ha llamado a Craxi por el teléfono móvil de Goria. Ese hombre entra y sale como un espectro.

Nic siente un escalofrío que le eriza el vello de la nuca al darse cuenta de que el asesino sabe más de él de lo que sabe él del asesino.

96

Oficina del Forense, Los Ángeles

Barney, el informático que tienen para las urgencias, termina de inspeccionar el Mac y mira a Amy con una expresión que indica que ya casi es el final de su turno de trabajo y está cabreado.

—Lo siento, pero no puedo arreglar esto. —El técnico vuelve a echarse detrás de la camisa de tela vaquera azul su melena negra, que le llega hasta el hombro—. Vamos a tener que llevarnos su ordenador, conectarlo y ejecutar un diagnóstico.

A Amy no le gusta nada cómo suena eso. El Departamento de Informática es un cementerio. Pocos ordenadores salen vivos de ahí.

—¿Y mis archivos? Se habrá hecho una copia de seguridad en el servidor, ¿no?

—Debería. Es posible que haya perdido el trabajo que ha hecho hoy. La última copia la hicimos anoche, a eso de las doce.

—Mierda.

—Así son las cosas. No dejo de decirle al jefe que debería proporcionarles a ustedes discos duros portátiles. Es la única manera de que no pase nada.

Amy sacude la cabeza en un gesto negativo.

—Bueno, ¿y cuánto va a tardar? ¿Cuánto tiempo crees tú que se tardará en arreglar lo mío?

El técnico consulta su reloj.

—Debería haberme ido hace ya una hora. Me temo que ya no verán su Mac hasta el lunes.

—¡El lunes! Eso es una eternidad.

—Lo siento. A nuestro departamento también le han recortado las horas extras, igual que a todo el mundo —comenta mirando

fijamente el ordenador, como si este acabara de hablarle en susurros —. Un momento. Déjeme mirar una cosa.

Barney se acomoda en el sillón de Amy, pulsa una serie de teclas y deja al descubierto partes del ordenador que su dueña ni siquiera sabía que existieran. Privilegios del administrador. Algo parecido a un examen médico de las zonas más íntimas y privadas del Mac.

—Uf. Esto sí que es increíble.

—¿Puedes arreglarlo? —pregunta Amy acercándose al monitor.

—Qué va. —Barney se recuesta en el sillón y se cruza de brazos contemplando una masa de códigos con clara admiración—. Es un zombi.

—¿Un qué?

—Algún listo se ha infiltrado a través del firewall, se ha subido todo el contenido de este ordenador y lo está utilizando desde otro lugar. —Alarga el brazo y desenchufa el cable que sale de la parte de atrás—. Lo mejor va a ser que pongamos esta máquina en cuarentena y la limpiemos lo antes posible.

Amy se siente violada.

—Nuestro amigo se enterará de que lo hemos descubierto. —Barney está tan emocionado como un niño que jugase a policías y ladrones—. Y además, también habrá descargado gusanos o troyanos en este sistema que habrán destruido la mayoría de los programas, y es posible que hayan transmitido infecciones a otros. —Levanta el Mac del escritorio—. Es mejor que se vaya a casa, doctora Chang. No va a volver a ver esta máquina, ni el lunes ni nunca. Solicitaremos otro ordenador para usted.

97

Walnut Park, Los Ángeles

BEL-LA-PIZZA es un restaurante nuevo que hay a la vuelta de la esquina de donde vive Mitzi. Es el más reciente de la larga lista de locales de Los Ángeles que hacen ese pésimo juego de palabras entre bella y las siglas de dicha ciudad.

Ella y las niñas han acudido a este sitio por varias razones. En primer lugar, porque en casa no hay nada. Segundo, porque nunca han estado aquí, o, dicho de otro modo, nunca han estado con Alfie. Pero la razón más importante es que ofrece un cincuenta por ciento de descuento y una copa de vino gratis hasta final de mes.

La camarera, una adolescente de negra melena y delgada como un lápiz, aguarda junto a la mesa mientras Mitzi pide la comida:

—Dos Cocas light y una copa de vino tinto de la casa. Un pan de ajo. Una sopa Minestrone. Una ración de champiñones rebozados. Y de plato principal, una Neptuno mediana, de pasta fina y sin anchoas. Una crujiente de pepperoni, grande y con un huevo. Y… —Mitzi estudia otra vez el menú para decidir lo que va a tomar ella— una lasaña pequeña con ensalada verde, sin patatas fritas y sin nada más.

Mientras observa a la chica, que se afana frenéticamente en anotarlo todo en su libreta, se da cuenta de que está convirtiéndose en Tyler Carter: nada de cortesías, tan solo datos.

—Gracias —añade apresuradamente al tiempo que la camarera regresa en dirección a la cocina—. Gracias por su ayuda.

Las malas noticias es mejor darlas al principio y soltarlas con rapidez. En cuanto les traen las bebidas a Jade y Amber, Mitzi lanza la bomba:

—Hoy han llevado a juicio a vuestro padre. Lo han mandado a la cárcel. Treinta días. —Se reprende a sí misma por volver a hablar como Carter.

A Amber se le cae de los labios la pajita del refresco.

—¿Papá está en la cárcel?

—¿Ahora mismo? ¿Ya? —dice Jade, más irritada que sorprendida.

Mitzi las coge a ambas de las manos.

—Sí. Esta tarde ha empezado a cumplir la condena.

Jade retira la mano con brusquedad.

—Dios. Pobre papá.

«¿Pobre papá?». Mitzi tiene que morderse la lengua.

Amber no dice nada. No se mueve. No toca el vaso de Coca. Simplemente, se hunde en sus pensamientos, que a su madre se le antoja que deben de ser horriblemente dolorosos.

—Y entonces, ¿qué es todo esto? —exclama Jade abriendo los brazos y con la cara congestionada de rabia—. ¿Nos has traído aquí para celebrarlo?

—No. —Mitzi se muestra firme, pero serena—. Os he traído aquí para estar con vosotras. Para demostraros que la vida continúa.

—Sin embargo, para papá no. —Jade se levanta y arroja su servilleta sobre la mesa—. No pienso hacer esto. No pienso quedarme sentada en un restaurante mientras mi padre está en la cárcel, probablemente sin tener nada que comer ni beber.

Mitzi se levanta también, frente a ella.

—Sí vas a quedarte. Siéntate.

En las mesas de alrededor se hace el silencio.

Jade mira furiosa a su madre.

—Me voy. Me voy a casa, y tú no vas a impedírmelo.

—Sí voy a impedírtelo. Siéntate, he dicho. —Mitzi le habla en un tono que jamás se desobedece.

Jade, con gesto desafiante, echa a andar en dirección a la puerta.

—¿Qué vas a hacer? ¿Darme una paliza? ¿Llamar a tus amigos los polis? ¿Encerrarme igual que a mi padre?

Mitzi necesita echar mano de toda su fuerza de voluntad para no abofetear a su hija, para no zarandearla y decirle que madure de una vez.

—¡Adelante! —chilla Jade encarándose con su madre—. Sé que tienes ganas de pegarme. —Le planta cara y añade—: Pues venga, si así te sientes mejor.

De pronto surge en el hueco de entre las mesas un individuo de mediana edad trajeado de negro. Detrás de él se encuentra la camarera escuálida, con los abrigos en la mano.

—Lo siento, pero tienen que abandonar el local.

El encargado mira nervioso a Mitzi y a continuación le indica la puerta con ambas manos, como si estuviera espantando a un animal sucio e impresentable.

—Salgan, por favor. Ya.

Mitzi no rechista y coge los abrigos. El encargado le está haciendo un favor. La confrontación se ha terminado. Aunque las están echando a la calle, siguen estando las tres juntas.

98

Turín

Nic apaga las luces de la habitación y aparta unos centímetros de cortina. Permanece junto a la ventana mirando la calle mojada y vacía mientras llama a Goria.

—Han entrado en mi habitación.

—¿Cómo?

—La han registrado. No se han llevado nada, pero sé que han rebuscado en los expedientes del caso, puede que incluso hayan hecho fotos.

—¿Está seguro?

—Del todo.

—Todavía estoy donde lo he dejado a usted. Abandone el hotel. Puede quedarse en mi casa. De todas formas, mañana hemos de movernos deprisa.

Nic suelta la cortina y empieza a recoger sus cosas.

—Buena idea. Enseguida estoy abajo.

Tarda diez minutos en hacer la maleta y bajar a recepción. Mientras paga la factura, se le ocurre preguntar quién ha limpiado su habitación y ha podido haber fisgoneado en sus pertenencias personales, pero decide que mejor no. A juzgar por la expresión adormilada del recepcionista, lo más probable es que este no le proporcione ninguna información de utilidad.

Sale a lo que queda de esa noche fría y lluviosa y otea la calle por si hubiera alguien vigilando. Seguidamente dobla la esquina para dirigirse al Fiat Bravo de Goria. Que él se haya dado cuenta, nadie le ha visto salir del hotel.

—Este día parece que no va a acabarse nunca —comenta el italiano cuando el detective se acomoda en el asiento del pasajero.

—Últimamente vengo teniendo muchos días como este. Gracias de nuevo por su ayuda.

—No es ningún problema. —Goria arranca el motor y emprende la marcha.

—Oiga, tengo que llamar a mi jefa. ¿Le importa?

—No, adelante.

Nic marca el número. Tarda unos instantes en establecerse la conexión, pero al final se oye el tono de llamada.

—Sí.

Le sorprende lo desabrido de la respuesta. Es casi como si no fuera Mitzi, como si se hubiera equivocado de número.

—Mitzi, soy Nic.

—Hola, Nic. Perdona, es que no es buen momento.

Ya se lo nota en el tono de voz. Debe de estar circulando en coche, porque se oye el ruido del tráfico, a una de las niñas hablándole a gritos y a la otra llorando.

—Mitz, casi no te oigo. Llámame cuando puedas. Están ocurriendo cosas raras y necesito ponerte al tanto. —De pronto se corta la línea, de modo que cierra el teléfono—. Por lo visto, mi jefa también tiene un día de perros.

—Los días de perros suelen convertirse en recuerdos agradables —comenta Goria al tiempo que maniobra para esquivar un socavón —. En mi caso, la mejor época de mi matrimonio fue cuando llevábamos una vida de lo más dura y no teníamos de nada. Mi mujer y yo comíamos sopa, y para estar calentitos nos íbamos temprano a la cama y hacíamos el amor. —Se vuelve hacia Nic con una sonrisa—. ¿Entiende a qué me refiero?

—Sí, entiendo a qué se refiere.

Toman dirección noroeste para atravesar la ciudad y llegar a Venaria Reale, una zona tranquila que no se encuentra muy lejos de las explanadas de la Strada Militare Carlo Grassi. El domicilio de Goria es una casa de pequeño tamaño protegida por unas verjas de hierro y una valla metálica de notable altura. Cuando pulsa un

timbre electrónico, se abren las verjas y asciende una puerta deslizante que deja al descubierto una profunda plaza de garaje.

Cuando abandonan la estrecha calle, Nic no puede evitar mirar hacia atrás. Ve el destello de los faros de un coche que pasa, pero ningún vehículo que los venga siguiendo.

—Aquí estamos a salvo. Esta noche no tiene que preocuparse de nada más. —Goria apaga el motor y se apea en el interior del garaje —. Tengo cámaras de seguridad y una alarma que cubre todo el perímetro de la casa. Son precauciones necesarias, dada la naturaleza de mi trabajo. —Va hasta una caja metálica colgada de la pared de ladrillos y aprieta varios botones—. Ya está activada para toda la noche. No puede entrar nadie en la casa sin ser detectado.

—Hablando de alarmas —dice Nic yendo tras él por una puerta que da a una cocina fría y oscura—, ¿tiene un arma que pueda prestarme?

—Por supuesto. Pero no la ha obtenido de mí. —El fluorescente del techo se enciende con un parpadeo. Goria abre un enorme frigorífico de acero, rebusca en un compartimento y saca una botella en una mano y una pistola en la otra—. Cerveza y una Beretta. ¿Está contento con el servicio?

—Perfecto. —De improviso, a Nic le suena el móvil, que lleva guardado en el bolsillo.

Goria deja la pistola y la Peroni sobre una encimera y vuelve para coger una cerveza para sí.

En la pantalla dice que quien llama es Mitzi.

—Diga.

—Hola, Nic. Perdona lo de antes. Oye, ¿qué hora es ahí?

Nic consulta su reloj.

—Las cuatro de la madrugada.

—Uf, lo siento. ¿Es demasiado tarde?

—Ya ni siquiera sé lo que es tarde. —Nic logra emitir una risa cansada al tiempo que levanta la cerveza de la encimera—. Estoy a punto de tomarme una cerveza y luego meterme en la cama.

Se oye una pausa, y después a Mitzi le cambia el tono de voz:

—Alfie volvió a pegarme, y he ordenado que lo detengan.

—¿Cómo?

—Empezó a darme bofetadas y golpes a diestro y siniestro.

—¿Y te encuentras bien? ¿Te hizo daño ese cabrón?

Mitzi se conmueve al percibir la rabia que destila la voz de Nic.

—Físicamente, no tanto.

—¿Y las niñas?

—Están furiosas. Por eso no he podido hablar antes.

Nic deja la botella en el mostrador.

—Oye, manda a la mierda este condenado trabajo. Si necesitas que vuelva, puedo tomar el primer avión que salga para Los Ángeles.

Mitzi se echa a reír.

—De eso nada, vaquero. Vas a terminar la misión.

—En serio…

—No, me encuentro bien. Además, me está cuidando Amy.

—Bueno.

—Me ha preguntado por ti.

—Ya, claro. ¿Qué va a pasar con Alfie?

—Ya le han llevado a juicio. Le han condenado a treinta días de cárcel.

—¿Y después?

—No estoy pensando en dejarle volver, si es eso lo que quieres decir.

—Eso era exactamente lo que quería decir.

—He aprendido la lección.

—Me alegro. Si puedo ayudar en algo, en lo que sea, dímelo.

—Gracias, te lo diré. Puedes ayudarme ahora mismo, cerrando este maldito caso.

—Ojalá pudiera. Acabo de dejar el hotel. Han entrado en mi habitación mientras estaba persiguiendo a Craxi.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Dave Burge, que pertenece al FBI, me ha enviado a un investigador privado para que me ayude a seguir unas cuantas pistas. Es un tío legal, se llama Fabio Goria.

—Ya te dije que no había dinero para eso, Nic.

—No me ha costado dinero. Es un favor. Burge me debía una. En realidad me debía varias.

—Bien. ¿Y Craxi?

—Lo he encontrado y lo he perdido. Es una historia muy larga. Sea como sea, estoy a punto de desertar de los Carabinieri.

—Por mí no hay problema. Bueno, voy a colgar ya, y a dejarte dormir un poco.

—Te llamo mañana… o sea, hoy mismo pero un poco más tarde.

—Genial. Estamos en contacto.

—Ah, Mitz.

—¿Sí?

—Me alegro de que hayas enchironado a ese vago. Eres una policía de primera, una gran madre y una gran mujer. Espero que esto sea el primer paso para que llegues a tener la vida estupenda que os merecéis las niñas y tú.

—Gracias. —Mitzi se apresura a colgar. No quiere que Nic se dé cuenta de que se ha emocionado.

99

En medio de la oscuridad húmeda y maloliente, Roberto Craxi da gracias a Dios por su misericordia.

Está vivo. Y bien sabe cuán fácilmente podría estar muerto.

No le han atado las manos ni los pies, y tampoco le han puesto ninguna mordaza en la boca. Quienquiera que lo tiene prisionero lo ha encerrado en un lugar apartado, un sitio en el que sabe con toda seguridad que nadie va a oír sus gritos de socorro. Un lugar situado fuera de Turín.

Craxi se frota las muñecas. Se nota una protuberancia en la piel, en el sitio en el que le apretaba la cuerda. A continuación se palpa los tobillos. Exactamente lo mismo. El que lo ha agredido venía preparado para atarlo de pies y manos. Si era un único individuo, también era lo bastante fuerte para cargar con su cuerpo inconsciente hasta un vehículo y trasladarlo a otro lugar. Esa idea es ciertamente preocupante. Preferiría no pensar en enfrentarse a un único enemigo dotado de semejante fuerza.

Se pasa una mano por la boca. La nota pegajosa. Restos de pegamento. Señal de que le han tapado los labios con cinta adhesiva. Otra señal más de que su enemigo es un profesional y está bien preparado para cualquier eventualidad. Por último se toca la garganta. Ahí el dolor es intenso. Se palpa una hinchazón en el punto en que el alambre le ha penetrado en la piel. El que lo estaba estrangulando sabía exactamente cómo debía tirar; entendía bien cómo hacer para controlar la vida y la muerte. Era un hombre como él mismo.

El sitio en el que se encuentra prisionero está negro como boca de lobo, no se aprecia ni un solo resquicio de luz. Y además hace frío. Craxi apoya las palmas de las manos en el suelo en que está sentado. Es duro y liso. No es tierra, sino alguna clase de piedra pulida. Sabe de sobra que no debe intentar incorporarse, porque

existen muchas probabilidades de que se dé un golpe que lo deje inconsciente o de que se caiga de una cornisa invisible.

Levanta las manos por encima de la cabeza. O por lo menos lo intenta. Estando sentado, dispone de un espacio libre de unos treinta centímetros. Explora el techo con los dedos. Tiene el mismo tacto que el suelo: frío y liso. También es de piedra. El corazón le da un vuelco a modo de protesta. Luego acerca las manos a los costados y descubre que ahí tampoco queda mucho espacio, si acaso treinta centímetros a un lado y algo más al otro. Y las superficies también son de piedra.

Con cautela, se desliza hacia abajo hasta quedar tumbado, convertido en una sombra de menos de un metro ochenta, sin tocar ninguna pared con la cabeza ni con los pies. Acto seguido levanta una mano por detrás y rasca la pared con los dedos… piedra. Apenas a quince centímetros de distancia. Intenta adelantar los pies, pero enseguida se ve frenado en su movimiento. Más piedra. Y entonces lo entiende. Está encerrado en un nicho de piedra, sin ventilación, de dos metros de largo por uno y medio de ancho. O, para emplear una descripción más conocida, una tumba.

100

Gardena, Los Ángeles

De día, el vecindario es un hervidero de gente del extrarradio. Personas de toda clase que se dirigen a ocuparse de sus asuntos. Coches pegados el uno al parachoques del otro. Ruido que se eleva igual que una nube de vapor por encima de las casas. Pero en estos momentos es una ciudad fantasma. Oscura y desierta. Silenciosa y espectral.

Está tal como le gusta a JJ. Va paseando despacio, a lo largo de los destartalados edificios que bordean la calle de Emma Varley, y al mismo tiempo recorre las casas con la mirada en busca de luces y cámaras de vigilancia. Es la calle en que vivía Em. Son las tres de la madrugada y no hay nada que lo perturbe. No hay razón que le impida traer de nuevo a su reina al trono doméstico en el que estuvo sentada. Una sola vuelta más alrededor de la manzana, y pasará a la acción.

Regresa subiendo por la 169 Oeste, abre la verja delantera y atraviesa el trillado césped que lleva a la entrada principal. Al llegar a la puerta hace un alto. Se vuelve. Lanza una última ojeada a la calle y seguidamente extrae el aro de llaves que ha cogido del bolso de Em. Satisfecho al comprobar que no lo ha visto nadie, prueba varias llaves. La última, una de cabeza cuadrada, es la que consigue abrir.

La vivienda está llena de las esencias de Em: sus perfumes, sus jabones, sus polvos de talco. Sus lacas para el pelo, sus detergentes, sus tejidos. JJ se queda de pie en la oscuridad y las inhala todas. Es como si Em estuviera aquí con él. Es una casa pequeña, puesto que abajo solo consta de dos espacios: un cuarto de estar y una

apretada cocina-comedor. En la planta de arriba hay un dormitorio de tamaño bastante decente, otro mucho más pequeño desprovisto de muebles y un cuarto de baño diminuto cuyo lavabo está despegándose de la pared. JJ saca el cepillo de dientes de Em, que descansa sobre una rajada balda de cristal, y pasa el dedo por las gastadas cerdas. Luego cierra los ojos y se lleva el cepillo a los labios, se lo mete dentro de la boca y se lo posa en la lengua. El sabor de Em le hace temblar.

Se detiene unos instantes en todas las habitaciones. Saca la ropa de Em, esmeradamente planchada y guardada en los cajones de una desvencijada cómoda, y la olfatea y la estrecha contra sí. Luego abre el minúsculo armario ropero y abraza los dos únicos vestidos que poseía su dueña: uno corto y negro, y otro largo y de vuelo, de estilo hippie.

A continuación se tumba en la cama, que Em dejó sin hacer, y hunde la cara en la misma arruga que causó ella en la almohada la última noche que pasó bajo esas mantas. Ojalá hubiera venido aquí antes, para pasar más tiempo entre las cosas de Em, para conocerla incluso mejor.

Aunque le resulta doloroso, se separa de esas sensuales reminiscencias, sale de la casa y regresa al Explorer. Conduce despacio y, al llegar a cincuenta metros de la casa de Em, apaga las luces. A los diez metros apaga el motor y permite que el viejo monovolumen se deslice solo hasta el bordillo. Con la oscuridad pegada al cristal empañado por el vaho, aguarda pacientemente observando la calle y las viviendas de alrededor. Luego baja la ventanilla y aguza el oído para captar el ruido de cualquier vehículo o persona que se aproxime.

Nada. Es noche cerrada.

JJ lleva a cabo su maniobra. Con rapidez. Con inteligencia. Con seguridad en sí mismo. Abre la puerta del conductor y seguidamente la puerta de atrás. Toma a Em por las axilas y la saca del vehículo.

—Perdóname —le susurra cuando los pies de Em tropiezan contra el asfalto.

Retrocede unos pasos y la lleva a rastras hasta el otro lado de la verja, que ha dejado abierta. Traspone el umbral y penetra en la

casa.

La deposita en el suelo del vestíbulo. Acto seguido regresa calmosamente hasta el Explorer y cierra las puertas. Sabe que a partir de aquí no puede entretenerse mucho, que no puede pasar con Em el tiempo que le gustaría. Vuelve rápidamente a la casa, cierra la puerta y se agacha en cuclillas para agarrar bien a Em a fin de poder levantarla. El hedor de la descomposición es horrible, pero no le importa. La levanta del suelo y se siente igual que un recién casado cruzando el umbral de su casa con su esposa en brazos.

Comienza a subir trabajosamente la escalera, y está a punto de caer cuando los pies de Em chocan contra una pared. El resplandor de la luna se cuela por la ventana del dormitorio cuando por fin la deposita encima de la cama. Es como si Dios le estuviera alumbrando con su luz para que pueda disfrutar por última vez de la visión de su amada.

Se inclina sobre el blanco rostro de Em y le besa los labios. A continuación la tapa. Le enrolla la sábana bajera alrededor del cuerpo. Bien envuelta, bien ceñida.

—Buenas noches, mi reina —le dice desde el umbral de la puerta —. Te veré en el otro lado.

101

Turín

Un hombre de menor valía ya se habría vuelto loco. La oscuridad de la tumba. La fetidez. El silencio. Los calambres musculares. La claustrofobia. Cualquiera de esas cosas, o todas ellas, habría quebrado el ánimo de un hombre que careciera de la fuerza de voluntad y el entrenamiento que posee Roberto Craxi.

Él cuenta con experiencia suficiente para saber que si lo mantienen con vida será por alguna razón concreta, que en estos momentos no van a poner fin a su vida de forma intencionada. Pero los captores cometen errores, en ocasiones errores fatales, y a consecuencia de ello los rehenes quedan abandonados y terminan muriendo de asfixia o de hambre.

Se concentra en ralentizar los latidos del corazón. Cuanto más despacio bombee, menos oxígeno empleará y más tiempo vivirá. Es la matemática de la supervivencia. Su concentración es tan intensa, que es capaz de percibir el suave golpeteo del corazón contra el pecho, y casi hasta de oír cómo fluye la sangre por las venas.

Sesenta y nueve.

Cincuenta y dos.

Cuarenta y siete.

Es el mínimo que es capaz de alcanzar. Cuarenta y siete latidos por minuto. Hace veinte años habría podido bajar otros diez, pero ahora ya no es ni por asomo el atleta de antes.

—Signore Craxi, ¿está despierto?

La voz lo sobresalta, y los latidos de su corazón ascienden de golpe a sesenta. Ha sido una voz educada y extranjera. Hablaba en inglés y con un acento raro. Extrañamente formal.

—Signore Craxi.

Proviene de la nada.

—¿Me oye?

En la oscuridad, en alguna parte, hay un minúsculo altavoz. Pero no tiene ni idea de dónde. Pasa la mano por la fría piedra, pero no encuentra nada. Guarda silencio. El hecho de que su secuestrador se haya tomado la molestia de poner un altavoz aquí dentro indica que necesita comunicarse con él. Bueno, pues si quiere comunicarse, va a tener que sacarlo de este lugar olvidado de Dios.

—Signore. —Esta vez la voz suena más fuerte, y Craxi detecta un acento.

Es extranjero. No europeo… africano. No, africano tampoco. Árabe.

A través del grosor de la piedra le llega el siseo de un suspiro de aburrimiento, como el que hace un chorro de vapor.

—Signore, existe una buena razón para que yo deje vivir a su mujer. Si no colabora usted conmigo, tengo toda la seguridad de ser capaz de torturarla para que colabore ella.

—¿Qué es lo que quiere? —contesta Craxi con voz débil y tensa —. Estoy dispuesto a darle lo que quiera.

102

Los Ángeles

JJ lleva el Explorer por las oscuras callejuelas de Gardena y por fin sale a las brillantes luces de la autopista para dirigirse a Boyle Heights.

Ha llegado el momento de hacer una visita a Jenny Harrison. La pantalla del salpicadero indica que son las cuatro de la madrugada. Sabe que solo dispone de un par de horas hasta que salga el sol y los pobres que trabajan en el turno de noche regresen a sus casas.

Va a tener que darse prisa. La vivienda de Harrison, grande y vieja, está totalmente a oscuras. Aparca en la calle, casi en el mismo sitio que la última vez que estuvo aquí. Se queda sentado con la ventanilla bajada, vigilante y atento a cualquier ruido, esperando a ver si alguien ha oído llegar su coche y es lo bastante tonto para acercarse a verlo mejor.

A las cuatro y diez se inclina hacia el hueco que hay delante del asiento del pasajero, coge la palanca para neumáticos que ha dejado ahí y se apea del coche. A paso vivo cruza la calle, pasa por la verja y echa a andar por el sendero. El césped lleno de calvas que tiene alrededor huele a caca de perro y está sembrado de colillas de cigarrillos.

Sube al trote los peldaños del porche, se vuelve y contempla la escena que ha dejado a su espalda. Nada. Ningún movimiento. Ningún ruido. Ningún peatón. Posa la mano en la puerta principal y hace girar el redondo picaporte. Con un poco de suerte, la cerradura estará vieja y tendrá suficiente holgura para que él pueda introducir el extremo fino de la palanca.

Pero la puerta no está cerrada con llave. Experimenta una oleada de emoción. Ciertamente, esta noche Dios está cuidando de él. Nada más entrar en el portal lo asalta el tufo inconfundible de una pensión de mala muerte. Hace una mueca de asco. Qué sitio tan apropiado para que muera Jenny Harrison. Ve a su alrededor más puertas de las que esperaba, todas de color marrón y sin número.

Se acerca al pie de la escalera, de madera y sin moqueta. Saca su teléfono móvil y marca el número que le dio Harrison. El tono de llamada se pierde en el ciberespacio. Se oye un chasquido. De allá arriba le llega el timbre de un móvil sonando.

103

Turín

Un golpeteo sordo y repetitivo llena la oscuridad. No es muy fuerte. No son cascos de caballos contra la tierra dura, sino más bien el repiqueteo de un pájaro carpintero contra la piedra.

Roberto Craxi tuerce la cabeza, con ansiedad, hacia la derecha, y grita a través de las paredes de la tumba al hombre que lo ha encerrado dentro, un hombre al que en ningún momento ha visto.

—¿Qué está haciendo? ¿Qué está pasando?

De repente la piedra vibra, y se oye un fuerte chillido que se filtra hasta el interior del nicho.

—¡Eh!

Es como si la tumba entera fuera a hundirse. Al instante entra en acción el entrenamiento que ha recibido Craxi. Se calma. Intenta dilucidar qué es lo que está ocurriendo. Su captor está taladrando. Está perforando un orificio.

Se oye un golpe seco cuando la broca de acero consigue traspasar la piedra y asoma la punta por el exterior. A Craxi le caen en el rostro los escombros del agujero. El chillido mecánico cesa.

Por el orificio se cuela un haz de luz brillante, del grosor de un lápiz. Craxi se vuelve hacia el costado derecho y se desplaza un poco hacia abajo para poder ver lo que hay fuera de la tumba.

Lo que ve es un globo ocular que lo mira.

A Craxi le da un vuelco el corazón.

—Apártese. —La voz es gélida e insistente.

Se aparta.

Efrem deja a un lado el taladro de alta velocidad, accionado por batería.

—Este agujero le permitirá respirar. Si lo que me ha dicho es cierto, llamaré a la policía para que vengan a buscarlo. En caso contrario, cuando haya terminado con su mujer vendré de nuevo a por usted.

El monje guarda en una bolsa las herramientas que compró en Turín después de que Craxi le diera esquinazo en el metro. Sale de la vieja iglesia y regresa al coche de alquiler. Para la siguiente parte de la misión va a necesitar herramientas diferentes. Muy diferentes.

104

Boyle Heights, Los Ángeles

Son necesarios cuatro timbrazos para que JJ localice el tono de la llamada en una habitación del piso de arriba.

Vuelve a guardarse su propio móvil en el pantalón y examina la puerta que tiene delante. Es barata e insustancial. Una hoja de contrachapado de mala calidad, pintada y provista de una cerradura no muy como Dios manda. No tiene nada que hacer al lado de la palanca de neumáticos que se ha traído él consigo. Con ella podría forzarla con toda facilidad.

Pero todavía no. Se queda sentado, pacientemente, en el suelo, y se pone a escuchar por si hay movimiento. Lo más probable es que el teléfono haya despertado a Harrison. Necesita que vuelva a quedarse dormida. Necesita que, cuando se lance sobre ella, se encuentre en estado de reposo.

Aguarda a oír el ruido que indica que está usando el cuarto de baño. O el de un televisor al encenderse o el de una tetera con agua que empieza a hervir.

Pero no se oye nada. Transcurren cuarenta minutos. Pasan dos mil cuatrocientos largos segundos, hasta que por fin JJ se siente lo bastante satisfecho para introducir la palanca en la jamba de la puerta. Deja que el metal muerda lentamente la blanda madera, que vaya haciéndose más hueco en el espacio que hay donde se encuentran el borde de la puerta y el marco. Es un trabajo duro, y le aparecen gotas de sudor en la frente. Por fin la herramienta queda ubicada en la posición correcta. JJ se cerciora de contar con suficiente efecto de palanca para poder forzar la puerta. Con un

movimiento seco, tira de la palanca hacia su izquierda a la vez que empuja la puerta con el hombro y la cadera derechos.

La puerta se abre de golpe y choca ruidosamente contra la pared. Desde luego, hace suficiente ruido para despertar a Harrison. JJ se olvida de cerrarla y se precipita al interior a toda prisa. La habitación se halla a oscuras. Hay una cama, un sofá, una ventana y un fregadero. Pero Jenny no está. JJ da media vuelta. Otra puerta. La abre de un empujón.

Es un cuarto de baño diminuto. Jenny tampoco está ahí dentro. JJ regresa hasta la puerta astillada y la cierra. La casa tiene paredes más delgadas que el papel. Es muy posible que los vecinos de al lado lo hayan oído todo.

Prende la luz. En el suelo, junto al borde de la cama, está el teléfono de Jenny. Se le debe de haber caído y ha salido de casa sin él. Un olvido que le ha salvado la vida. Por el momento.

105

Turín

Hacía mucho tiempo que el desoldado Roberto Craxi no se veía obligado a yacer en un charco de su propia orina.

Si la memoria no le falla, sucedió veinte años atrás, en Nápoles. Una operación contra la Camorra salió mal, y su equipo y él quedaron atrapados en un vertedero durante casi un día entero. En el tiroteo que siguió mató a tres personas. Y hoy le gustaría mucho volver a matar.

La tumba en la que se halla encerrado parece haber sido pensada para que no pueda escapar. Se coloca boca abajo, se pone de rodillas y empuja con la espalda contra la pesada losa que constituye el techo.

Pero esta no se mueve lo más mínimo. Ni un milímetro. Ya hace un rato que se ha ido su captor, y Craxi sabe exactamente dónde está y qué está haciendo. A una bestia como él no le llevará mucho tiempo vencer la resistencia del hombre al que ha ido a visitar. Un científico que carece de valentía. Y cuando llegue ese momento, sabrá la verdad. Sabrá que él le ha entretenido, le ha retrasado.

Craxi hace una inspiración profunda y una vez más, dolorosamente, pega la espalda a la inamovible piedra del techo. Tiene que lograr salir. Es necesario que salga. Que escape antes de que sea demasiado tarde.

CUARTA PARTE

Quien controla el presente controla el pasado.

Quien controla el pasado controla el futuro.

GEORGE ORWELL

106

Turín

Desde pequeño, Mario Sacconi duerme con la ventana abierta. Hay algo en el hecho de cerrarla que le perturba y le mantiene en vela. Se siente oprimido. Tiene claustrofobia. Es una costumbre que ha dado lugar a que innumerables novias se quejaran del frío glacial que hacía en su habitación, y sin embargo nunca ha sido un problema que este atractivo genetista no haya podido resolver.

Anoche se fue a la cama con la elegante ventana de guillotina abierta y una hermosa interna brasileña agradecida de sentir el calor de su cuerpo. Ahora ya está amaneciendo sobre el frondoso bosque que rodea su hogar. Al abrir los ojos y percibir la luz rosada, se da cuenta del terrible error que ha cometido.

—Buongiorno —saluda un hombre vestido de negro de pies a cabeza que aguarda al pie de la cama.

—Vaffanculo! —exclama Sacconi intentando incorporarse. Pero el nudo corredizo se le aprieta un poco más, primero alrededor de la muñeca izquierda y después alrededor de la derecha. Busca frenéticamente a su amante y pregunta—: ¿Benedetta?

—Está en el cuarto de baño —responde Efrem señalando a su espalda—. La verás dentro de un momento.

Sacconi ha leído cosas acerca de los intrusos, sabe que a veces recurren a la violencia o al sexo cuando se les hace frente. Lo mejor es conservar la calma y no provocarlos. No convertir un simple allanamiento en algo más grave.

—Oiga, no quiero problemas. Llévese lo que quiera. Las llaves de mi Mercedes están dentro de mi pantalón, en esa silla. Tengo una caja fuerte, dinero y joyas. Estoy dispuesto a darle lo que sea.

El monje se echa a reír.

—Roberto Craxi.

Ese nombre hace enmudecer a Sacconi.

—Craxi es el motivo de que yo esté aquí.

—No sé a qué se refiere.

A través del pasamontañas lo miran dos ojos oscuros.

—Sí que lo sabe. Usted es Mario Sacconi. Craxi le dio dinero para que hiciera una cosa que no debería haber hecho. Usted abusó de su poder, de los dones que le concedieron Dios y la ciencia.

—No, no… Está usted equivocado.

Pero la expresión de los ojos del monje dice que sabe con toda seguridad que no se equivoca. Efrem se aparta de la cama y entra en el cuarto de baño. Al cabo de unos segundos vuelve a salir con la chica desnuda en sus brazos y la deja caer sobre le cama, al lado de Sacconi. La joven tiene las manos y los pies amarrados a la espalda. La boca amordazada con gruesa cinta aislante. Los ojos muy abiertos a causa del terror.

—Roberto Craxi le pagó para que usted analizase unas muestras que robó de la Sábana Santa. Quiero los resultados de esos análisis y las muestras que le queden todavía.

—Está usted equivocado. Le juro por Dios que no sé de qué me está hablando.

De improviso a Sacconi le explota un puñetazo en la cara. Deja escapar un gemido de dolor. Tiene la nariz rota. La sangre le mancha la boca y las mejillas.

—No pronunciarás el nombre de Dios en vano.

El monje busca en su pantalón militar negro y extrae un objeto que parece un estuche delgado y oblongo, bellamente decorado con madreperlas. El afilado estilete de dieciocho centímetros que sale del mismo pone fin a toda ambigüedad que pudiera haber respecto de su contenido. El monje sostiene el acero frente a los ojos del genetista, se cerciora de que este vea lo afilado que está, y a continuación agarra a Benedetta por el cuello y la arroja contra el cuerpo de su amante. Luego le aparta el pelo hacia atrás para que los ojos de la chica queden a la altura de los de Sacconi, para que el pavor de ella se mezcle con el de él.

—Y bien, ¿va a hablarme de esos análisis que ha realizado?

Sacconi sigue dudando.

El monje apoya la punta del estilete en la mejilla derecha de la chica, en la delicada piel que hay debajo del ojo, y observa la expresión del científico. Al instante se da cuenta de que la chica no le importa nada en absoluto. Sacconi no tiene sangre de héroe, entre ellos no existe ningún vínculo amoroso. Entonces aparta a la chica. Oye cómo cae rodando de la cama y choca contra la madera del suelo.

Acto seguido, le tapa la boca a Sacconi con una mano y, con toda calma, le clava la punta del estilete en la mejilla izquierda.

Los gritos amortiguados del científico duran casi un minuto.

Efrem retira el acero muy despacio. Permite que de la punta del mismo caiga una gota de sangre que se le introduce a Sacconi en los ojos.

—Voy a pedirle por última vez que me hable de los análisis que realizó por encargo de Craxi.

107

—Despierte, amigo mío.

Nic oye la voz, pero no tiene el cerebro lo bastante claro para contestar.

—Hay que ponerse en marcha. Vamos —lo apremia Fabio Goria poniéndole una mano en el hombro.

Karakandez se incorpora apoyándose en los codos. Parpadea al ver la luz diurna cuando el investigador privado descorre las cortinas.

—Estoy despierto, deme solo un minuto para despejarme.

—Voy a hacer café y huevos, y después salimos pitando —dice Goria saliendo de la habitación—. No tenemos mucho tiempo.

Nic se encamina con andar tambaleante al cuarto de baño, y, todavía con la sensación de estar medio borracho, se mete bajo la ducha. Al terminar, se seca con una toalla y se viste con una camisa a cuadros azules, limpia y de suave algodón, una cazadora de pluma color azul liso con capucha y unos vaqueros azules de Gap. Luego recoge su Blackberry de la mesilla de noche y escribe un correo electrónico dirigido a la luogotenente Cappelini.

Carlotta:

Esta mañana, cuando vengas a recogerme, no estaré en el hotel. Anoche me emborraché un poco con unos amigos que he conocido y terminamos en la otra punta de la ciudad. Después de comer te llamo para que quedemos en vernos.

Gracias.

Espero que te vaya bien el día.

Nic

A continuación pulsa la tecla de enviar y entra en la cocina sin tabiques, en donde se encuentra Goria sacando de la sartén unos huevos revueltos y gruesas lonchas de tocino.

—Sírvase usted mismo el café. —Indica con la mano una jarra de café recién hecho que está hirviendo en la máquina—. En la nevera hay leche y crema.

—¿Usted quiere?

—Sí. Lo tomo solo.

Nic coge dos tazas blancas de una balda y las llena de café. Los dos toman asiento en unos bancos tapizados de cuero ante una mesa de madera alargada, dispuesta de cara a un jardín funcional. Es el patio típico de un soltero. Sin flores, sin zonas cuidadas, principalmente ocupado por una terraza y una barbacoa, por si alguna vez surge la oportunidad de usar ambas cosas.

Anoche no encontraron tiempo para cenar, de modo que ahora Nic tiene más hambre de lo que pensaba.

—Los huevos están muy buenos.

—Grazie. A los niños italianos nos enseñan a cocinar bien.

—Algún día será usted una esposa excelente.

—Es muy gracioso. Coma deprisa, tenemos que irnos antes de que terminemos arrepintiéndonos hasta de lo poco que hemos dormido.

Ambos están exhaustos, pero saben que están echando una carrera a contrarreloj. Si el que secuestró a Craxi ha obtenido la misma información que les ha dado a ellos su mujer, Erica, solo es cuestión de tiempo que dicho individuo encuentre al científico del que se sirvió Craxi para analizar el ADN de la Sábana Santa.

Para las siete menos cuarto Nic y Fabio ya están dentro del Fiat con rumbo sureste, recorriendo la Via Antonio Sciesa y el Corso Giuseppe Garibaldi. Justo después de las siete llegan al ramal este de la Tangenziale Nord, y avanzan bastante hasta que llegan al peaje de la autopista de Milán, donde hay un camión enorme con un neumático pinchado. En la autostrada se aprecian las marcas que ha dejado el caucho negro al derrapar.

Son las siete y cuarto cuando toman la salida de Chivasso, y las siete y veinticinco cuando cierran sin hacer ruido las puertas del Fiat

y van andando hasta un pequeño chalé independiente que hay al lado de una colosal mansión.

—Ese castillo de ahí detrás —comenta Fabio señalando a lo lejos un palacio de ladrillos rosáceos y ventanas verdes cerradas— es Castagneto Po, el hogar familiar de Carla Bruni.

Nic recorre la lujosa propiedad con la vista.

—Imagino que después de vivir en un sitio como ese, una tiene que casarse con un presidente para seguir disfrutando del nivel de vida al que está acostumbrada.

—Pero ¿Sarkozy? —dice Goria encogiéndose de hombros mientras caminan—. Es un misterio que una bella italiana haya escogido a un enano francés.

Abre una verja negra de metal y ambos penetran en un sendero de grava de color miel que conduce a una hermosa casa de tres plantas, dotada de espectaculares vistas de las ondulantes colinas de Turín y de los viñedos que rodean estas.

El italiano indica con la cabeza el Mercedes SLK negro que está aparcado a un lado.

—Ese coche es de él. Está en casa.

Nic se lleva una mano a la cintura para tocar la pistola que le entregó Goria anoche.

Goria levanta la gigantesca argolla de bronce que hay en el centro de la puerta negra y reluciente y golpea con fuerza. Seguidamente se saca de la chaqueta una identificación falsa.

—Carabinieri! ¡Signore Sacconi, abra!

Nic va a inspeccionar la parte trasera de la casa. Mira con atención por todas las ventanas de la planta baja en un rápido reconocimiento, y luego regresa a la fachada principal.

—No hay señales de vida, pero en el segundo piso hay una ventana abierta.

Goria vuelve a guardarse la identificación. Levanta la vista hacia los canalones y los enrejados. Sabe lo que se espera de él.

108

Sede central de los Carabinieri, Turín

La luogotenente Carlotta Cappelini tiene muy mala cara. Se ha pasado casi toda la noche sin pegar ojo, y solo consiguió dormirse cuando vio que el coche registrado a nombre de la empresa del investigador privado Fabio Goria recogía a Nic Karakandez frente al hotel de este último y entraba en el garaje del domicilio del primero.

Ahora está de vuelta en el trabajo. Organizando su mesa. Leyendo los informes de su equipo de vigilancia y descubriendo que el americano y su nuevo amigo italiano acaban de salir de su refugio y han puesto rumbo a una casa situada cerca de Chivasso. Se vuelve hacia su ordenador y lee de nuevo el correo que le ha enviado Nic, lleno de bobadas, en el que le dice que ha pasado la noche por ahí y piensa llamarla más tarde. Teclea su número de móvil en el teléfono de sobremesa y lo llama por segunda vez.

—Buongiorno, Nic, soy otra vez Carlotta. Por favor, llámame lo antes que puedas, tengo una información importante que quiero comentarte.

No es verdad, pero sabe que tiene que establecer contacto rápidamente, de lo contrario corre el peligro de perderlo del todo. Y eso no debe suceder. Precisamente ahora, después de lo que ocurrió anoche.

El capitán Giorgio Fusco le hace señas desde el otro lado del cristal de su despacho, situado enfrente, para que vaya. Ese es uno de los peligros que entraña estar sentada en su línea visual. Carlotta deja lo que está haciendo y echa a andar hacia él con gesto cansado. Asoma la cabeza por la puerta y pregunta:

—Capitano?

—Pase. —Le indica un individuo de cabello corto y negro y trajeado de gris que se halla sentado en las sombras del despacho —. Le presento a Paolo. Es administrador del ROS, y un buen amigo.

El del Raggruppamento Operativo Speciale saluda con un gesto de cabeza y articula un educado: «Ciao». Pero sus ojos fijos no revelan el más mínimo interés por Carlotta.

Fusco va hasta la puerta y se cerciora de que ha quedado bien cerrada.

—Roberto Craxi ha sido visto en el centro de Turín.

—Eso no es ninguna noticia, señor. Sabemos que su mujer y él han vuelto recientemente de la casa que poseen en el campo.

Paolo introduce una mano en el bolsillo de su chaqueta y saca un fajo de fotografías en color que extiende en abanico, como si fueran naipes.

—Lo hemos captado con el circuito cerrado de televisión, empleando programas de reconocimiento facial.

Carlotta observa las fotos.

—¿Qué estaba haciendo?

—Sacar dinero de una cuenta bancaria que no sabíamos que tuviera, y probablemente muchas cosas más. —Paolo selecciona varias instantáneas—. Para cuando pudimos enviar operativos a la zona, ya se había marchado.

—¿Volvió a la casa de campo?

Paolo se encoge de hombros.

—Es posible. Ayer andábamos cortos de hombres.

—Es que el primer ministro se encontraba en los tribunales —explica el capitán con una sonrisa—. Más sexo y acusaciones de corrupción.

—Hace una hora, hemos registrado la cabaña de Craxi —dice Paolo—. Estaba vacía, pero su mujer y él habían estado dentro en las últimas veinticuatro horas.

—Volverá a aparecer en nuestro radar —apunta Carlotta intentando traslucir seguridad.

—Yo no estoy tan seguro. —Paolo apoya el dedo en una de las fotografías que tiene la luogotenente en la mano—. ¿Reconoce a esta persona?

Carlotta observa fijamente a un individuo de piel oscura y constitución atlética, ataviado con un abrigo negro.

—Aquí lo tiene veinte minutos más tarde, vestido de color verde —dice Paolo entregándole otra foto.

Carlotta estudia ambas instantáneas y niega con un gesto.

—No lo he visto jamás.

—¿No venía acompañando al americano del que está haciéndose cargo usted?

—No, que yo sepa. El agente de la policía de Los Ángeles viajó solo.

De pronto tercia el capitán:

—Sin embargo, sí que está trabajando aquí con un investigador privado italiano al que usted conoce, Fabio Goria.

Paolo eleva una ceja.

—Es un buen agente. Lástima que vayamos a quedarnos sin él.

Carlotta le devuelve la fotografía.

—¿Y quién cree usted que es este extranjero?

—Un problema. Eso es lo que es. Si no se hubiera acercado tanto a Craxi, ni siquiera nos habríamos percatado de su presencia. Lo estaba siguiendo, de eso no nos cabe duda.

De pronto suena el móvil de Carlotta. No espera a que le den permiso para contestar:

—¿Sí?

Los dos hombres permanecen atentos a su rostro, intentando descifrar lo que está ocurriendo. Carlotta tapa el micrófono y le dice a su jefe:

—Goria y el americano están en casa de Mario Sacconi, un científico de la Sezioni Investigazioni Scientifiche. Por lo visto, se proponen perpetrar un allanamiento.

109

El canalón metálico de color negro resulta ser tan útil como una escalera de mano. Se instaló en una época en la que los albañiles se preocupaban por los aguaceros, no por la seguridad, y se encuentra ubicado lo bastante cerca para que Goria pueda trepar por él y desde ahí estirar una pierna para alcanzar el dintel de piedra de la ventana de arriba.

Cuando, haciendo equilibrios, llega por fin a la cornisa, ve a un hombre y una mujer en la cama. Por un segundo cree que están dormidos, pero súbitamente repara en el río de color rojo que los separa a los dos. Entonces se vuelve de lado, se apoya contra el marco de la ventana y dobla una rodilla. Con las palmas de las manos pegadas al cristal, desliza hacia arriba la ventana entreabierta y se cuela por el hueco al interior del dormitorio.

El que está más cerca es el hombre. Se halla tumbado de espaldas, con la cabeza vuelta hacia la izquierda, las manos atadas a los postes de la cama y la garganta abierta. La mujer se encuentra a su derecha. Acurrucada y de costado. Las manos y los pies amarrados a la espalda. La melena negra no alcanza a disimular la herida fatal que presenta en el cuello.

Goria se santigua. Pasa por encima del edredón tirado en el suelo y echa una ojeada más de cerca al cadáver de Mario Sacconi. Tiene toda la cara manchada de sangre. Al parecer, le han roto la nariz, pero tiene también otra herida más curiosa… una profunda perforación en la mejilla izquierda. Goria posee experiencia suficiente para saber que dicha herida se ha hecho con un estilete, probablemente la misma arma responsable de la solitaria puñalada que seccionó la tráquea. Un trabajo limpio. Profesional.

Sacconi tiene las piernas levantadas hacia un lado, y se ve sangre que se ha encharcado entre las rodillas y el pecho. Goria la mueve

un poco. Todo está muy ensangrentado, pero se siente bastante seguro de que el científico ha sido apuñalado en el corazón.

Se aparta de él y rodea la cama para examinar a la mujer. Es joven, de veintitantos como mucho, y guapa. O por o menos lo era. Lo único que lleva encima su hermoso cuerpo son dos heridas: una en la garganta y otra en el corazón. Goria dedica unos momentos a imaginar cómo se las han hecho. Seguramente, el asesino tuvo que retirarle la larga melena y mirarla directamente a los ojos al tiempo que le hundía el acero en el tórax. A continuación, mientras ella luchaba por respirar, sin duda tuvo que inmovilizarla a causa de los gestos desesperados que hacía, colocar el estilete en la posición adecuada y atravesarle el corazón.

Examina la entrepierna de la joven y se agacha para poder ver debajo de los senos. No parece haber sufrido ningún tipo de vejación sexual. Han sido dos asesinatos profesionales. Nada más. Y nada menos. Desciende por la escalera y abre la puerta principal.

Nic se sobresalta y pregunta nervioso:

—¿Por qué ha tardado tanto?

—Sacconi está muerto. Y también la mujer que lo acompañaba. Hemos llegado tarde.

Nic da un paso hacia la puerta.

—No. No puede entrar.

—¿Cómo?

—Voy a tener que llamar a la policía. No podemos dejar aquí dos cadáveres y marcharnos sin más, y tampoco podemos alterar la escena del crimen más de lo que ya la he alterado yo.

—Pues llame. Yo voy a entrar de todos modos. El que ha matado a esta gente bien pudo matar a Tamara Jacobs.

Goria le deja pasar de mala gana. Nic sube las escaleras de dos en dos. Como solo hay un dormitorio abierto, percibe la muerte ya antes de entrar en el mismo. Lo primero que ve es la sábana blanca de la cama empapada de sangre, y a la chica con la cara vuelta hacia él. Se queda clavado en el sitio, extrae su Blackberry y busca la función de cámara fotográfica. Con rapidez y ademanes de profesional, va recorriendo la habitación y haciendo todas las fotos que puede. Se sube a una silla del tocador y toma varias

instantáneas panorámicas, después se aproxima a los cadáveres y fotografía de cerca todas las heridas.

Oye a Goria, que está en la planta baja hablando por el móvil. No tardará en llegar la polizia. Se guarda de nuevo la Blackberry, corre al baño integrado en el dormitorio y saca el rollo de papel higiénico de su soporte.

Los dos muertos yacen muy juntos en la cama; el asesino debió de tratarlos de malos modos, probablemente se rozó contra ellos la ropa o el vello del cuerpo. En las cuerdas que sujetan a Sacconi encuentra dos pelos cortos y de color oscuro, que posiblemente se desprendieron de las manos del asesino cuando este estaba haciendo los nudos. Nic corta varios trozos de papel higiénico, coloca los dos pelitos con cuidado en el centro y seguidamente pliega el papel para cubrirlos y protegerlos.

A continuación, centra la atención una vez más en la chica muerta. En la cinta adhesiva. Existe la remota posibilidad de que ese fragmento de plástico pegajoso que le tapa la boca contenga huellas dactilares del asesino. Nic sabe que si retira la cinta, un patólogo será capaz de discernir los hallazgos. Y también sabe que si se pone a manipular el cadáver, los Carabinieri se pondrán hechos una furia.

Pero lo hace de todas formas. Se inclina sobre la chica, busca el extremo de la cinta y la despega. No quiere que se doble sobre sí misma, pues con ello echaría a perder las huellas. De modo que, dándose prisa pero con sumo cuidado, coloca la cinta sobre el espejo del tocador y la estira bien.

—¡Nic, vamos!

—Un minuto.

Levanta la silla del tocador y destroza el espejo. Cuando está recogiendo los pedazos, oye pisadas en la escalera. Se apresura a rescatar el fragmento alargado de cristal que contiene la muestra que ha tomado.

Goria aparece en la puerta, horrorizado y con el teléfono móvil colgando de su mano izquierda.

—¿Qué está haciendo?

—No se preocupe. Deme las llaves del coche.

110

Santa Mónica, Los Ángeles

El ordenador transformado en zombi sigue dando vueltas por el cerebro de Amy Chang cuando esta pone fin a su carrera de todas las mañanas por las blancas arenas de California.

Horas de trabajo perdidas. Decenas de archivos estropeados. Dios quiera que se pueda rescatar parte de los documentos.

Toma una ducha, y después se viste con unos vaqueros y una sudadera rosa. El día tiene pinta de ser estupendo. Se sirve un vaso de zumo de naranja, abre la ventana de la terraza y se sienta a disfrutar de la cuña de sol que caldea su casa. Alguien ha infectado su Mac con un virus, y la última persona que le envió algo fue el profesor inglés, Hasting-Smith. Pero eso no tiene sentido; los catedráticos de Cambridge no mandan correos infectados. Sin duda, sus propios cortafuegos interceptarían esa clase de cosas. Pero tampoco se puede negar que sus programas se quedaron fritos después de que Hasting-Smith le enviase los informes. El lunes se lo contará a los de seguridad, a ver qué opinan ellos.

Apura el zumo de naranja y le viene a la memoria que todavía tiene que enviar a Mitzi el informe que le solicitó esta acerca de la Sábana Santa. De manera que deja de tomar el sol y enciende el ordenador portátil de casa. Pasa una hora intentando rememorar todo lo que anotó en el trabajo antes de que cascara el Mac, y después se centra en confeccionar una lista de los traslados que ha sufrido la Sábana Santa a lo largo de los últimos siglos; la geografía y la historia siempre ayudan a los patólogos a conocer mejor a sus víctimas y sus muestras.

Siglo XIII

Ray-sur-Saone, Francia: La Sábana permanece guardada en un féretro de un château.

Roussillon, Francia, 1287: Unos caballeros templarios afirman que se les ha mostrado un lienzo de lino alargado que lleva impresa la imagen de un hombre.

Siglo XIV

Anthon, Cruseilles, Rumilly y Mornex, Francia/Ginebra, 1358-1389: Se cree que la Sábana Santa ha estado en diversos lugares.

Siglo XV

Montfort, Francia, 1418: Permanece durante un corto período de tiempo en el castillo de Montbard, cerca de Montfort.

St Hippolyte sur Doubs, Francia: Guardada allí entre 1418 y aproximadamente 1453.

Siglo XVI

Turín, Italia: Desde 1578 se guarda casi de continuo en Turín (excepto durante la Segunda Guerra Mundial, cuando pasó siete años en Avellino, en la abadía de Montevergine).

Amy repasa la lista. En términos policiales, la cadena de custodios resulta dudosa, por no decir algo peor. La prueba —la Sábana Santa en sí— podría haber sido manipulada y contaminada decenas de

miles de veces. Por encima de todo, la enorme ausencia de detalles acerca de ella con anterioridad al siglo XIII dispara en Amy todas las alarmas investigadoras. Ningún tribunal del mundo —salvo tal vez uno que estuviera dentro de la Ciudad del Vaticano— fallaría que dicho lienzo perteneció a Jesucristo.

Saca de su bolso de trabajo una agenda Moleskine de color marrón. Dentro contiene una fotografía pequeña de la Sábana Santa. Debajo hay unas cuantas notas que tomó ella misma basándose en la suposición de que las marcas que aparecen en la tela las causó la sangre.

Amplias «marcas de sangre» en el cráneo, donde se afirma que se encajó violentamente una corona de espinas.

Nota: también hay marcas en la parte posterior del cráneo que concuerdan con heridas punzantes causadas por espinas de gran tamaño, y regueros de sangre que concuerdan igualmente.

Cuesta trabajo imaginar lo que pudo causar el círculo de marcas punzantes, como no fuera una corona o un casco de espinas.

Posible fractura de la nariz y daños en el cartílago nasal.

Decenas de marcas en el torso y en los brazos, posiblemente ocasionadas por una intensa flagelación. Las marcas parecen lo bastante grandes para corresponder a jirones de piel arrancados del cuerpo.

Pronunciada «marca de sangre» en la muñeca izquierda que concuerda con un clavo que la hubiera atravesado por el Espacio de Destot.

Los pulgares parecen estar vueltos hacia dentro. Concuerda con la lesión del nervio mediano.

Herida visible en el pecho, entre las costillas quinta y sexta del costado derecho. Concuerda con la penetración de la lanza.

Amy repasa todos los puntos de la lista. En su fuero interno, no hay la menor duda de lo que le están diciendo esas marcas. Que la víctima fue azotada de manera horrenda, que le encajaron en la cabeza algún objeto provisto de múltiples púas que causó

numerosas heridas y que fue crucificada. Pero ninguna de sus notas responde a la pregunta importante.

¿Quién era, exactamente?

111

Boyle Heights, Los Ángeles

Jenny Harrison acusa el malestar de la resaca incluso antes de abrir los ojos. Solo cuando mira a través de los párpados semicerrados las grietas y las telarañas del techo, le vienen a la memoria algunas de las cosas que sucedieron anoche. Esto no es su casa. Y tampoco está sola en la cama. Tiene a su lado a un hombre desnudo. Se vuelve hacia un costado y poco a poco va reconociendo ese enorme corpachón, fofo y cubierto de vello: es el tío del bar con el que estuvo bebiendo. Ambos compartieron un par de porros, él la invitó a unas copas, y ella terminó en su casa, bebiendo un pésimo vino blanco y fumando crack.

Ahora quisiera saber qué precio pagó por la generosidad y la compañía de este tío. La respuesta la encuentra al echar una ojeada al suelo, a un lado de la cama: su ropa está desperdigada por toda la habitación.

Se levanta con esfuerzo del hundido colchón y logra llegar hasta el cuarto de baño antes de echar la vomitona. Desde el lavabo todo salpicado de vómito alcanza a ver que su extraño compañero de cama todavía se halla fuera de combate. Abre el grifo y estudia la posibilidad de darse una ducha. Le gustaría, pero con ello corre el riesgo de despertar a la ballena, y no está por la labor de ponerse a charlar con él. De modo que pega la boca al grifo y expulsa unos trozos de comida de lo más raros. Luego se lava la cara y se limpia los restos de maquillaje con una toalla.

Cinco minutos después está fuera del bloque de apartamentos, preguntándose dónde diablos se encuentra. Al principio no reconoce el entorno, pero luego se acuerda. Había ido a casa de Kim a llamar

directamente a la puerta. Como se sentía deprimida y fastidiada, se detuvo en un bar próximo a Hollenbeck Park, un garito al que suelen ir ella y unas cuantas de las chicas cuando el negocio está de capa caída y necesitan recolectar un poco de dinero.

Echa a andar. Toma una ruta diferente. Una ruta que le permita pasarse una vez más por casa de Kim. Para cuando llega a las escaleras del edificio de su amiga, ya está agotada. Como aporrear la puerta parece ser una pérdida de tiempo, se arrodilla, abre la ranura del correo y la llama gritando todo lo que le da la voz de sí. Pero un instante después se deja caer de espaldas contra la pared. Se le pasan por la cabeza toda clase de posibilidades. A lo peor se ha tomado una sobredosis. A lo peor se ha puesto mala y se ha ahogado con su propio vómito. A lo peor se ha caído y se ha partido la cabeza. Puede haberle sucedido cualquier cosa.

Da media vuelta y se pone a gritar de nuevo por la ranura del correo. Esta vez se abren dos puertas del mismo rellano.

—¡Cállate de una puta vez! —ruge Holly Caniffe, una mujer de constitución compacta, vestida únicamente con unas bragas minúsculas.

Jenny vuelve a dejarse caer en el suelo.

—Está dentro, estoy segura. Y le ha ocurrido algo.

—Lo más probable es que esa puta amiga tuya esté durmiendo la mona de lo que se ha metido en el cuerpo, sea lo que sea —replica Caniffe—. ¿Por qué no te largas ya y nos dejas descansar a los demás? Estoy trabajando en el turno de noche.

—Que te jodan —contesta Jenny para librarse de ella.

De pronto aparece en la puerta el marido de Caniffe, Keegan, vestido con una camiseta ya gris por el uso y unos calzoncillos.

—¿Qué pasa aquí?

—Mi amiga. Estoy preocupada por ella.

—¿Y por qué coño?

—Porque me parece que está dentro de casa y se ha hecho daño.

—Apártese. —Keegan Caniffe calibra el tamaño de la puerta—. Déjeme un poco de sitio.

Jenny se aparta de la puerta con ademán cansino. Keegan centra la atención en la cerradura, toma carrerilla y le propina una fuerte

patada. Pero la cerradura aguanta firme y le hace rebotar. A punto está de caerse de culo.

—Mierda.

—Déjalo, amor. Lo más probable es que la vecina ande metida en algún bar. —Caniffe señala a Jenny y agrega—: Esta loca se habrá equivocado.

Pero Keegan no quiere dejarlo. Se siente herido en su orgullo, y no todos los días tiene uno la oportunidad de hacer trizas la puerta de la casa de alguien sin que los polis se le echen encima. Esta vez toma más carrerilla y embiste con más fuerza. Arremete contra la puerta con el hombro izquierdo y la abre de un empujón. Acaba entrando él mismo, tambaleante, y se cae de bruces sobre la sucia moqueta. Su mujer echa a correr tras él, seguida por Jenny y por el viejo Dobbs, que ha salido a ver qué era todo ese ruido.

—Aquí dentro huele que apesta —comenta Holly Caniffe tapándose la nariz al tiempo que ayuda a su marido a levantarse del suelo.

Jenny los deja a un lado y va derecha hacia el cuarto de estar. No hay ni rastro de Kim. Luego inspecciona la pequeña cocina y la zona de comedor, por si acaso la muy lela está tirada en el suelo, durmiendo la mona de alguna droga que haya tomado. Pero nada. Empieza a sentirse avergonzada. Lo más probable es que esa gorda sabihonda de Holly tenga razón, y Kim se haya ido a un bar de por ahí y esté con algún tío.

Abre la puerta del dormitorio. En el suelo hay un cuerpo. Un cadáver. Envuelto de la cabeza a los pies en una sábana blanca que antes estaba en la cama de Kim.

112

Turín

Dos de los mejores efectivos de los Carabinieri conducen a Fabio Goria hasta la sala de interrogatorios y lo dejan ahí solo, rumiando su situación.

No está detenido, pero sabe que fácilmente podría estarlo. Allanamiento de morada, posesión de armas, retención de pruebas, manipulación de una escena del crimen… van a leerle la cartilla a base de bien.

Transcurren casi treinta minutos hasta que el asfixiante silencio de la sala se ve interrumpido por la llegada de Carlotta Cappelini, la cual trae consigo unas esposas de hierro y una mirada de acero. No dice nada hasta haber tomado asiento en la silla de plástico negro y mohoso que se encuentra frente a él y haber colocado un cuaderno y un bolígrafo encima de la mesa sujeta con pernos al suelo.

—Nic Karakandez. ¿Dónde está?

Goria se apoya en los codos y la mira fijamente al tiempo que estudia la pregunta. Resulta interesante que la teniente haya empezado por ahí, en lugar de inquirir algo así como «¿Qué estaba haciendo usted en el domicilio de Mario Sacconi?». Ni tampoco «¿Qué sabe usted de los dos cadáveres encontrados en la casa?».

Nic.

El Arma dei Carabinieri tiene más interés por el paradero del policía de Los Ángeles.

«¿Por qué será? ¿Qué temen que pueda hacer o decir el americano?».

Goria se reclina en su asiento.

—No lo sé. Me ha pedido las llaves del coche. Yo se las he dado y él se ha marchado.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

El semblante de Carlotta refleja fastidio.

—¿Por qué le ha dado las llaves y por qué se ha marchado él tan deprisa?

—Se las he dado porque es amigo de un amigo. Y él se ha marchado, supongo, porque no le apetecía quedarse.

—Si continúa así, va a conseguir que…

—¿Qué? —replica Goria mofándose de ella—. ¿Que me detenga? —Se encoge de hombros—. Los dos sabemos que existe un cincuenta por ciento de probabilidades de que lo haga. Y eso no va a cambiar por nada de lo que yo diga en este momento.

Llega desde la puerta la voz del capitán Fusco:

—¿Qué le parecería que le quitáramos la licencia de investigador privado, Fabio?

Goria sigue poniendo cara de póquer.

—A la gente que me ha contratado no le importa que tenga licencia o no, Giorgio. —Sonríe—. De hecho, puede que me paguen más si se enteran de que, aunque me hayan detenido los Carabinieri, he permanecido fiel a ellos.

—Ahí le doy la razón. —Fusco se sienta en el borde de la mesa y sonríe al investigador desde las alturas—. Pero si le acusamos de asesinato, de doble asesinato, eso ya es distinto.

—Cierto. Eso sería una grave equivocación. Yo no he matado ni a Sacconi ni a la chica, y usted sabe que así lo confirmarán los forenses. Los dos cadáveres habían entrado ya en rígor mortis, y puedo demostrar que cuando murieron yo estaba en mi casa.

—¿Cómo? —Fusco se encoge de hombros—. ¿Por las horas registradas en las grabaciones de seguridad del sistema de vigilancia de su casa, que revelan cuándo entró y cuándo salió? Me parece que no. Ya nos las hemos llevado nosotros.

Goria sonríe. Recuerda que no ha de subestimar a esta gente; son buenos operando, están entre los mejores del mundo.

—Bueno, ¿y ahora qué? ¿Adónde quieren ir a parar?

—Tengo una propuesta que hacerle. —Fusco se levanta y comienza a pasear—. El americano se pondrá en contacto con usted, no me cabe la menor duda al respecto. Cuando lo haga, nosotros le habremos pinchado a usted el teléfono.

—Ya lo tendrá él previsto.

—Quizá. Pero da igual. Incluso puede usted advertirle de que es posible. Lo que importa es que a partir de ese momento usted reciba instrucciones nuestras. Le mandará ir a donde queramos nosotros, y cuando queramos nosotros. Si hace usted exactamente lo que le digamos, existe la posibilidad de que incluso olvidemos que estuvo en la casa de Mario Sacconi.

113

Boyle Heights, Los Ángeles

El efímero calor de este día de noviembre ya ha desaparecido para cuando Amy Chang cruza la ciudad y se reúne con el personal investigador de la escena del crimen en el apartamento de Kim Bass.

Había abrigado la esperanza de pasar un fin de semana libre de muertes, el primero en tres meses, pero está claro que no va a poder ser. Aparca junto al bordillo, delante del portal del destartalado edificio, se pone la bata blanca y saca el maletín del maletero del coche. El vaho de su respiración se queda congelado en el aire mientras cierra con llave y echa a andar por el sendero.

—Chang. Doctora Amy Chang —se presenta mostrando su identificación a un novato que está tomando nota de todo el que entra y sale de la escena del crimen.

—Buenas tardes, doc. —Ya habla igual que un veterano. La deja pasar y añade—: Es arriba, en la segunda planta. El agente encargado es el teniente Carter. Ya está dentro.

—Gracias.

La escalera está abarrotada de más agentes uniformados que van y vienen tomando declaraciones a los vecinos y probablemente quedándose por ahí haciendo tiempo, con el fin de no quedarse libres para acudir a otra misión siendo ya sábado por la tarde. En la puerta del apartamento hay un fotógrafo tomando planos generales del rellano y de las escaleras. También hay dos individuos de la policía científica esparciendo polvillo por las paredes, el pasamanos y el interruptor de la luz.

La entrada del apartamento, que rara vez se limpia, ya ha sido exhaustivamente fotografiada y examinada en busca de huellas, y se

han tomado decenas de pisadas tanto de hombres como de mujeres. También se han tomado impresiones de la suela de zapatos y botas en la moqueta y en las baldosas de todas las habitaciones. Como de costumbre, todo el interior de la vivienda se ha teñido de blanco por efecto de las ásperas luces de los forenses, que arrojan sombras de tamaño monstruoso por todas partes. En cuanto la elegante silueta de Amy se suma a las sombras chinescas que se proyectan sobre las paredes del cuarto de estar, Tyler Carter se vuelve hacia ella y le dice:

—Doctora Chang, le ruego que me disculpe por haberla hecho venir en mitad del fin de semana.

—Disculpado. ¿Dónde está el cadáver?

—En el dormitorio. Allí dentro hay poco espacio, de modo que lo he sellado hasta que llegara usted.

—Eso me va a ser de gran ayuda, gracias.

La mayoría de los policías no pueden evitar decir al forense lo que opinan ellos. Ya desde el principio le cuentan cuáles son sus teorías acerca de cómo murió la víctima, lo que seguramente había estado haciendo, cuál ha podido ser la causa de la muerte y cuánto tiempo lleva tumbada en el sitio. Pero Carter no. Tyler Carter no dice ni una palabra. Ni siquiera expresa una sola idea particular hasta que le pregunta el forense.

A Amy le basta dar un solo paso en el interior de la habitación para saber lo que tiene entre manos. Ya lleva seis meses siendo testigo de la misma escena. Una sábana o una colcha enrollada alrededor la víctima, de la cabeza a los pies. Esto ha sido obra del Sigiloso.

114

Turín

Nic está maldiciéndose a sí mismo.

Las dos horas de sueño de que disfrutaron Goria y él han costado la vida a un hombre. Si después de cerciorarse de que Erica Craxi estaba sana y salva hubieran ido derechos a casa de Mario Sacconi, este aún seguiría vivo, y a lo mejor el caso de Tamara Jacobs estaba mucho más cerca de quedar resuelto. Ahora, lo único que tiene para continuar es un último nombre, una última brizna de información que le proporcionó Erica: el mejor amigo de Sacconi, Édouard Broussard, un científico que antes era su jefe pero que ahora trabaja por su cuenta. Roberto Craxi hizo varios ingresos de sumas considerables a su nombre, por petición de Sacconi. Tiene que estar involucrado.

Mientras conduce, va escrutando con la mirada todos los carriles y todas las carreteras, en busca de coches policiales. No tardarán mucho en transmitir alarmas generalizadas para buscarlo.

La primera parada es de lo más extraña. Desde luego, no es lo que cabría esperar en un fugitivo. Mediante el navegador de su Blackberry, ha encontrado una empresa de paquetería cercana al aeropuerto que hace envíos a Los Ángeles de un día para otro. Empleando el embalaje que le proporciona dicha empresa, envuelve en papel de burbujas el trozo de espejo que se llevó del dormitorio de Sacconi y, por separado, el medallón que le dio Erica. Cuando Erica se lo entregó, comprendió plenamente la importancia que tenía. Y aunque no le dijo nada a Goria, sabía que era más que una imagen de san Cristóbal que traía suerte.

Garabatea una nota, añade el sobre que contiene las fotografías de la escena del crimen que con toda probabilidad fisgó el intruso que se coló en la habitación del hotel, sella el paquete y paga con su tarjeta de crédito. Por si acaso, le da al empleado veinte euros de propina a cambio de que le prometa que su envío estará a bordo del primer avión que salga de Turín.

Antes de marcharse, va al aseo y se lava. El viaje que le espera es largo y peligroso. Mientras se está secando con toallas de papel, se mira en el espejo del lavabo. Si se torcieran las cosas, esta podría ser la última vez que vea su rostro reflejado.

115

Walnut Park, Los Ángeles

El viejo autobús escolar de color verde emprende la marcha, y Mitzi se queda en la acera contemplando las luces traseras, sintiéndose violenta y despidiéndose con la mano de sus dos hijas. De improviso recibe la llamada de Carter para comunicarle que tienen un cadáver reciente.

Debe de ser vidente. Dijo que ya tocaba que el Sigiloso actuara de nuevo, que podía volver a matar en cualquier momento, y hete aquí que a las veinticuatro horas de decirlo demuestra que estaba en lo cierto. No le extraña que lo llamen el mago. Arranca su viejo coche y parte en dirección a Boyle Heights procurando no pensar más en Alfie ni en las niñas. Todavía la obsesionan las preocupaciones acerca de sus hijas y el estallido emocional que tuvo lugar en el restaurante italiano. Lo único que espera es que Jade se olvide de todo durante un rato mientras está en las pistas de esquí. La pobre lleva dentro tanto dolor y tanta rabia, que el solo hecho de pensar en ello ya resulta insoportable. Siempre fue la niña de papá, y siempre lo será, y superar eso va a suponer un duro esfuerzo para todos.

Mitzi duda en permitir que Jade vaya a ver a su padre. Hasta ahora, ha sido algo que ha descartado de plano. La mera idea de que su hija cruce las puertas de una cárcel ya le revuelve el estómago. Pero a lo mejor debería aceptarlo. Si eso es lo que quiere Jade de verdad, y si Alfie da su consentimiento, ella tendrá que apoyarla y acompañarla.

Poco a poco, la teniente va sacudiéndose los fantasmas de los horrores personales y empieza a pensar en su trabajo. Carter no

parece tan desagradable como lo pintan. No es que sea un tipo divertido, eso está claro, pero no puede haber duda de que es muy profesional. Hay una cosa que tiene clara: se alegra enormemente de no ser ella la agente encargada del caso del Sigiloso. A juzgar por lo que ha leído en los expedientes, ese tipejo es un psicópata de primera clase. Un individuo cien por cien sociópata al que el mundo le importa un comino.

Descubre el monovolumen de Amy aparcado junto al viejo bloque de apartamentos de estuco. Resultará agradable ver a su amiga, aunque las circunstancias no sean las más adecuadas.

Muestra su identificación y le franquean el paso. Cuando llega a la escalera, se enfunda el mono de Tyvek y los protectores para los pies y se dirige a la planta de arriba.

—Mitzi Fallon —se presenta sosteniendo en alto su placa al tiempo que entra en la vivienda—. ¿Alguien sabe dónde está Carter?

Una joven de la policía científica levanta la vista del sofá del que está recogiendo cabellos sueltos con unas pinzas.

—En el dormitorio del fondo, con la forense.

—Entendido.

Carter y Amy se encuentran en el rincón más alejado, cerca de la cabeza del cadáver.

—¿Tiene pensado jugar esta semana a la lotería, detective? Espero que no, teniendo en cuenta la capacidad que tiene para adivinar el futuro.

Carter casi sonríe.

—Mujer, treinta y dos años, nombre Kim Bass. Era inquilina de la casa, lo sabemos por las fotos y los documentos que hemos encontrado. Vivía aquí desde hace casi dos años. Lleva un par de días muerta. La doctora Chang está a punto de darnos más detalles.

—Hola, Mitz —saluda Amy con una expresión de cariño sincero—. Esta mujer murió estrangulada a causa de una ligadura. Ven aquí y míralo tú misma.

Mitzi rodea la cama y mira en la dirección que indican los dedos de su amiga, hacia la cara hinchada del cadáver.

—Fíjate en las marcas del cuello. Se distinguen cuatro líneas de cinco centímetros de ancho. Yo diría que las ha causado el cinturón

de piel de un pantalón de vestir, en vez de la típica correa gruesa que se suele usar con los vaqueros. —Amy levanta las manos como si estuviera sosteniendo los extremos del cinturón—. El asesino estaba de pie detrás de ella, le enrolló el cinturón alrededor del cuello, así, y después cruzó las manos para hacer más fuerza mientras la asfixiaba. —Deja de gesticular—. Ahora observa el cuello de Kim.

Mitzi se inclina.

—¿Ves esas marcas adicionales que hay en la tráquea y alrededor de ella? Las han hecho unos dedos y unos nudillos.

—Estoy dispuesto a apostar a que el asesino le dio la vuelta y la remató con la mano —tercia Carter—. Piel con piel.

Mitzi visualiza la escena.

—Quería verla morir.

—Y no solo eso. Además quería sentirla morir —puntualiza Carter señalando el cadáver—. Al principio yo no tenía seguro que fuera nuestro hombre, pero este final cara a cara está claro que es obra suya.

—¿Y no hay mortaja? —inquiere Mitzi.

Carter asiente.

—Estaba envuelta de la cabeza a los pies. No hay duda, ha vuelto El Sigiloso.

116

Turín

Efrem está conduciendo cuando de pronto le suena el teléfono móvil. Ya esperaba la llamada. Sabe que va a ser desagradable.

—Has dejado todo hecho un desastre —dice Carlotta Cappelini, serena pero irritada.

Al instante, el cerebro de Efrem se inunda de imágenes: la sangre en la cama, un interminable flujo de color carmesí que no cesa de manar del corazón, todavía palpitante, del científico. La novia encogiendo las rodillas en el afán de protegerse.

—No tuve tiempo de limpiarlo.

—Lo entiendo, pero no está bien. Ahora tenemos a más personas interesadas de las que era necesario tener.

—Lo siento.

—Excúsate con Dios, no conmigo. ¿Has obtenido la información que fuiste a buscar?

—Sí.

—Va bene. El detective del que te hablé ha desaparecido.

Efrem recuerda la fotografía que le envió Carlotta, la voz que oyó al atender el teléfono en la cabaña de Craxi, los objetos personales que registró en el hotel.

—Sí. Hemos detenido a su compañero, pero Karakandez escapó de la casa. Tiene un coche, un Fiat Bravo azul. Ahora te envío un mensaje con la matrícula. No subestimes a ese americano, no es tonto y ha venido desde muy lejos.

—Yo también.

—Pues entonces cerciórate de no ser tú el que termine decepcionado. Acaba el trabajo, y deprisa. Arrivederci.

Hará lo que desea Carlotta, pero todavía no. Antes tiene otro asunto del que ocuparse.

117

Nic vuelve a subirse al coche y se asegura de que el empleado del mostrador le vea dirigirse hacia la terminal del aeropuerto. Sabe que la policía de la frontera italiana seguramente cuenta con su descripción y su número de pasaporte, y de ninguna forma conseguirá pillar un vuelo que lo saque de Turín.

Cinco minutos después entra en el aparcamiento de un hotel barato situado cerca del aeropuerto y paga para dejar ahí el coche de Goria por un período de dos semanas. Ya lo encontrarán los Carabinieri, puede que incluso dentro de un par de horas, tiempo suficiente para que no le cause problemas.

Acto seguido toma un autobús de tránsito hasta la terminal del aeropuerto y sigue los letreros que indican el lugar donde se devuelven los coches de alquiler. Se dirige rápidamente a la zona más concurrida, la que está llena de familias con los nervios de punta porque los empleados son lentos o vagos, y temen perder el vuelo. Nic observa las idas y venidas, y no tarda en identificar qué compañía es la peor de todas. Incluso logra distinguir la nacionalidad de los conductores que pretenden devolver el coche alquilado. Los italianos maniobran a toda velocidad en dirección a los aparcamientos, cambiándose de carril con seguridad en sí mismos y tocando el claxon para meter prisa a la gente. Los extranjeros van aproximándose con cierto nerviosismo, mirando constantemente los indicadores, esperando haber acertado y no estar a punto de que estos los manden a dar una vuelta por las carreteras del aeropuerto, un rodeo que les haría perder un montón de tiempo.

Nic recorre a pie la fila más larga de vehículos y aporrea las ventanillas de varios de ellos hasta que da con un norteamericano, un tipo calvo de cincuenta y muchos años. Le enseña su placa del Departamento de Policía de Los Ángeles y se cerciora de llevar bien

abierta la cazadora de cuero para que los niños que van sentados detrás y la mamá que va en el asiento del pasajero vean la Beretta.

—¿Le importaría bajarse del coche, señor, y mostrarme su identificación?

—En absoluto, agente.

El ejemplar ciudadano se apea de su monovolumen Renault y se queda treinta centímetros y diez kilos por debajo del policía que lo solicita.

Nic estudia detenidamente la documentación del tal John Henry Watkins y añade:

—Señor, ¿le importaría acompañarme a la parte posterior del vehículo? —Por el camino, se pone una mano en la oreja y habla como si estuviera comunicándose a través de una radio de manos libres de la policía. Se vuelve de espaldas al conductor, que a estas alturas ya está nervioso, hasta el final de la conversación. Por último, se vuelve muy despacio para transmitirle la mala noticia—: Señor Watkins, estoy al mando de una unidad contra el terrorismo internacional que trabaja con los Carabinieri. Nos han pasado la información de que es posible que tenga lugar un ataque en este aeropuerto, y nos han pedido que busquemos un vehículo idéntico al que conduce usted.

—¿El mío?

—Así es, señor, el suyo. Me temo que voy a tener que confiscarlo, retirarlos de aquí a usted y a su familia e interrogarlos.

—Pero tengo que devolver el coche. Tenemos que regresar a casa, vamos a perder el vuelo.

—Ese no es mi problema, señor. Estoy seguro de que la policía italiana lo comprenderá y se ocupará de su caso lo antes que le sea posible. —Luego vuelve la vista hacia la larga fila de vehículos y añade—: Aunque puede que tenga que esperar bastante a que llegue el agente que está al mando. En este país las cosas van un poco más lentas.

Watkins se siente mortificado. Ya está notando las dificultades que entraña lidiar con unos niños cansados en un aeropuerto extranjero, por no hablar de su mujer, que es de las que aguantan poco.

—Oh, venga, agente, ¿no podría compadecerse un poco? Somos ciudadanos americanos, tengo que llegar a Chicago, llevar a mi familia a casa y volver al trabajo.

Nic se frota la barbilla con ademán pensativo y mira en derredor.

—Está bien. Mire, por la inspección que acabo de hacer respecto de usted, veo que es un hombre de familia, respetuoso con la ley, pero aun así tengo que hacer mi trabajo y llevarme este vehículo para efectuar un registro del mismo. Ya sabe cómo son esos trámites. Dice que su vuelo va a salir pronto, ¿no? —Watkins asiente —. En fin, a lo mejor podríamos hacer algo por usted. Si me entrega la documentación, puedo llevarlos a usted, a su mujer y a sus hijos hasta la terminal principal, y una vez que hayamos registrado el coche ya me encargo yo de devolverlo a la compañía. Pero tiene que prometerme que esto va a quedar entre nosotros; podrían despedirme por hacer algo así.

—Lo entiendo completamente. Y si hacemos eso, ¿nosotros nos iremos directamente a casa?

—Sí, señor.

—¿Y qué pasa con la fianza que tuve que dar?

Nic hace una mueca apropiada a la ocasión.

—¿Pagó con tarjeta?

—Sí.

—Ya encargaré a alguien que se ocupe del papeleo para que se la reintegren.

Watkins pone cara de alivio.

—Eso sería estupendo.

Nic consulta su reloj.

—Bien, ¿nos ponemos en marcha?

John Henry Watkins, con una amplia sonrisa, extiende una mano sudorosa y, agradecido, le entrega al detective las llaves del coche.

118

Sede central de los Carabinieri, Turín

Carlotta Cappelini se reclina en su silla y se aparta de la pantalla de ordenador que le ocupa casi toda la mesa. Tiene delante, así, con el impresionante detalle de la alta definición, el trabajito que ha llevado a cabo Efrem. Ha revisado hasta el último fotograma examinando, o fingiendo examinar, la fatal escena del crimen que ha tenido lugar en el domicilio de Mario Sacconi. Ese monje es una auténtica bestia.

En el borde de la mesa aparece una joven agente del cuerpo.

—Para usted, señora —dice al tiempo que le entrega una única hoja de papel.

Cappelini observa que la joven morena clava la vista en la pantalla, que en ese momento muestra la herida que produjo el estilete al atravesar directamente el corazón de Sacconi. La luogotenente toma el ratón y saca la foto del monitor.

—Grazie. Eso es todo.

La chica recobra la compostura y se va.

Cappelini echa una mirada al documento. Es un informe de la actividad detectada en el teléfono del americano. Resulta que, después de huir de la escena del crimen, lo ha utilizado varias veces. Ha hecho unas cuantas búsquedas empleando el navegador de Yahoo!, ha localizado una compañía de paquetería y de servicios logísticos ubicada cerca del aeropuerto y a continuación ha llamado.

Piensa enviar algo.

Algo tan importante que tiene que cruzar una frontera, aunque no pueda cruzarla él.

No. Cappelini coge el teléfono imposible de rastrear que utiliza para llamar al monje y marca el número de este.

—Escucha con atención. Voy a enviarte en un mensaje la dirección de una empresa de paquetería que hay cerca del aeroporto. Tienes que ir enseguida, averiguar qué ha dejado allí Karakandez para que salga por avión e impedirlo. A toda costa. ¿Me has entendido?

—He entendido.

Se corta la llamada y Cappelini envía el mensaje. Por el cristal del despacho de su jefe ve que Fusco está con el mayor y con el comandante. Sabe exactamente lo que están diciendo. Y no va a ser nada bueno para el policía de Los Ángeles.

119

Aeropuerto de Caselle, Turín

La familia Watkins, agradecida, se despide de Nic agitando la mano, de pie al lado de sus maletas, y Nic, a su vez, con sentimiento de culpa, devuelve el saludo desde el asiento del conductor del monovolumen. Los deja junto a las puertas giratorias de la terminal y arranca de nuevo para abandonar la zona de descarga de viajeros e incorporarse al tráfico principal.

Una vez que ha dejado atrás el recinto del aeropuerto, detiene el coche en una tranquila carretera sin asfaltar con el fin de programar el navegador por satélite para el largo viaje que se dispone a emprender. La pantalla táctil es tan diminuta que le hacen falta varios intentos para introducir la dirección que le dio Erica Craxi: la de Édouard Broussard, el antiguo jefe de Mario Sacconi.

Entra en funcionamiento el pequeño ordenador y automáticamente anuncia que el trayecto es de 366 kilómetros, que durará algo menos de cuatro horas, que será necesario tomar dos autopistas de peaje y que costará cuarenta euros en concepto de combustible.

Enciende otra vez el motor y reza para que este viaje no resulte ser mucho más caro de lo que le ha prometido el ordenador.

120

Boyle Heights, Los Ángeles

Mitzi aparca frente al domicilio de Jenny Harrison diciéndose que ojalá estuviera en cualquier otro sitio que no fuera este. Teniendo en cuenta sus propios problemas personales, lo que menos necesita profesionalmente es ponerse a interrogar a una joven acerca del modo en que descubrió el cadáver de su mejor amiga.

Llama a la puerta de la vivienda, que parece haber sido forzada, y al momento la abre de un tirón, desde el otro lado, un policía vestido de uniforme. Es un individuo moreno, de treinta y tantos, ya cargado con un exceso de peso y de actitud.

—Teniente Fallon —se presenta Mitzi mostrando la placa—. ¿Tienen aquí dentro a una tal Jenny Harrison?

—Por desgracia —contesta el agente al tiempo que abre la puerta del todo—. Es una tipa de cuidado.

—¿A qué se refiere?

—A la lengua que tiene.

—Bien. Lengua es lo que necesita tener para poder responder a mis preguntas. —Mitzi levanta la vista al pasar—. ¿Qué le ha ocurrido a la puerta?

El agente la cierra empujando.

—Harrison dice que han entrado ladrones. Que este barrio está lleno de chulos y yonquis.

Mitzi entra en una habitación llena de humo y hace un esfuerzo para no toser. Su mirada se posa en una pobre mujer, rubia de bote, que fuma un cigarro tras otro sentada en un viejo sofá marrón de fibra, de dos plazas.

—Jenny, soy Mitzi Fallon. Acabo de estar en la casa de tu amiga. Necesito hacerte unas preguntas. ¿Quieres que hablemos aquí o en la comisaría?

Harrison levanta la vista y la ceniza del cigarrillo se le cae sobre el reposabrazos del sofá.

—¿Qué le ha pasado a Kim? —pregunta con voz drogada—. ¿Qué le han hecho?

—Eso es lo que tenemos que averiguar, Jenny. —Al aproximarse a la chica le ve los ojos. Está más que colocada. Seguramente habrá estado fumando porros sin parar desde el momento mismo en que vio el cadáver de su amiga. Pero no se lo puede reprochar—. Ve a darte una ducha y a cambiarte de ropa. Ahora te llevo yo a comer algo.

—No quiero ducharme, y no tengo ni pizca de hambre.

Mitzi se agacha para mirarla a la altura de los ojos.

—No es una oferta, cielo, sino una orden. Tengo un asesinato que resolver, y colocada no me sirves de nada.

Harrison jura para sus adentros. Se levanta trabajosamente del sofá y desaparece en el cuarto de baño dando un portazo. El agente de uniforme se acerca a Mitzi y comenta:

—Por lo que se ve, la chusma tiene carácter. Esta debe de ser la primera ducha que toma este año.

—Puede que esa chica sea una guarra, pero usted es un gilipollas. Dentro de diez minutos ella estará limpia, en cambio usted seguirá siendo un gilipollas.

—Lo he dicho por decir.

—Pues no lo diga. El primer paso para que deje de ser tan capullo es que cierre la bocaza.

El agente uniformado se aparta disimuladamente y finge ir a inspeccionar la destrozada puerta de la entrada.

Mitzi pasea alrededor de la casa. No hay fotografías enmarcadas, ni teléfono fijo, ni cocina, tan solo un televisor pequeño y antiguo, un microondas y una tetera. Descubre un edredón que en otra época fue blanco pero que actualmente está lleno de manchas de café y quemaduras de cigarrillo. Las sábanas tienen pinta de no haberse cambiado nunca. Levanta el colchón y encuentra un extraño

alijo: decenas de condones, un cuchillo de cortar verduras de aspecto un tanto agresivo y una ecografía de un feto tomada dentro del vientre materno. Es una foto de la decimosexta semana, fechada hace dos años. Adivina que Harrison se quedó embarazada y perdió el niño, o bien abortó. El hecho de que haya guardado la foto indica que alberga pensamientos de ser madre.

Mitzi deja caer el colchón, se sacude las manos y pasa a inspeccionar la zona de la cocina. En la puerta de la pequeña nevera hay un par de instantáneas sujetas por imanes con forma de frutas. En una se ve a Harrison y a la joven muerta en un local nocturno, ambas riendo y sosteniendo en la mano enormes cócteles adornados con pajitas y mucho verde. En la otra están en la playa, en bikini, lanzando besos con la mano a la cámara. Harrison está mucho más guapa que en la actualidad. Mitzi adivina que la foto de la playa seguramente fue tomada en verano, y que la de los cócteles corresponde tal vez a la Nochevieja.

Dentro de la nevera hay cuatro envases de comida precocinada, una tarrina de margarina barata, un paquete de queso en lonchas, ya mohoso, cuatro latas de atún y una botella de vodka llena hasta menos de la mitad. Los dos armarios que hay junto al fregadero de cubeta única se hallan vacíos, salvo por unas cuantas tazas desiguales unas de otras, tres cuencos y dos platos.

Harrison vuelve a entrar en la habitación con cara de cansada, pero un poco menos colocada. Está desnuda, a excepción de la toalla de color verde desteñido que a duras penas cubre sus partes pudendas. Su cabello rubio platino se ha transformado en un montón de greñas de color castaño. Mitzi va hasta la puerta y la abre para que salga el policía uniformado.

—Concédanos cinco minutos.

El agente se alegra de salir. Harrison abre un armario empotrado y saca de él una camiseta de un rosa descolorido y unos vaqueros negros. O no tiene ropa interior limpia o no quiere ponérsela. Introduce los pies descalzos en unas deportivas mugrientas y luego se seca el pelo con la toalla.

—El secador cascó. Tengo el pelo igual que uno de esos perros que son todo lanas.

—Estás bien así. El policía de fuera dice que te han entrado ladrones en casa. ¿Qué se llevaron?

—Nada. No había nada que llevarse. —Pero baja la toalla y se da cuenta de que ha sido demasiado sincera por su propio bien—. Mierda, no es verdad. Me robaron un poco de dinero que había estado ahorrando, era para las vacaciones, como quinientos dólares, y también algo de bisutería y el teléfono móvil, que era nuevo.

—Ya, claro. Y para cuando lleguemos a la comisaría, seguro que te acuerdas de que también se llevaron ese televisor de plasma 3D de cincuenta pulgadas, además de los vestidos de Valentino y pares de zapatos de Jimmy Choo como para calzar a un ciempiés.

121

Turín

El ruido despierta a Roberto Craxi.

Un golpe sordo. A continuación otro. No tiene idea del tiempo que ha estado dormido. Se nota calor, y en el aire huele a rancio… y Craxi se siente débil a causa de la falta de agua. De pronto se sacude el suelo que tiene debajo. Cerca de ahí ha caído algo que pesa mucho. De repente se oye otro golpe sordo.

Y otro más.

Termina deduciendo de qué se trata. Alguien está quitando piedras grandes del suelo. Dentro de pocos momentos quedará libre… o estará muerto.

El ruido ya se oye más nítido. Piedra contra piedra. Rocas que alguien está apilando encima del suelo para afianzar este. Las de encima han sido retiradas; ahora está siendo levantada la última de ellas. Craxi hace acopio de todas sus fuerzas, tanto físicas como mentales, y se prepara para la gran apertura de la tumba.

Silencio.

Adivina que su captor está pensando la manera de retirar la tapa de la tumba. No le conviene inclinarse sobre ella y empujarla, porque quedaría en una postura desequilibrada y desprotegida. Y tampoco va a intentar deslizarla hacia sí, y correr el riesgo de que se le caiga encima. No, lo que hará probablemente será apartarla un poco por un extremo, el extremo donde tiene Craxi la cabeza; es la única manera de permanecer ubicado directamente encima de él.

Craxi ha dado en el clavo. Efrem levanta la losa hacia su izquierda con un potente movimiento. Entonces realiza su maniobra el antiguo soldado: sale de un brinco, lo más rápidamente que puede.

El monje se desploma de espaldas. Ya esperaba encontrar resistencia, pero ni tan rápida ni tan fuerte como esta.

En cambio a Craxi se le doblan los tobillos en cuanto toca el suelo con los pies.

El monje mueve apenas la mano derecha. Es un movimiento que dura una fracción de segundo, pero resulta decisivo. Craxi ve el destello demasiado tarde. Se aferra el abdomen.

Efrem contempla cómo forcejea Craxi con el afilado estilete de acero en el que se ha empalado.

Craxi aferra el acero con ambas manos y procura no derrumbarse. Pero se le nubla la vista y cae de rodillas.

Efrem se acerca a él. Observa con gesto indiferente la sangre que ha empezado a empapar la camisa de su cautivo y hace un frío cálculo. «Así va a tardar mucho tiempo en morir. Mucho tiempo».

Pasea alrededor de Roberto. Se sitúa a su espalda. Le agarra la cabeza con el hueco del brazo y, de un violento tirón, le rompe el cuello.

122

Nic se encuentra con tráfico lento nada más seguir los indicadores de la Tangenziale Ovest-Sud/Savona/Piacenza. «Pues vaya con la fiabilidad de las predicciones del navegador». Le lleva más de una hora pasar de la A55 a la A6. Se le pasa por la cabeza llamar a Mitzi y a Amy, hay cosas que tiene que contarles a las dos, diligencias que es necesario llevar a cabo. Pero no tiene intención de utilizar el teléfono móvil que lleva en el bolsillo. Con la excepción de la breve búsqueda que hizo en la red para encontrar la empresa de paquetería, lo tiene apagado desde que se separó de Fabio, y así lo va a dejar. Tarde o temprano encontrará una cabina telefónica. A partir de ahora, el móvil es únicamente para las emergencias.

Al cabo de cincuenta kilómetros y cuarenta minutos, se tropieza con otro embotellamiento en una carretera de peaje que conduce a Savona. Intenta acallar las estridentes bocinas de los coches encendiendo la radio. Cuando por fin vuelve a adquirir velocidad, se da cuenta de que llevaba la atención tan concentrada en detectar los monovolúmenes azul oscuro de los Carabinieri o los otros, blancos y de azul más claro, de la Polizia que apenas se ha percatado de la extraña mezcla de áreas urbanas y agrícolas que van pasando por las ventanillas del monovolumen. Ya está menguando la luz mortecina del invierno cuando el navegador por satélite interrumpe sus pensamientos para anunciar la hora estimada de llegada: aún quedan más de dos horas para llegar al destino elegido.

Es posible que dicho retraso en realidad suponga una ventaja. Con suerte, pillará a Broussard descansando sano y salvo en su casa. No posee ninguna foto del científico, tan solo la descripción que le proporcionó Erica: alto y delgado, elegante, cabellera gris plata y barba gris inmaculadamente recortada. Fácil de localizar. También existe una señora Broussard, Ursula. Es menuda y redonda.

Cabello moreno y manos pequeñas, de ratoncillo. Le resultó gracioso que Erica se la describiera así.

Nic obedece fielmente las órdenes del impasible navegador por satélite y toma la salida de peaje que lleva a Savona. Ya debe de estar a mitad de camino. La principal pregunta que le da vueltas en la cabeza es si estará yendo por delante o por detrás del individuo que asesinó a Mario Sacconi y a su amante, el mismo que, está convencido, también mató a Tamara Jacobs.

Y si está yendo por detrás, ¿qué ventaja le sacará el otro? Ve los siguientes indicadores, iluminados por el haz de luz de los faros. Justo está entrando en Francia. Ya no va a tardar mucho en hallar las respuestas a esas preguntas.

123

Centro de los Ángeles

Los sábados, la fábrica funciona con un mínimo de personal. En parte se debe a la recesión, pero sobre todo a que son pocas las empleadas que están dispuestas a trabajar el fin de semana. Son malos tiempos, pero el atractivo que tiene ser pobre y en cambio disfrutar del sol de California puede más que ser unos cuantos dólares más rico y estar encerrado en una sauna todos los días de la semana, sobre todo el sábado.

John James se encuentra en su oficina, incapaz de concentrarse. Está pensando en Kim Bass. Ha sido una operación torpe. Quizás incluso innecesaria, se ha segado una vida por un motivo inadecuado. Normalmente, las cosas están claras. Los que necesitan que se los ayude a pasar al otro lado son completos desconocidos. Dios lo guía hasta ellos, los escoge Él mismo con la misma nitidez que si los alumbrara con una linterna.

Pero lo de Bass ha sido distinto. Bass era una persona conocida. Una descarada enemiga de la mujer a la que amaba él. A la que ama todavía. Lo atormenta pensar que la ha matado impulsado por el odio y la rabia.

No ha sido la voluntad de Dios, sino únicamente una represalia por haberse burlado de Em.

Y luego está la propia Em. Dios los juntó a los dos. Dios le enseñó que era posible que otra persona causara en él una conmoción que jamás hubiera sido capaz de imaginar. Pero ¿había entendido mal? ¿Aquellos anhelos eran buenos o malos? Lo cierto era que con Em se había sentido distinto. Sus sentimientos estaban profundamente agitados. El afecto que sentía hacia ella le había

hecho ver de forma diferente todas las cosas, la vida… e incluso la muerte.

Ha empezado a cuestionarse. ¿Habrá sido todo esto una forma de poner a prueba su fe? ¿Igual que cuando Jesús ayunó en el desierto y Satanás lo tentó para que convirtiera las piedras en pan? Sí. Eso es lo que ha sido Em, una prueba de fe. Y él ha fracasado. Ya había leído en alguna parte que los hombres débiles eran apartados de su sagrada misión por las malas artes de las mujeres. Ahora lo entiende todo. Esto ha sido obra de Satanás.

Introduce una mano por debajo de la camisa para tocar las cicatrices que están formándose encima de los cortes ocasionados por la cuchilla. No se ha herido lo suficiente. No ha hecho suficiente penitencia por el dolor que ha causado a Dios. Se araña repetidamente el estómago con las uñas hasta que acaba viendo sangre en las yemas de los dedos. Entonces inclina la cabeza y reza pidiendo perdón. No reza solo por el alma de la mujer a la que amaba, sino también por la de Kim Bass, la mujer a la que no debería haber matado.

124

Francia

Tras haber recorrido ciento sesenta kilómetros por la A10, Nic enlaza con la A8 y toma la salida indicada como Nice-Nord.

Incluso a oscuras advierte que este es un lugar en el que le gustaría pasar una temporada. Con tiempo para perderse en los pueblecitos desperdigados por las serpenteantes carreteras de montaña. Para relajarse comiendo marisco en un restaurante que mire al mar. Para hacer cualquier otra cosa que no sea perseguir asesinos.

Está más cansado de lo que creía. Se percata de ello cuando, al girar con el amplio monovolumen en una rotonda, oye el chirrido que hacen los neumáticos en el momento de enderezar el volante. No es bueno. No es nada bueno, teniendo en cuenta el enemigo que lo está aguardando en la oscuridad. En la siguiente rotonda agudiza más la atención para tomar la salida del Boulevard Paul Rémond.

A partir de entonces comienzan a ser más frecuentes los giros y las curvas. A la derecha en el Boulevard Comte de Falicon, otra vez a la derecha en la Avenue du Ray, a la izquierda en el Boulevard Cessole, recto por Gambetta, a la izquierda para entrar en la Rue du Maréchal Joffre, a la derecha en Rue de Rivoli, y salida para tomar la Promenade des Anglais. La voz informatizada del navegador anuncia que pasados trescientos metros habrá llegado a su destino.

A su sino.

Aparca a cien metros de la mansión de Édouard Broussard y apaga el motor. Examina la pistola que le dio Goria, sale del vehículo y hace el último tramo del viaje a pie.

125

Boyle Heights, Los Ángeles

El local que lleva por nombre Joe's Steak and Surf está pintado en vivos tonos rojos y verdes, que recuerdan a una feria, y parece un Frankie and Benny's para pobres. Se encuentra abarrotado de gente, porque Joe ofrece a su clientela un menú de tres platos más una copa de vino al precio de diez dólares por persona.

Mitzi y Jenny Harrison toman asiento ante un banco alargado de plástico rojo que está situado junto a la cocina. Harrison descubre de pronto que tiene apetito y pide un entrante de patatas con su piel, recalentadas, y luego un filete gigantesco, una ración de patatas fritas y una montaña de guisantes como para parar un tren.

—¿Les apetece un postre? —La pregunta proviene de la camarera, una mujer de mediana edad que, según declara la placa que lleva prendida, se llama Suzie—. ¿Tarta de nueces pacanas, brownie de chocolate o helados de diferentes sabores? Va incluido en el precio del menú.

Mitzi saca un fajo de billetes de la cartera y busca a ver si tiene alguno de cinco o de diez.

—Vamos a pasar, gracias.

Suzie no está acostumbrada a que la gente pase del postre, siendo este gratis.

—¿Está segura? Puedo envolverles una ración de tarta para llevar.

Está a punto de decir que no, pero de pronto interrumpe Jenny:

—De acuerdo, traiga la tarta.

Suzie esboza una sonrisa y desaparece.

Mitzi termina de contar el dinero.

—He visto las fotos que tenías en la nevera, en las que estás con Kim. Por lo que se ve, erais buenas amigas.

—Fuimos al mismo colegio. Para mí era como una hermana. Estábamos todo el tiempo juntas.

—¿Ligabais clientes juntas?

Durante un segundo, Jenny estudia la posibilidad de mentir.

—A veces.

—¿Habéis cabreado a alguien recientemente?

—¿A un cliente, quiere decir?

—Exacto.

Jenny reflexiona unos instantes.

—No, que yo recuerde. La mayoría se van más que satisfechos.

—¿Habéis atendido a muchos clientes juntas en, digamos, estos dos o tres meses?

Esta vez Harrison pone cara de preocupación.

—Esto es entre tú y yo, no tiene que ver con Hacienda ni con nadie más. Solo me interesa saber con quién estaba viéndose Kim.

—Hay varios clientes fijos. —Harrison titubea unos instantes, pero carece de energía suficiente para censurar las cosas como hace siempre—. Y también tenemos a un tío que cuida de nosotras. A veces… ya sabe… espera que las dos lo hagamos con él.

Mitzi la mira con expresión maternal.

—La vida es una mierda, y la mayoría de las veces es por culpa de los tíos que forman parte de ella. No son más que máquinas de fabricar mierda.

—Eso no hace falta que me lo diga.

—Ahora, cuando vayamos a la comisaría, necesito nombres y números: del chulo, los clientes, los novios, antiguos amantes. ¿De acuerdo?

Jenny está demasiado metida para hacer otra cosa que asentir con la cabeza.

Mitzi se reserva las preguntas hasta que regresa Suzie, la camarera.

—Aquí tienen. He puesto una ración de tarta y un brownie. Espero que los disfruten.

—Seguro que los disfrutará alguien. —Mitzi se pone de pie y entrega a la camarera un platito blanco con el dinero de la comida y una propina de cinco dólares—. Gracias por cuidarnos tan bien.

—Ha sido un placer.

Harrison se levanta y coge el paquete de los postres, al tiempo que se aleja la camarera. Le gruñe el estómago a causa de la impresión de haber ingerido comida después de tanto tiempo.

—Oiga, ¿ese poli va a dejar abierta la puerta de mi casa cuando se vaya?

—No, no te preocupes. Vamos a ponerte una cerradura nueva, y ya recogerás la llave cuando lleguemos a la comisaría. —Mitzi le sostiene la puerta del restaurante—. ¿Te han entrado alguna otra vez en el piso?

—Sí, un par de veces. Como a la mayoría de la gente. Seguro que ha sido una de las brujas que viven al lado.

Recorren a pie el corto trecho que hay hasta donde se encuentra el coche. Mitzi desbloquea las puertas con el mando a distancia y se dirige al lado del conductor.

—¿Te ha desaparecido alguna cosa? —Mira a Jenny con expresión severa por encima del techo del coche y recalca—: ¿Te ha desaparecido de verdad?

Jenny niega con un gesto.

—Me parece que no. Puede que el teléfono. Pero no estoy segura. Anoche estaba bastante colocada, así que pude dejármelo en cualquier parte, o a lo mejor se me cayó.

Mitzi se sube al coche y espera a que Harrison haya entrado y se haya abrochado el cinturón.

—Y ese teléfono, ¿era de tarjeta o de contrato?

—De contrato. Tengo una tarifa especial: al final sale más barato que esos de usar y tirar. Ya toca actualizarla. He pensado que a lo mejor me regalaban uno esos adenoides.

Mitzi arranca el motor al tiempo que suelta una carcajada.

—Se dice androides. —Luego se señala la cara y explica—: Las adenoides son unas glándulas que tenemos en la parte posterior de la nariz, cerca de la garganta.

—¡Mierda! —exclama Harrison, riendo—. Llevo meses diciendo adenoides.

126

Francia

A dos pasos del coche, Nic ya huele la sal y oye el rumor de las olas del Mediterráneo que rompen en la oscuridad, a su izquierda. No se le escapa el hecho de que el caso que está siguiendo se iniciase en las dunas de Manhattan Beach y pueda acabar en las playas de arena de la Costa Azul.

Se palpa una tensión incómoda en el aire. Una tensión que no sentía desde el día en que colgó el teléfono de su apartamento y se dio cuenta de que su mujer y su hijo se habían ido a dar un paseo sin él.

La muerte flota en el aire.

Está cerca del que asesinó a Tamara. Cerca de una fuerza capaz de acabar con la vida de un inocente sin sentir remordimientos.

La villa de Édouard Broussard, una mansión de estilo años veinte, se halla ostentosamente iluminada por el resplandor dorado de unas luces de seguridad y es plenamente visible desde la histórica Promenade des Anglais. Ubicada en una esquina de terreno elevado, detrás de unos elegantes muros de piedra, constituye una propiedad de primera clase, provista de ventanales alargados y estrechos y de una doble escalinata de color blanco que asciende hacia una gigantesca puerta de entrada construida con madera de caoba.

Nic encuentra cerrado el paso por una doble verja negra de hierro forjado. Pulsa un botón que hay en una placa de latón y espera.

De un altavoz oculto sale una voz femenina, refinada y madura, que le habla en francés:

—Bonsoir. —Más que un saludo, es una pregunta—. Qui est là?

—Hola, necesito hablar con Monsieur Broussard.

La voz responde en inglés:

—¿Quién es?

Nic se percata de una tenue luz que parpadea por encima de él. Ve que hay una cámara de vídeo conectada al telefonillo.

—Señora, soy Nic Karakandez, del Departamento de Policía de Los Ángeles. —Extrae su placa y se la enseña al objetivo—. Esta es mi identificación. Con gusto le facilitaré el número de teléfono de mi supervisor de la policía de Los Ángeles.

El crepitar del telefonillo se interrumpe, y lo que sigue es simplemente silencio. Nic, mientras espera, otea la calle secundaria y la avenida principal; gracias a Dios, no hay indicios de que lo hayan seguido. Un timbre electrónico anula el cierre de las verjas, y estas comienzan a abrirse. Nic las cruza, y seguidamente oye cómo se detienen y vuelven a cerrarse a su espalda.

Para cuando llega al pie de la escalinata de piedra ya se ha abierto la gigantesca puerta de la mansión y ha aparecido por ella un caballero alto y de porte distinguido, cabello y barba grises, que observa atentamente al recién llegado.

Nic tiene la seguridad de que se trata de Édouard Broussard. Se permite una sonrisa. Temía haber llegado demasiado tarde, estaba convencido de que nada más entrar iba a encontrarse con otro cuerpo destrozado… o dos.

—¿Monsieur Broussard?

—Oui. Bonsoir. —Con destreza, se apresura a cerrar la puerta tras él, pues no desea que su mujer oiga lo que no debe—. ¿Qué es lo que quiere?

El detective vuelve a mostrar su placa.

—Es sumamente necesario que entre a hablar con usted. Estoy convencido de que su vida y también la de su esposa corren peligro.

Broussard reacciona con actitud escéptica.

Nic advierte en sus ojos que está dudando.

—Acabo de llegar de Turín. Han asesinado a Mario Sacconi. Y me parece que tanto usted como yo conocemos el motivo.

El semblante del científico se tiñe de miedo. Abre de nuevo la puerta y ofrece:

—Pase.

Nic pasa al interior de un zaguán cerrado, cuyo suelo aparece revestido por una gruesa moqueta de fibra de coco. En un rincón domina un antiguo perchero que semeja un flaco centinela de color marrón.

Broussard echa el cerrojo a la entrada principal y a continuación conduce a su invitado por un resplandeciente vestíbulo de suelos de mármol iluminado por una gigantesca lámpara de araña y forrado de enormes espejos de marcos dorados. Al llegar a una puerta de brillantes paneles blancos, hace girar el pomo de la misma, de bruñido latón, y penetra en un estudio espacioso y sin ventanas.

—Podemos hablar aquí dentro. Esta habitación me sirve de despacho, es segura.

Nic recorre con la vista las paredes de roble y se imagina que detrás de ellas debe de haber cajas fuertes, alacenas y cajones repletos de secretos de paternidad y casos judiciales.

—La verdad es que me gustaría que pidiera a su mujer que viniera también.

Broussard frunce el entrecejo.

—¿Por qué?

El detective se abre el lado derecho de la cazadora y deja ver la Beretta.

—Para que yo pueda protegerlos. Si el que asesinó a Mario viene a esta casa y ustedes se encuentran en habitaciones separadas, al menos uno de los dos acabará muerto.

127

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

La sala de interrogatorios es mucho menos acogedora que Joe's Steak and Surf, pero con un cigarro y un café, Harrison se aviene a hablar y a escribir los nombres de los clientes. A decir verdad, le cae bastante bien esta mujer policía. No es tan cabrona como suele ser la mayoría. Probablemente se debe a que es policía de Homicidios, en vez de Estupefacientes.

—Pues ya está —finaliza, empujando sobre la mesa de melamina el papel con seis nombres escritos, para que lo vea Mitzi.

—En tu opinión, ¿alguna de estas personas podría querer hacer daño a Kim?

Harrison se hunde los dedos en el pelo y se rasca el cuero cabelludo, como si estuviera buscando piojos. El mero hecho de recordar a Kim muerta en el suelo ya le acelera el corazón.

—Puede que Marlon.

—¿El chulo?

Harrison afirma con la cabeza y apura el último centímetro del cigarrillo.

—¿Os pegó alguna vez?

—No más que la mayoría.

—¿Qué te hizo?

—¿A mí? Nada, una bofetada aquí y allá cuando me iba de la lengua. Pero una vez se le fue la mano con Kim y le partió dos dientes.

Ese comentario le trae a la memoria a Alfie, y quizá por primera vez se siente verdaderamente contenta de haberse librado de él.

—Pero luego le pagó las fundas que le puso el dentista —prosigue Harrison con una sonrisa—. Quedó guapísima. Supongo que pensó que si no se las pagaba, perdería dinero. A ver, nadie quiere que le haga un trabajito un vampiro que solo tiene dos dientes, ¿no?

Mitzi está pensando en lo mucho que le gustaría a ella hacerle un trabajito al tal Marlon: arrancarle la cabeza de los hombros al muy capullo, limpiamente, con un calibre 45.

—Y aparte del chulo, ¿qué me dices de los novios y los exnovios? —Le pasa una hoja de papel en blanco—. Nombre y dirección de todos los que hayan sido significativos en estos dos últimos años.

—¿Significativos? —Harrison se echa a reír—. Ojalá hubiera tenido Kim esa suerte. Los tíos la consideraban una puta barata.

—De las que se pasan unos amigos a otros.

—Lo ha pillado.

—¿Hubo alguien que le importase a ella?

Harrison hace memoria.

—Hubo un tío. Estuvo saliendo con él como seis meses, hasta que se enteró su mujer.

Mitzi da unos golpecitos en el papel.

—El nombre.

—D'rick Watts. —Harrison empieza a escribir—. Era más feo que Picio.

—¿Y por qué le gustaba a Kim?

—No lo sé. Porque era bueno con ella. Porque a veces le hacía regalos. No hay muchos de esos. Vive encima de la tienda de azulejos que hay junto a la autovía de Pomona, al final de la calle Seis Este. No me acuerdo de cómo se llama. Tenga cuidado con su vieja, tiene un carácter de perros.

—¿Y la familia de Kim? ¿Algún pariente interesante?

—Como ya le dije al poli de uniforme, Kim no tenía familia. A su viejo no lo conoció, y su madre se marchó de casa cuando ella era pequeña y vivían en Las Vegas. Se crio en orfanatos y con familias adoptivas.

De pronto se abre la puerta de la sala con un chirrido y aparece por ella el enorme rostro redondo de Deke Matthews.

—Fallon, salga un momento.

Mitzi mira a Jenny y comenta:

—Hay cosas a las que una chica no puede negarse…

El capitán sostiene la puerta, y vuelve a cerrarla una vez que ha salido Mitzi.

—¿Ha sabido algo de Karakandez?

—No he tenido ese placer.

—Pues más vale que llame a ese hijo de puta y averigüe a qué diablos está jugando.

—¿Capitán?

—Acabo de recibir una llamada de los Carabinieri de Turín. Hoy, nuestro Nicky y un investigador privado han allanado un domicilio, el mismo en el que después se ha encontrado a dos personas muertas.

—¿Muertas?

Matthews la mira furibundo.

—¿Quiere que le explique lo que significa esa palabra?

—No, señor.

—Y seguidamente Karakandez se ha dado a la fuga, no sin antes haber interferido en la escena del crimen y haberse llevado muestras forenses.

—No puede ser lo que parece, capitán.

—Tiene razón, detective, no puede ser. —Dirige la mirada más allá de Mitzi, hacia la sala de interrogatorios, y añade—: Cuando acabe con esa maleante de ahí, localice a su chico y aclare esto antes de que se presente aquí el comisario a patearme los huevos.

Matthews se va hecho una furia. Mitzi deja pasar unos segundos antes de entrar de nuevo en la sala de interrogatorios. Tiene que hacer un esfuerzo para no pensar en Nic y volver a concentrarse en el asesinato. Adopta una sonrisa para volver con Harrison y reanudar la conversación.

—¿Ha trabajado Kim en estas últimas semanas?

Harrison la mira de soslayo.

—En el empleo de día, no el de por la noche —aclara Mitzi.

Ahora lo entiende.

—Sí. Trabajamos en el mismo sitio. Cobramos el salario mínimo por pasarnos el día metidas en una sauna que hay en el distrito

textil.

—¿Dónde?

—En Tejidos Fahed, que está en West Olympic Boulevard. El empleo se lo conseguí yo.

—¿Haciendo qué?

—Coser. Cortar. Remendar. Sobre todo sábanas, cortinas, cosas así.

El distrito textil de Los Ángeles abarca un centenar de manzanas. Mitzi se lo conoce de cabo a rabo. Cuando se tiene que administrar un hogar con escasos recursos económicos, es necesario frecuentar tiendas de ropa de segunda mano y saldos de almacén.

—Sois muchas mujeres juntas. Imagino que eso puede dar lugar a que haya de vez en cuando peleas de gatas.

—Sí, de vez en cuando. Pero en general nos llevamos todas bien. —Jenny se asoma a su taza de café—. ¿No podríamos repostar?

—Claro. Dentro de un minuto haremos un descanso. Antes, termina de hablarme de tus compañeras de trabajo. ¿Se peleó Kim con alguna de ellas?

—Ninguna se metía con ella… ni conmigo. Nos divertíamos, ya sabe. Siempre había un poco de cabroneo, pero nadie nos faltaba al respeto.

Mitzi aborda la cuestión desde otro ángulo.

—¿Cabe la posibilidad de que os propasarais con alguna, que os pasarais de la raya?

—¿Qué quiere decir?

—Que dierais motivos a alguien para que os guardara rencor.

Harrison se rasca una ceja.

—Ya no. Hubo una chica, pero se marchó. Se llamaba Emma. Emma Varley. Era el ojito derecho del jefe, ya sabe cómo son esas. Trabajaba tanto que a su lado todas parecíamos unas vagas. Y nos reíamos un poco de ella. —Harrison se lleva dos dedos a la mejilla izquierda—. Tenía aquí una marca de nacimiento que siempre estaba intentando disimular, así que cuanto más se empeñaba en tapársela, más nos reíamos nosotras.

—¿Alguna vez se puso violenta?

—¿Se está quedando conmigo o qué? —Harrison se echa a reír—. No sabría cómo. Esa chica era un ratón.

—Los ratones pueden ser peligrosos, pregúntaselo a un elefante. Esa fábrica, Tejidos Fahed, ¿quién es el gerente? ¿Existe un señor Fahed o su mujer?

—Es un tío, pero no le vemos mucho, quizás una vez al mes. Tiene un par de tiendas en el centro, todo de segunda mano. La fábrica la dirige un supervisor que se llama James. Nosotras le llamamos Cara de Besugo.

—¿Es el nombre o el apellido?

Harrison frunce el ceño.

—James, ni lo de Cara ni lo de Besugo —aclara Mitzi.

—Es el apellido. No sé el nombre de pila. No sabe hacer la o con un canuto. —Reflexiona unos instantes y luego añade—: Aunque, para ser justa, tengo que decir que estos últimos días ha estado amable. Llamó a la policía por mí, intentó averiguar si Kim tenía algún problema y necesitaba una fianza. —Vuelve a tocar la taza—. De verdad que necesito más cafeína. Si no, déjeme fumar un poco de hierba.

—Lo único que vas a recibir es café. —Mitzi agita el fajo de papeles que ha escrito Harrison—. Voy a decir que te traigan otra dosis, y mientras tanto pondré a mi gente a trabajar con estos nombres y a enterarme de si los de Robos ya te han arreglado la puerta.

—Una dosis sería genial.

—Una dosis de cafeína —aclara Mitzi al tiempo que sale de la sala.

—Oiga, ¿le importa que le pregunte una cosa?

—Cómo no.

—¿Por qué es usted tan amable conmigo? No sé, la mayoría de la gente piensa que soy una puta payasa y me tratan como a una mierda. Y usted, ¿por qué no?

—A lo mejor porque no eres una mierda. A lo mejor porque es tu vida lo que es una mierda, y tú simplemente hueles a vida. —Mitzi regresa a la mesa—. Sal de todo esto y vuelve a empezar, Jenny. Ayúdame a atrapar al que ha matado a tu amiga, y habrás hecho

algo bueno. Habrás hecho borrón y cuenta nueva. Y entonces podrás decirte a ti misma que te mereces empezar otra vez desde cero.

Harrison asiente, y por un segundo Mitzi casi tiene la sensación de haber hecho contacto. Si hubiera cogido a esta muchacha unos años antes, tal vez habría podido darle un giro radical a su vida.

128

Francia

Ursula Broussard va vestida discretamente, con una blusa blanca de seda y una falda azul plisada que le llega hasta los tobillos. Los únicos indicios reales de riqueza son el triple collar de perlas que lleva al cuello, la gruesa alianza de oro y el enorme diamante de la sortija de compromiso.

—Ya sé que les va a sonar raro —empieza Nic, los tres de pie en el estudio—, pero necesito que salgan los dos de esta casa, y además lo más rápidamente posible. —Luego centra la atención en Édouard—. Hoy mismo he visto en Turín el cadáver de su antiguo colega, monsieur Broussard. Había sido torturado y asesinado en su cama. Por un hombre que le quitó la vida sin pensárselo dos veces. —A continuación se vuelve hacia Ursula—. Y también habían asesinado la joven con la que había dormido, después de que la maniataran y amordazaran.

La señora Broussard se tapa la boca y se aprieta contra su marido. Este, por su mujer, adopta un gesto de valentía.

—¿Y usted conoce el motivo?

—Los dos conocemos el motivo —replica Nic con una expresión que dice que ha llegado el momento de dejarse de tonterías—. Usted analizó un ADN tomado… corrijo, robado, de la Sábana Santa de Turín. Y ahora hay alguien preparado para matarlo por culpa de lo que descubrió.

Antes de que Broussard pueda responder, interviene Ursula:

—¿Cómo ha conseguido usted nuestra dirección, monsieur?

—Me la dio Erica Craxi.

Ursula afirma con la cabeza y después pregunta con voz titubeante:

—¿Se encuentran bien, Erica y Roberto?

Nic no quiere mentirle.

—No exactamente. Roberto ha desaparecido… aunque creemos que sigue vivo. En cambio Erica sí se encuentra a salvo. Yo mismo me he asegurado de ello.

Ursula se protege la boca con la mano y dice algo a su marido en voz baja, en francés, que Nic no consigue oír ni entender.

Pero Édouard sí. Édouard ha hecho muchas locuras en la vida, sobre todo por dinero, pero rara vez hace caso omiso de los consejos de la que lleva treinta años siendo su esposa. Sin decir nada, va hasta un panel de madera que hay detrás de Nic y lo oprime con fuerza con la palma de la mano derecha. Se abre una puerta. Él termina de abrirla del todo y deja al descubierto una caja fuerte, achaparrada y de color negro, que medirá como medio metro por medio metro, provista de una ruedecilla para la combinación. El refinado científico tarda casi treinta segundos en introducir una complicada secuencia numérica. Al fin tira de una gruesa barra de acero y abre la caja.

Nic consulta el reloj. Ya lleva casi diez minutos dentro de la casa. Seiscientos segundos con los que ha contado el asesino de Mario Sacconi para estrecharles el cerco.

El francés saca lo único que hay dentro de la caja fuerte: un sobre tamaño A4, sellado y protegido con cinta adhesiva.

—Aquí está —dice sosteniéndolo en alto—. Todo. Los resultados en su totalidad. La transparencia original. El archivo de datos y los restos que han quedado de la muestra.

Nic se lo quita de la mano y lo rasga por un extremo. Dentro hay un brillante plástico de tamaño A4 que lleva impreso lo que parece ser un gigantesco código de barras. Es una huella genética. Tal vez la más importante del mundo. ¿Acaso el ADN de Dios? ¿O podría ser simplemente el de una persona desconocida? Hay también una bolsita de plástico que contiene unas raspaduras de color oscuro y un minúsculo microchip de ocho gigas insertable en un puerto USB. Junto con varios apuntes y cartas. Documentos escritos a mano y a

máquina, en italiano y en francés. Otro en inglés. De Tamara Jacobs para Roberto Craxi.

Nic levanta la vista. Pero no para mirar a Édouard; ya le ha quedado claro quién toma las decisiones en casa de los Broussard.

—Madame, tenemos que irnos de aquí, inmediatamente.

—Pues vámonos —contesta Ursula Broussard abriendo la puerta del estudio—. Nuestra vida está en sus manos, monsieur.

129

Édouard Broussard pulsa el timbre del panel, y al momento comienzan a abrirse las verjas de hierro de la parte posterior de la villa. Casi sin hacer ruido, saca el BMW 7 de color negro por el camino para coches y sale a la calle lateral.

Nic va sentado en la parte de atrás, con la cabeza agachada y la pistola justo por debajo del borde de la ventanilla. Ursula utiliza el teléfono del coche para hacer varias llamadas mientras su marido enfila hacia la Promenade. A su izquierda rompen las olas, blancas y ruidosas. Por su derecha van pasando lujosos hoteles. Nic va escrutando el tráfico por todos lados. Para cubrir la parte trasera y los costados, se sirve del espejo retrovisor de dentro y de los espejos exteriores.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —inquiere.

—Diez minutos, no más —responde Ursula inclinándose entre los dos asientos delanteros.

—¡No me mire! —exclama Nic—. Vuélvase. Recuerde que en el coche van solo usted y su marido.

—Pardon —dice ella, sobresaltada por semejante falta de modales.

A Nic eso le trae sin cuidado. A quienquiera que secuestró a Roberto Craxi, que era un antiguo agente especial, no le conviene tener ninguna ventaja frente a un matrimonio de clase media y un policía cansado por el desfase horario.

El coche aminora al tropezarse con un largo embotellamiento causado por un camión enorme que está cruzando ambos carriles. Los conductores que tienen alrededor se esfuerzan por continuar, y comienzan a atronar con las bocinas.

Nic se pone cada vez más tenso. Los atascos son mala cosa. Van a convertirse en un blanco fácil. El vehículo que llevan delante se para del todo, y Édouard se ve obligado a detener el enorme BMW.

Nic ve por el espejo retrovisor una motocicleta que se acerca; viene zigzagueando por entre los coches parados, buscando huecos. El motorista va vestido todo de cuero negro y lleva un casco integral. El disfraz perfecto para un asesino. Nic se echa sobre el asiento trasero, se afianza contra la puerta y agarra la pistola con las dos manos.

La motocicleta culebrea entre los coches. Llega a la altura de la ventanilla trasera del costado derecho. Nic apunta la Beretta hacia el casco. Las ventanillas del BMW están tintadas de oscuro, por lo que calcula que el motorista no le estará viendo. La moto avanza otro poco. El motor ruge. Nic tensa los dedos sobre el gatillo. El motorista llega a la altura de Ursula Broussard.

Nic cambia de postura y toma puntería por encima del hombro de Ursula. No merece la pena apuntar al casco del motorista, que es de Kevlar. Va a tener que ser al cuello o al cuerpo. De repente se oye un rugido. La moto tuerce a la derecha. Nic se inclina hacia la izquierda y cambia los brazos al otro lado. Se ha ido. La moto sale como un rayo. Tan solo queda el ruido, un estruendo en tono grave que confirma la explosión de la gasolina y de los humos del tubo de escape, y que se va perdiendo por un estrecho hueco que había entre el tráfico. Nada más.

El motorista solo pretendía fisgonear. Simplemente quería echar un vistazo al interior de un sedán de la gama alta para ver cómo era y qué clase de persona podía permitirse un coche así, que cuesta más de cien mil euros. Nic respira con más facilidad cuando el embotellamiento se disipa y descubren los indicadores del aeropuerto Côte D’Azur.

130

De improviso suena el teléfono móvil que reposa sobre el asiento del pasajero.

Efrem lo recoge.

—Sí.

—¿Dónde estás? —pregunta Carlotta Cappelini con modales bruscos.

—Delante de la villa. Las luces están encendidas. Estoy viendo el coche que conducía el americano.

Carlotta supone que el monje se refiere al Fiat de Fabio Goria.

—No están ahí. Ni el americano tampoco.

Efrem otea el recinto.

—¿Qué quiere decir?

—Exactamente lo que he dicho. Nuestra unidad de comunicaciones ha detectado un GPS instalado en el teléfono de Édouard Broussard. Y como estaba desplazándose en dirección oeste a una velocidad de cincuenta por hora, es razonable pensar que dicho teléfono está dentro del coche y que se dirigen al aeropuerto.

Efrem arranca el motor.

—¿Tiene aún la señal?

—Sí. —Carlotta echa una mirada al mapa que aparece en la pantalla de su ordenador y al punto anaranjado que parpadea—. Ponte en marcha, ya te voy guiando yo.

Efrem quita el freno de mano y sale a la vía principal, la Promenade.

—¿Impediste que se despachara el paquete?

Efrem ya se temía que Carlotta le preguntara esto.

—He llegado demasiado tarde. Ya había salido.

—¿Demasiado tarde?

Efrem prefiere no explicar qué es lo que le ha retrasado. No podía permitir que Craxi tuviera una muerte lenta en el interior de aquella

tumba, y tampoco podía permitirse el riesgo de que lograse escapar.

Cappelini está furiosa.

—¿Y si te ha reconocido algún empleado de la compañía o le da tu descripción a alguien?

—Eso no va a suceder.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Estoy seguro. Lo único que queda de ellos son cenizas. Y las cenizas no pueden hablar.

131

Édouard Broussard entrega las llaves del BMW a un aparcacoches uniformado del hotel Sheraton, que se encuentra justo enfrente del aeropuerto.

Ya es demasiado tarde para tomar un vuelo que salga del país. Nic y el matrimonio han reservado habitaciones, y partirán a primera hora del día siguiente. Ursula se irá a Suiza, a casa de un amigo: un veterano diplomático que dispone de un servicio de seguridad las veinticuatro horas. Nic y Édouard volarán a París y seguidamente tomarán otro vuelo a Los Ángeles, donde prestarán declaración ante la Brigada de Homicidios. O por lo menos ese es el plan que tiene Nic para que todos estén a salvo y él mismo pueda librarse de la investigación.

Recogen las llaves y suben los pequeños bolsos de equipaje que han preparado a toda prisa a las habitaciones que les han asignado, contiguas, en la tercera planta. Nic echa el cerrojo y la cadena a la puerta de Ursula, y además encaja una silla debajo del picaporte, por si acaso. Édouard y él se retiran a la otra habitación, y se ocupa de cerrar la puerta del mismo modo.

Édouard abre el minibar.

—Necesito beber algo. ¿Usted quiere?

Nic sí quiere. Quiere tomarse unas cuantas cervezas frías y después una copa de Jack Daniel's, pero hay una vocecilla que se impone a su deseo de relajarse.

—Solo agua, por favor.

—Como quiera. —Édouard saca para sí dos coñacs en miniatura y le pasa a Nic una botella de agua sin gas—. El que mató a Mario, me parece que sé algo al respecto, sé de dónde vino. —Vacía el coñac en un vaso—. Esa guionista suya, madame Jacobs, la conocí en Italia, con Roberto. La vimos juntos cuando fuimos a verificar los

resultados del análisis de ADN. Estaba preocupada por la precisión de las pruebas, tratándose de un tejido tan antiguo.

—La entiendo. Una muestra viable que tiene muchos siglos de antigüedad… Yo no hubiera pensado que siquiera fuera posible.

—Al contrario, era muy posible. —Édouard descarta incluso la idea de no haber sido capaz de llevar a cabo semejante análisis—. Mario empleó la habitual técnica PCR, ¿sabe qué es?

Nic ha analizado el ADN de suficientes violadores para haber adquirido unos conocimientos básicos de dicho proceso.

—Creo que sí. Significa Reacción en Cadena de la Polimerasa. La emplean los laboratorios para reconstruir una muestra cuando no existe bastante código genético para realizar un perfil completo.

El francés sonríe.

—Ha efectuado usted un crudo análisis de un gran descubrimiento científico que hace más de veinticinco años le valió a su inventor el Premio Nobel de Química, pero es bastante exacto. Mediante la técnica PCR es posible amplificar un único fragmento de ADN miles o millones de veces, hasta que se obtenga suficiente información genética para realizar un perfil fiable.

—Pero ¿no había suficiente en el caso de la Sábana Santa?

—Sí la había, pero nosotros queríamos verificar los resultados empleando dos técnicas y dos analizadores distintos. Así que decidimos usar una tecnología nueva, algo más moderno que la PCR estándar.

—¿El qué?

—La amplificación del micro ARN.

Nic pone cara de perplejidad.

—No tengo tiempo para explicarlo. Imagine que el ARN es como el ADN, como un código genético. Pero compuesto por un solo filamento en vez de dos, con una cadena mucho más corta de nucleótidos que el ADN. —Hace un alto, como si estuviera tomando una decisión—. Digamos únicamente que el micro ARN, sumado a equipos comerciales más modernos como Mini-FGiler e Identifier Plus, arrojó un resultado más fidedigno, algo de lo que estábamos seguros de que haría sentirse más cómoda a la comunidad científica.

—¿Y qué esperaba demostrar Tamara Jacobs con los resultados?

—La identidad del hombre que contiene la Sábana Santa. Creía que podría utilizarla para demostrar, o refutar, que se trataba de Jesucristo.

—Pero ¿de qué forma? —Nic arruga el entrecejo—. Para eso, ya tendría que contar con una muestra de ADN de Cristo para comparar.

—No necesariamente.

Nic se siente confuso.

—Sí, necesariamente. Es un problema al que nos enfrentamos nosotros todo el tiempo. Se obtiene el ADN de una escena del crimen, pero es preciso compararlo con el del sospechoso. En esencia, la Sábana Santa era la escena del crimen de Tamara Jacobs, sin embargo le faltaba el sujeto.

—Así es, pero ella sabía que había uno.

—No entiendo.

—Tamara estaba convencida de que existía otra muestra. Una que no procedía de la Sábana, sino de la cruz en la que murió Cristo.

132

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

Ya son casi las doce de la noche cuando Mitzi, en compañía de Tyler Carter, termina de procesar la declaración de Jenny Harrison. Ha probado varias veces a llamar al teléfono de Nic, pero no ha conseguido hablar con él. Mañana, Matthews se pondrá otra vez hecho un basilisco.

Aunque podría llamar a un taxi para Harrison o pedir a un agente que la devuelva a su casa, decide llevarla ella misma en su coche.

La brigada de Robos ha cumplido lo prometido, y Harrison, agradecida, desliza la llave nueva en la cerradura que acaban de instalar en la destrozada puerta de su piso.

—Deberíamos tener una cinta de inauguración que cortar, o algo así. En esta casa no ha habido nunca nada nuevo. —Se vuelve hacia Mitzi y le ofrece—: ¿Le apetece tomar una copa? Tengo vodka.

—No, gracias. Estoy agotada. Ya tienes mi número de teléfono, el lunes busca una cabina y llámame. O antes, si te acuerdas de algo o simplemente estás en un apuro y necesitas hablar.

—Gracias.

Se queda mirando cómo se cierra la puerta y espera a oír el chasquido de la cerradura. El mundo está lleno de Jennys Harrison, mujeres solas que nacieron en los barrios bajos y se han quedado ahí. Durante el trayecto de vuelta va pensando en la ecografía que encontró debajo del colchón y preguntándose si algún día Jenny conseguirá rehacerse y tener la suerte de casarse y tener hijos. A pesar de todos los problemas que ha tenido ella con Alfie, pasaría otra vez por todo si fuera necesario para tener a Jade y Amber.

Aparca y entra en casa. La encuentra horriblemente vacía. No está Alfie. No están las niñas. Únicamente ella en su soledad. Esto la lleva a preguntarse cómo será su vida cuando las niñas abandonen por fin el nido. Consulta el reloj. Ya no falta mucho para que sea la una de la madrugada, pero no va a poder dormirse. Sus pensamientos comienzan a divagar. Allá en la estatal de California ya deben de estar todos encerrados en sus celdas. Es una prisión construida para dos mil reclusos, pero en realidad se apiñan en ella más del doble. Es lo que los policías denominan acogedor. Ya se habrán apagado las luces. Se oirán extraños porrazos y golpetazos rebotando por un laberinto apestoso y oscuro. Miles de hombres, entre ellos el padre de sus hijas, mirando fijamente la oscuridad con los ojos abiertos, intentando comprender cómo diablos la ha cagado hasta el punto de ir a parar ahí.

—No dejes de mirar —dice sin que le tiemble la voz. Abre el frigorífico y se da cuenta de que debería haber hecho la compra—. Reflexiona sobre lo que has tirado a la basura, Alfie Fallon.

De repente le suena el móvil. Lo recoge de la mesa en la que ha dejado el bolso.

—Diga.

—Mitzi, soy Nic.

Se le abren los ojos como platos.

—Gracias a Dios. ¿Qué diablos has estado haciendo? Matthews te va a hacer picadillo.

133

Francia

Por los ventanales de la recepción del hotel Sheraton se filtra una luz suave y dorada. Son las siete de la mañana, y hace un día de esos que prometen ser más calurosos de lo que es normal para esa época del año.

Édouard y Ursula pagan la factura mientras Nic aguarda sentado en un sillón contemplando cómo va cobrando vida el hotel. Esta es su última semana de trabajo. Ese pensamiento domina su mente en estos momentos. El principio del fin. El punto final de su vida de detective y de los horrores personales que la han acompañado.

Anoche, ya tarde, llamó a Mitzi para ponerla al corriente y contarle todo lo que había sucedido en Turín, y ella le prometió que hoy iría directamente a ver a Matthews para explicarle las cosas, entre ellas la razón de que él tuviera que llevarse muestras forenses de la escena del crimen de Sacconi. Dentro de poco, Broussard y él estarán subidos a un vuelo a Los Ángeles y Ursula se encontrará a salvo en Ginebra. Mañana tomará declaración a Broussard y se lo pasará a alguien que continúe llevando el caso cuando él ya haya abandonado el cuerpo. El martes, con un poco de suerte, ya se habrán examinado y verificado todas las muestras forenses. Cuesta trabajo imaginar la que se va a armar cuando salga a la luz la noticia de que anda por ahí rodando el ADN de Jesucristo. Adam Geagea y los demás capullos de la Oficina de Prensa van a cagarse patas abajo.

Sigue avanzando hasta el jueves; para entonces, el Departamento de Policía de Los Ángeles ya deberá haber obtenido garantías por parte de la policía francesa de que Édouard y Ursula

van a recibir protección, y por consiguiente el científico podrá volver a casa. El viernes por la noche él estará tomándose una cerveza bien fría en un bar lleno de ruido y diciendo adiós con cariño al Departamento de Policía.

El matrimonio Broussard se materializa ante él y lo saca de sus pensamientos. Traen cara de que ocurre algo malo.

—Hay huelga —informa Édouard con un gesto de resignación—. Los controladores aéreos franceses.

—Es una huelga relámpago —explica Ursula—. Todos los vuelos van a permanecer veinticuatro horas en tierra.

Nic hunde la cabeza entre las manos.

—No podemos quedarnos aquí. No podemos quedarnos sentados a esperar un día entero, eso es buscarnos un problema.

—Estoy de acuerdo —dice Édouard, y seguidamente le dice a su mujer—: Vamos a llevarte a ti a Ginebra en coche, y luego nosotros tomaremos un vuelo desde allí.

Nic no tiene idea de la distancia a la que se encuentra Suiza.

—¿Cuánto tiempo se tarda en eso?

Édouard se encoge de hombros.

—Siendo domingo, no habrá mucho tráfico. Yo diría que seis horas, puede que siete, dependiendo de si hacemos paradas o no.

—Yo tengo que parar —advierte Ursula—. Es impensable hacer un viaje así sin parar.

Nic se pone en pie.

—Pues vamos. Cuanto antes salgamos, mejor.

—Voy a pedir que traigan el coche. —Édouard echa a andar hacia el mostrador de recepción—. Podemos esperar fuera.

—No —contesta Nic negando con la cabeza—. Nos quedamos dentro. Esperaremos hasta el último momento.

Édouard está sorprendido.

—Como usted quiera.

Mientras el científico se dirige al puesto del aparcacoches, Ursula Broussard se acerca a Nic.

—No se encuentra bien. No quiere hablar de ello, pero es la verdad.

—¿Qué le sucede?

Ursula se lleva una mano al pecho.

—El año pasado tuvo un susto con el corazón. Una arritmia.

—Eso es que el corazón late de forma irregular, ¿no?

—Oui. Sufre contracciones ventriculares prematuras. Su médico dice que tiene que ver con el estrés, y puede que también con un ligero exceso de cafeína y de tabaco. Yo le he obligado a que deje de fumar, pero el café no es capaz de dejarlo.

—A mí me pasaría lo mismo —comenta Nic intentando esbozar una sonrisa tranquilizadora—. Señora Broussard, no voy a mentirle, aún no se encuentran libres de peligro. Yo voy a hacer todo lo que pueda para protegerles a usted y a su marido, pero no estoy seguro de poder evitar esta situación de tensión.

—Lo entiendo. Solo quería que supiera usted el problema que sufre mi marido.

Édouard ya regresa hacia ellos.

—Gracias, lo tendré vigilado.

—Merci.

—Ya está aquí el coche —anuncia el científico con una sonrisa tranquila—. Podemos irnos.

134

Carson, Los Ángeles

John James está de pie, desnudo, en su dormitorio iluminado por las velas. Entre el índice y el pulgar de la mano derecha sostiene una delgada cuchilla. Está dolorido a causa de la tormenta interna de sentimientos y de dudas que todavía lo acosa.

Concentra la mirada en el espejo largo y estrecho del armario ropero. A continuación, sin pestañear, se hace un corte partiendo el hombro izquierdo hacia abajo, en línea recta, de quince centímetros de longitud. Antes de que brote la sangre, hace una segunda incisión de cinco centímetros en el mismo corte, en sentido horizontal. Y observa cómo aparece una perfecta cruz de color rojo.

Normalmente, siente el dolor ya desde el primer corte. Un dolor exterior que iguala al dolor interior. El equilibrio perfecto. Es una señal de que Dios le perdona, de que su alma está siendo purificada por ese derramamiento de sangre. De igual modo que sufrió Jesús, de igual modo que el Señor derramó su sangre por la humanidad, así debe él derramar su sangre por Jesús.

En cambio hoy, en las primeras horas de este día de Sabbath, no siente nada. Se inflige otro corte. Tampoco siente nada. Se le llenan los ojos de lágrimas. Está siendo abandonado. El torrente de adrenalina causado por las heridas, el sacrificio, la concentración… todas estas cosas lo ayudan a controlarse, a encauzarse. Lo amansan. Sin embargo, esta noche no. Esta noche no hay más que vacío. Como si Dios lo hubiera dejado solo. Ha de esforzarse más. Ha de demostrar que es más digno.

JJ se cubre toda la zona izquierda del pecho de cruces hechas con la cuchilla. Y cuando la sangre comienza a resbalarle por el

pecho, se inflige nuevos cortes en el tórax y en el abdomen. En el espejo no ve un reflejo de sí mismo, sino un lienzo humano, un retrato del amor que siente hacia Dios. Finos ríos de sangre le brotan ahora desde las clavículas hasta las caderas.

Pero no es suficiente. Ni por asomo. Cambia de mano y repite los cortes cruciformes en el lado derecho del pecho. Como no tiene la misma precisión con la mano izquierda, comete la torpeza de herirse la sensible piel granulada que rodea el pezón, la areola. Y por fin aquí sí lo inunda un torrente de endorfinas, señal de que Dios está complacido. El Señor espera más de él. Jesús le está pidiendo que dé un paso más y se ponga a prueba.

Hunde la cuchilla con más fuerza en el círculo sonrosado y su altivo y carnoso monumento, y se acerca un poco más al espejo. Sus ojos se clavan en esos otros que lo observan fijamente desde el cristal iluminado por las velas. Tiene la sensación de estar fuera de su propio cuerpo. De ser incorpóreo. De haberse separado de la realidad.

La cuchilla continúa cortando aquí y allá, hasta que el dolor acaba por vencerlo. Lo recorre igual que una descarga eléctrica. Dios está complacido. JJ, orgulloso y llevado por el delirio, echa la cabeza hacia atrás. Tiene los ojos cerrados, pero sus dedos y la cuchilla buscan el pezón colgante y seccionan el último jirón de carne que lo une al cuerpo.

135

Francia

Salen del aeropuerto y ponen rumbo norte, y cuando llevan recorrido un kilómetro y medio se incorporan al rápido flujo del tráfico que se dirige hacia el oeste. A través de las lunas tintadas del BMW, Nic ve indicadores de lugares que solo conoce de oídas: el antiguo puerto de Antibes, que ya existía cinco siglos antes de Cristo; Cannes, sede del festival internacional de cine; Saint-Tropez, el punto de encuentro de la gente más rica del planeta.

Édouard pasa el tiempo aportando color a las localidades que van dejando junto a la carretera.

—¿Sabe usted de dónde proviene el nombre de Saint-Tropez?

Nic prueba con una conjetura con fundamento:

—¿De algún santo que fundó ese pueblo o que se refugió en él?

—Trés bon. Durante el reinado de Nerón decapitaron en Pisa a un santo llamado san Torpes. Su cuerpo fue depositado en una barca podrida junto con un gallo y un perro, y el mar lo trajo hasta aquí.

Nic hace una mueca.

—¿Con un gallo y un perro? Yo hubiera esperado algo un poco más romántico.

—Saint-Tropez es muy romántico —replica Ursula—. Coco Chanel, Elsa Schiaparelli… Tiene mucho glamour. Y, naturalmente, Brigitte Bardot.

A Édouard se le ilumina la cara.

—Ah, Brigitte. Ella es la prueba de que Dios creó a la Mujer.

Nic observa cómo marido y mujer estiran ambos el brazo entre un asiento y otro para cogerse de las manos. Por un segundo se acuerda de Carolina. Era un gesto típico que hacía ella cuando él iba

conduciendo; después, los dos miraban hacia atrás, veían a Max en su sillita, comentaban lo guapo que era y pensaban en lo que iba a ser cuando se hiciera mayor.

—¿Cómo se conocieron ustedes? —Hace la pregunta, más que para otra cosa, para interrumpir sus propios pensamientos.

—¿Nosotros? —ríe Édouard, y seguidamente susurra algo en francés.

Nic se fija en que se aprietan las manos con más fuerza.

—Está bien —dice Édouard con una sonrisa—. Mi mujer consiente en que se lo cuente. Le vi los pechos y me enamoré de ella.

—¿Perdón? —contesta Nic con los ojos muy abiertos.

—Mi padre dirigía una clínica de cosmética de Niza, y Ursula era una paciente suya. Vi sus fotografías y supe que quería que aquella hermosa mujer formara parte de mi vida.

—Así que lo de la medicina le viene de familia.

—Solo de mi padre. Ejercía en Niza, y aunque mi madre se divorció de él, siempre cuidó de nosotros y siguió manteniendo el contacto. Él fue mi inspiración.

—Pero ¿lo educó su madre?

—Oui. Estábamos muy unidos. Mi padre estaba todo el tiempo trabajando, de modo que yo apenas lo veía. Por desgracia, ya se ha muerto, Dios lo bendiga. Así que cuando se separaron, mi madre me llevó a Roma, que era donde había nacido ella y tenía familia. Viví allí desde los siete años.

Nic le está tomando aprecio al científico.

—¿Y usted se considera más italiano o más francés?

Broussard rompe a reír.

—Más francés, por supuesto, aunque le tengo un profundo cariño a Italia. En Roma pasé unos años maravillosos en la universidad de La Sapienza, y obtuve un puesto en la escuela de formación del Arma dei Carabinieri, lo cual supone un logro muy importante para un francés, aunque para entonces ya tenía la doble nacionalidad. En aquella época, el hecho de hablar italiano y francés lo volvía a uno muy popular entre las chicas.

—Imagino que eso sucede aún hoy en día.

—Yo también lo creo. —Los dos se echan a reír—. Me licencié en Ciencias Biológicas y después obtuve una beca para estudiar en Oxford.

—¿Oxford, Inglaterra?

—Oui. Aunque las chicas inglesas no se quedaron tan impresionadas. Los chicos que estudiábamos el genoma no éramos tan interesantes como los que estudiaban letras.

En eso tercia Ursula:

—Sabrá usted que los ingleses y los franceses no se llevan bien.

—Yo creía que Europa era una gran familia.

—En absoluto. Los franceses odiamos a los ingleses porque nos resultan vulgares. Los ingleses nos odian a los franceses porque nos consideran arrogantes. Los holandeses odian a los belgas porque están convencidos de que deberían ser ellos los dueños de su país. Los belgas aborrecen a los holandeses porque son demasiado directos y cocinan fatal. Y todo el mundo odia a los alemanes.

Todos se echan a reír.

Édouard reanuda su historia:

—Yo pasaba la mayor parte de mi vida en el ala de investigaciones científicas de los Carabinieri, pero de vez en cuando regresaba a casa para estar con mi padre. En una de esas visitas conocí a Ursula, y supe que deseaba pasar con ella el resto de mi vida.

—Estuvimos viviendo una temporada en Italia —explica ella—, pero yo soy francesa y Niza es siempre el hogar.

—Para mí también. Cuando falleció mi padre, me dejó a mí la casa y el negocio, y volvimos a mudarnos.

—Así que ¿ahora se dedica a la cirugía plástica?

Édouard hace una mueca de horror.

—No. Sería un cirujano desastroso. Para eso tenemos contratados a muchos cirujanos buenos. Yo me limité a ampliar la clínica para incluir análisis del ADN para famosos y personalidades de Francia, los que pretenden evitar costosas demandas por paternidad.

El coche aminora la velocidad para pasar por otro peaje.

—¿Y usted? —inquiere Ursula—. ¿Qué le hizo a usted convertirse en el hombre que es?

—La muerte —responde Nic—. La muerte de mis padres. La muerte de mi mujer y de mi hijo. La muerte, más que ninguna otra cosa, es lo que ha dado forma a mi vida.

136

Oakwood, Los Ángeles

Son las 3.45 de la madrugada, y el insomne Tyler Carter está viendo un programa basura en la tele, una reposición de la última entrega de Conan. Ese tipo ya no es, ni de lejos, tan gracioso como antes.

De hecho, se alegra bastante cuando de repente le suena el teléfono móvil. Lo que sea, con tal de romper el aburrimiento de las horas que transcurren desde las doce de la noche hasta el amanecer.

—Carter.

La llamada le ocupa menos de un minuto, pero para cuando cuelga ya sabe que va a cambiar hasta el último segundo de su vida dentro del futuro previsible.

Es la llamada con la que ha estado soñando. Hace unas cuantas anotaciones en una libreta que tiene al lado de la cama y seguidamente echa a correr hacia la ducha. Diez minutos después ya está vestido, dentro del coche y sobrepasando el límite de velocidad establecido para llegar a la comisaría.

137

Sede central de los Carabinieri, Turín

Ya está mediada la mañana cuando la luogotenente Cappelini recibe la orden de acudir al despacho de Giorgio Fusco. El cuarentón está de cara a la pared, con las manos entrelazadas y sumido en sus pensamientos.

—Capitano?

Fusco se vuelve y la mira con expresión severa.

—Siéntese.

Cappelini toma asiento al otro lado de la mesa.

—Acaban de encontrar el cadáver de Roberto Craxi.

—¿Dónde? —pregunta ella en tono inexpresivo.

—En una vieja iglesia de la zona este de Turín. Lo han encontrado un par de críos. Lo están llevando ya a los patólogos. —Desvía la mirada y la posa en el escudo de los Carabinieri que cuelga en la pared posterior—. Me informan que tenía una barra de hierro sobresaliendo del estómago y el cuello roto. —Se vuelve de nuevo hacia la teniente—. Ese hombre, con independencia de la opinión que usted tenga de él, fue en su momento uno de los soldados más valientes y más fiables de toda Italia.

Cappelini se estremece.

—Sí, capitano, comprendo. ¿Y su esposa?

—No se tiene noticia de ella. —Fusco empieza a pasear—. Informe a Fabio Goria de lo sucedido con Craxi y vea si esa lengua tan quieta que tiene quiere ahora decirnos algo.

Cappelini afirma con la cabeza.

—El agente apostado en la iglesia dice que han abierto una tumba antigua y han retirado lo que contenía. Craxi tenía la ropa

llena de tierra y moho que concuerdan con los escombros que debía de haber en el interior del nicho. Alguien lo tuvo encerrado allí dentro durante un tiempo, y después lo dejó salir para matarlo.

Cappelini no dice nada.

—Luogotenente, ¿hay algo relativo a este caso que yo no sepa? ¿Algo de lo que debería usted informarme?

—No, capitano.

Fusco no está muy seguro de que deba creerla.

—Hace una temporada solicitó usted recursos, porque pensaba que Craxi estaba involucrado en un fraude internacional, que estaba vendiendo información secreta, tal vez relativa a unas muestras ilegales de ADN tomadas de la Sábana Santa; pero ahora tenemos un asesinato en América y otros tres aquí, en Italia. —Rodea el escritorio para acercarse más a ella—. Carlotta, respeto que quiera usted proteger el buen nombre del Arma, por ese motivo sancioné su caso, pero no voy a respetar que retenga una información que podría evitar un asesinato.

Ella se encoge de hombros con gesto inocente.

—Capitano, no sé más de lo que ya le he dicho. Es posible que en las actividades de Craxi hubiera mucho más de lo que yo he descubierto, pero hasta el momento mis indagaciones no han revelado nada que no fuera la relación que tenía con Mario Sacconi.

Fusco la mira fijamente. Cappelini es ambiciosa. Es una de las pocas mujeres tenientes que hay en los Carabinieri, y abriga grandes aspiraciones. De modo que tiene que concederle el beneficio de la duda.

—¿Sabe algo del detective americano?

La teniente agita la cabeza en sentido negativo.

—Aún no. Ya aparecerá.

—El comandante ha comunicado a su superior que interfirió en la escena del crimen. ¿Sabe usted lo que dijo este?

Cappelini guarda silencio.

—Dijo que seguramente Karakandez tenía sus motivos. Dijo que era un detective excelente, uno de los mejores. —Fusco ladea la cabeza en un ademán interrogativo—. Y bien, ¿por qué cree usted que hizo tal cosa, Carlotta? ¿Para qué iba uno de los mejores

detectives de Los Ángeles a llevarse una prueba de una escena del crimen de Turín? ¿Pudo ser porque no se fiaba del policía italiano con el que estaba trabajando?

—Espero que no, señor.

—Yo también lo espero. Yo también. —Fusco la despide de su despacho—. Vuelva a su trabajo y no termine la jornada sin traerme alguna buena noticia.

138

Francia

El monje tiene a la vista el lujoso automóvil de color negro. Está cinco coches más atrás. La distancia óptima para vigilarlo. Así podrá detectar cualquier desvío de la autopista principal con tiempo de sobra, pero sin ser visto con facilidad.

Efrem va detrás del BMW desde que este ha salido de la fila de aparcacoches del hotel Sheraton, hace dos horas. Édouard Broussard es el conductor perfecto para alguien que lo vaya siguiendo. Mantiene una velocidad constante, noventa por hora, y solo de vez en cuando aumenta a cien, cuando necesita adelantar.

Imagina cómo irán sentados todos. Madame Broussard irá en el asiento del pasajero y el americano en la parte de atrás, nervioso y cambiando de postura, como todos los policías. Y, muy probablemente, armado. Con una pistola pequeña. Regalo del investigador privado italiano. A los americanos les gustan las armas. Seguro que sabe utilizarla.

Al pensar en el arma decide que es mejor no tenderles una emboscada en mitad de la carretera. Sin duda alguna podría matar al policía, fácilmente, pero el científico y su mujer podrían huir a pie, y en público eso podría resultar desastroso.

No, tendrá paciencia. Ya harán una parada. Un descanso. Cometerán algún error. Las personas como ellos los cometen siempre.

139

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

—¿Dónde está? —pregunta Tyler Carter con una expresión lobuna en los ojos que trasluce su nerviosismo.

El sargento de la recepción levanta la vista y ve a un detective que parece haberse olvidado de lo que es la educación.

—Buenos días para usted también, agente. ¿Cómo está? Hacía mucho que no nos veíamos.

—No me vengas con chorradas, Jim, ya sabes lo mucho que se la vengo deseando a ese tipo.

—Está encerrado en una celda individual. Ahora le llevo. —Jimmy Berg levanta la puerta que separa su mesa del pasillo general en el que los policías registran a los presos—. En estos momentos se encuentra con él el doctor Jenkins.

—Jim, dije que no se le debía acercar nadie.

—Ya lo sé, pero, mi querido y temperamental amigo, si ese tipo se muere aquí dentro, lo que está en la cuerda floja es mi pensión, y créame, ese chalado necesitaba que lo viera un médico.

—¿Por qué?

—Usted mismo lo va a ver.

Recorren la fila de celdas hasta llegar a la que quiere Berg. Abre la puerta de metal y se hace a un lado con una ancha sonrisa para dejar pasar a Carter.

Carl Jenkins, el médico de guardia de la policía, se halla inclinado sobre un hombre tendido en un jergón.

—Soy el detective Carter, el agente principal de Investigaciones.

—No lo dudo. —El médico, de mediana edad, sostiene en alto una aguja de sutura—. Pero a no ser que esté también titulado en

medicina o que tenga como afición las agujas, le sugiero que se quede ahí fuera hasta que yo termine lo que estoy haciendo.

Por primera vez Carter alcanza a ver con nitidez al paciente.

—Cielo santo, ¿qué le ha ocurrido?

Berg sacude la cabeza.

—Afuera, detective.

Carter está petrificado en el sitio. El hombre que está tendido en la cama tiene el cuerpo cubierto de heridas. El pecho es una masa pegajosa de sangre coagulada. Los cortes en forma de cruz se extienden por el torso, la cabeza, el rostro, los párpados y las mejillas, hasta por el puente de la nariz. A Carter le cuesta trabajo creer lo que está viendo. El muy hijo de puta incluso se ha seccionado los pezones y los lóbulos de las orejas.

140

Francia

Cinco horas después de partir de Niza, Édouard Broussard pone el intermitente y saca el BMW de la A7. Su mujer está dormida, así que baja la voz para decirle a Nic:

—Esto es Malataverne. Vamos a hacer una parada breve en Montelimar.

—¿Cuántos kilómetros hemos hecho?

—Aproximadamente ciento cincuenta.

—¿Y eso cuánto es, como la mitad?

—Un poco más, pero estamos tardando más de lo que yo esperaba. Las obras que había en Aix-en-Provence nos han retrasado mucho.

Ursula se rebulle. Tiene la cabeza apoyada en el cuero del asiento, donde se ha acurrucado.

—¿Ya hemos llegado?

—No, amor mío. Vamos a entrar en Montelimar. Haremos un descanso para comer.

—Ah, bien.

Nic está a punto de protestar. Él preferiría que se limitasen a ir al cuarto de aseo de una gasolinera y reanudasen viaje.

—Conozco allí un restaurante pequeño y perfecto. —Édouard retira una mano del volante y busca la mano de su mujer—. Al lado del Palais des Bonbons et du Nougat. Lleva diez años teniendo una estrella Michelin.

Nic expresa su protesta.

—La verdad es que no tenemos tiempo para entretenernos. Tenemos que llegar a Ginebra, y luego al aeropuerto.

—Tonterías —replica Édouard sin hacerle caso—. Tenemos que comer.

—Y beber —añade Ursula, ya completamente despierta—. La comida del domingo no es comida si uno no toma una o dos copas de vino.

141

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

Carter llama a Mitzi y le dice que venga enseguida. A continuación se encamina hacia el mostrador de recepción, donde lo está esperando Jimmy Berg para enseñarle las imágenes tomadas por la cámara de vigilancia de la zona principal.

—Acaba de llegar el disco de la unidad de vídeo —dice el sargento—. Lo he dejado preparado en el momento en que su hombre llega a los escalones de la entrada.

—De acuerdo. Reprodúzcalo.

Berg lo pone en marcha y señala con un dedo en la pantalla a un oficial de raza negra que atiende el mostrador principal.

—Fíjese en Howie, está fuera de combate, durmiendo como una marmota. —Berg suelta una risotada—. Casi se cagó en los pantalones cuando ese chalado llamó al timbre.

Carter observa cómo se despierta el corpulento agente con un sobresalto. Ocurre tal como acaba de decir Jimmy, y le hace sonreír por un segundo. El plano está filmado con un gran angular, y abarca desde el mostrador a la derecha hasta la puerta de la calle a la izquierda. Se oye un chasquido electrónico y se abre la puerta. Entra un hombre. Viene descalzo y va vestido con algo que parece una capa de color crema y un calzoncillo. Ridículo. Una especie de superhéroe de acción. De pronto Carter cae en la cuenta de lo que lleva puesto: no es una capa, sino una sábana. Una sábana de una cama, como las que envolvían a las víctimas. Se vuelve hacia el sargento de custodia, pero Berg le responde a la pregunta antes de que la formule siquiera:

—Ya está metida en una bolsa y etiquetada, junto con los demás efectos personales.

—¿Tenemos el nombre de este loco?

Berg señala el vídeo con la cabeza y sonríe.

—Está a punto de decírnoslo.

Carter vuelve a centrar la atención en el monitor. El sujeto se acerca con los brazos extendidos hacia Howie, que lo mira con expresión atónita.

—Soy la mano de Dios. Soy Liberación, el que libera las almas.

«Liberación».

Al detective se le cae el alma a los pies. Ese tipo es el lunático con el que sueñan todos los loqueros. Seguro que habrá un buen abogado que procederá a desempolvar un voluminoso archivo de casos médico-legales que guarda en una estantería de su lujoso gabinete privado para alegar demencia. No le cabe la menor duda.

—Soy un siervo del Señor, un mensajero del Todopoderoso. Un enviado de Dios.

Howie, aún soñoliento, se levanta de la silla.

—Seguro que sí, hermano, pero en estos momentos el Señor quiere que te vayas derecho a casita a dormir la mona de lo que te hayas metido en el cuerpo. —Cuando el sujeto se acerca al mostrador, de repente Howie repara en las heridas que trae—. Dios, pero ¿qué te has hecho?

—Mi misión ha finalizado. Mi tarea está terminada. Dominus vobiscum.

—Joder, ¿te encuentras bien? —Howie aprieta un botón que hay debajo del mostrador para solicitar refuerzos.

—Rezo alabanzas por las almas que he entregado. —El sujeto cae de rodillas—. Las sagradas almas de Kathleen Higgins, Stephanie Hayes, Lisa Grifin, Lucy Bryant, Shelly Hughes, Kouise Perry, Krissy Patterson, Kylie Gray, Sally-Ann Ward, Maria Gonzales, Kim Bass y…

Carter se aproxima a la pantalla. No ha oído bien lo último. Otro nombre.

—Rebobina, Jimmy. Parece que ahí dice algo más.

Miran de nuevo las imágenes. Carter sigue sin oír nada. Es como si el sujeto omitiera nombrar a alguien.

«¿Por qué?».

Ahora mismo no importa. Ese pirado de la capa acaba de enumerar a las once víctimas de los asesinatos en serie en que llevaba años trabajando Carter. Incluida la última víctima, Kim Bass.

142

Francia

Efrem va detrás de ellos y también sale de la A7.

Por un instante se pregunta si no habrá un aeropuerto cerca, si no habrán contratado un avión privado. Porque en ese caso él se quedaría tirado. Pero sus miedos se esfuman cuando ve que el BMW toma la carretera de Marsella y va siguiendo los indicadores que llevan a Montelimar-Centre.

Al cabo de quince minutos ya ha desaparecido el paisaje despejado del sur de Francia y se ven confinados por los brazos de hormigón de una ciudad grande. El automóvil de los Broussard avanza elegante hasta una rotonda y toma la primera salida, la que lleva a la Rue Saint-Gaucher. Se trata de una calle estrecha, repleta de tiendas para turistas y casas con persianas que dan a una cinta de asfalto apenas lo bastante ancha para que pasen los coches.

Efrem los sigue más de cerca de lo que quisiera: a solo tres coches de distancia. Se detiene el tráfico mientras una camioneta de reparto transporta de una acera a la otra una carretilla abarrotada de botellas de agua. Una vez que la camioneta se va, el BMW tuerce a la derecha y Efrem lo sigue, hasta la Place du Marché. Es una plaza moderna y pavimentada, llena de cafés y tiendas dispuestos alrededor de una zona peatonal ligeramente resguardada. No hay sitio para aparcar.

Para su sorpresa, el BMW se para frente al toldo rojo de un restaurante y bloquea el paso. Del asiento del conductor se apea Édouard Broussard y a continuación le abre la puerta a su mujer. Le tiende la mano para ayudarla a bajar. Cierra la puerta y seguidamente, dejando el coche donde está, los dos entran en el

restaurante. Los conductores de los dos coches que tiene Efrem delante protestan tocando el claxon.

Vuelve a abrirse la puerta del restaurante y aparece un camarero trajeado de negro que, a toda prisa, se sube al volante del BMW. Casi en el mismo instante se abre la portezuela trasera y se apea un individuo alto, moreno y vestido con una cazadora de cuero negro.

«Karakandez».

El policía barre la calle con la mirada al tiempo que estira el cuerpo para reponerse de los cientos de kilómetros que ha recorrido sentado en el asiento de atrás. Efrem desearía estudiarlo, calcular su estatura y su peso, su forma de andar y de sostenerse, desearía encontrar una debilidad visible en su adversario. Pero sabe que no conviene que lo pillen mirando fijamente. De modo que baja la vista hacia la radio y se pone a juguetear con el mando sintonizador. Por la ventanilla de su lado, que está abierta, oye a los conductores protestando que el millonario y su mujer dejen el coche delante del restaurante para que se lo aparque un camarero. La mayoría de los libaneses hablan bien el francés, y Efrem no es la excepción. Cuando oye el ruido de los motores al acelerar, levanta la vista.

Karakandez ha desaparecido. Una breve vislumbre, eso es todo lo que ha conseguido del hombre al que sospecha que va a tener que matar.

143

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

Tyler Carter está paseando impaciente cuando por fin se abre la puerta de la celda y sale el doctor Jenkins con cara de preocupación.

—Es todo suyo, pero va a tener que proceder con sumo cuidado.

—¿Va a necesitar cirugía?

—No. Lo que me preocupa no son las heridas físicas, esas ya están cerradas. Sino su estado mental.

Carter hace un gesto de asentimiento.

—¿Le ha proporcionado algún dato respecto de sí mismo? ¿El nombre y la dirección?

—Se lo he preguntado, pero no ha dicho nada coherente. No parecía estar escuchándome. Se ha limitado a rezar constantemente, a pedir perdón a Dios. —Jenkins intenta recordar algo de lo que ha dicho su paciente—: «Dios mío, me arrepiento de haberte ofendido». Cosas así.

—Es el Acto de Contrición de los católicos.

—¿Es usted católico?

—No practicante. Lo aprendí en el colegio.

El médico hace ademán de irse.

—¿Desea estar presente en el interrogatorio? Por mí no hay inconveniente. En este momento, el preso se encuentra aquí por voluntad propia, y puede marcharse cuando quiera.

Jenkins niega con un gesto.

—Haga usted lo que tenga que hacer, que yo haré lo mío. Ahora voy a lavarme y a tomarme un café. Volveré aproximadamente dentro de media hora, para ver cómo sigue el paciente.

—Muy bien.

—Ah, y dado el lamentable estado en que se encuentra, lo mejor es que lo trate como si corriera peligro. —El médico indica con un gesto de cabeza el mostrador de registro—. Ya le he dicho al sargento de ahí que esto es un suicidio en ciernes.

—Comprendido.

Carter se queda un momento de pie donde está y se asoma por la mirilla de la celda. El Sigiloso es exactamente tal como se lo imaginaba. Menudo. Insignificante. Con aspecto de cobarde. Un individuo capaz de matar a una persona dormida tenía que ser alguien carente de fuerza, tanto física como mental.

De pronto se abre ruidosamente la puerta que tiene detrás, y le hace volverse. Entra Mitzi Fallon, con el pelo todo encrespado, como si fuera una bola de algodón de azúcar. Sin maquillaje. Con las pupilas pequeñas y oscuras como cagarrutas de conejo.

—No diga nada. No haga ningún chiste ingenioso. Ya sé que parezco Joan Rivers teniendo un mal día. Pero estoy aquí, y con eso ya debe bastarle.

—Me basta. Gracias.

Mitzi se inclina hacia delante, se asoma por la mirilla y se vuelve otra vez hacia Carter.

—¿Este piltrafilla es el autor de todos esos asesinatos?

—Eso parece. Se presentó en recepción y recitó los nombres de todas las víctimas por orden cronológico, incluida Kim Bass.

—Qué cabrón. ¿Tiene nombre?

—Liberación.

—Mierda. Un pirado. Me saca de la cama y me humilla en público, ¿y todo por un tipo que ha estado dándose con la cabeza contra la pared?

—No he conocido a ningún asesino en serie que me haya parecido cuerdo.

—Ya, pero no muchos se ponen el nombre de Liberación y se entregan voluntariamente en mitad de la noche.

Carter guarda silencio. Mitzi le detecta una expresión extraña en la cara, como si acabara de acordarse de algo importante que debería haber hecho. Entonces cae en la cuenta de la enormidad del momento. Carter está saltando de una cornisa en la que llevaba dos

años de pie. Si da el paso correcto y el tipo que está al otro lado de esa puerta metálica pasa a situarse en el corredor de la muerte, su carrera profesional reanudará una trayectoria ascendente imparable. Pero si se equivoca y el chalado conocido como Liberación termina siendo desestimado como un caso de demencia, su oportunidad de alcanzar la gloria se perderá sin contemplaciones por el desagüe.

—¿Le apetece un café? ¿O tal vez desayunar, aunque sea temprano?

Mitzi se queda estupefacta.

—¿Cómo dice?

Carter sonríe.

—Acabo de decidir que no voy a interrogarlo todavía. —Indica la celda con un gesto de la mano—. Ya nos ha mostrado lo que es. ¿Qué va a hacer, pedir marcharse a casa y fingir que esto no ha ocurrido? Si hace eso, por lo menos nos enteraremos de dónde vive Liberación. No; antes de entrar ahí y empezar a recitarle la lista de acusaciones, quiero saber quién es, de qué está hecho y qué es lo que le ha hecho ser lo que es. Bueno, ¿vamos a por ese café?

144

Francia

Se aprecia a las claras que Édouard y el corpulento propietario del restaurante se conocen de hace tiempo.

Después de los abrazos, las sonrisas y los apretones de manos, el hostelero acomoda a sus invitados en una mesa y ordena al maître que les lleve la carta. Pero la sensación que tiene Nic en las tripas es más de preocupación que de hambre. Hacer una parada para comer es una locura. Le cuesta creer que haya accedido a ello. Por lo menos, al científico y su mujer se los ve relajados. Puede que pasar una hora comiendo sea preferible a sufrir más tarde un ataque al corazón.

—Le he dicho a Jean-Paul que tenemos prisa —dice Édouard—. Y me ha prometido que nos tendrá listos dos de sus mejores platos en menos de una hora.

El propietario cumple su palabra. El Saumon d'Écosse Tériyaki es el mejor plato de pescado que jamás ha probado Nic. Y los Ravioles de Roman et son émulsion de foie-gras maison serían capaces de convertir hasta al vegetariano más radical.

Broussard deja una generosa propina y, después de varios abrazos más, todos salen al sol del exterior. El propietario entrega a Broussard las llaves del coche y le dice que el BMW está aparcado a cinco metros del local, justo a la vuelta de la esquina, en Rue Bouverie. Los acompaña hasta el sitio en cuestión y los abraza otra vez.

Los ojos de Nic no se despegan de la calle, y su mano no se aparta más de un centímetro de la Beretta de Goria.

—¿Le importaría? —le dice el francés ofreciéndole las llaves—. ¿Qué tal si conduce usted durante una hora? —Se palmea el estómago—. Yo puede que haya comido demasiado y que me haya pasado con el vino.

A Nic, su instinto de policía le dice que no. Una mano en el volante y la otra en la pistola no es manera de librar una pelea. Pero, una vez más, se dice que tal vez sea eso más seguro que llevar conduciendo a un borracho.

—Cómo no, pero va a tener que indicarme el camino.

—En el salpicadero hay un sistema de navegación. Ya tiene programado el punto de destino.

Nic coge las llaves, y los Broussard se sientan en la parte de atrás, más que complacidos de estar juntos y llevar chófer. El coche es automático, y después de echar el asiento hacia atrás, Nic se pone cómodo al volante. La cámara de aparcamiento que lleva el BMW en la parte trasera y los ultrasensibles sensores con que cuenta tanto delante como detrás lo asisten en la maniobra de salir de entre otros dos vehículos estacionados. Seguidamente, el navegador lo guía por un laberinto de callejuelas hasta la Route de Valence, y una vez llegados a esta lo advierte con gesto diligente de que en los próximos tres kilómetros hay radares de control de velocidad.

El gran motor V12 de seis litros suplica que le dejen correr, pero Nic se ciñe fielmente al límite. Édouard tiene que proporcionarle algo de cambio para los consecutivos peajes que encuentran al entrar en la A7, pero después se relaja y se pone la mano de su mujer en el regazo. Por el espejo retrovisor Nic ve que ambos se han quedado adormilados. No pasa nada, todavía les quedan por delante dos horas y unos doscientos kilómetros. «Dormid bien y mucho…». Ojalá pudiera él hacer lo mismo.

Los kilómetros van pasando con rapidez, y al cabo de poco más de una hora ya está claro que el matrimonio tiene toda la pinta de ir a pasar casi todo el día durmiendo.

El tráfico no es muy denso, y Nic termina disfrutando del enorme sedán. A no ser que algún día llegue a trabajar de chófer, lo más

probable es que esta sea la última vez que se hace responsable de un coche tan caro.

Cuando aparecen los primeros indicadores de Suiza, empieza a sentirse cansado de verdad. El sistema de climatización le envía a la cara un chorro de aire fresco, y eso parece reanimarlo. El paisaje va cambiando sutilmente más allá de los árboles flacos y sin hojas que bordean la autopista. Aparecen tentadores atisbos de bosques, lagos y montañas, que proporcionan una idea más acertada de la fría y agreste Suiza que el verde lozano de Francia.

De improviso parpadean frente a él unas luces rojas de freno. Por alguna razón, el tráfico se ha ralentizado. Probablemente se deberá a los conductores domingueros, que no están acostumbrados a las autopistas. Nic levanta el pie del acelerador y toca el freno. Este se pone blando. No sucede nada. Nic lo pisa con fuerza. Se oye un siseo de aire y después el pedal desciende hasta el fondo. El coche no aminora la velocidad. Los frenos no funcionan.

145

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

Mitzi está viendo la grabación de Liberación sentada a su mesa y bebiendo café de la cafetería.

—Podría tratarse de un simple bromista. ¿Se le ha ocurrido pensar eso?

—No lo es.

—Espere un minuto. Olvídese de que es rarito y de que parece un ciego que ha intentado afeitarse con una navaja suiza. Lo único que ha hecho ha sido recitar los nombres de las víctimas del Sigiloso. Unos nombres que han aparecido todos impresos en los periódicos.

—Pero Bass no. Ella no ha salido todavía en la prensa.

—En cambio, sí en la radio. Yo la he oído nombrar esta mañana.

—Fíese de mí, es el tipo al que estamos buscando.

—¿Por qué? ¿Porque es un chalado de la religión? Vámonos a hacer una redada en todas las iglesias y templos de Los Ángeles, seguro que antes de comer hemos encontrado a una docena como él.

—Está bien, escuche: tenemos ADN del caso del Sigiloso. El paso siguiente es tomarle muestras a Liberación y ver si coinciden. Si no coinciden, lo dejamos en libertad.

—Lógico. —Mitzi levanta el teléfono.

Pero Carter le impide seguir.

—Recuerde que ese pirado llegó envuelto en una sábana. Una sábana de la cama. Igual que las que usaba para envolver los cadáveres. Mandaremos analizarla también, y estoy seguro de que encontraremos algo más que restos de nuestro hombre. Encárguese

usted de hacer las llamadas al laboratorio y al registro. Yo voy a conseguir más mano de obra… ¿y más café?

—Solo la mano de obra —replica Mitzi al tiempo que pulsa una tecla de rellamada—. El esmalte de mis dientes ya no aguantará más dosis.

Carter regresa a su despacho y va directo al teléfono. Logra convencer a su secretaria, a un empleado de administración y a dos antiguos ayudantes —Libowicz y Amis— de que renuncien a quedarse en la cama hasta muy tarde por ser domingo; le servirán para llevar a cabo cualquier tarea secundaria que les ordenen Fallon y él.

Por fin Mitzi consigue comunicarse con Hix, el único de la policía científica que está segura de que dejará todo lo que esté haciendo para ayudarla a ella.

—Tom, es posible que hayamos experimentado un progreso importante en el caso del Sigiloso. Ha llegado a la central un individuo envuelto en una sábana que necesita ser analizada de inmediato. Y también necesitamos su ADN y un análisis de sangre urgente.

—¿Para eliminarlo mediante descarte?

—Sí, aunque Carter está seguro de haber cazado a su hombre.

Tom Hix ha visto a una decena de detectives aseverar que habían cazado a su hombre, y sin embargo, antes de que terminara la jornada ya se habían dado a la bebida.

—Enseguida voy.

—Gracias. —De pronto se acuerda de la llamada que le hizo Nic anoche—. Ah, y si miras el correo encontrarás un paquete que te ha enviado Nic Karakandez desde Italia.

—¿Desde Italia?

—Relativo al caso de Tamara Jacobs. Lo hice ir yo, para que siguiera una serie de pistas. Te ha mandado unas muestras tomadas de la escena de un crimen cometido en Turín, y quiere saber si coinciden con algo que se haya encontrado en el domicilio de la guionista.

—Por lo visto, voy a tener un día muy ajetreado. De hecho, iba a llamarte por el caso de Jacobs. Hemos completado el análisis del

gato y de las moquetas. ¿Recuerdas que les pasamos la aspiradora a los dos?

—Sí.

—Pues de la pata del gato hemos obtenido un ADN humano. Pero esa no es la buena noticia. —Se le nota animado—. En la moqueta hemos hallado partículas de Glyptobothrus lebanicus y de Pogonocherus ehdenensis.

A Mitzi, tanto entusiasmo la deja fría.

—Tom, es domingo por la mañana y yo no hablo alienígena. ¿Qué es lo que acabas de decir?

Tom deja escapar un suspiro de desilusión. Ojalá comprendiera Mitzi lo raro que es lo que ha descubierto.

—El Glypto es un saltamontes, y el Pogo es un escarabajo de antenas muy largas. Lo que tienen en común es que no proceden de América. Son especies endémicas del monte Líbano y de las montañas del Antilíbano.

—¿Del Líbano, dices?

—De Oriente Próximo. Además, con la aspiradora hemos encontrado restos de litosoles, suelos rocosos, provistos de muy poca vegetación, que desde luego se encuentran en los paisajes de montañas escarpadas.

—No sé muy bien adónde nos lleva eso. Imagino que estás diciéndome que el asesino debió de estar recientemente en esos lugares o que procede de ellos.

—Exacto.

—De acuerdo. ¿Vas a enviarme las huellas genéticas cuando llegues?

—Sí. Ya voy para allá.

En el momento de colgar el teléfono, Mitzi advierte que hay una luz roja parpadeando en la base. Llamadas perdidas. Le da un vuelco el corazón. A lo mejor son sus niñas. Vuelve a levantar el auricular y acciona el contestador. La voz automatizada dice que el mensaje se dejó a las cinco en punto de ayer. A aquella hora ella estaba con Jenny Harrison. Esperando que Amber y Jade se encuentren bien, cruza los dedos para que no hayan sufrido ningún accidente esquiando.

—«Hola, teniente Fallon, soy Sarah Kenny, de Anteronus Films. Me dijo usted que la llamase si descubría algo nuevo en relación con el caso de Tamara. Bueno, pues no sé si es importante, pero es posible que tenga algo. Ya tiene mi número, llámeme a cualquier hora. Que tenga un buen día».

Solo son las ocho de la mañana, pero Mitzi le toma la palabra y llama.

Le responde un mensaje pregrabado:

—«Soy Sarah. En este momento no puedo hablar. Deje su mensaje, y si no estoy rodando con Scorsese o con los hermanos Coen, le devolveré la llamada. Ciao, cielo».

—Sarah, soy Mitzi Fallon. Me ha dejado un mensaje en el teléfono del trabajo. Hoy es domingo por la mañana, y si…

—Hola —contesta de pronto con voz soñolienta la Sarah auténtica.

—Ah, hola. Acabo de escuchar su mensaje.

—Perdone, estaba durmiendo. —Tarda unos instantes en incorporarse y ordenar sus ideas.

—No hay problema.

—Me ha llegado una factura al trabajo en concepto de una nube.

Mitzi no está segura de haber oído bien.

—¿Una qué?

—Una nube. Yo no sabía que Tamara tuviera ninguna, pero al parecer la tenía. Una nube de almacenaje. Es una base de datos digital. Apple, Google, Amazon; todos esos la tienen. Se suben contenidos, como documentos, vídeos, fotos, música, lo que uno quiera. La nube los guarda de forma segura, de manera que si a uno le roban el portátil o le entran los ladrones en casa, siempre puede descargar otra vez todos los documentos.

—Vaya. ¿De verdad son capaces de hacer algo así?

—Sí. ¿Quiere que le envíe por correo electrónico los detalles de la cuenta de Tamara?

—Sería genial.

—Muy bien. —Sarah vuelve la vista más allá de su esbelto y bronceado hombro, al atractivo actor desnudo que se agita en

sueños—. En estos momentos no puedo, voy a tener las manos ocupadas, pero se lo envío aproximadamente dentro de una hora.

146

Saint-Julien-en-Genevois

El cerebro de Nic está trabajando a toda velocidad al tiempo que pisa frenéticamente el pedal del freno. El motor va a setenta, y solo se encuentra a cien metros del coche que tiene delante.

Reduce la marcha moviendo la palanca de cambios automática e invade el carril de adelantamiento, pero no sirve de casi nada. Entonces reduce otra marcha de las ocho con que cuenta la transmisión y zigzaguea violentamente a fin de evitar la fricción de los neumáticos contra el asfalto. La súbita sacudida despierta a Broussard y a su mujer, que ponen cara de sorpresa y de susto.

Más adelante el tráfico está parándose bruscamente. El BMW ha reducido la velocidad a cincuenta, pero Nic se está quedando sin carretera. No se atreve a apagar el motor, porque perdería toda la hidráulica de la dirección. Cruza todos los carriles derrapando. En medio de una densa polvareda, se sale de la calzada e invade la estrecha franja del arcén. Se oye un chirrido enfermizo, como el raspar de una uña contra un encerado, cuando el BMW araña el costado de otro coche.

Nic reduce una vez más. Todavía avanza a cuarenta por hora, y no está perdiendo velocidad lo bastante aprisa. De repente, para empeorar las cosas, la autopista inicia una cuesta de bajada y en curva.

Édouard es presa del pánico.

—¡Frene! ¡Frene!

—Eso intento. —Nic procura mantener un tono sereno—. Me he quedado sin frenos.

Allá delante hay una furgoneta de la policía de tráfico, avanzando por el polvoriento arcén y por lo tanto bloqueando la única vía de escape segura que tiene Nic. Pega la mano al claxon y reduce una vez más con la palanca de cambios. No va a ser suficiente. Lo sabe perfectamente. El gigantesco monstruo de la policía apenas se está moviendo. No hay forma de esquivarlo.

Nic tira del freno de mano. Los Broussard salen despedidos hacia delante. Los neumáticos echan humo. El BMW se estremece. Nic se agarra con fuerza. Dos policías huyen por los costados del enorme Renault. Entrechocar de metal contra metal. Se oye un fuerte golpe. Y después otro. Y otro más.

Nic siente un impacto en el hombro. Y luego en la cara. Los pulmones se le vacían de aire cuando estallan los airbags. Los dedos, con los nudillos blancos, dejan de aferrar el volante. Pierde toda sensación en las manos. Su cerebro se inunda de oscuridad. Nota un sabor a sangre. El dolor, el miedo y la adrenalina desaparecen cuando pierde el conocimiento.

147

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

Carter reúne a su equipo, al que ha convocado a toda prisa, en la Sala de Coordinación del Sigiloso para una sesión informativa. Ha aliviado la molestia que supone trabajar un domingo por la mañana pidiendo a su secretaria Alice Hooper que antes de venir comprase unos cafés y unos muffins.

Mientras el teniente da a conocer las noticias de última hora, a Mitzi se le hace obvio que Kris Libowicz y Dan Amis son dos veteranos. Se parecen como dos gotas de agua. Ambos tienen cuarenta y tantos años y esa expresión reblandecida que adquiere uno cuando se ha alimentado demasiadas veces a base de comida rápida en otras tantas operaciones de vigilancia. Los grandes detalles que los diferencian son que Libowicz tiene el cabello entrecano y muy corto, mientras que Amis luce una mata de rizos elásticos y de color negro azabache, cortesía de su ascendencia afroamericana por parte de madre. Los dos poseen una buena reputación, ambos son policías valientes que lo han visto todo y lo han hecho todo.

Llega Tom Hix y le sonríe a Mitzi… de forma un poco excesiva para su gusto. Carter le ahorra el sentirse violenta enseñando al forense la sábana de la que necesita tomar muestras para analizar el ADN. Una vez que el científico se pone manos a la obra, los policías proceden a visionar las imágenes que les han echado a perder el fin de semana a todos.

—Lo de la sábana —dice Libowicz señalando el fotograma congelado que aparece en la pantalla—, ¿por qué razón se la pone? ¿Por qué se la trae puesta, el muy idiota?

—Por dependencia emocional —responde Amis—. Es como Linus.

—¿Qué Linus?

—El de la tira cómica de Charlie Brown. Ya sabe, el tontito de la manta.

Carter coge una taza de café que sobra en el centro de la mesa.

—En vez de coger un abrigo, prefirió la sábana. Tiene que haber un motivo para ello. Ustedes puede que no se acuerden, pero Linus van Pelt era a la vez débil y listo. Charles Schultz dijo que era el filósofo y el teólogo de la tira cómica de Snoopy. Incluso iba de un lado para otro citando los evangelios.

Libowicz parte un muffin de avena por la mitad.

—Imagino que una de las cosas que decía no era lo de «No matarás».

Mitzi no puede apartar la vista del monitor.

—¿Qué es lo que tiene Liberación en la mano izquierda? —Señala la pantalla—. Ahí mismo, miren, tiene algo enganchado en el dedo pulgar, y le cuelga.

Todos se acercan un poco más al monitor.

Carter lo ve de pronto.

—Llaves. Maldita sea, son las llaves de un coche. ¿Cómo es que no las hemos visto antes? —Pero ya conoce la respuesta. Están todos más cansados que un perro, y cuando uno trabaja sin energía se le pasan por alto cosas como esa—. Mitzi, póngase en contacto con el sargento de la recepción, seguro que todavía tiene esas llaves. Y mande a un agente uniformado a que pruebe a abrir con ellas los coches que haya en la calle. No puede haber muchos, siendo domingo por la mañana.

Mitzi apura lo que le queda de café y sale de la sala. Mientras baja hacia la recepción, anula el silenciador de su móvil y reproduce un mensaje que se ha perdido durante la reunión.

—«Mamá, soy Jade. Perdóname por la bronca. Te quiero. Hasta pronto».

—«Yo también te quiero —exclama Amber desde algún lugar ruidoso—. Lo estamos pasando muy bien. Te quiero».

Y eso es todo lo que hay. Pero es todo lo que tiene que haber. Mitzi hace un alto en la escalera, invadida por un torrente de

emoción. Gracias a Dios está en medio de un caso de asesinato, dos casos de asesinato; de no ser así, es muy posible que tuviera un momento de debilidad maternal y rompiese a llorar a mares.

148

Saint-Julien-en-Genevois

En mitad de la negrura, Nic siente que algo le tapa la boca. Y que no le deja respirar.

Presa del pánico, abre los ojos. Hay un enfermero inclinado sobre él, apretándole una mascarilla de oxígeno contra la cara. El joven está hablando con un compañero suyo en un idioma que suena a un francés raro. Escucha un momento y después se vuelve hacia Nic y le dice en inglés:

—Se encuentra bien. No se mueva, va a ponerse bien.

El detective se percata de que ya no está dentro del coche, sino al aire libre. Tumbado a un lado de la carretera, encima de una hierba húmeda y grisácea por el invierno. En su visión periférica detecta unas luces parpadeantes y oye voces… pero no el ruido del tráfico. O el accidente ha bloqueado la autopista o bien los servicios de emergencia han cerrado la carretera. Intenta moverse, pero nota una especie de yunque que le oprime el pecho.

—Quédese quieto —le ordena el enfermero con una mano en la mascarilla y la otra en su muñeca.

Nic hace el esfuerzo de incorporarse y aparta al enfermero. Pero al instante siente un dolor que le recorre el pecho. Es como si se hubiera fracturado una costilla. Se quita la mascarilla y pregunta:

—El matrimonio… ¿se encuentran bien?

El enfermero intenta convencerle de que vuelva a tumbarse.

—Los están atendiendo, igual que a usted. Por favor, quédese quieto.

Nic intenta ponerse en pie.

—Eh. Siéntese. Aún no he terminado.

—Gracias, pero sí. —Nic lo intenta de nuevo. Esta vez lo consigue. Con paso tambaleante, se dirige hacia los Broussard, que están sentados en los peldaños de atrás de una ambulancia.

Édouard esboza una sonrisa.

—No pienso volver a dejarle conducir, mon ami.

—Puede que yo tampoco quiera. Los frenos fallaron completamente. Pisé a fondo, pero no había nada.

Ursula tiene una mano apoyada en el hombro, frotándose el hematoma que le ha dejado el cinturón de seguridad tras el fuerte impacto.

—Tenemos suerte de estar vivos —comenta.

—Perdonen —dice Nic, sintiendo la extraña necesidad de excusarse, porque era él quien conducía—. Espero que no les haya ocurrido nada grave.

—Estamos bien —contesta Édouard—. Golpes y rasguños, pero nada más. Menos mal que pararon otras personas para socorrernos y la ambulancia llegó muy rápidamente.

—Me parece que la llamó ese otro conductor —añade Ursula girando el hombro con cautela.

—¿Qué conductor?

—El que nos ayudó a salir del coche —explica Ursula—. Dijo que debíamos darnos prisa, porque podía incendiarse.

—Incluso sacó el equipaje —afirma Édouard indicando con un gesto la cuneta, en la que reposan los pequeños bolsos Louis Vuitton.

Nic advierte que su maleta no está con ellos. La maleta que contenía el perfil de ADN y los documentos que le entregó Broussard ha desaparecido.

149

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

En toda investigación hay un punto en el que lo único que se puede hacer es esperar. Esperar pruebas. Esperar resultados. Esperar un golpe de suerte.

Pero esperar es algo que no se le da bien a Carter. Tamborilea con los dedos sobre la mesa y, mentalmente, repasa una vez más toda las actuaciones. Mitzi ha mandado a varios agentes uniformados a la calle, a que averigüen a qué coche corresponden las llaves que han recuperado del sospechoso. Tom Hix ha tomado muestras de Liberación y está realizando análisis de sangre y de ADN tanto a él como a la sábana en que llegó envuelto. Libowicz está buscando huellas dactilares, aunque no es de esperar que el sistema informático consiga establecer ninguna coincidencia. Amis está pasando fotos del sospechoso, sacadas de las imágenes tomadas por la cámara de seguridad, por el programa de reconocimiento facial, a ver si Liberación figura en los archivos como delincuente ya conocido. También se ha enviado a varios agentes uniformados a recoger a Jenny Harrison, la amiga de Kim Bass, para ver si es capaz de identificar al sospechoso, y el doctor Jenkins acaba de finalizar el segundo examen médico y está a punto de entregar un informe oficial acerca del estado del preso.

Mitzi está tan impaciente como Carter. Ya son más de las doce del mediodía y tiene la sensación de que todos se han quedado atascados en el primer paso del proceso. Si fuera ella la que dirigiese el cotarro, estarían presionando al sospechoso a base de bien. Pero tiene que obligarse a sí misma a sentarse a su mesa y encender el ordenador.

Tiene una docena de correos nuevos en la bandeja de entrada, entre ellos la información que ha prometido enviarle Sarah.

¿Una nube? ¿Quién hubiera pensado que pudiera existir algo semejante?

Pega un enlace en el buscador y a continuación introduce el nombre de usuario y la contraseña que le ha proporcionado Kenny. No hay gran cosa que ver: un tablero de iconos de música, vídeos, fotografías y documentos. Pincha en el último, y aparece una lista de archivos: PDF, Excel, Word, Keynote, Pages, Powerpoint, Numbers, Contacts y algo denominado Scriptmaster. Pincha en esto último y se abre una lista nueva de documentos: La era de los Rothschild, El duque y la corista y La Sábana Santa (versión definitiva).

Mitzi se pregunta si verdaderamente será esta la versión definitiva. Si fuera cualquier otro día, estaría más que deseosa de averiguarlo. Abre el documento.

LA SÁBANA SANTA

por Tamara Jacobs

VERSIÓN DEFINITIVA

Confidencial. No fotocopiar. Solo deben distribuirse copias firmadas al personal autorizado.

Mitzi examina por encima las primeras páginas. Parecen todas similares a lo que ya ha leído. Aburridas. En realidad, esta película no es de las que más le gustan a ella. Abre una función de búsqueda de palabras y prueba con la nueva ubicación que ha añadido Hix al

rompecabezas, el Líbano. Se abre una página nueva, una que Mitzi no ha visto nunca.

BEIRUT, LÍBANO, 1176

EXTERIOR. Noche

Escena 49

Invierno. Montañas con cimas cubiertas de nieve, bosques de cedros del Líbano. (A medida que la cámara va penetrando en los bosques, el día se transforma en noche).

Se oyen a lo lejos unos himnos entonados por voces masculinas.

Se ve el resplandor parpadeante de unas antorchas a través de las contraventanas de un secreto monasterio maronita.

INTERIOR

Escena 50

Cesan los cánticos y se oyen voces masculinas que hablan en susurros. Dos monjes maronitas de pie, juntos. La cruz de gran tamaño y de color rojo sangre que lleva cada uno cosida a la ropa, a la altura del pecho, distingue de manera inequívoca sus largos hábitos marrones. Son al mismo tiempo guerreros y hombres de Dios.

El primer monje se llama YUSEF. Es un veterano de la orden. Es corpulento y tiene treinta y tantos años. El segundo, JALIL, tiene quince años menos y es más alto y más delgado.

YUSEF: Acaba de llegar un mensaje de nuestro santo líder: ha llegado el momento de que recemos y preparemos a nuestros valientes caballeros para que salgan a cumplir su misión. Satanás ha realizado bien su labor. Ha otorgado las más negras de sus malévolas bendiciones al peor de todos sus vástagos: el monstruo de Salahuddin.

JALIL: El peor y el más feroz. Todo el mundo musulmán está agrupándose tras la espada ensangrentada de Salahuddin.

Se oye una campana. Es la llamada a la oración de la tarde. YUSEF y JALIL recorren los oscuros pasillos del monasterio. Al pasar, los van iluminando las antorchas de las paredes. Sus sombras se alargan de forma fantasmal en las losas del suelo.

YUSEF: Ese infiel musulmán se burla de Nuestro Señor Jesucristo. Genera una poderosa y falsa imagen de pacificador entre esas hordas de paganos.

JALIL: Ruego por su derrocamiento. Día y noche rezo con todo mi corazón y toda mi alma por que el grandioso ejército de los francos, al frente del cual marchan los orgullosos templarios y los hospitalarios, prenda fuego a sus campamentos y haga que caiga sobre su pecadora alma la sombra de la Verdadera Cruz.

YUSEF: Me temo que eso no va a suceder. Y a juzgar por la misión que acaban de solicitarnos, lo mismo se teme el Santo Padre.

Atraviesan un patio interior en el que hay una estatua de san Marón en el centro de una fuente. El agua está salpicada de pétalos de flores y rodeada por un círculo de cirios alargados, encendidos. YUSEF hace un alto para hundir la mano en el agua y se santigua frente a la estatua de su santo patrón.

YUSEF: No temas, joven JALIL, no lucharemos solos. En todo momento nos acompañará el espíritu de Marón. Guiará nuestros ojos y nuestra espada.

Señala la pared de enfrente, en la que hay un crucifijo gigantesco y varios reclinatorios tallados en el duro enlosado.

YUSEF: Ha llegado el momento de desencadenar a los Caballeros de la Oscuridad, el momento de que impartan la ira de Dios.

Al otro lado de la fuente, los dos se santiguan de nuevo. A continuación se arrodillan el uno junto al otro y retiran unas pequeñas placas de hierro que estaban encajadas en la pared. El hedor que sale del interior de las estrechas celdas les provoca a los dos una mueca de asco.

YUSEF: Hermano, nuestro Santo Padre nos envía a buscarte.

La cámara hace lentamente un zoom por encima del hombro de YUSEF y hacia el oscuro interior de la celda. Durante unos segundos no se ve más que oscuridad. Gradualmente van apareciendo los ojos enrojecidos de un hombre que se hacen cada vez más grandes, hasta llenar todo el fotograma.

YUSEF (cont.): Hemos venido para retirar tus piedras y liberarte. Te ha llegado el momento de alzar la espada de Dios y dar muerte al mayor de sus enemigos.

150

Saint-Julien-en-Genevois

A tres kilómetros del lugar del accidente, Efrem detiene el coche alquilado y enciende las luces de avería. Acto seguido, desciende por el pronunciado terraplén y se esconde en unos arbustos que crecen al pie del mismo para abrir la maleta barata de Nic. Encima de la ropa toda arrugada, descubre lo que anda buscando.

Aquello por lo que ha cruzado los continentes.

Aquello por lo que ha matado.

Maravillado, sostiene en la mano el brillante plástico con la impresión en blanco y negro del ADN. Diez filas de columnas claras y oscuras, decenas de bloques mágicos, unos junto a otros, el supremo indicador histórico, un tesoro irrepetible.

Saca el teléfono y marca un número que tiene memorizado hace mucho tiempo pero al que rara vez ha llamado. El tono se pierde en el ciberespacio; atraviesa varios países y termina penetrando en el auricular de Nabih Hayek. El clérigo libanés contesta al segundo timbrazo.

—Soy Efrem. Tengo el perfil, la transparencia original y el archivo de datos del que procedía.

Hayek deja escapar un suspiro de alivio.

—¿Estás seguro?

—Sí. Acabo de quitárselos al científico que realizó las pruebas y al americano que intentaba protegerlo a él.

Hayek no le pregunta si todavía están vivos. Quiere evitar todo conocimiento explícito, quiere poder hablar con Andreas Pathykos con sinceridad, y a cambio conseguir que este hable con franqueza al Sumo Pontífice.

—Lo has hecho bien, hermano mío.

—¿Desea destruirlo todo?

Hayek titubea. Sigue resultando difícil aprobar la destrucción de algo que tiene tanta importancia histórica.

—Sí —dice, tragando saliva.

—Muy bien.

El clérigo reflexiona un instante y luego añade, recalcando las palabras:

—Todos dormiríamos mejor sabiendo que esto no ha sucedido jamás, sabiendo que jamás podría repetirse algo así y que jamás se podría hablar de ello.

—Entiendo, padre.

Y es verdad. Efrem entiende a la perfección lo que se espera de él. Su misión no ha acabado todavía.

151

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

Mitzi escudriña otra página más del guion. Examina atentamente cada escena y cada frase de los diálogos, en busca de pistas que puedan ayudarla a resolver el asesinato de Tamara Jacobs.

En la película, la acción se ha trasladado a Damasco, la antigua ciudad situada a la sombra de la cordillera de montañas que hay al este del Líbano. Corre el año 1187, poco después de que Salahuddin capturase de nuevo la ciudad de Jerusalén.

DAMASCO: PALACIO DE SALAHUDDIN (SALADINO)

EXTERIOR. Tarde-noche

Escena 74

Dos guardias ataviados con capas de color granate y montados en caballos negros cruzan el uno frente al otro mientras patrullan el perímetro del palacio. Más cerca de las imponentes murallas hay soldados de infantería, apostados a no más de un metro el uno del otro.

INTERIOR

Escena 75

En el gran salón se oye música fuerte, celebraciones y risas. SALAHUDDIN está ofreciendo a los hombres de más confianza un generoso banquete y una noche de diversión. Están celebrando la gran victoria obtenida en Hattin. Además de jarras de vino, hay pipas de hachís y mujeres exóticas que bailan sensualmente muy cerca de los soldados.

SOLDADO UNO (tomando la pipa de hachís de un compañero): Cuán dulce es la venganza. La Ciudad Santa de Jerusalén, el lugar en el que los cristianos masacraron a nuestros antepasados, está ahora teñida con su misma sangre. Vuelve a pertenecemos legítimamente, y así será hasta el final de los tiempos.

SOLDADO DOS (gritando excitado): ¡Te aclamamos y te saludamos! ¡El más grande de todos los generales, Salahuddin!

La solitaria exclamación del soldado da lugar a un coro espontáneo y contagioso que se eleva de la masa de soldados.

HOMBRES: ¡Salahuddin! ¡Salahuddin! ¡Salahuddin!

SALAHUDDIN acepta modestamente los vítores con la mano en alto. A su derecha se encuentra NUREDDIN, uno de sus generales más valorados. Es mayor y más bajo que su señor. Luce en la cara una pronunciada cicatriz roja aún sin curar del todo, que se hizo en la reciente batalla, y que parte de la oreja izquierda, atraviesa la mejilla y termina allí donde antes estaba la punta de la nariz.

NUREDDIN: Contémplalos, mi señor. Estos son tus hombres, hombres dispuestos a morir mil veces por ti. Hemos tomado Egipto, Siria, Arabia y ahora Jerusalén. Pronto podría ser nuestro el mundo entero.

SALAHUDDIN (echando a andar): De Dios, Nureddin. Nuestro no, sino de Dios.

NUREDDIN (haciendo caso omiso del reproche): Quédate con nosotros, mi señor. Comparte con nosotros el momento en que la bendita luz del amanecer se eleve por encima del floreciente imperio del islam.

SALAHUDDIN (sonriendo): Divertíos, os lo habéis ganado. Yo ahora solo deseo entregarme a mis escribas, mis oraciones y mi descanso. Que Dios esté con vosotros.

NUREDDIN: Y contigo.

SALAHUDDIN sale.

El sultán es flanqueado por dos guardaespaldas, sus dos soldados más altos. Caminan con los escudos en posición y las espadas desenvainadas. Cuando empiezan a subir por una escalera de caracol, uno de los soldados se sitúa delante, y el otro, detrás.

De camino hacia los aposentos del general, pasan junto a grandiosos tesoros tomados como botín en los países que han conquistado sus ejércitos: estatuas gigantescas, bronces y objetos de alfarería de los palacios de Siria y de Arabia. En cada recodo del pasillo y a la entrada de cada sala hay más guardias, apostados por parejas.

SALAHUDDIN se detiene un momento mientras el soldado que va delante abre la puerta de sus habitaciones. Dentro hay otro guardia armado y dos escribas.

SALAHUDDIN (a sus escoltas): Dejadme. Regresad al banquete y recuperad el buen ánimo. Aprovechad los últimos rescoldos de la celebración. Que Dios sea con vosotros.

SOLDADOS (respondiendo juntos): Y contigo.

La antecámara es amplia y se halla repleta de trofeos personales procedentes de batallas: banderas, escudos y estandartes de quienes osaron luchar contra el sultán. También hay, colocada boca abajo y acumulando polvo, una cruz de gran tamaño fabricada con la madera de la denominada «Vera Cruz», aquella en la que los cristianos afirman que murió su Señor Jesús. Le fue arrebatada de las manos a un obispo asesinado tras la batalla de Hattin, y tiene salpicaduras de sangre. Los brazos de la cruz se están utilizando a modo de tajo del patíbulo, para decapitar a los soldados cristianos capturados que no han querido convertirse al islam o que no merecen ser liberados a cambio de un rescate.

SALAHUDDIN se desata el cierre de oro que lleva al pecho con su insignia y se quita la capa. A continuación entra en una cámara contigua, en la que se hallan trabajando dos escribas personales suyos. Son hombres que llevan más de una década viajando a su lado, escribiendo la crónica de su ascenso al poder y describiendo su filosofía de la vida. Los escribas se ponen en pie y se inclinan ante él al verlo aparecer. Ambos tienen cara de cansancio, pero no se atreven a bostezar. Saben que el dictado de su señor puede durar varias horas.

SALAHUDDIN: Vamos, mis artífices de las palabras, cobrad un poco de vida. Necesito vuestra pericia con el buril para que reflejéis por escrito la emoción de la historia que estamos creando.

Mientras SALAHUDDIN inicia un monólogo relatando las batallas que aún les esperan y la Yihad que aún está por venir, la cámara hace un zoom sobre las sinuosas curvas de la ornamental escritura arábiga que van trazando los escribas con tinta. A continuación, los renglones se funden con un plano general de dunas de arena que forman un horizonte resplandeciente a causa del calor.

152

Saint-Julien-en-Genevois

Ninguno de los dos Broussard es capaz de dar una descripción válida del individuo que se llevó la maleta de Nic. Era delgado, no gordo. De piel olivácea… sin barba. Cabello corto, muy corto. Eso es lo máximo que consigue sacarles el detective. Podría coincidir con millones de varones de Francia y decenas de millones de todo el Mediterráneo.

El científico se encuentra alicaído.

—Si se ha llevado su maleta, tanto mi trabajo como su tiempo se han echado a perder.

—No, no del todo. Erica Craxi me regaló un San Cristóbal, un medallón unido a una cadena. Dentro, debajo de una figura del santo, había varios fragmentos de la Sábana Santa. Supongo que Craxi quiso guardarse una copia, por si acaso salía algo mal. Los he enviado a Los Ángeles, a que los examine nuestro laboratorio.

Édouard ve un problema.

—Pero así y todo, no tiene usted nada con que compararlos. Y a mí me es imposible recordar toda la secuencia.

Nic extrae su BlackBerry.

—Esta no es la mejor cámara del mundo, pero yo creo que toma unas imágenes lo bastante buenas para que usted pueda reconocer el perfil de ADN de la Sábana Santa. —Abre los archivos multimedia y reproduce un vídeo grabado—. Grabé estas imágenes del perfil de ADN cuando estaba en la habitación del Sheraton. Ya las he enviado como archivo digital a mi cuenta personal de AOL.

El científico observa la minúscula pantalla con los ojos entornados.

—Sí, puedo confirmar que es el perfil que saqué yo.

—Bien. —Nic cierra el archivo—. No vale tanto como tener las transparencias originales, pero si regresa conmigo podrá examinar las pruebas realizadas por el Departamento de Policía de Los Ángeles y comparar esos resultados con los que obtuvo usted.

Édouard reflexiona unos instantes.

—Es posible. Sí, estoy dispuesto a hacerlo.

Nic despliega la lista de contactos guardados en su BlackBerry.

—Voy a llamar al laboratorio de Los Ángeles para que pongan todo en marcha.

153

LA SÁBANA SANTA - TAMARA JACOBS

DAMASCO, PALACIO DE SALAHUDDIN, 1187

EXTERIOR, mañana

Escena 76

Día siguiente a la noche anterior. La suave luz rosada del amanecer ilumina la arena frente a las puertas del palacio. Los cascos de los caballos levantan una polvareda y vemos la estampa ya familiar de los guardias a caballo que patrullan lentamente los alrededores.

CORTE A

INTERIOR

Escena 77

El gran salón está lleno de hombres y mujeres que duermen apoyados en mesas alargadas, en el suelo y en asientos. Todavía tienen alrededor los restos desperdigados del gran banquete.

Conforme el gran angular de la cámara va recorriendo el suelo de la estancia y ascendiendo por la escalera de caracol, comienzan a oírse unos golpes amortiguados, cada vez más urgentes. Son golpes dados con un puño contra la madera. A medida que la cámara se desliza entre las parejas de guardias apostados en cada recodo de los serpenteantes corredores que llevan a los aposentos de SALAHUDDIN, el ruido va cobrando intensidad.

Las gigantescas puertas de roble con tachones de hierro están cerradas, DULFIQAR, el comandante de la guardia, está hablando a gritos desde el otro lado. Llegan más hombres a toda prisa. Por entre ellos se abre paso el general NUREDDIN; viene directamente de la cama, con la ropa desordenada y todavía vistiéndose.

NUREDDIN: ¡Forzad la entrada! Necios, ¿a qué estáis esperando? Nuestro señor podría estar en peligro. ¡Romped las puertas! Llamad a su médico.

FIQAR: Haced lo que dice.

Mira en derredor y señala una estatua de piedra que representa a Isis, tomada de una tumba egipcia.

FIQAR (cont.): Ayudaos con ese falso dios.

Son necesarios seis soldados para levantar la gigantesca representación en granito de la diosa egipcia. Lanzando un potente alarido, arremeten contra las dobles puertas y abren con un tremendo empujón. Varios de los soldados caen al suelo de resultas del impacto.

NUREDDIN: ¡Esperad!

Alza una mano para imponer autoridad y detiene a los soldados.

NUREDDIN (cont.): Primero quiero entrar yo solo.

NUREDDIN toma una espada del cinturón de un guardia y penetra en la antecámara pasando por encima de la puerta astillada y del hueco que ha dejado esta. Abre las puertas de la cámara privada.

NUREDDIN: ¡Bendito sea Muhammad! Esto no es posible.

La cámara pasa de NUREDDIN al suelo y se posa sobre el cadáver de un guardia que tiene el cuello cercenado y el corazón perforado por una única puñalada. Enfoca la cara del muerto y seguidamente el cuerpo, que pertenece a un escriba. Los intestinos asoman desparramados por una profunda herida de espada. La cámara continúa avanzando y se detiene en el rostro emblemático y ahora sin vida de SALAHUDDIN. El plano se abre y revela el cadáver del sultán, y solo entonces se aprecia todo el horror que ha dejado estupefacto a NUREDDIN. SALAHUDDIN ha sido desnudado y clavado en la cruz robada, la que fue confeccionada con la madera de la Vera Cruz. Su cuerpo es una maraña de heridas, tajos de espada o de puñal y fragmentos de cristales rotos que le han incrustado en la cabeza para formar una corona de sangre.

NUREDDIN corre a la puerta de la antecámara para evitar que entren los soldados. La cierra y ordena a voces que acuda el comandante de la guardia.

NUREDDIN: ¡Dul! Dul, ven a la cámara. El sultán no se encuentra bien y está llamándote.

DUL entra por la puerta, NUREDDIN se apresura a cerrarla de nuevo.

NUREDDIN (visiblemente conmocionado): Salahuddin está muerto.

FIQAR: ¿Cómo?

NUREDDIN: Lo han matado unos asesinos en su cámara.

FIQAR: No es cierto. Jura que no es cierto.

NUREDDIN: Juro por el sagrado nombre de Dios que es verdad. Ven.

El general lleva al comandante de la guardia hasta la cámara privada. Durante unos instantes, los dos hombres guardan un respetuoso silencio.

FIQAR: ¿Cómo es posible que haya ocurrido esto?

NUREDDIN: Ha desaparecido un escriba. Habrá sido un ismailí o un cristiano. Todavía percibo el olor.

Recorre la estancia con la mirada y observa los charcos de sangre y los cuerpos mutilados.

NUREDDIN (cont.): Debe de estar herido, así que no puede haber llegado muy lejos.

Su mirada se detiene en unas manchas de sangre dejadas en la pared por una mano, cerca de una ventana abierta que hay junto a la cama del sultán. FIQAR se da cuenta de que el general está pensando que esa puede haber sido la vía de escape del asesino.

FIQAR: Voy a enviar a mis mejores hombres a capturarlo.

FIQAR echa a andar hacia la puerta.

NUREDDIN: Espera. No hagas tal cosa.

FIQAR se interrumpe y da media vuelta.

NUREDDIN: Hay un asunto que tiene mayor urgencia.

Pasea unos instantes y agrega:

NUREDDIN: Hemos de fingir que nuestro señor ha caído enfermo. Los cristianos no pueden saber que ha muerto. El mundo no debe enterarse. Trae al médico de Salahuddin, necesitamos su complicidad para urdir mejor el engaño.

FIQAR se va. NUREDDIN toma una espada y saca los clavos que sujetan a SALAHUDDIN a la cruz. Luego deposita al gran sultán en el suelo y toma una sábana de la cama para cubrir el cadáver. Seguidamente se arrodilla y reza.

Regresa FIQAR con el médico ADAM BAHIR. El comandante vuelve a cerrar la puerta de acceso a las cámaras. Después, saca una daga que llevaba escondida en la túnica y se la pone al médico en la garganta.

FIQAR: Vas a hacer todo lo que te ordene el general NUREDDIN o de lo contrario te arranco esa falta de voluntad de tu insolente cuerpo. ¿Me has entendido?

BAHIR, con la daga apoyada en el cuello, asiente con miedo.

FIQAR: Bien.

DUL lo empuja hasta NUREDDIN, que está arrodillado junto al cadáver de SALAHUDDIN.

NUREDDIN: Médico, trae los vendajes que sean necesarios y ocúpate personalmente del cuerpo de nuestro señor. Que reciba el trato que le corresponde.

Se queda de pie a un lado y permite que el médico examine a SALAHUDDIN.

NUREDDIN (cont.): Ya está con Dios, no me cabe duda. Tan solo pido vivir lo suficiente para vengarme de todos los que han confabulado para perpetrar esta maldad.

FIQAR se acerca al cuerpo del escriba muerto, escupe encima y le propina una patada en la cabeza, NUREDDIN lo aparta.

NUREDDIN: Desahoga otro día tu rabia. En este preciso momento necesito que conserves la cabeza fría. Hay mucho que hacer.

Se vuelve hacia el médico.

NUREDDIN (cont.): ¿Qué me dices del sultán? ¿Cómo vamos a hacer creer a sus cortesanos que aún está vivo, pero tan enfermo que necesita estar aislado para poder descansar?

BAHIR: Hace unos años, nuestro señor se vio aquejado de cierto mal del corazón. Podemos decir que ha vuelto a sufrir el mismo mal. Y que a fin de evitar el contagio, únicamente yo debo entrar en su cámara.

NUREDDIN (con gesto complacido): ¿Durante cuánto tiempo se puede mantener esa farsa?

BAHIR: Durante diez días. No más. De todos es sabido que Salahuddin es mal paciente. Si dejamos pasar más tiempo, no cabe pensar que no intente gobernar desde el lecho, incluso aunque yo se lo prohibiera.

NUREDDIN: Eso tendrá que bastar.

Va hasta FIQAR y habla con él en voz baja, en tono confidencial, apoyándole una mano en el oído.

NUREDDIN (cont.): Voy a tener que ir a ver a la esposa de Salahuddin y hablar con sus hermanos. Es necesario contar urgentemente con su complicidad.

FIQAR: Ordenaré que te acompañen mis hombres de más confianza.

NUREDDIN hace un gesto de asentimiento.

NUREDDIN: ¿Y el indigno cadáver de este escriba traidor?

BAHIR: Yo mismo me encargo de deshacerme de él.

NUREDDIN: Cerciórate de arrancar su apestosa alma del cuerpo. Ha de pasar la eternidad sin ella, arder en el fuego de la eterna condenación.

De improviso le suena el teléfono a Mitzi. De mala gana, aparta la vista del guion y pulsa el botón de manos libres.

—Fallon.

—Detective, soy el agente Fisher, Andy Fisher. He encontrado el vehículo de su sospechoso al doblar la esquina. Dentro del mismo había un permiso de conducir, y la foto coincide. Tenemos el nombre y la dirección. ¿Quiere que se lo diga por teléfono?

—No. Buen trabajo, Andy. Ahora mismo bajo.

154

Aeropuerto de Cointrin, Ginebra

La placa de Nic es suficiente para conseguir que la policía suiza los lleve en un coche hasta el aeropuerto y utilice otro para dejar a Ursula sana y salva en casa de su amigo el diplomático de Ginebra.

Después de recoger los billetes en el mostrador de Lufthansa, el detective va directamente a los aseos. Se encierra en un retrete, levanta la tapa de cerámica del inodoro y, a regañadientes, arroja a la cisterna la Beretta vacía de munición. Pese a lo mucho que le gustaría quedársela, no hay forma de hacerla pasar por el escáner. Ajusta el balón flotador, verifica que la cisterna sigue funcionando y regresa de nuevo a la sala principal.

Sin apenas tener tiempo para hablar, Édouard y él sacan a toda prisa las tarjetas de embarque y pasan por los controles de seguridad, aduana y pasaportes. Llegan a la puerta de embarque y se suman a los centenares de pasajeros del vuelo de trece horas de duración que se dirige a Los Ángeles, previa escala en el aeropuerto JFK de Nueva York. Finalmente, el 747 se impulsa por la pista de despegue y se eleva hacia el cielo nocturno. Una vez que se haya nivelado y se apague la señal de abrocharse el cinturón, Nic llamará al sobrecargo y le solicitará una copia de la lista de pasajeros. Quiere darse una vuelta por el avión y comparar caras y nombres. Solo entonces se sentirá seguro y podrá pensar en la vuelta a casa y en la nueva vida que le aguarda. Piensa navegar primero hacia el norte, hasta San Francisco; después se dirigirá a Fort Bragg y bordeará los bosques de Crescent City, Gold Beach y Florence. Puede que se acerque hasta Neah Bay y visite Victoria, Richmond y Vancouver. Por

el camino irá recogiendo trabajo. Se perderá. Se reinventará. ¿Quién sabe?

Broussard le toca el brazo y lo hace volver al presente.

—¿Cree usted que llegará a capturar al que asesinó a la guionista e intentó matarnos a nosotros?

Normalmente Nic se mostraría animado y positivo. Buscaría la típica frase de los detectives y respondería que al final los malos siempre acaban cayendo. Pero esa época ya casi la tiene olvidada.

—Probablemente no. Ese tipo mata tanto en Estados Unidos como en Europa. Es un sicario profesional. Y los profesionales saben esfumarse de una manera que desconocen los delincuentes callejeros. Cuando uno cruza una frontera, la policía le sigue el rastro; pero cuando se cruza a otro continente, el rastro mismo se pierde.

—Pero ustedes cuentan con pistas, muestras forenses, fechas de actividad. Todo eso ayuda, ¿no es así?

—Así es, pero valen mucho más si se cuenta con una descripción realmente buena del individuo en cuestión… y nosotros no contamos con ella. Es un fantasma.

155

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

Mitzi recoge el permiso de conducir que le entrega Andy, el policía de tráfico, y vuelve a subir la escalera sabiendo que han tenido un golpe de suerte.

Su cerebro crepita de carga eléctrica, alumbra todas las posibilidades, establece conexiones. Además, Mitzi sabe que es el momento de conservar la calma y avanzar despacio. Los golpes de suerte hay que mimarlos, ubicarlos correctamente y aprovecharlos con sumo cuidado. De lo contrario, se convierten en un puñado de arena.

—Tenemos algo —dice al tiempo que empuja la puerta del despacho de Tyler Carter y planta la identidad del sospechoso encima de la mesa de este—. Liberación se llama John James, y a no ser que yo esté confundida, es el jefe de Jenny Harrison… y el antiguo jefe de Kim Bass.

Carter levanta la mirada de los expedientes de casos y la posa sobre el permiso de conducir.

—Así que John James. El nombre de un don nadie.

—Ya lo sé, pero este tipo me ha provocado extrañas vibraciones. —Abre su libreta—. Cuando interrogué a Jenny, mencionó que el supervisor de la fábrica era un tal James. Dijo que dicho supervisor incluso llamó a una comisaría del barrio para averiguar si Kim se había metido en algún apuro y necesitaba una fianza. —Cierra la libreta—. ¿Qué opina usted al respecto?

Carter reflexiona un momento.

—Podría ser que estuviera intentando disuadir a Harrison de que hiciera venir a la policía de allí, claro que también podría ser que

pretendiera sinceramente ayudar.

—Ya.

—Mande que obtengan el teléfono fijo y el móvil de James, y que investiguen si alguna de las comisarías recibió una llamada.

Mitzi afirma con la cabeza.

—Harrison viene para acá, ¿no es así? —inquiere Carter.

—No hemos podido encontrarla. Tengo a varios agentes de uniforme recorriendo el vecindario, y no tardarán mucho en dar con ella.

—De acuerdo. Cuando haya hablado con ella y haya conseguido que identifique a James, infórmeme.

—Así lo haré.

—Mientras tanto, voy a enviar a Libowicz a que registre el domicilio de James.

—¿Tiene una orden judicial?

Carter la mira como diciendo: «No pregunte».

Mitzi se dirige hacia la puerta.

—Necesito una hora para un asunto particular… Volveré lo antes posible para interrogar a Harrison.

—Concedida.

—Si me necesita, estaré en el móvil.

156

Beverly Hills, Los Ángeles

Matthias Svenson baja corriendo las escaleras de su mansión de alquiler. Algún idiota lleva cinco minutos pulsando el botón del timbre, y piensa arrancarle la cabeza. Se aprieta el cinturón del corto albornoz blanco, que a duras penas alcanza a cubrir su bronceado cuerpo, y abre la puerta de un tirón.

—¿Detective Fallon? —exclama el sueco con expresión atónita.

Mitzi planta en medio del ancho pecho del director la versión definitiva de La Sábana Santa.

—Voy a entrar. Tenemos que hablar de esto.

—No estoy seguro de que…

—Puede creerme si le digo que sí está seguro. —Mitzi entra por la fuerza en el vestíbulo, un estiloso espacio forrado de mármol de un blanco deslumbrante y vetas grises. A su derecha se abre un aireado recibidor bañado por el sol, y hacia ahí se dirige ella, mirando en derredor—. Qué casa tan bonita. Es mucho más elegante que la celda que le tengo preparada a usted.

—¿De qué va esto, teniente? Ya le he contado todo lo que sé.

—Pues para que lo sepa también, no tengo tiempo ni paciencia para que ande mintiéndome. —Toma asiento en un mullido sofá blanco y pasa las manos por los lujosos cojines—. Yo debería comprarme un sofá como este. Calculo que no me costaría mucho más que el sueldo de un año.

Svenson coge un teléfono de una mesa de cristal.

—Voy a llamar a mi abogado.

—No se corte. Pero dígale que se reúna con nosotros en la comisaría. Dígale que ha sido usted detenido por poner trabas a la

justicia en un caso de homicidio.

El director vuelve a dejar el teléfono en su base y se sienta enfrente de Mitzi.

—Buena decisión. El guion que acabo de entregarle demuestra que ha estado usted ocultándome información. En ningún momento mencionó las muestras de ADN tomadas de la Sábana Santa, la conexión con los musulmanes, la parte del argumento que habla de Saladino ni los monjes maronitas. ¿Cómo es que se le olvidó todo eso, señor Svenson?

—¿Por qué es tan importante?

—Porque por esa razón mataron a Tamara. Pero eso ya lo sabía usted desde el principio, ¿verdad? —Mitzi señala el guion, que Svenson ha depositado sobre el brazo de la butaca—. Cuénteme cómo acaba la película. Las escenas que no aparecen escritas ahí.

El director toma el guion y lo mira con gesto pensativo.

—Tamara era una guionista muy notable. La pasión que sentía por la palabra escrita o hablada solo se podía comparar con su amor por la historia y sus misterios. Antes de La Sábana Santa había estado investigando a un antiguo grupo de monjes guerreros, cruzados que lucharon contra los musulmanes en Tierra Santa.

—Un momento. Me da la impresión de que ahora van a venir cosas complicadas, y lo complicado no se me da nada bien. Voy a tener que tomar apuntes. —Extrae de su bolso una libreta y un bolígrafo—. De acuerdo. Dispare.

—¿Ha oído hablar de los caballeros templarios?

—Desde luego. Era una antigua orden de monjes guerreros, ¿no?

—Sí. Bueno, pues los Caballeros de la Montaña son los mismos, pero más secretos y más despiadados. Aparecieron en el siglo V en el Líbano. Eran discípulos de san Marón, el monje eremita que fundó la Iglesia maronita.

A Mitzi le viene a la memoria el informe forense de Hix y lo mucho que insistió este en que el asesino de Tamara había estado en el Líbano.

—¿Qué es la Iglesia maronita?

—Otro nombre que tiene el catolicismo. Funciona de manera paralela a la Iglesia de Roma. Los Caballeros de la Montaña son sus

máximos protectores. Guerreros suicidas. Formaban un linaje de soldados sumamente entrenados que libraban cruzadas secretas.

—¿Asesinos de operaciones encubiertas en las Guerras Santas?

—Si quiere llamarlos así. Pero también eran monjes devotos. Cuando no estaban matando, ayunaban y rezaban en la misma escala que los santos.

—¿Y esos son los caballeros que aparecen en el guion de La Sábana Santa, los responsables de la muerte de Saladino?

—Los mismos. —Svenson apoya una mano en el guion—. Hemos imprimido las escenas que llegan hasta el encubrimiento de la muerte de Saladino. Lo que sucedió a continuación fue que el asesino, un monje llamado Efrem, que resultó herido por los guardias de Saladino, se cayó del caballo mientras estaba cruzando las montañas y murió. A consecuencia de ello, los maronitas pasaron muchos años sin saber que el asesinato se había llevado a cabo con éxito.

Mitzi se siente intrigada.

—Y entonces, ¿cómo se enteraron?

—Corrió el rumor por los campamentos de los musulmanes. Por alguna razón, su gran líder ya no era el mismo. Se le notaba menos decidido. Distinto. Mostraba una inseguridad impropia de él. Los espías se percataron de todo ello, y cuando se capturó a un grupo de soldados musulmanes, varios de ellos revelaron esa información de manera voluntaria, con la esperanza de que los cristianos no los ejecutaran.

—¿De modo que todo fue simplemente un rumor?

—¿Acaso no lo es casi toda la historia? A ver, ¿qué pruebas existen de que Jesucristo hiciera milagros, aparte de los escritos de carácter religioso?

—Yo no soy historiadora, pero entiendo adonde quiere ir a parar usted. ¿Qué relación tiene todo esto con la mortaja de Cristo?

—La mortaja de Saladino. —Svenson deja calar la frase—. La imagen impresa en ese lienzo pertenece al hombre que fue el azote del cristianismo.

157

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

El encargado de prensa, Adam Geagea, toma asiento ante la mesa vacía de Mitzi y escribe una educada nota en la que le pide que lo llame cuando tenga ocasión. Pero sabe que ella no va a hacer caso, así es como actúan todos los polis.

Con gesto de naturalidad, hace girar la silla a izquierda y derecha y, aprovechando que no hay nadie a la vista, procede a abrir los cajones de la mesa, empezando por los de abajo, y luego va subiendo. No hay gran cosa de interés. Un contrato enviado por fax de un abogado para que encargue a su bufete los trámites del divorcio. Le desea buena suerte, porque va a sudar la camiseta representando a una rompepelotas como Fallon. También hay fotos de las hijas, un alijo oculto de caramelos, una crema para la cara, tampones de repuesto, una revista de cotilleo de los famosos, un vasito con calderilla y un par de pilas de libretas viejas.

Lo bueno está en el cajón superior. Una copia de La Sábana Santa y una libreta más reciente. Va hasta la parte posterior de la misma y examina lo último que se ha anotado. Parece una lista de comprobaciones de un forense:

Posibles huellas dactilares del intruso del hotel de Nic (en fotografías).

Muestra de ADN del medallón.

ADN del gato de Tamara.

Cabello de la cama de Sacconi.

Cinta que tapaba la boca a la chica muerta (posibilidad de huellas dactilares en los bordes).

Informe sobre análisis Sábana Santa/Amy.

Geagea siente que se le acelera el corazón. Mira a su alrededor. En el pasillo se oyen voces. No hay tiempo para anotar todo lo que ha visto. Mira fijamente la página e intenta memorizarlo. A continuación cierra el cajón y se pone de pie, justo en el momento en que entran dos sargentos. Estos se lo quedan mirando con gesto ceñudo mientras él emprende apresuradamente la retirada hacia el pasillo. Salva los peldaños de la escalera saltándolos de dos en dos y se encierra en la seguridad de su despacho.

Del último cajón de su mesa saca un teléfono móvil imposible de rastrear. Con dedos temblorosos, marca el número de su contacto maronita. Se suponía que el monje era muy bueno. El mejor. Indetectable. Bueno, pues a él no se lo parece.

158

Beverly Hills, Los Ángeles

Mitzi, con la mirada perdida en el espacioso salón del millonario director de cine, asimila lo que este acaba de contarle.

—¿Está diciendo que la Sábana Santa de Turín lleva la imagen del guerrero musulmán Saladino, y no la de Jesucristo?

—Ese era uno de los elementos de sorpresa de la película. Y también, naturalmente, la revelación de que las iglesias católica y maronita llevan siglos intentando ocultarlo.

—A mí, todo esto me parece una chorrada.

Svenson pone cara de diversión.

—De hecho, la versión de Tamara es más creíble que la que nos han hecho creer los historiadores tras muchos siglos de propaganda.

—¿Cómo es eso?

—Si los seguidores de Cristo hubieran encontrado ese lienzo en la tumba vacía, ¿no cree usted que habían paseado aquella imagen milagrosa por todo el mundo antiguo, en el afán de convertir a la gente y propagar el mensaje de su Señor? —Svenson va enumerando las preguntas con los dedos de la mano—. ¿Por qué no se documentó dicho descubrimiento mediante fuentes independientes en su época? ¿Por qué desparece la Sábana durante cientos de años y luego reaparece en las manos de ricas dinastías de Occidente, como la casa de Saboya?

—Buenas preguntas, pero sigo sin entender cómo llegaron los católicos a tener en su poder la mortaja de ese musulmán y a venerarla.

—La robaron.

—¿Cómo?

—Así de simple. En aquella época, tanto los ejércitos cristianos como los musulmanes saqueaban sus respectivos templos y ciudades. Cuando se toparon con una urna protegida que contenía la mortaja de un hombre con barba, tuvieron la arrogancia de suponer que dicho hombre era Cristo. Y se la llevaron creyendo que de hecho estaban reclamando un objeto perteneciente a su religión.

—Y, naturalmente, los musulmanes no estaban precisamente deseosos de reconocer que Saladino había sido asesinado y que se había engañado a varias generaciones mediante dicha sustitución.

—Exacto. Incluso los historiadores describieron a Saladino como si fuera dos personas distintas. Unos afirmaron que era un monstruo capaz de helar la sangre a cualquiera; otros dijeron que fue un gran hombre de estado.

En ese momento suena el móvil de Mitzi. Es un mensaje de texto enviado por Carter: «Hix tiene ya el informe forense. Ha llegado Harrison. ¿Dónde está usted?». Mitzi se levanta trabajosamente del cómodo sofá y le dice a Svenson:

—Tengo que marcharme, pero no hemos terminado.

El sueco se pone en pie y la acompaña a la puerta.

—Por favor, quíteme de encima a los abogados y a la prensa. Estoy dispuesto a colaborar en lo que usted quiera.

Mitzi sale al camino de entrada para coches.

—Lo intentaré. —Echa un vistazo al cortísimo albornoz de Svenson y añade—: A propósito, o necesita un albornoz más largo o alguien que le enseñe a sentarse sin exhibir todo lo que le ha dado la madre naturaleza.

159

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

Tom Hix, investigador de la policía científica, vive esperando momentos como este. El momento del gran espectáculo de un homicidio en el que el centro del escenario lo ocupa la ciencia y los policías quedan legítimamente reducidos a meros personajes secundarios.

Nada más ver que Mitzi se dirige hacia su mesa, cruza la sala a la carrera.

—Hola. Tengo unos informes que…

—Por Dios, Tom. Ni siquiera he dejado todavía el bolso encima de la mesa. —Coge la nota que le ha escrito Geagea—. Será cabrón… —Hace una bola con ella y la arroja a la papelera.

Hix pone cara de ofendido.

—No era por ti, sino por ese pirado del encargado de Prensa. A ver, ¿qué es lo que tienes?

Hix deposita un sobre de papel manila en su mesa.

—Estoy analizando a toda máquina muestras del caso del Sigiloso, pero se me ha ocurrido que a lo mejor te apetecía ver eso.

Mitzi abre la tapa de la carpeta.

—¿Y qué es? —De repente se acuerda de cuando lo llamó por teléfono—. ¿Es del caso de Tamara Jacobs?

—Deja que te ponga al corriente. —Hix extrae dos transparencias y las coloca encima de la mesa, la una al lado de la otra—. He hallado una coincidencia en el ADN.

—¿A qué muestras corresponden estas huellas?

—La primera es del cabello que tomamos del reposacabezas del Lexus que fue alquilado en el aeropuerto de Los Ángeles. La

segunda es de la piel que recuperamos de las uñas del gato muerto en la casa de la guionista.

Mitzi superpone las dos transparencias.

—Son iguales. Tienes razón, has encontrado una coincidencia, pero para ganarte el premio, también necesitas tener el nombre de un autor del crimen que asociar a las muestras.

La expresión de Hix indica que no lo tiene.

—He consultado en Perfiles, pero no he encontrado nada. Ni tampoco lo esperaba. Ya te dije que tu hombre no era de por aquí.

—Más que eso. Dijiste que era del Líbano.

—Del monte Líbano, para ser precisos.

Mitzi vuelve la vista hacia la fotografía de Tamara Jacobs, que está clavada en un tablero, la que siempre reproducían las revistas Variety o Hollywood Reporter cuando publicaban un artículo que hablaba de ella.

—El guion de Tamara Jacobs contiene escenas enteras que tienen lugar en Oriente Próximo. Escenas históricas, no modernas. Svenson me ha contado la historia de los maronitas, que…

De improviso suena el teléfono fijo. Mitzi lo coge.

—Fallon. —Tras una breve pausa, añade—: Muy bien, dígale que enseguida bajo. —Vuelve a colocar el auricular en la base con un gesto de fastidio por la distracción—. Perdona. Me reclama el otro caso que tengo entre manos. Tengo abajo a Jenny Harrison, montando una escena. El agente que cuida de ella dice que si no voy yo enseguida, se le escapará.

—Entiendo. —Hix recoge las transparencias y las guarda de nuevo en la carpeta—. Cuando quieras volver al tema, ya sabes dónde encontrarme.

160

Ginebra-Nueva York

Una hora después de despegar de Ginebra, el aviso de abrocharse los cinturones continúa encendido. Hay tormenta y vientos fuertes que soplan provenientes del Atlántico y del golfo de Vizcaya. Francia y España están recibiendo una paliza salvaje, y las turbulencias sacuden el avión en su ruta hacia el oeste.

—Odio volar —comenta Broussard cerrando la persiana de la ventanilla para no ver cosas desagradables—. Cuando era joven, le tenía fobia. Ahora lo soporto mejor, pero sigue sin gustarme.

—Es poco natural, ¿verdad? Tanto metal pesado y tanta gente, flotando en el aire, desafiando a la ciencia. Pero verá, estadísticamente…

Broussard levanta la mano.

—Volar no desafía a la ciencia. Precisamente se vuela gracias a ella. —La tensión le hace adoptar un tono cortante—. Y ya me conozco todas las estadísticas, merci. Volar es más seguro que cruzar la calle, fumarse un cigarro, etc. Pero así y todo no me gusta.

—La tormenta pasará —dice Nic para tranquilizarlo—. Y cuando pase, voy a realizar una inspección del avión. Es rutina, nada más. Simplemente quiero estar seguro de que las únicas personas que nos acompañan aquí arriba son amigas.

—No estará pensando que el hombre que nos atacó se encuentra a bordo de este vuelo…

—Tengo que pensarlo. Resulta increíblemente probable que esté, pero tengo que pensar que sí está. No se preocupe y déjeme hacer mi trabajo. Todo va a salir bien.

Broussard se distrae sacando aburridas revistas del bolsillo del asiento de delante. Va pensando que ojalá no estuviera sucediendo nada de esto, que ojalá nunca hubiera conocido a Roberto Craxi ni hubiera dejado a su mujer a miles de kilómetros de distancia.

Por fin desaparecen las turbulencias y Nic pulsa el botón que tiene encima de la cabeza. Enseguida acude a su lado una morena de anchas caderas que se presenta como Glenda y le pregunta en qué puede servirle. Nic, consciente de que hay otras personas mirando, despliega su identificación sobre las rodillas y contesta en voz baja:

—Señorita, soy un agente de policía de Los Ángeles y necesito ver al sobrecargo y al agente de seguridad. ¿Le importaría organizarlo?

Glenda posee experiencia suficiente para asimilarlo todo a la primera. Lleva diez años haciendo vuelos trasatlánticos y ha tenido que hacer frente a todo, desde infartos hasta alertas terroristas.

—Por supuesto, agente. Si me acompaña a mi puesto, enseguida llamo a los dos.

Nic va detrás de ella hasta la cortina. Por el camino echa un vistazo al científico; este tiene la cabeza hundida en algún artículo de la revista, y se le ve bastante feliz. Nic aguarda en la cocina mientras Glenda llama al sobrecargo y seguidamente hace un discreto anuncio que tan solo puede entender el agente de seguridad:

—Se ruega a los pasajeros que hayan olvidado pasar por las tiendas libres de impuestos antes de subir al avión en Ginebra que tengan la bondad de identificarse ante un miembro del personal de cabina. Tenemos una botella de un coñac excelente que todavía no tiene dueño. Muchas gracias.

Instantes después entra por la cortina el sobrecargo, un individuo de mediana edad, acicalado y con el cabello teñido de negro, que le pregunta a Glenda con los ojos muy abiertos:

—¿Qué ocurre?

Ella señala a Nic.

—Es el detective Karakandez, del Departamento de Policía de Los Ángeles. Quería veros a ti y al agente de seguridad.

El sobrecargo se endereza la corbata.

—Me llamo Brian. ¿Me permite su identificación, por favor?

—Cómo no. —Nic se la saca del bolsillo trasero y la enseña.

Mientras Brian lee lo que pone, se persona en la cocina otro individuo, rubio y corpulento, de barbita pelirroja. Tendrá treinta y tantos años y viste unos Levis negros y una sudadera gris, y, si Nic no se equivoca, también lleva encima una pistola eléctrica estándar.

El sobrecargo le pasa la identificación de Nic.

—Este es el agente Karakandez.

El otro echa una ojeada a la cartera y se la devuelve a Nic.

—Yo soy Gerry Brookes. ¿Qué es lo que sucede?

—Estoy trabajando en un caso que me ha hecho venir a Europa. —Nic indica la cabina que se extiende al otro lado de la cortina—. El pasajero que va sentado en el 48A es un testigo importante, está relacionado con un homicidio. Deseo recorrer el avión y comprobar que no hay nada que pueda constituir una amenaza para él. ¿Le importaría acompañarme a hacer esa ronda?

—En absoluto. ¿Cómo se llama el testigo?

—Édouard Broussard.

—¿Y cuándo desea hacer la ronda?

—Ahora mismo estaría bien. —Nic se vuelve hacia el sobrecargo —. ¿Tiene usted una copia del manifiesto de pasajeros? Necesito ir asociando las caras con los nombres.

—Por supuesto. —El sobrecargo suelta una lista que cuelga de un tablero de la pared—. Aquí están todos.

—¿Existe algún modo de identificar las reservas hechas a última hora?

Brian niega con la cabeza.

—Con esta lista, no. Podríamos haberlo hecho en la puerta de embarque. —Se vuelve hacia Glenda—. ¿Tienes tú las hojas preliminares?

La expresión de la azafata dice que no.

—Lo siento —dice el sobrecargo.

—Una cosa —aporta Glenda—. Incluso cuando estamos iniciando el aterrizaje hay asientos vacíos. Son pasajeros que se han refugiado en los aseos o que se han cambiado el sitio con otros o que

simplemente se han trasladado a un asiento libre para tener un poco más de espacio. ¿Quiere que dé la orden de que todo el mundo regrese a sus asientos?

Nic medita unos segundos. Después de la tormenta, no quiere asustar a los pasajeros… ni tampoco, si el asesino efectivamente viaja a bordo, ponerle a este nervioso y al corriente de que alguien le está buscando.

—No, déjelo por el momento. Déjeme dar una vuelta, a ver cuántas personas me faltan. Ya daremos esa orden si es necesario.

161

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

—Tienes una cara horrible Jenny. ¿Qué demonios has estado tomando? —Mitzi sostiene la puerta de la sala de interrogatorios para que salga el agente uniformado—. Gracias —le dice al tiempo que él escapa hacia el pasillo.

Harrison levanta la vista de la mesa y muestra una expresión hundida.

—No estoy tomando nada, por eso tengo esta cara.

Mitzi acerca una silla.

—¿Dónde has estado hoy?

—Paseando. Intentando despejarme la cabeza. Anoche no dormí nada.

A Mitzi no la sorprende. La chica ha visto su mundo ponerse patas arriba, y sabe que cuando sucede eso, lo primero que pierde uno es el sueño.

—Voy a traerte un café y un cigarrillo.

—¿Un café y un cigarrillo? —contesta Harrison—. Pues menudo lujo de mierda.

—Eh, vigila esa lengua. Intento ayudarte.

Mitzi sale de la sala y le gonorrea un paquete de Marlboro Ultra Lites y una caja de cerillas a un policía de tráfico que está cerca de la máquina expendedora. Al regresar coge dos vasos de café solo y vuelve a entrar en la sala de interrogatorios.

—Aquí tienes, es lo más que puedo hacer.

—Gracias. —Por la expresión de la cara, Harrison le está diciendo que lamenta el comportamiento anterior—. Perdone que le haya contestado así.

—Haces bien en pedirme perdón. Hoy me encuentro casi tan mal como tú. —Le pasa la caja de cerillas—. Se supone que aquí no debes fumar, pero, claro, tampoco se supone que en las comisarías de policía tenga que haber gente los domingos, de modo que a la porra.

Harrison prende un cigarrillo. Da una calada profunda y absorbe una potente dosis de nicotina.

Mitzi se fija en que le tiemblan los dedos. La chica está mal de verdad. Espera a que haya exhalado el humo y haya dado una segunda calada.

—Tenemos a un tipo encerrado en un calabozo, al final del pasillo. Quiero que le eches una ojeada.

Harrison abre unos ojos como platos.

—¿Lo han pillado? ¿Al que mató a Kim?

—Cálmate. Solo quiero que lo veas y me digas si lo conoces.

Harrison golpea la mesa con el puño.

—Lo que quiero es matar a ese hijo de puta.

—Eh, te he dicho que te calmes. Tranquila. Ese tipo ni siquiera está detenido. Se presentó aquí voluntariamente.

—¿No es él?

—Solo quiero que le eches un vistazo, Jenny. ¿Podrás?

Harrison está al borde de las lágrimas. Rabia. Tristeza. Ira. Dolor. Sus sentimientos son todo lo complicados que pueden ser.

—Sí. —Pellizca el extremo del cigarrillo—. Podré.

—Puedes traerte el café.

Harrison coge el vaso de papel y sale al pasillo con la teniente.

Mitzi se dirige a la zona de los calabozos. Jimmy Berg se ha ido a casa, y ahora hay un sargento nuevo que ocupa su puesto.

—Testigo del caso Bass —vocea Mitzi al sargento, que se parece a Tiger Woods, pero es calvo—. Necesito que haga un reconocimiento no oficial del preso que tenemos en la celda uno.

—Adelante —responde el sargento haciéndolas pasar.

Mitzi utiliza su identificación para pasar por la placa electrónica. A continuación tira de una pesada puerta de barras de hierro, deja pasar a Harrison y cierra otra vez.

—No digas nada. Simplemente asómate por la mirilla. Miras tranquila, luego te apartas y me dices si conoces de algo al hombre que hay dentro —indica con la cabeza la puerta gris que hay a su derecha.

Harrison da un paso al frente. Apoya la mejilla en el frío metal y mira por el grueso cristal, a través del cual se ve la luz potente y desagradable del interior de la celda. Al principio no ve nada. Luego descubre a un hombre tumbado, vestido con el mono anaranjado de los detenidos. Cuesta trabajo distinguirle la cara. El detenido se vuelve. Ajusta una almohada sobre el camastro.

A Harrison se le acelera el corazón. Se aparta de la puerta.

Mitzi le nota la impresión en la cara.

—¿Lo reconoces, Jenny?

Jenny afirma con la cabeza, pero no puede hablar.

Mitzi la toma de la mano y la aleja de la puerta.

—¿Quién es?

Harrison toma aire.

—Cara… Cara de Besugo.

—¿El de la fábrica, el supervisor?

Jenny asiente.

—Sí. El señor James. El amigo de Emma.

162

Ginebra-Nueva York

Nic, leyendo el manifiesto de pasajeros, entra en la primera de las cabinas de clase business. Esta consta de nueve filas de asientos, configurados en grupos de dos o de tres. En ella viajan todos los sospechosos habituales de empresa. Trepas flacos y de expresión mezquina, armados con iPads y MacBooks ya abiertos. Un par de altos ejecutivos de mediana edad, de cabellos grises y cintura en expansión, adormilados a causa de haber ingerido un exceso de champán gratuito y comida grasa. Una mujer elegante y de largas piernas ocupada en la tarea de reclinar su asiento y arrebujarse en una manta. Su mirada se encuentra brevemente con la de Nic. Barcos que se cruzan. Un instante que ya ha pasado.

Las salidas de emergencia dividen las dos filas siguientes de tres asientos, y luego vienen cuatro sectores de clase turista. Nic lanza una ojeada larga y pausada por el interminable pasillo y seguidamente intenta emparejar las caras masculinas con la lista de los pasajeros que van a enlazar con el vuelo de Los Ángeles. Los nombres de Reto Ruhr y Stefan Sauber suenan a suizos. Ambos son dos individuos de aire juvenil, delgados y de constitución media. Nic se coloca a un costado y los observa con más detenimiento. Están cogidos de las manos. Reto tiene la cabeza apoyada en el hombro de su amigo.

Nic los tacha de la lista. No porque sean homosexuales, sino porque los sicarios no mezclan el trabajo con el placer.

Un par de niños se salen de sus asientos y echan a andar de un lado del avión al otro. Al parecer, se proponen cambiar el regazo de mamá y papá por el del abuelo y la abuela. Nic no puede evitar

imaginarse a sí mismo haciendo un viaje similar a este en compañía de Carolina y de su hijo. Apretujados, hartos, llenos de amor, de regreso a casa después de haber pasado dos semanas enseñando Europa a Max. Pero no llegaron a subirlo a un avión. No pasaron de jugar en la arena de Point Dume.

Se obliga sí mismo a concentrarse. Contando algún que otro asiento vacío aquí y allá, en el avión viajan unos trescientos hombres, mujeres y niños. Se lo toma con calma. Con mucha calma.

El tipo que viaja solo en el 24A despierta su interés. Entre treinta y cuarenta años, cabello corto y moreno, vestido con pantalón deportivo azul y sudadera gris. Está delgado, relajado y en forma, lleva una barba de tres días y una expresión que indica que viaja ligero y está preparado para cualquier cosa que le depare el destino. Clava la mirada en Nic, y durante un segundo ambos se interrogan mentalmente el uno al otro. Nic consulta el manifiesto. Steve Bryant. Mira la lista y ve que el asiento 24B lo ocupa una tal Kelly Bryant. Son matrimonio. Otro que tachar de la lista.

Pacientemente va avanzando hacia la parte posterior, comparando de forma implacable el rostro de cada hombre con los nombres de la lista, descartando a los gruesos jubilados, a los adolescentes escuálidos y a los disminuidos físicos. A mitad de camino del pasillo de vuelta, hace un alto y se sienta un momento en un asiento que hay libre al lado de un tal Rico Agüero. Rico es de raza mixta, luce unos hombros anchos y contará treinta y tantos años. Tiene pinta de saber defenderse en una escaramuza. Al cabo de cinco minutos de charla descubre que es un analista de sistemas de Manhattan y que sería capaz de aburrir hasta a las mismas ovejas.

Tarda cerca de cuarenta minutos en completar la ronda y regresar a su asiento.

—¿Algo de qué preocuparse? —le pregunta Brookes, el agente de seguridad, a la vez que se levanta y cambia su asiento con el de Nic.

—Creo que no.

Gerry señala a Broussard con un gesto de cabeza.

—Su amigo ha estado todo el tiempo durmiendo como un niño. Si necesita ayuda, deme una voz.

—Creo que de momento estamos bien —responde Nic al tiempo que le estrecha la mano.

El científico está fuera de combate, roncando pacíficamente. El pobre debe de estar rendido. Nic despliega la manta de cortesía, reclina el asiento y se pone cómodo. Al fin puede relajarse.

163

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

Mitzi deja a Harrison en la sala de interrogatorios y se dirige al despacho de Carter para informar a este.

Lo encuentra encorvado sobre un ingente montón de papeles, igual que un contable a fin de año.

—¿Nunca se le ocurre llamar a la puerta?

—Pues no. Tengo esa mala costumbre. Harrison ha identificado al pirado. Está cien por cien segura de que es John James, su supervisor. —Se sienta en el borde de la mesa y observa con el ceño fruncido todas las hojas de cálculo de Excel—. Y además de eso, dice que muy recientemente dicho pirado se ha hecho muy amigo de una compañera de trabajo llamada Emma Varley.

—Cosas que pasan. —Carter recupera los documentos de debajo de la pierna de Mitzi—. Hay que ser de mentalidad abierta, Mitzi. Muchas personas, incluso las piradas, conocen a su futuro cónyuge en el trabajo.

—O a su futura víctima. Varley desapareció la semana pasada. Un buen día no se presentó a trabajar.

Esta vez sí que ha captado la atención de Carter.

—¿Sin ningún motivo?

—Ninguno que mencionase James. Les dijo a las trabajadoras que Emma simplemente había presentado la dimisión.

—¿Tiene la dirección de esa Emma?

—No exactamente. Harrison no la conocía, pero dice que vive cerca de Gardena.

—Voy a ordenar a Dan que la localice y que se dé una vuelta por allí. —De pronto suena el teléfono de la mesa—. ¿Sí?

—Jefe, soy Kris. Me encuentro en Carson, en el domicilio de James, y puedo decirle que esto es de lo más raro.

—¿Qué tienes? —Cambia al manos libres para que también pueda oírle Mitzi.

—No hay muebles. Ni alfombras. El suelo está todo cubierto de periódicos. Es como si aquí nunca hubiera habido nada humano. Y tampoco hay luces. —Va avanzando con ayuda de una linterna—. Más que un hogar, es un piso de okupas. Ahora mismo estoy entrando en el dormitorio, y aquí dentro huele que apesta. —El haz de luz recorre el techo, las paredes y el suelo—. Por todas partes hay velas consumidas. Da la impresión de ser algo ritual, sabe. Satánico. Me corrijo: acabo de descubrir una enorme cruz en la pared. —La luz de la linterna se centra en un montón de tela blanca que hay el rincón más apartado—. James tiene aquí varias sábanas.

—Examínalas —ordena Carter—, pero no las toques.

Libowicz se acerca a las sábanas.

—No soy ningún experto en ropa de cama, como bien podrá atestiguar mi mujer, pero esto tiene una pinta rarísima. —Pasea el haz luminoso por la tela—. Aquí hay metros y metros de sábanas, suficientes para envolver a una momia.

—Probablemente los ha cogido de la fábrica en la que trabaja —comenta Mitzi.

De repente, el haz de luz de la linterna arranca un destello distinto.

—Jefe, aquí hay cientos de cuchillas, de esas de doble filo que hay que enroscar. —Se acerca un poco más—. Y además están llenas de sangre. Hay también un frasco de desinfectante y un pañuelo viejo, parece ser.

—James se hace él mismo las heridas —explica Carter—. Ese es su equipo de herramientas. No toques esas cosas, bien podría ser que fuera seropositivo.

—No tengo ninguna intención de tocarlas, jefe. —Libowicz calla unos instantes. Luego se incorpora y orienta la linterna hacia la pared del fondo. Aparecen unas marcas desvaídas. Decide ir hasta allá para mirarlas más de cerca.

Es sangre.

Desplaza la luz en derredor, se vuelve y ve lo que tiene a la espalda.

—Joder.

—¿Qué pasa? —pregunta Carter.

—Ha escrito una cosa en la pared, con sangre. Dice lo siguiente: «SOY LA GUERRA QUE JAMÁS TENDRÁ FIN. LIBERACIÓN».

164

Aeropuerto JFK, Nueva York

Durante el transbordo para subir al avión de Los Ángeles, Nic engatusa al personal del mostrador para que les den mejores asientos a Broussard y a él. Además, solicita ver un manifiesto actualizado y detalles de las reservas que se hayan hecho a última hora en Ginebra. En las pantallas de los terminales no aparecen pasajeros incorporados en el último minuto, ni siquiera Broussard y él. Por lo visto, en todo el mundo los sistemas de datos lo dejan a uno tirado cuando más se los necesita.

Para cuando despega el avión, Nic ya ha conocido al nuevo sobrecargo y al nuevo agente de seguridad, este último un antiguo soldado de aspecto duro llamado Ike, que se ha acomodado en un asiento situado frente a Édouard y él, al otro lado del pasillo. Esta vez el científico está más relajado. Cuando se apaga la señal de abrochar los cinturones, Nic se levanta para efectuar otra ronda.

Glenda, la azafata del primer vuelo, tenía razón antes y también la tiene ahora: hay gente por todas partes. Hay ocasiones en las que nadie parece concordar con lo que indica el manifiesto. Las mujeres van sentadas en los asientos de los hombres. Los niños no están. Hay cola en todos los cuartos de baño y en las áreas de cocina. Para cuando Nic consigue volver a su asiento, está convencido de que hay más de una docena de nombres masculinos que no ha podido asociar con ningún rostro, es decir, el doble que en el vuelo procedente de Ginebra. Mientras él medita acerca de los hombres que le faltan, Broussard se levanta para salir al pasillo.

—Necesito ir al toilette —explica, leyendo la mirada crítica de su compañero de viaje.

Nic esquiva la mirada del científico. Se dice a sí mismo que está siendo idiota, que debería relajarse. Todo lo que podía resultar una amenaza lo han dejado atrás, en la autopista de Ginebra. Sin embargo, cuesta quitarse las antiguas costumbres de policía, y no puede evitar vigilar la puerta del aseo y esperar a que reaparezca el científico. Se le ponen los nervios en tensión al ver llegar a un joven con camiseta color crema y vaqueros azules, venido desde el otro lado del avión, que intenta abrir la puerta del cubículo. Es delgado, bronceado, en forma, y medirá algo menos de un metro ochenta. En la parte posterior de los brazos tiene varios hematomas y rasguños. Y un corte en la mandíbula, por debajo de la oreja izquierda, que está cicatrizando.

Intenta por segunda vez abrir la puerta. A Nic no le suena su cara, ni de Ginebra ni de la última ronda que ha realizado en el avión. Se levanta del asiento y le hace un gesto con la cabeza a Ike. El corpulento agente de seguridad deja el libro y se va a cubrir el otro extremo del pasillo. Nic escruta al desconocido buscando indicios de que porte un arma, y reza para que no vaya a desenfundarse una aquí, en mitad del cielo. Una azafata le indica al pasajero otro cuarto de aseo que hay más adelante, cerca de la cortina del fondo.

Nic va tras él. Lo escudriña de cabo a rabo. Se fija en la caída de los vaqueros, estudia cualquier posibilidad de que lleve un arma oculta, o explosivos, en un calcetín o en una correa sujeta a la pantorrilla. El desconocido se detiene y prueba la puerta del cuarto de baño. En los nudillos de la mano derecha tiene varios arañazos y una cierta hinchazón, como si hubiera propinado un puñetazo en estos últimos días. Nic verifica que Ike se encuentra en una posición paralela a la suya al otro lado del pasillo y, entonces, finge tropezar y cae sobre el desconocido, al cual tiene delante.

El desconocido se vuelve y empuja a Nic con ambas manos.

—Oiga, mire por donde va.

—Perdone. Es que estaba intentando cambiar la hora del reloj y no le he visto. ¿Cuántas horas de diferencia ha dicho la azafata que había entre Nueva York y Suiza?

El otro lo mira de arriba abajo.

—Seis.

—Gracias. —Nic ajusta las manecillas—. ¿Va usted a Los Ángeles por trabajo o por placer?

—Por placer. Y este preciso momento usted me lo está estropeando —replica, y da media vuelta.

En ese momento Ike sale de la cortina y se acerca hacia Nic, de tal forma que el desconocido queda atrapado entre los dos.

Nic se vuelve de nuevo. Su expresión indica que no teme las posibles repercusiones.

—No he terminado de hablar con usted.

El otro lo mira con cara de pocos amigos.

—¿Qué pasa, es usted policía?

—De hecho, sí. —Nic saca su identificación—. ¿Cómo se llama y cuál es su asiento?

El agente de seguridad se apoya contra una pared, se lleva una mano a la parte posterior del cinturón y palpa la pistola eléctrica que tiene escondida detrás de la chaqueta.

—Manton. Jimmy D. —El desconocido rebusca en su bolsillo y extrae una cartulina cortada del billete.

Nic la coge y la comprara con el manifiesto. Encaja. Se la devuelve al desconocido y a continuación le señala los rasguños de la mano.

—¿Se ha peleado con alguien hace poco?

El otro se toca los nudillos.

—Nada de eso. No me he pegado con nadie desde el instituto. Me caí con el monopatín. A eso me dedico. Trabajo y placer. Patino y hago surf. Y además me pagan bastante bien. ¿Hay alguna ley que prohíba eso?

—Todavía no. Sé un poco de surf, pero ilústreme, señor Manton, ¿quiénes son, en su opinión, los mejores del oficio?

Al otro se le iluminan los ojos.

—Para mí, Mick Fanning, con mucho. Aunque también me gusta ese hawaiano, Torrey Meister. Mi estilo se parece más al suyo.

Nic vuelve a mirar el manifiesto. Está convencido de que este tipo es quien dice ser: otro idiota engreído capaz de ganarse la vida consiguiendo patrocinadores en Malibú.

Pasillo adelante aparece Édouard saliendo del cuarto de baño y regresando a su asiento. Ike cruza la mirada con Nic y se aleja para cubrir la retirada del científico.

Nic decide no hacer más preguntas.

—Que disfrute de California, Jimmy D., y cuídese.

Le propina un puñetazo amistoso en el brazo y regresa de nuevo con Broussard.

165

Gardena, Los Ángeles

Dan Amis aún lleva la boca tapada con un pañuelo cuando abandona la oscuridad y el olor pestilente de esa casa vieja y destartalada. Hace una inspiración profunda para llenarse con el aire de la tarde y llama de nuevo para informar de lo que acaba de ver.

—Necesitamos al forense, jefe. En el dormitorio del domicilio de Emma Varley he encontrado el cadáver de una mujer blanca. Tiene todo el estilo del Sigiloso. Nuestro hombre ha estado aquí.

Carter, que está escuchando por el manos libres junto con Mitzi, se lleva las manos a la cabeza. Otra muerte, otro asesinato que no ha logrado evitar.

—¿Crees tú que se trata de Varley?

—Sí. Ya está bastante deformada a causa de la descomposición, pero en el salón hay una foto de ella, y se le parece mucho.

—De acuerdo. Quédate ahí y actúa en esa escena del crimen según el protocolo primario. Voy a enviar también al forense.

—Entendido.

Carter llama al móvil de Amy Chang. Esta se ha ocupado de todos los casos anteriores del Sigiloso, de manera que también quiere que se ocupe de este.

Amy atiende el teléfono después de un par de timbrazos.

—Doctora Chang.

—Hola, soy Tyler Carter. Perdone que le estropee la noche del domingo, pero tenemos otro asesinato del Sigiloso. Y puede que incluso tengamos también al autor del mismo.

—Voy a coger mi maletín.

—La víctima es una mujer llamada Emma Varley. De veintitantos. Hallada en su domicilio, en Gardena. Ahora le digo a Mitzi que le mande los detalles por correo electrónico. Amis se encuentra en la casa de la muerta, y dice que ya ha empezado a descomponerse.

—Dígale a Mitzi que no me envíe nada. La otra noche se me averió el ordenador, y me está costando mucho conectar a través del enlace externo de la red virtual. Que me mande la dirección mediante un SMS.

—Ahora se la envío yo mismo. Gracias. —Carter cuelga el teléfono fijo, coge su propio móvil, teclea la dirección de la escena del crimen y pulsa la tecla de enviar—. Mitzi, ¿le importa decir a Tom que mande para allá a la policía científica?

—Ahora mismo. ¿Me permite que le diga una cosa?

—Dispare.

—Tengo un par de asuntos que no dejan de darme vueltas en la cabeza.

—¿Cuáles son?

—El allanamiento que sufrió Jenny Harrison y el móvil que le robaron.

—¿Y en qué está pensando?

—En que posiblemente el Sigiloso mató a Kim Bass y también estaba planeando matar a Jenny. Solo que Jenny, por suerte para ella, aquella noche no estaba en casa. Estaba fuera, colocándose, y terminó en la cama de un desconocido.

—¿Un momento de promiscuidad sexual que por una vez en su vida la favoreció?

—Puede que hasta las Harrison que hay en este mundo tengan un golpe de suerte de vez en cuando.

—Ha salido un equipo de investigación que se reunirá con Kris en el domicilio de James. Voy a decirle que busque el teléfono.

Mitzi todavía está cavilando.

—Si James fue efectivamente a casa de Harrison, es posible que dejase huellas y ADN. A lo largo del sendero de la entrada hay mucha tierra y cacas de perro, puede que incluso consigan sacar huellas de botas.

—Matthews me comentó que su legendario gancho de derecha era una mera distracción que escondía un cerebro brillante.

—Matthews debería cerrar la bocaza y pagarme mejor.

—¿Qué más?

—He consultado a las comisarías de la zona. No tienen datos de que les haya llamado nadie preguntando por Kim Bass que no fuera Harrison. James le dijo a Jenny que había llamado a la policía, y está claro que no fue así.

—O que ellos perdieron el número en los registros. Dentro de una hora tendremos todos los detalles de las llamadas efectuadas por James: del domicilio, del trabajo y del móvil. Mande a uno de los administrativos que los compare con los números que tienen en esa comisaría.

—Así lo haré.

—¿Algo más?

—Ya he terminado.

—Pues entonces vaya a hacer esas llamadas y después reúnase conmigo abajo. Voy a consultar al médico, y luego vamos a interrogar al señor James, a ver qué tiene que decir de sí mismo.

Mitzi echa un vistazo su reloj. Lleva más de doce horas sin parar, y tiene la sensación de que este día no va a acabar nunca.

—Esperemos que empiece con un «yo confieso» y termine con una rúbrica.

166

El médico de la policía da a Tyler Carter una noticia que este no desea saber:

—Mi opinión médica es que el preso no se encuentra en un estado adecuado para que usted lo interrogue.

—¿Cómo dice? —escupe Carter—. No me diga que se ha tragado usted la escenita que ha montado ese lunático.

—Yo no estoy seguro de que haya sido una escenita. Pero no es esa la razón de que no pueda usted salirse con la suya.

—¿Y cuál es, entonces?

—Se ha abierto las heridas. —Carl Jenkins ilustra con la mano lo que está diciendo—. Simplemente ha metido los pulgares en los cortes de la cuchilla y ha separado los puntos. Es muy doloroso. Deberían haberle puesto una camisa de fuerza.

—Ni hablar. Está preparando declararse incapacitado mentalmente.

—Puede ser. Pero aun así tengo que enviarlo al hospital.

—Eso no va a pasar. —Carter se aparta de él—. Si lo ingreso en un hospital público, pondré en peligro a cientos de personas. Adminístrele el tratamiento aquí mismo.

—Querrá usted decir que lo que corre peligro es su caso.

—Oh, perdone. Sí, también he querido decir eso. Que corre peligro el caso de mi asesino en serie. Existe la posibilidad de que un individuo del que estamos bastante seguros de que ha matado a muchas mujeres se nos escape de las manos.

—Tyler, yo no tengo más alternativas, ni usted tampoco. Cuando me encuentro con una persona que se inflige a sí misma lesiones de esta importancia, estoy obligado a enviarla al hospital y ponerla en las manos de profesionales plenamente cualificados. Y usted está obligado a aprobarlo sin discusión, de lo contrario le quitarán la placa.

—Dios, dame fuerzas.

—Eso espero. Entretanto, ha sido un día muy largo y tengo que organizar lo más rápido posible el traslado de este paciente.

Carter señala a Mitzi.

—Primero registramos la acusación, y después lo acompaña la teniente Fallon.

—Eso no es asunto mío —contesta Jenkins—. La teniente puede ir con él, a no ser que el paciente se oponga… y yo creo que no se opondrá. Seamos realistas, podría haberse marchado en cualquier momento, en estas últimas doce horas. Pero es posible que desee usted pensárselo dos veces antes de presentar cargos contra un hombre que, a todas luces, es un enfermo mental.

Carter tiene ganas de arrearle un puñetazo a la pared.

—Ya presentaremos los cargos más adelante —tercia Mitzi en tono conciliador—. El pobre está hecho trizas. Yo lo acompaño, puede que suelte algo en la ambulancia. Como dice usted, no hay necesidad de precipitarse.

—Bien —concluye Carter—. Pero no se arriesgue lo más mínimo con este loco. Voy a mandar que la acompañe un agente uniformado. A pesar de la impresión que da ahora, ni por un segundo debe olvidarse de que es un asesino, un asesino en serie.

167

John James, también conocido como Liberación, también conocido como Cara de Besugo, ya está debidamente empaquetado cuando Mitzi sale a la fachada posterior de la comisaría y se sube a la cabina de la ambulancia. Justo detrás de ella viene el gigantesco corpachón de Joey di Matteo, un agente joven y duro, uno perteneciente a esa rara casta que se ha criado en Compton y Paramount sin incurrir en antecedentes penales. Tapa casi toda la luz al entrar, un segundo antes de que el encargado cierre el portón.

Mitzi se acomoda en el banco colocado frente a la camilla en la que está tumbado James. Este lleva un gotero de sangre conectado al brazo izquierdo y varios cinturones de seguridad atados a la cintura, para que no se caiga.

—Soy la teniente Fallon —dice Mitzi en tono calmo—. Voy a ir con usted y a quedarme con usted. ¿Le parece bien?

James abre los ojos, pero tan solo logra dirigirle una mirada aturdida.

Mitzi sabe que lo que diga a continuación servirá para establecer el tono. O consigue que James se abra o lo incita a cerrarse como una ostra.

—¿Es la primera vez que lo llevan al hospital?

James mueve la cabeza de un lado al otro por efecto del bamboleo de la ambulancia, pero sigue sin hablar.

—No hay nada que temer. Lo van a lavar bien y le van a curar todos los cortes. —Lo mira con comprensión—. Yo tengo una amiga que se autolesiona. Se le ha metido en la cabeza que tiene que ser castigada. ¿Eso es lo que piensa usted también?

James se pasa la lengua por los labios resecos y susurra:

—Yo he pecado.

—No lo dudo. Yo también. Nadie es perfecto, ¿no?

James murmura algo:

—… masera…

—¿Cómo dice? Repítalo.

—Emma sí era.

Ese nombre abre un boquete en la fachada calmada de Mitzi.

—¿Emma? ¿Se refiere a Emma Varley?

—A mi Emma. —Su voz se encuentra todavía un decibelio por encima del susurro.

—Ha dicho que era. No que es.

—Ahora está con Dios. —James intenta incorporarse—. Ya no siente dolor. Está en el paraíso.

Un enfermero se inclina sobre él y lo sujeta con la mano.

—No se levante, tranquilo.

—¿Cómo es eso? —presiona Mitzi—. ¿Cómo ha hecho su Emma para llegar al paraíso?

James hace un gesto de satisfacción.

—La ayudé yo.

—Y las otras… ¿también las ayudó?

—Mi misión es ayudar. —Reflexiona un instante sobre lo que acaba de decir y añade—: Soy un soldado del Señor.

—Y Kim Bass… ¿Ayudó a esa?

La expresión de James se transforma. Desaparece la serenidad. La tensión le arruga la frente.

—Fue un error. Ella era malvada… pero fue un error llevarla. Necesitaba tiempo para redimirse. Me equivoqué al llevarla antes de tiempo.

—¿Llevarla, dice?

—Pensé que el Señor la había elegido, pero me equivoqué. Su alma está ardiendo en el infierno, y es culpa mía.

El enfermero coge la muñeca de James y le toma el pulso.

—Me parece que ya ha hablado bastante, detective. Tiene el pulso disparado, y todavía no ha salido del estado de trauma.

Mitzi se aparta del paciente. Necesita asimilar lo que le ha contado este. Necesita bajarse de la ambulancia y decirle a Carter que James ha confesado delante de testigos haber cometido al menos uno de los asesinatos.

JJ cierra los ojos. Los cierra con fuerza y empieza a rezar en voz baja:

—Deus meus, ex toto corde paenitet me omnium meorum peccatorum, eaque detestor…

—Es latín —interviene Di Matteo—. Está haciendo acto de contrición.

—¿Usted sabe cómo es un acto de contrición? —Se asombra Mitzi.

—De pequeño fui monaguillo. La Iglesia Católica impidió que anduviera por las esquinas.

—¿Y qué quiere decir en inglés?

—Significa: «Dios mío, me arrepiento de todo corazón de haberte ofendido y detesto todos mis pecados por tu justo castigo, pero sobre todo porque te ofenden a ti, Dios mío, que eres todo bondad y mereces todo mi amor. Decido firmemente, con la ayuda de tu gracia, no pecar más y evitar toda ocasión de cometer pecado. Amén».

—Impresionante.

—Teníamos que aprenderlo de memoria.

Mitzi vuelve la vista hacia Liberación. Desde luego, él ya no va a pecar más. Con un poco de suerte, se encargará de ello el equipo de ejecución de San Quintín.

168

Hospital Century, Inglewood

Ya es de noche, y el personal del hospital anda con cara de no poder más, cuando Liberación es trasladado en camilla a la sala de seguridad que tienen preparada para los casos de la policía.

Transcurre más de una hora hasta que le ve un médico, y otros cuarenta minutos hasta que le cosen las heridas.

Joey di Matteo se va a por unos cafés y unos bocadillos, y mientras tanto Mitzi se acerca a una monja de hábito azul marino, una mujer delgada y que luce una melena color caoba, de buen corte, que le llega hasta los hombros.

—¿Tiene idea de cuándo voy a poder recuperar a mi preso?

Stephanie Dawson responde con una sonrisa profesional muy ensayada:

—Quiere decir nuestro paciente. Por lo que nos ha contado el doctor Jenkins, técnicamente no es un preso. Y para contestar a su pregunta, todavía falta un rato.

—La factura la pagamos nosotros, señora. Lo cual quiere decir que es nuestro. Y para que conste, será acusado en cuanto le saquemos el culo de aquí.

Dawson capta el mensaje.

—La atención quirúrgica casi ha terminado. Sin embargo, el psiquiatra aún tardará aproximadamente una hora en venir a hacer una evaluación.

—Se está quedando conmigo, ¿no?

—No tenemos costumbre de hacer tal cosa.

Mitzi consulta el reloj.

—Ya son casi las nueve. ¿Está diciendo que no va a poder hacer venir a un loquero hasta las diez o puede que hasta las once?

—Es domingo por la noche. Los médicos tienen vidas, vidas normales.

—Ya he visto sus nóminas, y eso no es lo que yo llamo una vida normal.

La monja casi sonríe.

—No tiene nada que ver con el dinero. Lo cierto es que si este caso no fuera especial, nos limitaríamos a tenerlo esta noche en observación y lo reconoceríamos mañana.

—¿Puedo hablar con él, por lo menos?

—Me temo que no. Le han administrado un sedante y está dormido. Le sugiero que descanse un poco. Ya la avisaremos en cuanto llegue el psiquiatra.

Con el fin de combatir el aburrimiento y el amago de locura, Mitzi llama a Carter para darle el parte.

—Será como a las diez, puede que incluso más tarde, cuando logremos que a James lo vea el loquero.

—No se llama James —replica Carter—. Al nacer le pusieron Yibril Walud Saleh Walud Jalid al-Fulan.

—Joder, cuántos Waluds. Ahora entiendo por qué se cambió el nombre.

—Probablemente no fue por la razón que usted cree. Primero se lo cambió su madre, Madison, profundamente americana, del estado de Delaware. Justo después de que su padre Saleh, profundamente musulmán, intentara hacerse volar por los aires en el metro de Nueva York.

—Dios santo.

—El chico llegó a la madurez con el apellido de soltera de su madre, Moore, y probablemente se habría quedado con Moore si los periódicos no se hubieran apoderado de la historia cuando él tenía seis años. Madison murió de sobredosis, y a la mañana siguiente el chico la encontró muerta en su cama.

—Murió en la cama mientras dormía. En eso hay algo que me suena horriblemente familiar.

—Los loqueros dirán que es la causa de los crímenes que ha cometido. De pequeño le dijeron que su mamá se había ido al cielo. Al parecer, Dios la llamó por su nombre.

—Se la llevó antes de tiempo.

—Los abogados defensores no van a reparar en gastos. Apuesto a que nuestro hombre jamás en su vida vuelve a ver el interior de un calabozo.

169

Aeropuerto de Los Ángeles

El A340 inclina las alas e inicia gradualmente el descenso hacia el sexto aeropuerto más activo del mundo. Por la ventanilla Nic ve la cuadrícula de luces que parpadean allá abajo, como si estuviera sobrevolando la placa madre de un ordenador gigantesco.

Broussard despierta de su adormecimiento cuando el personal de cabina comienza a inspeccionar el pasaje y el capitán anuncia que gracias al buen tiempo que han tenido durante el vuelo han sacado una ventaja de veinte minutos por delante del horario previsto y les espera el final de un estupendo día californiano.

—¿Ha dormido bien?

—Comme ci comme ça. —Broussard se lleva una mano al cuello y vuelve lentamente la cabeza a izquierda y derecha—. Estoy un poco agarrotado, y sigo teniendo sueño.

Nic consulta el reloj.

—Ya van a ser las doce, tiene por delante una noche entera para descansar.

El piloto maniobra con la enorme nave y lleva a cabo un aterrizaje de libro de texto. Suave como la seda. Sin sacudidas. Al instante se eleva un coro de vítores de la parte posterior de la cabina. Nic supone que son los del equipo del instituto; probablemente son los únicos que aún conservan semejante vitalidad en el cuerpo a estas horas.

La tripulación se sitúa junto a las puertas para dar las gracias al pasaje por haber viajado con Lufthansa y desearle una feliz estancia. Nic se despide del agente de seguridad con un gesto de cabeza,

mientras este se queda rezagado para cerciorarse de que todo el mundo ha salido y el avión está sano y salvo.

Mientras van andando por la pasarela que conduce a la terminal, Nic se vuelve hacia Broussard y dice:

—Desde Nueva York llamé a nuestro departamento de administración para que le hicieran una reserva en un hotel, pero si quiere, esta noche puede quedarse en mi casa. Tengo una habitación de sobra. No es tan elegante como su villa, pero con mucho gusto seré su anfitrión.

Édouard comprende que Nic continúa actuando con cautela.

—Es muy amable de su parte, se lo agradezco.

—En absoluto. Algún día llegaré navegando al sur de Francia, y a lo mejor Ursula y usted podrían enseñarme Niza.

—Eso supondría un gran placer para nosotros.

Diez minutos más tarde están aproximándose a la zona acordonada en la que realiza sus comprobaciones el personal de Seguridad Nacional. Bajan un tramo de escaleras hasta el área de seguridad y se preparan para, durante un breve espacio de tiempo, ir por caminos separados: Nic hacia la fila de residentes de Estados Unidos, que avanza deprisa, y Édouard hacia el congestionado sector de los viajeros que llegan de visita.

—Nos vemos al otro lado —le dice al científico—. Le espero justo detrás de la cola.

La fila de Nic avanza a toda velocidad, y este no tarda en ser llamado por un funcionario de expresión agria, sentado en el interior de una cabina acristalada. Escruta su documentación y realiza el trámite sin un solo gesto de humanidad.

Tal como ha prometido, se va hasta el final de las cabinas y se pone a esperar a Édouard. Cuando bajaban por la escalera, el francés venía bastante pálido; espera que su problema de corazón no le esté restando fuerzas ni vaya a causarle problemas.

Por las colas van desfilando rostros ya familiares: Steve Bryant por la puerta de los residentes, Rico Agüero y los suizos Stefan y Reto por la salida de los no residentes. Nic pasea arriba y abajo. Desde aquí tiene a la vista las colas en su totalidad.

El surfista Jimmy Manton, al salir del control, cruza brevemente la mirada con Nic y prosigue hacia la zona de los equipajes. El detective vuelve a otear las filas del otro lado de las cabinas. Sigue sin localizar a Broussard.

No hay rastro de él por ninguna parte. Y a estas alturas ya debería haberlo.

170

Hospital Century, Inglewood

La hermana Dawson cumple su palabra. A la once y diez despierta a Mitzi de su ensoñación.

—Acaba de llegar el señor Weinstock. Ya viene para acá.

Robert Weinstock, un individuo cuarentón, dobla el recodo y se encamina directamente hacia el mostrador de la sala. Stephanie revolotea igual que una mariposa color azul marino, atraída por el traje de dos mil dólares y por el hombre moreno, menudo y de inmaculado porte que lo lleva puesto.

Mitzi los observa y duda si debería mencionar que Liberación, alias John James, alias George Moore, de hecho empezó su vida siendo Yibril Walud Saleh Walud Jalid al-Fulan. Que es hijo de un terrorista, un espía fanático que se hallaba a la espera, dispuesto a asesinar a tantas personas inocentes como pudiera con un chaleco formado por explosivos. Pero al final decide que no. Luego se siente culpable. Sabe que está reprimiéndose única y exclusivamente porque no quiere que ese elegante loquero trajeado diga que el Sigiloso es un demente y que por lo tanto tiene derecho a pasar el resto de su vida en un hospital, viendo la televisión o comiéndose con los ojos a las enfermeras.

Weinstock se dirige hacia la zona en que están sentados los policías. Mitzi se levanta, con un crujido, de la dura silla, que le ha dejado casi todo el cuerpo entumecido.

—Soy Robert Weinstock —se presenta el médico tendiendo una mano de perfecta manicura y oliendo a colonia—. Disculpe que los haya hecho esperar. Estaba en una cena benéfica con el alcalde.

—Teniente Fallon. ¿Sabe por qué estamos aquí mi amigo y yo? —pregunta señalando a Di Matteo—. ¿Tiene la menor idea de lo que ha hecho ese tipo?

—Sé lo suficiente. —Weinstock obsequia a Mitzi con una sonrisa tan lujosa como el traje—. Y le prometo que seré todo lo diligente que me permita mi calidad de profesional.

—Doctor. —Mitzi no lo puede evitar. A pesar de lo que le dice el instinto, no puede contenerse—. Tengo que decirle una cosa. Acabamos de enterarnos de detalles, datos relativos a la infancia de ese hombre que conviene que usted conozca.

171

Aeropuerto de Los Ángeles

Efrem hace una última comprobación.

Pone dos dedos en el cuello del científico y busca pacientemente el pulso. No hay nada. Broussard está muerto. La tarea ha sido llevada a cabo. Vuelve a colocar el cadáver encima del asiento del retrete hasta el que lo ha arrastrado y retira el alambre del profundo corte que ha causado en la garganta del objetivo. Lo limpia de sangre y restos de tejidos, vuelve a enrollarlo dentro de su funda de cuero flexible, semejante a una pulsera, y se lo ajusta de nuevo alrededor de la muñeca.

Acto seguido, el monje se sube de pie al inodoro y otea los demás cubículos. Están vacíos. Entonces se iza por encima del biombo de separación, baja por el otro lado, abre la puerta y sale de los aseos.

La sala aún está repleta de pasajeros cansados que aguardan impacientes en las colas. Él echa a andar despacio y con seguridad hacia la corta fila de los residentes estadounidenses. Ha sido divertido ver a Karakandez recorrer el avión de punta a punta, comparando los nombres de los pasajeros con los del manifiesto, sin percatarse de que él desaparecía por un pasillo mientras el policía avanzaba por el otro.

Solo tiene a cinco personas por delante de él. El guardia es metódico y eficiente, va haciendo avanzar a la gente con rapidez pero observando larga, atentamente, el rostro de todos.

Efrem llega a la cabecera de la fila. Saca el pasaporte del bolsillo y espera a que lo llamen. Sabe que dentro de cinco minutos será libre.

172

Nic enseña su placa al guardia que ocupa la última cabina de Seguridad Nacional, y este llama al departamento de seguridad del aeropuerto.

El aviso se propaga rápidamente de una cabina a otra. De uno en uno, los funcionarios van cerrando las ventanillas y abandonando las cabinas. Ningún viajero más va a pasar hasta que el policía se haya reunido con su compañero de viaje. Los pasajeros de las colas empiezan a quejarse. Es tarde. Están cansados. Lo último que les apetece en este momento es sufrir el retraso que sea, y no digamos una gran redada de seguridad.

Nic y el guardia recorren las filas. Broussard no está.

«¿Dónde diablos se habrá metido este tipo?».

Nic ve unos aseos a la izquierda, y se acuerda de lo pálido que venía el francés. Aviva el paso y se dirige hacia allí, seguido de cerca por el guardia. Nada más entrar, el guardia desenfunda su arma, Nic enseña su placa a un par de individuos que están de pie ante las letrinas y les dice:

—Policía de Los Ángeles. Terminen y pónganse contra la pared del fondo.

—Hagan lo que les dice —advierte el guardia levantando la pistola.

—Que se queden ahí mientras yo inspecciono los retretes. —Nic baja la vista hacia la serie de puertas y empuja la primera de ellas. Deja al descubierto un retrete vacío. Nic hace lo mismo con la de al lado. Vacío.

Y también los tres siguientes.

La puerta número seis tiene echado el cerrojo. Nic entra en el quinto retrete y se sube de pie al inodoro. Por encima del panel de separación ve un cuerpo derrumbado hacia delante, con la cabeza apoyada en el mismo.

—Édouard…

Nic salta por encima del panel de separación y salta al interior del cubículo.

Endereza el cuerpo del científico.

Broussard tiene la camisa empapada de sangre y una herida enorme en el cuello.

Nic lo deja caer de nuevo y sale del cubículo con una sensación sumamente desagradable en la boca del estómago. El asesino de Édouard ha desaparecido.

Lo único que cabe preguntar es: ¿hasta dónde habrá conseguido llegar?

173

Efrem se halla de pie a la cabecera de la fila.

Toda la zona está cerrada, y él se encuentra solo a un paso de escapar después de haber matado. Contempla el espacio vacío que hay más allá de las cabinas y que parece llamarle. La libertad. Sabe que su pasaporte falso sobrevivirá a un segundo escrutinio. Sabe que es capaz de resistir cualquier pregunta que le formule la policía de fronteras. En cambio, Karakandez es distinto. Es un factor imprevisible. Y lo está buscando. Ahí habrá doscientas o doscientas cincuenta personas, todas de pie en hileras acordonadas. Y siguen llegando más, de los vuelos que van aterrizando. Y hace calor. El aire acondicionado debe de estar desconectado. Observa a los policías y a los guardias que recorren lentamente las filas inspeccionando pasaportes y visados y haciendo preguntas.

Al fondo de la sala hay varios enfermeros que salen de los aseos empujando una camilla de emergencias cubierta por una manta.

El científico.

Y de pronto ve a Karakandez. Apartándose del resto, moviéndose deprisa, escrutando cada rostro. Actuando según el instinto, no según la lógica. Efrem se vuelve. A la cabecera de su fila hay un policía de frontera haciendo preguntas.

—¿Me permite sus documentos, señor?

Efrem le entrega el pasaporte sin decir nada.

—¿De dónde es usted, señor Blake?

—De Nueva York.

La mirada del policía mira alternativamente la foto y la cara de Alvin Corri Blake.

—¿De qué parte?

—De Brooklyn, cerca del Navy Yard. —Mira directamente a los ojos del policía. El muy idiota está intentando adivinar su origen étnico, se esfuerza por identificarlo como hispano, africano,

americano… puede que incluso árabe, y por consiguiente musulmán terrorista por defecto—. Por si lo está pensando, este bronceado permanente se debe a que mi madre era cristiana libanesa, y este estupendo físico juvenil se lo debo a mi padre, que era estibador y católico.

—No me diga. —El guardia menea la cabeza y le devuelve el pasaporte. Siempre hay algún graciosillo en las filas—. Que disfrute de su estancia en Los Ángeles.

—Gracias.

Efrem se guarda el pasaporte en la chaqueta y el guardia continúa avanzando. Ve que Karakandez está con otro policía. Lo tiene ya muy cerca, a escasos metros de él. Durante una fracción de segundo los dos se cruzan la mirada. Efrem desvía los ojos. Tiene a su derecha a una gorda con el rostro empapado de sudor que da la impresión de estar a punto de desmayarse. Finge socorrerla. Y lo mismo hace una mujer policía.

Nic se aparta ligeramente y, con discreción, enseña su placa al guardia que ha inspeccionado las credenciales de Efrem.

—¿De dónde era ese último pasajero?

—De Nueva York, Brooklyn. Se ha dado cuenta de que yo me había fijado en su color de piel y me ha dicho que su padre era americano, pero que su madre era libanesa o algo así.

De improviso la gorda se desploma igual que un pino grande y redondo y arranca exclamaciones en las filas de pasajeros. Cae totalmente de bruces. Una mujer policía se inclina para ver si se encuentra bien.

Efrem también acude a ver qué puede hacer. A ver si puede hacerse con la pistola que lleva la policía al cinto.

174

Hospital Century, Inglewood

Justo antes de que den las doce de la noche sale Robert Weinstock de la sala de seguridad. Mitzi intenta, infructuosamente, interpretar la expresión que trae en la cara cuando lo ve venir hacia Di Matteo y ella. La hermana Dawson, como era de esperar, sale aleteando de su puesto para acudir a su lado.

—Hola, teniente. Le pido otra vez disculpas por haberla hecho esperar. —Weinstock se vuelve hacia la monja—. ¿Tienen ustedes algún lugar más privado en el que pueda hablar con esos dos agentes?

—Mi despacho. Síganme, por favor.

—Gracias.

—Yo me quedo aquí —dice Di Matteo indicando con un gesto la sala del Sigiloso.

Los tres recorren el corto trecho que separa esa zona abierta de la esquina, a la vuelta de la cual hay un pequeño despacho de tres por tres.

—Gracias, hermana. Eso es todo. —Weinstock cierra y la deja fuera—. Bien, tome asiento, por favor.

Mitzi se siente deprimida.

—¿Necesito estar sentada?

—Yo creo que sí.

Mitzi se sienta en otra de esas sillas de plástico que dejan el trasero entumecido, y el médico acerca otra y se sienta enfrente.

—¿Sabe usted qué son las Reglas de M'Naghten?

A Mitzi se le cae el alma a los pies.

—Que el acusado es declarado no culpable a causa de demencia, ¿verdad? Un regalito que hicieron los británicos al maravilloso embrollo de nuestro sistema judicial.

—Así es. Y con arreglo a dichas normas, el paciente al que acabo de examinar es un enfermo mental. No cabe la menor duda al respecto. Se encuentra lo bastante lúcido para saber cómo se llama, dónde vive, qué edad tiene y dónde trabaja, pero esos saltos espontáneos que da para hablar en latín, ese diálogo intermitente con Dios y esa persistencia en autolesionarse profundamente son claros signos de una extrema inestabilidad mental. Apenas me queda otra alternativa que iniciar los trámites necesarios para ingresarlo en una institución médica.

Mitzi se cubre la cara con las manos. Carter va a querer suicidarse cuando se entere de esto.

—Esta noche he realizado solo un reconocimiento preliminar, pero ya es suficiente para determinar que sufre alucinaciones y que fácilmente cumpliría con los criterios M'Naghten de incapacidad mental transitoria. Dicho en términos sencillos, el señor James, cuando mata, tiene el convencimiento de que no está haciendo nada malo. Constituye un peligro para la sociedad y para sí mismo.

—¿Y qué pasa con la prueba del «Policía en el Codo»? Ese individuo se colaba en las casas de las mujeres y las mataba mientras estaban durmiendo. ¿Les habría quitado la vida si hubiera habido un policía presente en el dormitorio?

Weinstock esboza una sonrisa solidaria.

—Puede ser. Pero el caso del señor James no es tan simple como yo lo he contado.

Mitzi experimenta un estremecimiento.

—A mí todo esto no me parece simple. De manera que tiene algo en el cerebro, en los genes, en cómo lo educaron, que lo empuja a asesinar. Cualquier cosa excepto el simple deseo de hacerlo.

—Teniente, por favor. Comprendo su frustración, pero eso no va a servir de nada.

—Lo siento.

—El señor James es plenamente consciente de lo que ha hecho. Entiende la razón por la que está usted aquí, y entiende que yo

tenga la intención de internarlo en un hospital psiquiátrico. De todos modos, ha pedido hablar con usted.

175

Aeropuerto de Los Ángeles

Nic no se distrae al ver caer a la mujer. Sus ojos no se despegan en ningún momento del pasajero de aspecto ágil que ha acudido a su lado y que está empujando disimuladamente a la policía en el intento de quitarle el arma.

Efrem se vuelve y, antes de que alguien se le eche encima, hace un disparo en dirección al techo de la sala.

Estalla un griterío y todo el mundo se arroja al suelo. Efrem agarra a una niña que lleva un vestido amarillo y la sujeta con el brazo izquierdo. La pequeña no tiene más de cuatro años, y por el momento va a servirle de escudo.

—¡No se acerquen! —El grito va dirigido a dos guardias que tiene a diez metros, con las armas desenfundadas—. Tiren la pistola y échense atrás, o disparo a la niña.

Las pistolas caen al suelo con estrépito y Efrem comienza a retroceder por entre las cabinas acristaladas. Está seguro de que vendrán en pos de él, y tiene que retrasarlos. Levanta la pistola por delante de la niña aterrorizada y dispara dos veces apuntando a la masa de pasajeros que aguardan petrificados. El primer disparo alcanza a un adolescente en la espalda. El segundo hace brotar sangre de la cabeza de un anciano que va en silla de ruedas.

A continuación, el monje, sin soltar a la niña, sale disparado hacia la zona de equipajes.

El primero en echar a correr detrás de él es Nic. Casi todos los policías y los guardias están ocupados en atender a los heridos y en controlar el revuelo. Alguien estará pidiendo refuerzos por radio, pero es posible que ya sea demasiado tarde. Más adelante se

encuentran los agentes de aduanas, que no sospechan nada. Esperan ociosamente a realizar una última inspección de tarjetas y permitir que los pasajeros queden libres de toda la burocracia de la frontera y salgan a la terminal principal.

—¡Tiene un arma! —chilla Nic—. ¡Ese hombre tiene un arma y a un rehén!

Demasiado tarde. Se oye el estampido de varios disparos. El guardia que está a la izquierda de Nic se desploma en el suelo. Y a continuación, el que tiene a la derecha.

Estallan más gritos entre los pasajeros. Nic le coge una Smith and Wesson a un guardia que no se encuentra herido y quita el seguro. Traspone las puertas automáticas. La sala de llegadas está abarrotada.

Se le echa encima una avalancha de gente. El asesino ha desaparecido. Nic no acierta a ver nada por encima del aluvión de cartulinas blancas con nombres que sostienen en alto los conductores que han ido a recoger clientes. De repente vislumbra una chaqueta negra que se cuela por una de las salidas. Tiene que ser él.

Se abre paso hasta la salida. Una vez fuera, se vuelve hacia la derecha. El asesino lo está mirando de frente.

En un abrir y cerrar de ojos, Nic busca a la pequeña. No está. Entonces apunta con la pistola.

Demasiado tarde.

Una bala le alcanza el hombro izquierdo. Lo desestabiliza. Se le disparan todos los sentidos.

Entonces entran en acción los años de entrenamiento. No pierde la concentración. Respira con lentitud. Aprieta el gatillo. A lo lejos ve surgir la sangre. Se oye un estampido. Como una salva de aplausos. Ve una figura que se tambalea. Luego siente un segundo impacto. No lo ha visto venir. No se lo esperaba en absoluto.

Se le doblan las rodillas. No siente dolor. Todavía no… la bala todavía está penetrando, desgarrando tejidos. No puede respirar. La conmoción le paraliza los pulmones. No logra insuflar ni un soplo de aire a su cuerpo. Una gélida oleada traumática le inunda los nervios

y el cerebro. Se ve las manos, pero no puede moverlas. No las siente. Le resbala sangre entre los dedos.

Ha recibido un balazo en el estómago. Es grave. Eso sí lo sabe. Esto va a sangrar en serio.

176

Hospital Century, Inglewood

A Mitzi le cuesta creer la pacífica apariencia que ofrece James. A pesar de la masa de cruces de color rojo que tiene en la cara y en el pecho, hundido en una pila de almohadas, incluso da la impresión de que hay una sonrisa de íntima satisfacción descansando en la blanda hamaca de sus labios.

Una persona que ha hecho lo que ha hecho él no debería tener permiso para descansar. Deberían mantener despierto a este maldito animal hasta el día en que se muriera, el cual Mitzi espera que llegue más pronto que tarde.

Weinstock cierra la puerta al entrar, y los párpados del Sigiloso cesan de moverse.

Mitzi traga saliva. No quiere que se le note la rabia. Todavía no. Hasta que ese lunático cabrón hijo de puta haya dicho lo que quiera decir.

John James los mira alternativamente, con expresión soñolienta y esforzándose por combatir el efecto de los sedantes, primero a la teniente y después al psiquiatra.

Mitzi acerca una silla y la coloca a un costado de la cama.

—El señor Weinstock me ha dicho que quería usted hablar conmigo.

James asiente despacio.

—Así es.

Mitzi procura que su mirada no refleje odio, procura no acordarse de todas las fotos de escenas del crimen de mujeres cubiertas con sábanas, de los agujeros que ha abierto James en la vida de tantas personas.

—Sé muy bien lo que he hecho, detective —dice James con voz débil. Acerca la mano hacia un vaso de agua que reposa encima de la mesilla—. He quitado la vida a otros seres humanos. Pero necesito que usted entienda que esas mujeres querían ser llevadas.

—Por supuesto que sí.

—Todas menos Bass y Emma… mi Emma.

—No entiendo.

James bebe un sorbo de agua.

—A Bass la maté porque Harrison y ella le estaban haciendo la vida imposible a Emma. No me dijo Dios que lo hiciera, simplemente lo hice porque quise yo. Y también habría matado a Harrison si hubiera estado en casa cuando entré.

Mitzi empieza a pensar que estaba en lo cierto respecto del teléfono de Jenny.

—Para dejar las cosas claras —dice mirando a Weinstock a fin de darle a entender que es testigo de lo que se está hablando ahí—, ¿reconoce usted haber asesinado con premeditación a Kim Bass y haber intentado asesinar a Jennifer Harrison?

—Y también asesiné a Em… Emma Varley —confirma James desviando la mirada.

Está llorando. Resulta increíble, pero este hombre, que ha liquidado a más de una decena de mujeres, está llorando.

James se seca las lágrimas en el borde de la almohada.

—Creí que a Emma la había elegido Dios, que Dios quería que yo la ayudase a ir con él. Pero estaba equivocado.

—¿Equivocado?

—Me confundieron los sentimientos que tenía hacia ella. Nunca había sentido nada igual.

—La amaba.

—Y aún la amo. Por eso sé que hice mal. Ya lo noté cuando la maté. Pero aun así la maté de todos modos.

—¿Y por qué me lo cuenta ahora a mí? Supuestamente, solo porque sabe que no va a ser procesado y que va a salvarse de la pena de muerte. —Vuelve la mirada hacia Weinstock—. Porque tiene la absoluta certeza de que este médico va a insistir en que sea usted

internado en un hospital, y por lo tanto no existe el peligro de que tenga que comparecer jamás ante la justicia.

—No… ¡Se equivoca! Se lo estoy contando porque Dios quiere que comparezca ante la justicia. —Hace una inspiración lenta y se calma—. El Señor quiere que haga frente a lo que he hecho. Él no se avergüenza de haber sido mi inspiración, ni me avergüenzo yo de haberme inspirado. El mundo ha de saber que los errores cometidos han sido mortales, no divinos.

Weinstock se inclina sobre su paciente y le susurra:

—¿Me permite que se lo explique un poco mejor a la teniente?

El Sigiloso hace un gesto de asentimiento.

—Con el debido respeto, teniente, me parece que no comprende usted la enormidad de lo que le están diciendo. Hace unos años hubo un caso trascendental que estableció que no se puede imponer la locura como alegato de defensa a un acusado inteligente que desea prescindir de dicho alegato de defensa. El señor James se encuentra en ese caso.

—Así es —ratifica el Sigiloso con satisfacción en el rostro—. Yo deseo prescindir de dicho alegato de defensa. Me confieso autor del asesinato de Kim Bass y de Emma Varley, y exijo recibir el correspondiente castigo.

177

Aullido de sirenas. Voces amortiguadas que van y vienen. Luces que centellean.

Nic Karakandez sabe, a juzgar por el caos que lo rodea, que va dentro de una ambulancia y que está agonizando. Ahora sí que siente el dolor. Y con creces. Toda una orquesta sinfónica de tormentos insoportables que le anuncia a todo trapo el mensaje de que su cuerpo no puede sobrevivir a semejante trauma.

Unos desconocidos empapan la sangre que le mana de las entrañas. Unas manos desesperadas aprietan compresas y hablan a gritos de shock hidrostático, de hemorragia, de niveles de presión arterial y Dios sabe de qué más.

Por el tono en que hablan, se hace obvio que están corriendo una carrera para salvarle la vida… y están perdiendo.

De pronto entra en su campo visual el rostro de un policía.

—Aguanta, amigo. —Una sonrisa forzada—. Ya casi hemos llegado. No dejes de mirarme, ¿me oyes?

Nic hace lo que puede, pero le pesan mucho los párpados. Ya no es capaz de aguantar más.

Todo negro.

—Se nos va. Rápido. Vamos, hagan algo.

—Manténgalo despierto. Por el amor de Dios, manténgalo despierto.

Voces a lo lejos. El mundo da saltos. Sirenas. Un calor increíble seguido de varias oleadas de frío.

—Vamos, amigo, vas a ponerte bien.

Nic abre los ojos y ve otra vez al policía.

—Bien, eso está muy bien. No dejes de mirarme.

Reconoce esa expresión. Es la misma que ha empleado él mismo muchas veces. Cuando, en una esquina de la calle, algún miembro de una pandilla, chavales demasiado jóvenes para beber siquiera,

estaba desangrándose. Él mismo se arrodilló a su lado, lo miró con esa misma expresión en la cara y le mintió en sus últimos minutos de vida.

Cierra los ojos de nuevo.

—No. No. ¡Venga, amigo!

La oscuridad es un descanso. Ahí es donde reside la paz. Ahí es donde es posible no dejar entrar al dolor.

Piensa en Carolina y en Max. En los tres subiéndose a un avión para tomarse las vacaciones que nunca se tomaron. Corriendo por la arena y por el agua juntos, cogidos de la mano, salpicando, riendo, saltando las olas.

—Le estamos perdiendo.

La orquesta sinfónica cesa por fin.

El dolor ya no hace ningún ruido.

QUINTA PARTE

Creo en un solo Dios, Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra. Creo en Jesucristo, su único hijo, nuestro Señor.

178

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

Mitzi entra a las ocho en punto de la mañana en una oficina que ya está casi llena.

Mientras se quita el abrigo, observa las mesas con gesto suspicaz.

—¿Qué ha pasado, chicos? ¿A todos os ha echado vuestra mujer de casa, a modo de simulacro de incendio?

Un sargento de expresión pétrea que está junto a la fotocopiadora la mira fijamente y le dice:

—Vaya a ver al capitán. Ha dicho que le avisáramos en cuanto llegase.

Mitzi cuelga el abrigo del respaldo de una silla.

—¿Matthews, a las ocho de la mañana de un lunes?

—Tiene el teléfono apagado. El jefe ha estado llamándola.

Mierda. No ha pagado la última factura, y finalmente la han dejado sin móvil. Hurga en el bolso para encontrarlo. Está sin batería. Así ha estado desde que llamó a Carter anoche, cuando se iba para casa. Estaba demasiado cansada para acordarse de conectar el cargador.

Se encamina hacia el despacho del jefe. Si ahora tiene algún problema, probablemente se deba a toda esa palabrería jurídica que presenció en el hospital. Qué diablos. Hizo todo lo que pudo. No se le puede pedir más.

La secretaria de Matthews no se encuentra en su puesto. Al jefe lo ve a través del cristal, hablando con Tyler Carter. Y no parece estar de muy buen humor.

Llama a la puerta y entra.

—¿Quería verme, señor? —pregunta con el corazón encogido.

—Pase y cierre la puerta —le indica Matthews con un gesto.

A Mitzi no le gusta nada la expresión que tienen ambos en la cara.

—¿Qué ocurre?

—Anoche dispararon a Nic Karakandez en el aeropuerto. En un tiroteo con un individuo que intentaba huir de los guardias del control de pasaportes.

Mitzi respira hondo.

—Falleció de camino al hospital. Una bala en el vientre y otra en el hombro…

—Oh, Dios mío. —Le flaquean las rodillas.

Matthews alza una mano.

—Déjeme terminar. Lo reanimaron en Urgencias. Está vivo, pero se encuentra en estado de coma. —Matthews la ayuda a sentarse en una silla—. Mató de un disparo a un hombre que huía, el hijoputa que le alcanzó dos veces con un 45.

Carter la toca en el hombro.

—Broussard, el científico que usted dijo que venía con él, también ha muerto. Además de un pasajero minusválido que recibió un disparo en la cabeza. Y hay un adolescente que va a quedar paralítico de por vida.

Mitzi está sin habla.

—Broussard fue hallado muerto en los aseos del aeropuerto, antes de pasar el control de pasaportes. Eso fue lo que dio lugar al tiroteo.

—Y yo que pensaba que ya estaban en casa y a salvo —dice Mitzi por fin—. Nic me llamó desde Nueva York y me dijo que todo iba bien.

—Pues no iba bien. —Matthews intenta ser práctico—. Tyler ha mandado a dos de sus hombres a investigar la escena, y los dos cadáveres han sido enviados al depósito.

—Quisiera ir al hospital —dice Mitzi mirando a Carter—. Si puede ser. Ya intentaré hacer un informe sobre el Sigiloso cuando regrese.

—De acuerdo. Pero vaya con cuidado. La prensa se ha enterado del tiroteo y está asediando las salas de Urgencias.

De pronto se abre la puerta del despacho y aparece Amy Chang con una expresión de intensa compasión en el rostro.

—He venido en cuanto me he enterado.

Mitzi se alegra de verla.

—Gracias.

Matthews no puede dejarla marchar sin decirle las cosas como son, a fin de que Mitzi haga acopio de fuerzas para enfrentarse a lo peor:

—Las cosas no pintan nada bien para Nic. Anoche, el médico dijo que tenía un cuarenta por ciento de probabilidades de recuperarse.

—A la mierda los médicos. —Mitzi abre la puerta del despacho—. Nic tiene un barco esperándolo, y yo voy a asegurarme de que consiga pilotarlo.

179

Hospital del Condado, Los Ángeles

La visita al hospital del Condado casi logra quebrar el endurecido corazón de la teniente.

Ella había abrigado la esperanza de que el hecho de presentarse a la cabecera de la cama de Nic surtiera un efecto mágico, como sucede en las películas. Pero no ha sido así. Nic Karakandez está más pálido que un fantasma.

Mitzi observa todos los tubos, las bolsas de sangre y de plasma, los monitores, y levanta la vista hacia Amy Chang.

—¿No podrías hablar tú con ellos, ya sabes, de médico a médico? ¿Y decirme qué posibilidades tiene Nic de verdad?

—Por supuesto. —La forense sale de la habitación.

Mitzi contempla fijamente a Nic. Dios, la verdad es que parece un muerto.

—Cuatro días, so idiota. —Le coge la mano—. Cuatro malditos días. ¿Cómo se te ocurre echarlo todo a perder faltándote solo cuatro días para marcharte? Debería darte una patada en el culo. Y lo cierto es que eso es lo que pienso hacer cuando te saque de aquí.

Estudia un momento el monitor y luego toma los dedos de Nic entre las dos manos y aprieta con fuerza. En ese momento regresa Amy, y el movimiento la hace volverse.

—Traigo buenas y malas noticias, Mitz. La herida del vientre entró y salió. Provocó una intensa hemorragia, pero no alcanzó ningún órgano vital. Eso supone una gran ventaja. La mala noticia es que al caer se golpeó la cabeza, y eso causó una hemorragia cerebral y un edema, dos cosas que no localizaron hasta que le hicieron un escáner. Si a ello le sumamos la herida del hombro, la importante

pérdida de sangre y el trauma, se comprende por qué sufrió una parada cardíaca. Los de la ambulancia estuvieron increíbles al lograr reanimarlo y mantenerlo con pulso hasta que lo llevaron al quirófano.

—¿Qué posibilidades tiene, Amy?

—Eso resulta difícil de saber.

—No me hables como un médico. De amiga a amiga. ¿Organizamos una fiesta o preparamos un funeral?

Amy esboza una sonrisa.

—Dentro de pocas horas lo sabremos.

180

Un cuarenta por ciento.

Ese cálculo de probabilidades no deja de dar vueltas en la cabeza de Mitzi, igual que si alguien estuviera echando los dados. Pero Nic ya ha podido con estadísticas peores que esa en las calles. Se muerde una uña y se queda con la mirada perdida al otro lado de la ventanilla del coche, mientras Amy la lleva de vuelta a la comisaría. Si ella no lo hubiera hecho ir a Italia, no habría ocurrido nada de esto. Pero sabe que no sirve de nada autoflagelarse, que eso no va a hacer que Nic se ponga bien. Se arranca el último trozo de uña y se vuelve hacia su amiga.

—¿Fuiste tú quien examinó al tipo al que Nic disparó?

—Lo examinó Terry Jones. Cuando llamaron, yo aún no había terminado con Emma Varley.

—¿Y llegaste a verlo? ¿Viste cómo era?

Amy sabe por qué lo pregunta.

—Muy de pasada. No era nada fuera de lo corriente. Árabe. Atlético. De treinta y muchos, supongo. No le presté mucha atención.

Mitzi no puede evitar preguntarlo:

—¿En qué parte del cuerpo le disparó Nic?

—En la cabeza. —Amy se señala con un dedo justo por encima de la nariz.

—Lástima. El muy cabrón debió de morirse en el acto.

Aparcan el coche y entran usando sus tarjetas magnéticas.

—Luego te llamo —dice Amy—. Todavía tengo cosas que hacer. Ya terminé el informe sobre la Sábana Santa. Cuando quieras verlo, dame un toque.

—Gracias. En este momento no parece importante.

—Y no lo es. De todas formas, te lo enviaré por el correo interno.

—Gracias —sonríe Mitzi—. ¿Qué opinión te merece? ¿Es falsa o no?

—Dejando a un lado lo que afirman todos los escépticos y los lunáticos, y créeme si te digo que son centenares los lunáticos que han escrito algo al respecto, yo diría que las marcas que contiene la Sábana Santa concuerdan con las de un hombre crucificado y herido por una lanza.

—¿Estarías dispuesta a defender eso ante un tribunal?

—Probablemente. Pero exigiría unos honorarios bastante potentes.

Ambas se echan a reír. Amy da media vuelta y se despide de ella con la mano.

—No te vayas a casa sin llamarme.

—Ni se me ocurriría.

Mitzi regresa al Departamento de Homicidios y va directamente al despacho de Carter. Piensa mantenerse ocupada. Trabajar para no pensar en todos esos monitores, tubos y porcentajes desfavorables.

Carter está con Tom Hix, las manos apoyadas en la mesa, encorvado sobre carpetas, papeles y transparencias. En cuanto la ve entrar, levanta la vista.

—¿Qué noticias hay?

—Dicen que se encuentra estable, pero sigue en estado crítico.

—¿Ha salido del coma?

—No. Amy Chang calcula que las próximas horas serán decisivas.

Hix afirma con la cabeza.

—Antes creíamos que todos los daños cerebrales se ocasionaban en el momento de la lesión. Ahora sabemos que todavía resultan más peligrosas las horas posteriores. ¿Estáis hablando de inflamación del cerebro y complicaciones como hemiplejía espástica, hiperreflexia, espasticidad…?

—No —lo interrumpe Carter—. Desde luego que no estamos hablando de todas esas chorradas.

—Perdona, Tyler, lo he dicho sin pensar.

Mitzi señala la mesa.

—¿Qué está mirando?

Carter se toma unos segundos.

—Tom ha descubierto algo insólito. Insólito e inquietante. —Extiende tres juegos de códigos de ADN—. Tú eres el científico, así que explícalo tú.

Hix lo está deseando.

—La primera transparencia es el ADN del criminal que dejó rastros en el domicilio de Tamara Jacobs y en el Lexus alquilado. Ya hemos establecido la coincidencia con el del hombre al que abatió Nic anoche. Ambos son el mismo.

Mitzi se siente complacida.

—Así que ya tenemos al asesino de Tamara.

—Y —añade Carter— al de Édouard Broussard.

Tom da su aprobación.

—Sí. Aún hay que realizar una prueba más completa del ADN, pero en realidad no es más que una formalidad. Ahora fíjate en este segundo perfil. —Extrae la transparencia de su carpeta—. Esta es la muestra que nos envió Nic desde Italia, corresponde al asesino del científico Mario Sacconi. —La coloca encima de la primera—. Son exactamente iguales.

—Y también coinciden las huellas dactilares —agrega Carter—. Tenemos unas parciales de la cinta aislante que utilizaron con la víctima de Italia, y son lo bastante válidas para obtener una coincidencia concluyente. Este individuo era un profesional. Un sicario profesional.

A continuación, Hix extrae otras tres transparencias.

—Pasemos ahora al caso del Sigiloso. Aquí, las cosas se ponen más interesantes todavía. ¿Sabes a quién pertenecen estas huellas genéticas?

—Ni idea.

—La primera es el perfil de ADN del Sigiloso en persona. La teníamos desde hace más de un año. La segunda procede de las muestras que nos facilitó John James ayer voluntariamente. La tercera es de raíces de cabellos encontrados en el cadáver de Emma Varley. —Va colocando cada una encima de la otra.

—Coinciden a la perfección —anuncia Carter—. Si logramos que el fiscal del distrito lo lleve a juicio, tenemos el caso de James abierto y cerrado.

Carter y Hix intercambian una mirada.

—¿Qué? —pregunta Mitzi—. Es una buena noticia, ¿no? Tenemos a dos asesinos distintos y dos perfiles de ADN distintos que los relacionan con los crímenes que han cometido. ¿Qué más podemos pedir?

—Enséñaselo —dice Carter.

El científico saca con cuidado una transparencia de una funda de plástico.

—Esto es ADN de la sangre que nos envió Nic diciéndonos que procedía de la Sábana Santa de Turín, tomada de las muestras que le dio Erica Craxi dentro de un medallón de san Cristóbal.

Mitzi observa la transparencia. No es más que una masa de cuadrados en sombra, pero incluso ella es capaz de discernir que no es igual que las otras.

—¿Y qué? ¿Qué relación existe?

Hix aparta dos de las otras transparencias.

—La que queda a la izquierda pertenece al hombre al que disparó Nic. La de la derecha pertenece a John James, también conocido como el Sigiloso. —Hace una pausa y deja que Carter y Mitzi las contemplen largo y tendido—. El perfil que tengo en la mano es el ADN de la Sábana Santa. —Deposita este encima de la transparencia de la izquierda, perteneciente al hombre al que mató Nic—. Como verás, existen similitudes. No hay coincidencias plenas en todas la columnas, sino tan solo coincidencias de familia. Parentescos lejanos, diluidos a lo largo de las generaciones, puede que a través de los siglos, pero coincidencias de todos modos. —La levanta y la coloca encima del segundo perfil, el que corresponde al Sigiloso—. Y aquí también se aprecian coincidencias. No totales, pero de todas formas están presentes, y son otro indicio concluyente de que existe un parentesco lejano.

Mitzi no está segura de entenderlo bien.

—¿Quieres decir que el Sigiloso y el hombre al que disparó Nic son descendientes del mismo linaje que el individuo de la Sábana Santa?

—Eso es exactamente lo que quiero decir. —Hix coloca ambos perfiles uno encima del otro—. Aquí, en estos cuadrados, se ve

perfectamente. Un parentesco lejano, una cadena genética que ha atravesado países y siglos.

—El gen criminal. —Carter deja escapar una risa burlona al pensar en ello—. Esto es un regalo para todas esas buenas personas que están convencidas de que los cabrones que matan a sangre fría como el Sigiloso simplemente no pueden evitarlo. Oh, no, solo son pobres víctimas de un defecto genético que, de manera inevitable e ineludible, ha sido transmitido de padres a hijos. Simplemente, no pueden evitar sentir el impulso de matar. —Levanta una papelera del suelo—. El argumento que teníamos para procesar a James se ha convertido en basura.

181

Roma

Andreas Pathykos creía que ya no iba a ver a su viejo amigo nunca más. Y ahora aquí están los dos, cara a cara. Pero no hay motivo alguno de celebración.

Nabih Hayek lleva al asesor del Papa unos metros más por la Via della Conciliazione y después tuerce hacia una calle lateral desprovista de farolas. Ambos toman asiento en el interior del destartalado Fiat que tiene el sacerdote libanés desde hace más de una década. La luna les ilumina la cara mientras este explica la razón de este apresurado encuentro.

—El monje ha muerto. Lo ha matado un policía de Los Ángeles.

—Santo Dios.

Hayek decide contarle el resto antes de que lleguen las preguntas:

—Y ha habido varios heridos: dos guardias del aeropuerto, un muchacho adolescente y el policía que mató a Efrem. —Calla unos instantes—. Y me temo que también resultó muerto un anciano.

Pathykos se ha puesto gris a causa de la conmoción.

—¿Cómo ha podido suceder?

Hayek se guarda para sí gran parte de la información.

—No está claro. Me han informado de que el monje casi había finalizado su misión cuando el policía lo acorraló en el aeropuerto. Al parecer, no tuvo más remedio que huir hasta que ya no pudo más.

El asesor inclina la cabeza en señal de respeto por los muertos, los heridos y los seres queridos de todos. Cuánto dolor, cuánto sufrimiento se ha causado.

—Entonces, ¿este es el final, Nabih?

La expresión de su amigo le dice que no.

—Craxi y el científico, Broussard, han muerto, pero es posible que no se haya destruido todo el ADN tomado de la Sábana Santa.

—¿Cómo? El único propósito de la misión del monje era eliminar los resultados obtenidos al analizar esas muestras robadas de manera sacrílega.

—Ya lo sé, pero por lo visto la fuente original se dividió, y una de las muestras logró llegar a los laboratorios del Departamento de Policía de Los Ángeles.

—En ese caso, hemos de asegurarnos de que no llegue a analizarse o de que los resultados no se conozcan jamás. Nuestro deber es garantizar que siempre resulte imposible verificar cualquier relación con la Sábana Santa.

—Estoy de acuerdo, pero has de hacer una cosa, Andreas. Has de hacer uso del nombre del Santo Padre para llegar hasta nuestros amigos.

Pathykos afirma con la cabeza.

—Pero eso por sí solo no será suficiente. Lo entiendes, ¿verdad?

—No me digas cuáles son mis responsabilidades, Nabih. Llévame otra vez al Vaticano. Sé lo que hay que hacer.

182

Comisaría de la calle Setenta y siete, Los Ángeles

Esta jornada tan larga y tan horrible termina con un disgusto inesperado: otra llamada al despacho de Deke Matthews.

Mitzi se arrastra por los largos pasillos que llevan al despacho del capitán con una profunda sensación de agotamiento. Tantos traumas la han dejado sin fuerzas. La secretaria del capitán le sonríe desde su mesa y la hace pasar. Abre la puerta, y al momento desearía no haber hecho tal cosa. Encuentra a Matthews sentado a la cabecera de su pequeña mesa de reuniones, y a su lado a Carter y a Tom Hix. Enfrente, con un elegante traje negro de Armani, la ayudante del fiscal del distrito, Maria Sánchez.

Maria es todo lo que una mujer puede odiar en otra.

Mitzi tal vez pueda perdonarle que sea una bruja sin corazón, egocéntrica y egomaníaca, que el año pasado se valió del asesinato de un niño para darse publicidad a sí misma. Pero lo que jamás podrá perdonarle es que, por muy intempestiva que sea la hora, esta abogada de cabellera negro azabache, que casi tiene cincuenta años, siempre se las arregle para parecer que tiene la mitad de esa edad.

Eso sí que no se puede perdonar.

—Capitán —saluda Mitzi desde el otro extremo de la mesa.

—Tome asiento —le dice él señalando las sillas—. Estamos hablando del caso del Sigiloso, y en particular de la prueba de ADN que ha realizado Tom.

—Estábamos —puntualiza Sánchez lanzando a Matthews una mirada de tribunal y haciendo énfasis en el pasado.

Mitzi no tiene ánimos para sentarse al lado de la abogada, así que ocupa una silla enfrente de Matthews.

—¿En qué puedo ayudar?

—No vamos a procesar a James. —Matthews hace una pausa para dejar que cale la frase—. Vamos a enviarlo a que reciba atención psiquiátrica.

Sánchez se aclara la voz.

—Capitán, si su equipo logra relacionar correctamente las confesiones de James con los asesinatos de Varley y Bass, el comisario Bradley declarará en público que dichos crímenes fueron cometidos por James y explicará que este no se encuentra en estado adecuado para comparecer ante la justicia. Además, afirmará públicamente que usted ha cerrado los expedientes del Sigiloso y que no va a buscar a nadie más.

Matthews se vuelve hacia Carter.

—De cara al público, tiene el mismo efecto que ganar en un tribunal. Caso cerrado.

—Al comisario le gustaría eso —comenta Sánchez sonriente—. Además, se haría sin correr el riesgo de que se divulgue de forma inapropiada o suponga un mayor coste para el contribuyente.

Carter está furioso.

—Al decir inapropiada se refiere a las pruebas científicas de Tom, una ciencia que los ciudadanos americanos tienen derecho a conocer.

Sánchez descarta ese comentario con un gesto de la mano.

—No sea inmaduro. El noventa por ciento de los ciudadanos no lo entenderían ni aunque él fuera a verlos en persona y pasara un día entero explicándoselo.

—¿Por qué? —ruge Mitzi—. ¿Por qué intenta esconder todos estos hallazgos debajo de la alfombra?

Sánchez deja escapar un suspiro.

—De verdad, tiene usted que pensar un poco más —contesta dirigiendo a Mitzi una mirada condescendiente—. Piense en las implicaciones que tendría el hecho de que se divulgasen en su totalidad. Si esto lo diéramos a conocer al público, correríamos el

riesgo de proporcionar a los abogados defensores de todo el país un nuevo alegato de circunstancias atenuantes genéticas.

—Chorradas. —Esta palabra ha salido impulsivamente de la boca de la teniente—. En todo el mundo hay ejemplos de ciudadanos íntegros y decentes, cumplidores de la ley, hombres, mujeres y niños, que están estrechamente relacionados, y aunque sea de lejos, con violadores, asesinos y terroristas. Pero no son personas malvadas. No llevan la maldad en sus genes.

—Mitzi tiene razón —salta Carter—. Las personas malas son malas porque ellas mismas quieren.

—No podemos abrir esa caja de Pandora —dice Sánchez empezando a recoger el maletín de piel que contiene sus documentos—. Ya hemos terminado de hablarlo.

Se hace un silencio que flota igual que una nube tóxica. Mitzi alarga el brazo hasta el centro de la mesa, coge un vaso y se sirve agua de una jarra.

—Hay algo más, ¿verdad?

Nadie responde.

—Venga, ya soy mayorcita y lo soportaré. Al fin y al cabo, para eso he venido. Ustedes me necesitan para que acepte sus argumentos, asienta amablemente y dé mi conformidad a alguna otra gilipollez políticamente correcta de primera clase, ¿a que sí?

Matthews aguarda a que se haya calmado.

—Mitzi, todo este asunto de la Sábana Santa es un problema. Un problema de verdad. Verdaderamente engorroso, tanto para nosotros como para los italianos.

Mitzi se echa un trago de agua al coleto.

—¿Se refiere a los Carabinieri?

Matthews afirma.

—El comisario ha tenido a los diplomáticos encima toda la tarde. Gente de la embajada. Embajadores. No quieren que salga a la luz que se ha estado manipulando la Sábana Santa ni que se han tomado muestras de forma ilegal. —Vuelve la vista hacia Hix—. Sobre todo, que se han realizado análisis no autorizados en países extranjeros y se han establecido vínculos con casos de asesinatos en serie.

—Ya me lo imagino —comenta Mitzi, cada vez más furibunda.

Matthews intenta razonar con ella.

—Las relaciones entre Estados Unidos e Italia siempre han sido buenas… e importantes para ambos países.

Mitzi niega con un gesto.

—¿Nos saltamos a la mafia de aquí?

Maria Sánchez la mira con expresión ceñuda.

—Ya se han tomado decisiones, teniente. El capitán Matthews la ha hecho venir a usted por cortesía, eso es todo. El fiscal del distrito y el comisario ya han asegurado que no se hará ningún comentario relativo al caso de Tamara Jacobs ni a nada que tenga que ver con la Sábana Santa sin que ellos den su aprobación. —Retira su silla y se prepara para marcharse—. Si alguien infringe esa norma, se encontrará sin trabajo y sin pensión. Buenas tardes a todos.

Mitzi se queda mirando el suelo con el corazón a todo gas, como si acabara de correr un kilómetro.

—Oiga, letrada.

Sánchez se detiene con la mano ya apoyada en el pomo de la puerta.

—¿Qué?

—El próximo domingo, cuando vaya a esa misa católica, como estoy segura de que hacen todas las buenas hispanas, espero que la iglesia entera se ponga en pie y le dedique a usted la enorme salva de aplausos que obviamente se merece.

La puerta se cierra con tal ímpetu, que el cristal está a punto de romperse.

183

Roma

A Andreas Pathykos no le supone ningún problema hacerse con la llave de la antecámara del pontífice. El Santo Padre lleva mucho rato durmiendo, y los guardas que vigilan su puerta están acostumbrados a dejar pasar a ese anciano griego a altas horas para que deposite documentos y lleve a cabo recados.

Al penetrar en la habitación en penumbra, su cerebro se inunda de una inquietante mezcla de ciencia, religión e historia. A lo largo de los siglos, la Iglesia viene venerando objetos que afirmaban ser la corona de espinas y la lanza que perforó el costado de Cristo. En cambio ninguno de ellos ha ofrecido nunca muestras que los científicos puedan atestiguar de manera fiable que se trata de sangre, la sangre de un hombre, la sangre de Jesucristo, el hijo de Dios.

Hasta la Sábana Santa de Turín ha rehusado ofrecer pruebas biológicas de vida… es decir, hasta que se robó una muestra y se analizó empleando métodos más avanzados de los que jamás ha utilizado el Vaticano. Y ahora es posible establecer una comparación. La ciencia puede servirse de sus modernos recursos para aplastar las creencias y la bondad de la fe cristiana. Peor todavía: puede reabrir las antiguas historias de Saladino y reavivar a los grupos musulmanes.

Pathykos no puede permitir que suceda tal cosa. Si los policías de Estados Unidos se empeñan en desafiar las presiones políticas y dar a conocer el ADN sustraído, no han de tener nada con que comparar este. El asesor de más confianza del pontífice, que también es su amigo más antiguo, se introduce en la alcoba del Santo Padre. La

estancia está fresca y huele a lavanda. Avanza con cuidado hacia la enorme cama que aloja al representante de Dios en la tierra. A menos de cuarenta centímetros de donde duerme el pontífice se encuentra un pequeño cofre chapado en plata, y dentro de este una astilla de madera que contiene la gota de sangre más preciada del mundo.

La sangre de Cristo. Tomada de la Verdadera Cruz. Preservada y protegida por caballeros santos antes de que el guerrero Saladino se apoderase de la Vera Cruz en la batalla de Hattin.

Pathykos siente que el corazón le late tan deprisa que teme desmayarse antes de lograr salir de esos aposentos. Cada paso que da alejándose de la cama del Papa le lleva una eternidad. Cada metro que consigue avanzar le provoca un dolor insoportable. ¿Fue esto mismo lo que sintió Judas en el momento de la traición? Por fin regresa a su propia cámara con lágrimas en los ojos. Cierra con llave y observa por la ventana la Ciudad Eterna. No tardará en rayar el alba. Por encima de los tejados se oirán las campanas de las iglesias, y los fieles acudirán a la oración matinal.

Pero él no se encontrará entre ellos.

En la chimenea aún arde el fuego. Él ha pasado muchas horas ahí sentado, contemplando su vida y sus creencias, con la vista fija en las llamas y sintiéndose confortado por el efímero calor que desprenden.

Coge un atizador y remueve las ascuas, y a continuación se sirve de él para abrir el cofre. Se mancha las manos de hollín al arrodillarse y colocar, con suma delicadeza, el fragmento de madera sagrada sobre las llamas.

Tarda un segundo en prenderse fuego. La madera seca desprende una llama muy brillante y emite un nítido chisporroteo. Pathykos siente una punzada en el corazón. A continuación, extiende las manos encima del fuego y permite que las llamas le abrasen la piel. Cuando también se le incendian las mangas, inclina la cabeza hacia el estallido de luz anaranjada. Las últimas palabras que acierta a articular antes de que el fuego lo engulla son estas:

—Perdóname, Padre, porque he pecado.

184

Hospital del Condado, Los Ángeles

El cuarenta por ciento es ahora un veinte por ciento.

Los médicos le dan la mala noticia a Mitzi poco después de llegar esta. Existe la posibilidad de que Nic ni siquiera consiga superar esta noche. Y si la supera, podría quedar en estado vegetativo para toda la vida.

«Veinte por ciento».

«Estado vegetativo».

«Escasas posibilidades».

Mitzi vaga por los pasillos sintiéndose perdida. En estos momentos, se arrepiente profundamente de haber dicho a Amy que no la acompañase. La ha mandado a casa, le ha recomendado que descanse un poco, le ha dicho que ella está bien. Pero no es verdad. No lo es en absoluto.

La máquina de bebidas del hospital tiene la peor sopa de pollo que ha probado en su vida. Pero es lo único que consigue tomarse. Los muffins del despacho de Carter han sido lo último que ha comido, y eso se le antoja que sucedió hace siglos. Se lleva el vaso de plástico a la habitación de Nic y se sienta a su lado, en un estado de aturdimiento. Esperar es algo que a los policías se les da mejor que a la mayoría de la gente, pero a ella siempre le ha costado muchísimo. Sobre todo cuando está esperando a que muera alguien.

Observa el rostro grisáceo de Nic. Antes tenía los ojos chispeantes y llenos de aventura, y era el policía novato más guapo que había visto jamás. Reprimió todos los sentimientos que de forma natural le brotaron hacia él. Arrojó agua a las llamas que ardían en su interior en el momento mismo en que surgieron. No mantuvo con

él otra actitud que no fuera la profesional. Le enseñó los rudimentos. Le limpió la nariz. Lo acompañó a su primer asesinato. Permaneció a su lado cuando estuvo a punto de vomitar en su primera autopsia. Lo emborrachó a conciencia cuando perdió su primer caso en los tribunales.

Hizo todo y de todo, excepto amarlo.

Acerca los labios a los dedos, entrelazados con los de él, y le besa el dorso de la mano. Es el contacto más significativo que han tenido nunca. Hasta ahora jamás han intercambiado más que un ligero beso en la mejilla. Al pensarlo casi se echa a reír y llorar al mismo tiempo. ¿Cómo ha hecho para conseguir enterrar sus sentimientos? Alfie, supone.

Alfie y las gemelas.

Ha sido la perfecta esposa y madre. Empeñada en no ser la policía que otras mujeres distinguen perfectamente que es la que está teniendo una aventura con sus maridos. Ojalá hubiera sido una de esas. Bien sabe Dios que le hubiera gustado. Ojalá hubiera sido una aventura larga y apasionada. Llena de vida. Eso es lo que se siente al ver la muerte de cerca. A uno le entran ganas de vivir a tope, lamentando hasta el último segundo que ha malgastado del valioso tiempo que tenía para pasar en la tierra.

Se levanta y saca un pañuelo de papel de una caja que hay sobre la mesilla. Se suena la nariz y se seca los ojos. Son las once de la noche. Piensa quedarse hasta las doce, puede que hasta la una, y después se irá a dormir. Incluso al pensar esto, sabe que es muy probable que cuando se haga de día esté todavía sentada en esta misma silla, frotándose el cuello dolorido, preguntándose cuánto café va a tener que beberse para no dormirse a lo largo del turno de trabajo.

A la mierda. Mañana es posible que ni siquiera vaya a trabajar. Estar aquí es más importante que todos los acuerdos diplomáticos.

Mira en derredor buscando algo que la distraiga del monótono pitar de las máquinas.

No hay nada.

Ya ha escrutado la habitación a fondo. Hasta se ha leído los carteles de la pared: las horas de visita, la importancia de lavarse las

manos, el peligro de contraer infecciones y todas las normas relativas a que no hay que usar el teléfono móvil. Al releer este último, decide llamar a las niñas.

Al teclear el número de Jade esboza una sonrisa. Por lo menos vuelven a hablarse. La brecha está curándose, el vínculo está fortaleciéndose.

De pronto la sobresalta un pitido intenso. Al principio cree que es el teléfono, y a punto está de soltarlo a causa de la sorpresa. Pero luego se da cuenta de lo que es: una alerta de un monitor. Se abre la puerta y entra a toda prisa una enfermera. La prisa típica que traen los policías y los médicos cuando distinguen un momento de pánico.

Ya está. Algo se lo dice. Lo nota.

—¿Qué ocurre? —Se acerca un poco más a la cama de Nic—. ¿Qué ha sido ese ruido?

—No se acerque, por favor.

Siente una mano en el hombro. Un médico de bata blanca la aparta del medio, se pone un estetoscopio en los oídos y se inclina sobre el cuerpo de Nic.

Está muriéndose. En este preciso momento. Su instinto de policía la empuja a mirar el reloj; una de las primeras normas que le enseñaron fue la importancia que tenía anotar la hora en que suceden las cosas. El momento en que cambia todo. Ese preciado segundo en que la vida se transforma en muerte.

Entran más batas blancas en la habitación. Mitzi retrocede hacia la pared, hacia la periferia de donde se desarrolla la acción, como si hubiera sido arrastrada por una fuerza centrífuga.

Por entre la melé de cuerpos y el bosque de brazos extendidos sobre la cama, ve que el cuerpo de Nic sufre un espasmo.

Son los estertores de la muerte.

Nic levanta los pies y vuelve a bajarlos. Le están administrando descargas eléctricas. Un último esfuerzo por reanimar su corazón roto.

Mitzi, de pie y atenta, se siente perdida. Abandonada igual que una esposa o una hermana desvalida. No como una policía, ni tampoco como ningún otro de los profesionales que hay en la

habitación. Lo que están hablando los médicos le resulta una jerga incomprensible. Se encuentra fuera de su elemento, esperando a que ellos se aparten un poco y le den la noticia.

La mala noticia.

Retiran las palas y estudian los monitores.

De pronto, Mitzi siente algo que le pone las piernas en movimiento, y vuelve a ser una policía. Rodea la cama del enfermo y busca un hueco. Si Nic va a morirse, no será sin el contacto de una amiga, de una persona que le quiera.

Un médico observa el monitor. El cuerpo de Nic se sacude de nuevo. Mitzi lo toma de la mano. Se la aprieta. Aguanta con fuerza.

Nic tose.

—Está estable —exclama una enfermera—. Pulso normal.

Nic tose otra vez. Abre levemente los ojos.

Mitzi lo mira fijamente. Es frecuente que los moribundos den una última boqueada. Un cuerpo repleto de fluidos que de repente se ve sacudido por una descarga eléctrica suficiente para iluminar Las Vegas… Son señales que no significan nada.

—Mit-zi.

Esta única palabra, susurrada lentamente, le desgarra el corazón.

Los médicos se apresuran a mover tubos y examinar las bolsas de líquidos. La enfermera que ha llegado la primera, ajusta un oxímetro al dedo del paciente y vuelve a tomarle el pulso.

Mitzi tiene la mirada clavada en Nic. Si mira hacia otro lado o parpadea siquiera, él se morirá. Está segura.

Nic no logra esbozar una sonrisa. Su voz es un graznido débil, doloroso.

—¿Dónde estoy?

Ella le toma la mano y se la besa otra vez.

—¿Dónde crees tú? ¿En el maldito puerto deportivo?

Agradecimientos

En primer lugar, deseo mostrar el mayor agradecimiento posible a Luigi Bonomi y su equipo de LBA por su inestimable ayuda, su estímulo y su buen humor. Muchas, muchísimas gracias a todos los de Little, Brown/Sphere, sobre todo a David Shelley por su fe y su apoyo, a Daniel Mallory por su inspiración y su energía, y a Iain Hunt por tanto sudor e imaginación. Detrás de todos los grandes hombres hay grandes mujeres, y ninguna es más grande que Andy Hine, Kate Hibbert y Helena Doree, de derechos internacionales, y Kate Webster y Hannah Hargrave, de marketing y publicidad. Estoy profundamente en deuda con el profesor Guy Rutty, MBE, jefe de Patología Forense, Unidad de Patología Forense de East Midlands, Universidad de Leicester, por su ayuda y su paciencia con las escenas del crimen. Todo aquello que no concuerde es culpa mía, y no de él. Un agradecimiento especial a «Scary Jack» de Everett Baldwin Barclay, por saber lo que nunca sabemos ni Donna ni yo. Por último, gracias a todos los que han leído El legado de Stonehenge y han escrito o dejado comentarios en www.facebook.com/samchrister.

Última palabra

En su nombre es una obra puramente de ficción. Los expertos detectarán la manipulación de las fechas y la visión en ocasiones limitada de los acontecimientos, pero la verdad existe; solo es cuestión de saber quién la posee y hasta qué punto es acertada.

Autor

SAM CHRISTER (Carsington, Reino Unido, 1 de enero de 1957) es el seudónimo escogido por el conocido periodista inglés Michael Morley que ha trabajado para varias multinacionales de la información y el entretenimiento, como Endemol o Sony, alrededor.

Su primer trabajo fue como mensajero de un periódico, y desde entonces ha trabajado para varios estudios importantes de la televisión como director, productor, presentador y reportero.

Sus documentales premiados han cubierto los descubrimientos científicos, casos de secuestro, asesinato y procesos, entre otros temas.

Table of Contents

Cover Page
En su nombre
———
PRIMERA PARTE
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28

29
30
31
SEGUNDA PARTE
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
TERCERA PARTE
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62

99
100
101
102
103
104
105
CUARTA PARTE
106
107
108
109
110
111
112
113
114
115
116
117
118
119
120
121
122
123
124
125
126
127
128
129
130
131
132
133

170
171
172
173
174
175
176
177
QUINTA PARTE
178
179
180
181
182
183
184
Agradecimientos
Última palabra
Autor